

DEL AUTOR DE *LA PSIQUIATRA*

WULF DORN

Crees que todavía tienes todo el tiempo del mundo.
Lo que no sabes es que tu tiempo se acaba.

LOS HEREDEROS



Lectulandia

Laura Schrader despierta rodeada de sirenas de ambulancia completamente perturbada y herida. Está embarazada, y acaba de sufrir un accidente cuando circulaba por una carretera montañosa entre la niebla y la lluvia. En el maletero del coche, la policía descubre el cadáver de una niña con evidentes signos de violencia y ninguna pista coherente. No hay ni rastro del extraño que la socorrió y avisó a emergencias, la aldea cercana parece desierta y la historia que Laura cuenta suena increíble. El psiquiatra Robert Winter se hará cargo del caso dispuesto a descubrir qué hay de verdad en su desconcertante relato y tras su mirada de desconfianza y terror. Algo está sucediendo en la larga y oscura noche, bajo un cielo negro lleno de odio y solo si confía en esta mujer, podrá averiguarlo.

Lectulandia

Wulf Dorn

Los herederos

ePub r1.0

maherran 27.07.2019

Título original: *Die Kinder*
Wulf Dorn, 2017
Traducción: Beatriz Galán Echevarría

Editor digital: maherran
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Los herederos](#)

[PRÓLOGO DEL AUTOR](#)

[I. LA GASOLINERA. CURVAS EN LA TORMENTA. EL
DESCUBRIMIENTO](#)

[II. CIENTO SESENTA Y CUATRO. LA MUJER DE LA SALA](#)

[III. EL RETORNO. UN MUNDO LOCO. ¡DECIDLES QUE PAREN!](#)

[IV. LA VERDAD. SALIDA NOCTURNA](#)

[V. MARIPOSAS. DECISIONES. TÚ TAMBIÉN LO OYES](#)

[VI. LA CASA DEL LAGO. VISIONES. NOS ODIA](#)

[VII. LA TORMENTA. LA DECISIÓN. EMERGENCIA](#)

[VIII. LA BÚSQUEDA. JUEGO PERVERSO. UN OPROBIO SECULAR](#)

[IX. EL DESPERTAR DE LA PRIMAVERA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Sobre el autor](#)

*Para David
Estrella. Negra*

PRÓLOGO DEL AUTOR

La historia principal de esta novela es ficticia, como también lo son los lugares y las personas que encontramos en ella.

En cuanto a las historias secundarias, me gustaría poder decir que también son fruto de mi imaginación, pero lo cierto es que cada una de ellas tiene un trasfondo real. Todas remiten a acontecimientos que tuvieron lugar durante el año que dediqué a escribir esta novela.

Para la historia de Lucy Walker me inspiré en una instantánea de la fotógrafa belga An-Sofie Kesteleyn: una imagen que me resultó tan aterradora como los titulares que acompañan cada capítulo, todos ellos (a excepción del último) reales como la vida misma. Cabe mencionar, también, que todos estos apuntes de prensa se publicaron en un período de apenas cinco semanas.

Uno de los descubrimientos más importantes que he hecho en mi trayectoria como lector y autor de historias de misterio es que la realidad resulta siempre mucho más cruel que cualquier ficción.

«El lugar es aquí, el tiempo es ahora y el viaje al reino de las sombras,
del que ahora somos testigos, podría ser el nuestro».

ROD SERLING

The Twilight Zone

«No hay nada más peligroso que un niño que ha perdido la esperanza.
En la vida de un niño pueden darse momentos difíciles, pero nunca
tanto como para perder la esperanza».

ALFRED ADLER

Die Technik der Individualpsychologie

Children round the world
Put camel shit on the walls,
They're making carpets on treadmills
Or garbage sorting.
And it's no game.

DAVID BOWIE

I

LA GASOLINERA. CURVAS EN LA TORMENTA. EL DESCUBRIMIENTO

Patrick Landers descolgó el móvil a toda prisa, antes incluso de que la señal que anunciaba la entrada de un nuevo wasap dejara de sonar.

¡Por fin!

Pero en lugar de la cara de Su, lo que vio en la pantalla fue el logo de su compañía de teléfono y el mensaje *tarifas de otoño superrebajadas*.

—¡Mierda!

Dejó caer el teléfono sobre el asiento del copiloto. Aún le quedaba un buen trayecto por delante, y el cielo se oscurecía poco a poco como un siniestro presagio. Pisó el acelerador y miró por el retrovisor como si en él fuera a encontrar los rostros de las voces que resonaban en su interior.

—«... ya casi no habla...».

—«... como si fuera otra persona...».

—«... cambió repentinamente...».

—«... se comporta de un modo extraño, en cierto modo..., ¿cómo te lo diría?, en cierto modo siniestro; sí, eso es: siniestro».

—«Pensará que estoy loco, doctor, pero me da miedo».

Y al final, las palabras de su tutor de doctorado al teléfono: «No sé qué decirte, Patrick. Estoy tan desconcertado como tú. En los veinte años que llevo ejerciendo nunca me había encontrado con algo así».

Estas palabras resultaron especialmente duras para él. Después de oírlas decidió marcharse de allí, y en aquel preciso momento lamentó no haberlo hecho antes. ¿Por qué demonios iba a querer pasar una sola noche más?

La carretera trazaba una curva a la izquierda y rodeaba la deteriorada construcción de una central lechera abandonada hacía ya mucho tiempo. Después, por fin, podía verse el cartel del paso de montaña. Nadie salió a su encuentro, y tampoco vio a nadie tras él. La carretera estaba desierta. Desde que salió de la autopista, y poco después también de la carretera principal,

apenas se había cruzado con otros vehículos, y durante la última media hora había estado completamente solo. Aquello cambiaría de nuevo en primavera, cuando las autocaravanas de los turistas llenaran la angosta carretera e intentaran fatigosamente abrirse paso por ella para pasar las vacaciones haciendo senderismo o para disfrutar de unos días de parapente en la remota zona montañosa.

«Suponiendo que aún quede alguien que quiera venir hasta aquí».

El último rayo de sol desapareció entonces ante sus ojos, absorbido por un negro nubarrón que no auguraba nada bueno. Desde la tarde, el servicio meteorológico había estado advirtiendo acerca de fuertes ráfagas de viento e intensas lluvias en los lugares más altos. Una tormenta de otoño podía resultar especialmente peligrosa en estos estrechos y serpenteantes caminos de montaña.

Pero más que el clima, lo que a Patrick le preocupaba de verdad era saber lo que podía esperarle cuando llegara a su destino. El temor de que sus sospechas se confirmaran y él estuviera en lo cierto no le dejaba pensar en nada más.

Hacía unos años, Su le regaló una camiseta en la que ponía *Take it easy or easy takes you*. «Te pega», le había dicho; y cuantos conocían a Patrick sabían que era la pura verdad: no resultaba nada fácil lograr que Patrick Landers se alterara. Si bien es cierto que desde aquel día habían cambiado muchas cosas (Su y él llevaban ya un buen tiempo separados y la camiseta yacía en el fondo del armario de la ropa vieja), la frase seguía resultando de lo más adecuada. Y cuanto más tiempo pasaba, más adecuada se volvía. A sus treinta y cinco años había descubierto que las cosas suelen ser más inofensivas de lo que parecen. Siempre, claro está, que uno se acerque a ellas con el cuidado y la serenidad necesarios.

En esta ocasión, no obstante, parece que había infravalorado la realidad. Su le había prometido que llamaría, y en todos los años que hacía que la conocía jamás había incumplido una promesa. Pero ahora habían pasado tres días y Patrick seguía sin tener noticias de ella. Ni una llamada, ni un mensaje ni un wasap. Nada. Motivo más que suficiente para sentirse francamente preocupado y partir de la base de que había sucedido algo. Algo que quizá él podría haber evitado.

¿Por qué habría tardado tanto en decidirse? En lugar de llamarla infinidad de veces y esperar a que ella le devolviera la llamada, tendría que haberse puesto en camino cuanto antes. Si su suposición resultaba cierta, si al final

aquella hipótesis que había ido abriéndose paso en su interior hasta convertirse casi en una certeza, no era un error, no tenía tiempo que perder.

«Pero... ¿y si llego tarde?».

Ahuyentó aquel pensamiento que volvía a él una y otra vez, como un insecto, exasperante, y se frotó los ojos, que le ardían. Estaba agotado por el largo viaje y la angustiada noche anterior. Se la había pasado dando vueltas en la cama, atormentado por todas aquellas voces que aún lo perseguían.

—«... cambió repentinamente...».

—«... se comporta de un modo extraño».

—«... ¡siniestro!».

Habría dado lo que fuera por un café. Además, en su salpicadero acababa de encenderse la luz de la gasolina, lo cual indicaba que estaba en reserva. Calculó que le quedaba combustible suficiente para llegar a su destino, pero muy apurado.

Al final, la razón venció sobre la impaciencia y Patrick se detuvo en una gasolinera cuyo rótulo luminoso indicaba, en letras muy grandes, que la siguiente opción para repostar se hallaba a treinta kilómetros de distancia.

Sucedió que el rótulo se apagó justo en el momento en que lo estaba mirando, como una broma del destino, y cuando bajó del coche a toda prisa e introdujo la manguera en el depósito, el surtidor no reaccionó. Parecía desconectado, como el resto de las luces de aquella remota estación de servicio. Solo entonces se dio cuenta de que todo estaba a oscuras; incluso la casa que quedaba algo más allá.

En la puerta de entrada de la tienda, enfrentándose tercamente a los letreros de *Cruasanes frescos del día*, *Café para llevar* y *Revisión de neumáticos gratuita: diríjase a la caja*, podía verse colgado un cartelito que decía, en letra escrita a mano y con pulso tembloroso, *Cerrado temporalmente*.

Durante unos segundos, Patrick se detuvo ante la puerta. Había algo en ese mensaje que le inquietaba. Algo que no podía explicarse y que era más bien una intuición. «Se puede engañar a la vista, pero no al cosquilleo en el estómago», le había dicho alguien en la facultad de medicina... y la vida le había enseñado que esa frase no solo valía para los diagnósticos médicos.

Tal vez fuera la forma en que se había escrito el cartel. Garabateado apresuradamente, como si el dueño hubiera salido de la tienda a toda velocidad.

El viento empezó a soplar con fuerza, trayendo consigo un intenso olor a lluvia. Se oyó entonces un trueno, fortísimo, cercano y amenazador.

Patrick se apresuró a regresar a su coche y se alejó de la insólita gasolinera. Ya había perdido demasiado tiempo allí. Volvió a la carretera, haciendo caso omiso de su indicador de combustible, y siguió conduciendo.

Poco después, los edificios abandonados y con ventanas oscuras habían desaparecido de su espejo retrovisor. El mosquerío acurrucado contra una de aquellas ventanas le pasó desapercibido.

Estaba a pocos kilómetros de la carretera que conducía al paso de montaña cuando por fin estalló la tormenta. El oscuro e imponente nubarrón había devorado por completo el cielo de la tarde y mantenía su más lóbrega promesa. La ventisca se convirtió en vendaval y arremetió con tanta fuerza contra su Mercedes, que Patrick tuvo problemas para mantenerse en su carril.

Gruesas gotas de lluvia repiquetearon contra el parabrisas. Cada segundo que pasaba eran más, y por fin cayó un verdadero aguacero. Tras la cortina de agua era prácticamente imposible distinguir el camino.

No le quedó más remedio, pues, que bajar el ritmo. Maldiciendo, redujo de marcha.

Mientras avanzaba por la serpenteante carretera de curvas, esforzándose por ver algo a través de la cascada que su limpiaparabrisas trataba en vano de combatir, siguió pensando en la nota escrita a mano. En esa extraña e inquietante sensación que le sobrevino al verla. Como si hubiera alguna relación entre sus miedos y la gasolinera abandonada.

Era una tontería, por supuesto. Solo pensaba aquello porque estaba cansado, tenso y molesto. El agotamiento y el estrés pueden hacer que la gente se vuelva completamente paranoica.

Pese a que el sistema funcionaba a toda velocidad y las varillas nuevas de su limpiaparabrisas secaban perfectamente, apenas podía contrarrestar la ingente masa de agua que le estaba cayendo encima. Y justo ahora que el camino hacía pendiente y se volvía cada vez más sinuoso.

Exasperado, dio un manotazo al volante, aunque enseguida se obligó a recuperar la compostura y se esforzó por vencer la tentación de pisar el acelerador y tomar la siguiente curva a toda velocidad. Con ese temporal, el mero hecho de estar conduciendo por la carretera ya era suficiente temeridad. Apenas veía nada. Tras cada curva podía acechar un montón de resbaladizas hojas de otoño, o bien un pedregal que la tormenta hubiera liberado por la ladera rocosa.

Se frotó los ojos de nuevo y lanzó una rápida mirada al retrovisor. Seguía completamente solo. A la tenue luz del tablero de su coche, sus ojos parecían

los de un actor en una película de terror. Como los del doctor Jekyll, *después* de convertirse en *mister Hyde*.

Trató de calmarse con la idea de que pronto llegaría a la parte alta de la montaña. Llevaba años sin pasar por esa zona, pero recordó la plataforma con el mirador, que ofrecía una magnífica vista panorámica del valle. No bajo aquella lluvia, por supuesto, y tampoco de noche, pero Patrick sabía que a partir de allí solo faltaba media hora para llegar. Lo primero que haría sería...

Un solitario haz de luz refulgió sobre el parabrisas saturado de lluvia y se convirtió de golpe en un mar de luces cegadoras, mientras la palabra «¡moto!» resonaba como un grito en el interior de su cabeza.

Pisó el freno con tanta fuerza que por un momento pensó que iba a hacer un trombo y salir disparado de la carretera, pero unos metros más allá su Mercedes se detuvo, obediente, con un intenso chirrido de neumáticos. Temió que el conductor de la moto se precipitara contra él, pese a todo, pero al cabo de unos segundos se dio cuenta de que, en realidad, la luz no se movía.

Cegado por el foco de luz, entornó los ojos para tratar de ver algo a través del torrente de lluvia y de los limpias que se movían, testarudos, de un lado a otro del cristal. Tenía el corazón en un puño.

Se había equivocado. Por lo que alcanzaba a distinguir, aquello que quedaba a su lado izquierdo en la carretera no era una moto, sino un automóvil al que solo le funcionaba un faro.

—¡Lo que me faltaba!

Patrick apagó el motor y puso los cuatro intermitentes, aunque en ese lugar y a esa hora no tenía ningún sentido hacerlo. Las curvas eran tan cerradas que apenas podía verse nada a más de cincuenta metros. Sabía que tenía que asegurar su coche con un par de triángulos de señalización, pero como llevaba conduciendo una eternidad y no había visto ningún otro coche, decidió saltarse las reglas y empezar atendiendo al conductor de aquel vehículo, presumiblemente herido o accidentado. Quizá incluso estuviera acompañado...

Cogió su linterna de la guantera y se metió el móvil en el bolsillo. Se subió la capucha de la chaqueta y salió del coche.

Solo entonces comprendió la magnitud de la tragedia: la parte delantera del Audi estaba chafada como un acordeón. El vehículo debió de salirse del carril derecho y chocar con la pared rocosa por el lado del conductor. Así lo daban a entender la multitud de abolladuras y arañazos que tenía en el lateral, y el hecho de que apenas le quedara pintura plateada en esa zona. Después, el conductor debió de cometer el error de dar un volantazo. Los bolardos de

piedra que marcaban el límite de la carretera frenaron en seco su movimiento y aplastaron el coche por el lado del copiloto, como si de una lata de cerveza vacía se tratara.

Patrick se quedó observando el capó del vehículo, que se había quedado medio abierto y confería al automóvil la apariencia de una inquietante sonrisa torcida. Respiró el aire frío de la noche, distinguió el olor a gasolina derramada y se preparó para ver algo terrible. Entonces corrió hacia el coche, sujetándose la capucha con una mano, pues el viento amenazaba con arrancársela de la cabeza.

Los cristales que había sobre el asfalto crujieron bajo sus pies. A excepción de la luna delantera, que se hundía hacia el interior del vehículo como si de una enorme vidriera se tratara, todas las demás ventanas habían estallado en mil pedazos. Fue así como, ya de lejos, pudo ver que había una mujer en el asiento del copiloto. Tenía la cabeza inclinada sobre el hombro derecho y su larga melena rubia le tapaba la cara.

—¿Hola? —gritó, intentando hacerse oír más allá del vendaval y la lluvia, pero no obtuvo respuesta.

Se acercó y miró hacia el interior del coche. A la luz de su linterna pudo ver que el pecho de ella subía y bajaba, débilmente pero con regularidad, y él mismo respiró, aliviado. A su lado no había nadie.

—Hola, ¿puede oírme?

La mujer no reaccionó. Estaba inconsciente, y Patrick se preguntó cuánto rato habría pasado desde el accidente. En la parte delantera del Audi no había vaho subiendo y abriéndose paso entre la lluvia, así que el motor debía de llevar ya un tiempo frío.

Patrick vio que el tronco de la mujer estaba cubierto de sangre reseca, pero no fue capaz de distinguir si sus piernas estaban bien o no. El airbag le cubría la parte inferior del tronco, como una sábana.

Trató de abrir la puerta, pero no pudo. No era de extrañar, pues el marco y la carrocería estaban completamente deformados.

Sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta y marcó el número de emergencias. Tuvo que tocar la pantalla mojada varias veces antes de que esta reaccionara al tacto.

El operador que le atendió respondió tras el segundo tono. Tenía una voz amable y tranquilizadora. Sin embargo, en cuanto Patrick empezó a describirle la ubicación aproximada del accidente, fue poniéndose nervioso. No parecía tener ni idea de dónde se hallaba exactamente ese paso de montaña, y, por tanto, tampoco el hospital más cercano.

—Lo más probable es que el equipo de rescate de montaña envíe un helicóptero al lugar de los hechos —dijo finalmente—. Puede que tarden un poquito más de lo que quisiéramos, pero evidentemente se darán toda la prisa posible. Por favor, no se mueva usted de allí —poco a poco, el operario fue recuperando su tono rutinario—. Y dígame, ¿ha asegurado la zona?

Patrick iba a decirle que lo haría en cuanto colgara el teléfono, pero justo en aquel momento la mujer del coche se movió. Debía de haber recuperado la consciencia al oír su voz...

Quizá solo estuviera dormida, se le ocurrió pensar a Patrick. Si llevaba varias horas ahí atrapada, era probable que así fuera. No deberíamos pensar siempre lo peor...

—De acuerdo, hágalo —oyó decir a aquel hombre que lo escuchaba desde algún centro de emergencias, calentito y seco, mientras él, empapado y helado de frío, sentía el viento huracanado silbándole en las orejas—. Pero tenga usted cuidado y no corra ningún peli...

Patrick no pudo oír el final de la frase, pues justo en ese momento la mujer ladeó la cabeza y él pudo verle la cara.

—¡Por el amor de Dios, no me lo puedo creer! —exclamó, dejando caer la mano en la que llevaba el móvil—. ¿Laura?

Ella movió los labios y trató de decir algo, aunque su voz era demasiado débil como para hacerse oír por encima de la tormenta. La mitad derecha de su cara estaba cubierta de sangre reseca y su melena rubia se había enredado en torno a una herida abierta. Unos regueros de sangre marronosa le bajaban por la sien y la mejilla, y su tez estaba amarillenta debido a la conmoción y el frío. Parecía un cadáver.

Patrick se guardó el teléfono en el bolsillo a toda velocidad e intentó una vez más en vano abrir la puerta del conductor.

—Laura, ¿puedes oírme? —Se inclinó hacia ella, moviendo una mano frente a su cara—. ¡Laura!

Los ojos de ella se movieron de un lado a otro, desorientados, como los de alguien que hubiera sido despertado de un sueño especialmente intenso y tuviera que ubicarse de nuevo en la realidad. Por fin se fijó en la mano y después en él.

—¿Pa-trick?

Su voz no era más que un suspiro, pero lo había reconocido. Buena señal.

—Tranquila, los servicios de rescate están a punto de llegar. ¿Te duele mucho?

Ella volvió a mover los labios pero no logró pronunciar palabra alguna. Entonces echó la cabeza hacia atrás, hacia el respaldo del asiento, y sus ojos empezaron a moverse rápidamente de un lado a otro.

—¡No te duermas, Laura! ¡Aguanta despierta! El médico de urgencias está a punto de llegar. —Pronunció aquellas palabras en un tono muy alto, pero no estaba seguro de que ella pudiese oírlo—. Voy a alejarme un momento para asegurar la zona, ¿me oyes? Solo tardaré unos minutos.

Ella había cerrado los ojos y parecía que había vuelto a perder el conocimiento. Lo más probable es que tuviera una conmoción cerebral y hubiese perdido mucha sangre.

Patrick decidió que no tenía sentido examinarla mientras siguiera atrapada en el coche. No le quedaba más opción que esperar a la ambulancia. O al helicóptero. Suponiendo que fueran a encontrarlos, ahí en medio de la nada.

Se mordió el labio inferior y se dio cuenta de que estaba temblando, y no solo por el frío. Tenía los nervios a flor de piel. El tiempo corría en su contra.

«¡Haz el favor de controlarte! Eres médico; ¡compórtate como tal!».

Tenía que pensar. No podía dejar a Laura ahí sola, pero tampoco podía perder el tiempo. Si a Su le hubiese pasado algo...

Una idea lo asaltó de pronto. ¿Y si Laura se hubiese marchado precisamente por eso? ¿Era posible que hubiese dejado sola a Su porque...?

«Pensará que estoy loco, doctor, pero me da miedo».

Movió la cabeza de un lado a otro para ahuyentar aquella idea y fue hacia su Mercedes. Cogió el triángulo reflectante del maletero y corrió bajo la lluvia hasta llegar al final de la curva. Lo puso en el suelo y volvió a toda prisa hasta el coche de Laura.

Ella seguía allí inmóvil, con los ojos cerrados. Patrick le tomó el pulso y vio que estaba algo acelerado, pero uniforme. Sus párpados temblaban como si estuviera teniendo una pesadilla.

Para asegurar la curva de arriba, necesitaba el triángulo del coche de ella. Por suerte, la parte trasera de su vehículo estaba mucho menos perjudicada que la delantera..., pero resultó que el maletero, como la puerta del copiloto, tampoco podía abrirse. Patrick lo intentó varias veces, estirando y empujando y dándole golpes, pero al final tuvo que desistir. Corrió de nuevo hasta su coche y cogió una llave inglesa.

El viento le atravesaba la ropa, estaba calado hasta los huesos y apenas notaba los dedos por el frío.

Al cabo de varios intentos logró abrir el maletero, y un hedor insoportable le golpeó en la cara. En la oscuridad no pudo ver bien lo que había ahí dentro,

pero el olor a podrido y excrementos era abrumador.

Le sobrevino una arcada, dio un paso atrás y volvió a sacar la linterna que guardaba en el bolsillo de su chaqueta. Esperándose lo peor, la encendió y... se quedó petrificado.

Unos ojos muy abiertos parecían mirar fijamente a los suyos, destrozados por el horror. Era una mirada rota, aterrorizada, estupefacta y al tiempo colérica. Después vio el cráneo abierto y la masa grisácea de un cerebro desparramado, incapaz ya de pensar o sentir nada. Una masa inerte. Nada más.

Retrocedió unos pasos, tambaleándose, tropezó y cayó al suelo. La linterna también rodó a su lado, chocó contra una roca y se apagó.

El estómago se le contrajo. Vomitó. Ni siquiera se dio cuenta de que el vómito le caía por la chaqueta y los pantalones.

Al cabo de un rato logró recomponerse mínimamente: la tensión y las náuseas remitieron, y se incorporó como un borracho. Avanzó con torpeza, con las rodillas temblorosas, junto al desvencijado vehículo.

Cuando llegó al asiento de Laura, esta había vuelto a abrir los ojos y lo miraba. Las lágrimas le caían por las mejillas.

—Lo sien... lo siento... Yo... no... quería...

Su voz no era más que un susurro, pero él logró entenderla y un escalofrío lo atravesó por dentro.

—¿Su sigue allí? —preguntó con voz áspera. Se aferró al techo del coche para no perder el equilibrio—. ¡Respóndeme, Laura, tengo que saberlo! ¿Su sigue allí?

Notaba las rodillas tan débiles que pensó que iba a derrumbarse en cualquier momento.

Los ojos de Laura se abrieron, aterrorizados.

—¡No... no vayas... allí! —exclamó. Esta vez habló más fuerte, lo cual, obviamente, le supuso un enorme esfuerzo—. No puedes... Yo...

De pronto se quedó sin fuerzas. Sus ojos se abrieron de par en par y se pusieron unos segundos en blanco, pero poco después volvieron a posarse en Patrick. Estaba luchando por no perder de nuevo el conocimiento. No había duda de que quería advertirle de un peligro...

Él se apartó del coche y se alejó tambaleándose hacia su Mercedes. Oyó gemir a Laura a sus espaldas.

Subió a su coche, cerró la puerta y pisó el acelerador, alejándose de allí a toda prisa, bajo la tormenta.

II

CIENTO SESENTA Y CUATRO. LA MUJER DE LA SALA

«Desolador» fue la primera palabra que a Robert Winter le vino a la cabeza cuando las puertas del ascensor se abrieron ante él. Apenas bajaba al sótano de la clínica. Su despacho estaba en el segundo piso, donde, al contrario que aquí abajo, al menos tenía luz natural.

Avanzó por el largo pasillo, que emanaba un fuerte olor a desinfectante. Una mezcla de alcanfor, amoníaco y aroma de limón, contra el que solo unas ventanas podrían haber hecho algo. Las paredes de cal blanca con los zócalos de acero aparecían frías bajo las luces halógenas. Había puertas a ambos lados: solo tenían pomos por la parte de fuera y solo se abrían pulsando un código de seguridad.

Algunos días podían oírse gritos, llantos o risas enajenadas al otro lado de las puertas, pero no así aquella mañana. Aún era demasiado pronto. Los pacientes de esa ala aún dormían, abotargados en gran parte por los sedantes que se les proporcionaban.

Bennell se acercó a él desde el otro lado del pasillo. Había pasado más de un año y medio desde la última vez que lo vio, y Robert tuvo la sensación de que en aquel tiempo había envejecido más de la cuenta. La forma de andar del policía seguía siendo la propia de un corredor de fondo, pero las arrugas de su rostro eran más profundas junto a la nariz y la boca, y su pelo corto estaba ya totalmente gris. Bajo la luz de los halógenos parecía casi blanco.

Frank Bennell debía de haber superado ya de largo los sesenta y le faltaba muy poco para disfrutar de la merecida jubilación. Hasta entonces seguiría siendo el sabueso al que se le encargaban los casos más complicados. Tenía lo que suele llamarse un sexto sentido, una intuición con la que se nace; algo que no se puede enseñar. Su instinto criminológico le había hecho merecedor del máximo respeto y consideración por parte de sus superiores, y sobre todo de sus colegas más jóvenes. El número de casos resueltos por Bennell era tan elevado que la mayoría de sus compañeros palidecían de envidia al verlo.

Sin embargo, él nunca se había vanagloriado de sus logros. Más bien al contrario: su grandeza radicaba en que conocía bien sus límites y sabía pedir ayuda cuando la necesitaba para avanzar en un caso. Así fue como empezó su colaboración con Robert hacía unos años. Un criminalista llegaba más lejos trabajando con un psicólogo, pues se complementaban en la exploración de los matices más oscuros del ser humano.

—Gracias por venir tan rápido —le dijo Bennell cuando se encontraron a la mitad del pasillo—. Lamento haberte sacado de la cama tan pronto, y más aún en vacaciones. —Le tendió un vaso de cartón humeante—. Solo y sin azúcar, ¿verdad?

—¿Un café y una disculpa? Debe de tratarse de una verdadera urgencia.

Bennell sonrió y asintió.

—Ya lo creo que sí. He oído muchas locuras en mi vida, pero esta de ahora...

Enmudeció, y la expresión de su rostro dio a entender que el asunto era grave. Además, sus ojeras parecían indicar que había pasado la noche despierto. Ni siquiera había tenido tiempo de afeitarse.

Robert no pudo evitar pensar en su última colaboración: el asesino del martillo. Un corredor de bolsa de unos cincuenta años con unas alucinaciones psicóticas fruto del estrés al que estaba sometido. De vez en cuando oía voces en su interior que lo animaban a visitar las casas de unos seres con aspecto humano y cabeza de cerdo que pretendían provocar una crisis financiera mundial. Cuando eso sucedía, el tipo cogía un martillo de su caja de herramientas y salía a detener a aquellos monstruos. Cuando lo apresaron había matado ya a golpes a nueve hombres y cuatro mujeres. Los asesinatos eran aparentemente arbitrarios (más allá de la lógica delirante de su autor), y después de cada uno de ellos él volvía a su vida, a su rutina, y no recordaba nada de lo que había hecho, lo cual complicó enormemente la investigación. Era como si su mente presionara el botón de reinicio después de cada ataque, había dicho el hombre, y Robert le había creído. El cerebro es capaz de todo, y especialmente si está fuera de control.

Aquel caso resultó ser agotador. ¿Cómo era posible que Bennell le dijera que el que ahora le ocupaba era peor?

Cogió el café y siguió al policía por el pasillo.

—¿A qué nos enfrentamos? Tu ayudante parecía estar encubriendo un secreto de Estado.

—No es culpa suya —respondió Bennell—. Tuve que pedirle que no dijera nada por teléfono, pues la fiscalía ha impuesto un estricto secreto de

sumario. Todavía no se ha filtrado nada, pero es solo cuestión de tiempo que los medios se enteren del asunto. Si para entonces no tenemos resultados, se va a armar la de Troya. Es por eso por lo que necesitamos respuestas lo antes posible.

Entraron en una pequeña habitación en la que un joven regordete estaba sentado frente a un ordenador portátil. Observaba concentrado la pantalla, en la que podía verse una retransmisión. La imagen parpadeaba, aparecía y desaparecía, pero Robert pudo reconocer la mesa de la sala que quedaba justo al lado, y a una mujer y a una enfermera sentadas una frente a otra.

—Este es Markus Lipinski. Lipinski, el doctor Winter —dijo Bennell, presentándolos—. Lipinski se encargará de grabar tu conversación.

—Buenos días, doctor. —Lipinski se quitó los auriculares y asintió con la cabeza—. Esto enseguida estará listo. Lo siento, pero el sistema de cámaras de su clínica es bastante antiguo.

—No solo el sistema de cámaras —le respondió Robert—. Pero dígaselo al Ministerio de Salud.

Lipinski sonrió antes de volver a ocuparse del monitor parpadeante y de intentar nuevamente estabilizar la transmisión de la imagen.

Bennell se sentó junto a una mesa auxiliar en la que había varias carpetas e indicó a Robert que se sentara frente a él.

—Venga —dijo Robert, tomando asiento—. Dispara.

—Está bien... —asintió Bennell, frotándose la perilla—. Voy a intentar explicártelo todo, aunque me temo que no será fácil.

Cogió la carpeta de encima de la mesa y la abrió. Robert vio que era un informe de la policía.

—Ayer, a las SIETE Y VEINTITRÉS, recibimos una llamada de socorro —dijo Bennell—. Un tal Patrick Landers informó de un accidente en un paso de montaña, a unos sesenta kilómetros de aquí. Los de atención telefónica llamaron inmediatamente a los servicios de emergencias, que llegaron al lugar del accidente unos cuarenta y cinco minutos después.

Robert arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Cómo que cuarenta y cinco minutos después? ¿Por qué tardaron tanto?

—Bueno, el helicóptero que salió al rescate tuvo que dar media vuelta por culpa de la tormenta, y los bomberos tardaron un rato en dar con el lugar exacto del accidente.

Bennell le mostró una fotocopia que extrajo del informe: se trataba de un fragmento de un mapa. Robert lo miró, pero no supo decir a dónde

correspondía. Él no era de esa zona y jamás había veraneado en la montaña. Jeanette y los niños preferían el mar y la playa.

—El caso es que al final dieron con el coche —siguió diciendo Bennell—. Tardaron un buen rato en sacar a la conductora de entre la chatarra. Parece que perdió el control del vehículo bajo la lluvia, aunque lo cierto es que tuvo suerte. Estaba muy débil, pero, más allá de un corte importante y una leve conmoción cerebral, no tenía ninguna otra herida.

Robert señaló a la pantalla parpadeante.

—Supongo que esa es la mujer, ¿no?

Lipinski y Bennell asintieron casi a la vez. Obviamente eran un equipo bien avenido, como también lo fue el de Bennell y el predecesor de Lipinski, quien pidió su traslado a oficinas inmediatamente después del caso del asesino del martillo.

En aquel momento Bennell abrió una segunda carpeta con los datos personales de la susodicha.

—Por ahora sabemos que su nombre es Laura Schrader —dijo—. Sus padres tienen una casa a pocos kilómetros de la escena del accidente, y nos ha dicho que ayer venía de allí. El coche que conducía está a nombre de un tal Boris Schumann. —Señaló un punto minúsculo en el mapa—. Schumann regenta un pequeño supermercado en este pueblo, muy cerca de la casa de los padres de la señorita Schrader. No sabemos por qué ella conducía el coche de él, pero nos parece bastante sorprendente, puesto que apenas tres días antes había alquilado uno —tocó con su dedo índice unas líneas en las que aparecía el nombre de Laura Schrader—, y además en su pueblo natal, que queda a unos doscientos cincuenta kilómetros de aquí. Lo sabemos por los *mails* que hemos leído en su teléfono. Y hemos comprobado que el vehículo no ha sido devuelto. Así pues, resulta que alquila un coche para sus vacaciones, con una compañía que se compromete a ponerle un vehículo de sustitución en cuestión de horas en caso de que el suyo sufra una avería, y, sin embargo, ella decide salir con el coche de otra persona. La pregunta es ¿por qué?

—¿Quizá necesitara salir rápido y el coche de sustitución tardara demasiado en llegar, dadas las condiciones meteorológicas, o la carretera?

—Yo pensé lo mismo —dijo Bennell—, pero resulta que el dueño de la compañía no ha sido informado de ninguna avería en el vehículo que alquilaron a la señorita Schrader.

Robert cogió la carpeta y leyó los datos de Laura Schrader. Treinta y dos años, soltera, *project manager* de una agencia de *marketing* y publicidad.

—Vale, de modo que no hay avería. Supongo, no obstante, que este no es el motivo por el que me has sacado de la cama, ¿verdad?

Bennell dejó escapar una risa algo seca.

—No, pero he pensado que lo mejor que podía hacer era empezar con la parte más sencilla de la historia: aquella que en cierto modo puede parecer lógica.

De nuevo volvió a sacar algo de debajo de su informe. Parecía un jugador de cartas que poco a poco iba revelando su mano. Esta vez fue la foto de una pistola alargada y pasada de moda.

—La encontraron al sacar a Laura Schrader del coche. Estaba a los pies del asiento del copiloto. Una Luger 08. Un modelo superantiguo, registrada a nombre de Bernhard Jacobs. Vive a una calle del supermercado de Schumann. El arma es legal. El tipo es cazador y tiene licencia de armas. Pero ¿qué hacía este viejo trasto en un coche con Laura Schrader? —Miró a Robert un momento, como para darle tiempo para reflexionar sobre esa pregunta, y luego continuó—: Además, la pistola fue utilizada. El cargador está vacío.

—¿Cuántas balas?

—Máximo ocho, suponiendo que no la recargaran. Y... bueno, también encontraron otra cosa.

Esta vez Bennell titubeó antes de volver a coger la carpeta. Miró a Robert como pidiéndole disculpas y se aclaró la garganta.

—Esta no es una imagen agradable, te lo advierto.

Robert tomó la foto que Bennell le tendió. Llevaba ya muchos años de actividad profesional y había trabajado en infinidad de casos forenses, de modo que estaba acostumbrado a ver fotos de escenas de crímenes. Además, la mirada angustiada de Bennell le hizo prepararse para ver algo especialmente desagradable. Pero lo que vio fue peor de lo que esperaba. Le devolvió la foto a Bennell con una mueca de disgusto.

Bennell asintió compasivamente.

—El nombre de la niña es Mia Landers. Tenía ocho años. Estaba en el maletero del coche. Según los forenses, la abertura en el cráneo es una herida de bala.

El nombre hizo que Robert quisiera tomar asiento.

—¿Landers? ¿Como el que llamó a emergencias?

—Sí, Mia es, o mejor dicho era, su hija. Y Laura Schrader es la cuñada de Patrick Landers. Excuñada, para ser exactos. Estuvo casado con su hermana mayor, Susann, hasta hace cuatro años. Resulta insólito que se encuentren justo en este momento, ¿verdad?

Robert señaló la foto de la pistola.

—¿Se trata del arma homicida?

—Los de homicidios lo están investigando —respondió Bennell—. Pero yo creo que no. Para hacer algo así se necesita un calibre más grande. Incluso para el cráneo de un niño.

—¿Qué dice Landers al respecto?

Bennell se encogió de hombros.

—No lo sabemos, porque aquí comienza la parte más inexplicable de la historia. Así que relájate y créete lo que te digo, aunque te resulte difícil.

Volvió a mirar a Robert de aquel modo extraño que tan poco le había gustado antes. Era una mirada nueva, nada propia en él: algo insegura, como intimidada.

—Lo que está claro es que la llamada de socorro se hizo desde el móvil de Patrick Landers y que la persona que llamó se presentó con su nombre —dijo Bennell—. No podemos estar al cien por cien seguros de que fuera él, evidentemente, pero nada nos lleva a pensar lo contrario. Según el localizador de su móvil, estuvo hasta primera hora de la tarde en su consulta, que se encuentra en el mismo barrio en el que viven también Laura Schrader, su exmujer y su hija. —Como si quisiera reafirmar su declaración, Bennell puso los datos personales de los cuatro sobre la mesa, uno al lado del otro, y continuó—: Landers salió de su consulta a las cinco y cuarenta y cinco. Por el camino llamó varias veces al número de su exesposa, que por lo visto hacía tres días que se había ido a la casa de la montaña con su hermana. O al menos eso es lo que indica el localizador del móvil de ella.

—¿Sabemos lo que quería Landers de su esposa?

—Exesposa —le corrigió Bennell—. Y no; ella no contestó a ninguna de las llamadas. Estamos esperando a que nos concedan la orden judicial para acceder a los registros de su móvil, y entonces probablemente sabremos por qué Landers quería contactar con ella con tanta urgencia y por qué decidió finalmente ir a verla. Porque lo más probable es que aquel día se dirigiera a la casa de la montaña. Su última conversación telefónica fue la que mantuvo con la central de emergencias, y esta quedó interrumpida.

—¿Sabemos por qué?

—El operador que lo atendió dijo que Landers había lanzado una exclamación de sorpresa. Seguramente reconoció a su cuñada en el automóvil.

—Aun así, es extraño que interrumpa por eso la conexión.

—Tienes razón. El caso es que, apenas unos minutos después, subió de nuevo a su coche y se marchó hacia la casa de la montaña. A partir de ahí perdemos la señal del localizador de su móvil. El valle a los pies de las montañas no es más que un agujero sin conexión. No hay ni una sola antena de alta potencia en un espacio de diez kilómetros a la redonda, así que, en este caso, nuestro afán de protección del medio ambiente frustra rotundamente nuestra investigación. Un gran golpe.

—O sea que Landers ha desaparecido —dijo Robert.

—Exacto. —Bennell asintió lentamente, mirando a Robert a los ojos—. Landers ha desaparecido. Pero no solo él.

—¿Quién más?

En lugar de responderle, Bennell siguió mirándolo fijamente. Parecía estar tratando de escoger las palabras adecuadas.

—Esto ya está —dijo Lipinski en aquel momento, poniéndose de pie—. Puede empezar cuando quiera.

—Sí, gracias —dijo Bennell, sin apartar la vista de Robert—. Enseguida nos ponemos.

Lipinski asintió y se fue hacia la puerta.

—Voy a por otro café. ¿Alguien quiere?

Robert negó con la cabeza, pero Bennell levantó dos dedos.

—Tráenos dos vasos más, por favor. —Miró a Robert fijamente—. Créeme, necesitarás un montón de café hoy. Esto nos llevará un buen rato.

Lipinski asintió, como para confirmar las palabras de su superior, y salió de la habitación.

—¿Y bien? Dime qué pasó —inquirió Robert.

Bennell bajó la vista hacia la mesa y frunció el ceño, pensativo. Cuando por fin volvió a mirar a Robert, sus ojos habían adquirido un brillo extraño. El psiquiatra conocía esa expresión. La había visto antes en algunos de sus pacientes. Los que decidían compartir con él su locura.

«Está bien; aparte de mi credibilidad, no tengo nada que perder», parecía decir esa mirada.

—Ya te he advertido de que toda esta historia puede parecer un sinsentido, ¿verdad? —dijo Bennell, respirando profundamente—. Pues bien, el caso es que el coche de Patrick Landers ha sido encontrado, con las puertas abiertas y las luces encendidas, frente al supermercado de Schumann. Sin embargo, no hay ni rastro de su conductor. —Hizo una breve pausa y luego continuó—: Ni de él ni de nadie más en todo el pueblo.

—¿Cómo dices? —Robert lo miró, estupefacto.

—Ciento sesenta y tres personas, según el censo de la población —dijo una voz detrás de él. Lipinski había vuelto y dejó los dos vasos de café sobre la mesa.

—Ciento sesenta y cuatro, si contamos a Landers —agregó Bennell.

Robert soltó una risita incrédula.

—¿Me tomáis el pelo?

—Espero que no te disgustes, pero para tomarte el pelo no habríamos montado algo tan complejo —le dijo Bennell, muy serio—. Tenemos activados a todos nuestros equipos de búsqueda, que se han pasado toda la noche peinando el área. Hay ciento sesenta y cuatro personas desaparecidas. Hombres, mujeres, niños.

—Pero ¿cómo puede ser?

—Para eso estamos aquí: para descubrirlo —dijo Bennell—. Por el momento presuponemos que todas esas personas siguen por la zona, ya que, aparte de Laura Schrader, no tenemos constancia de que nadie hubiera querido salir del pueblo. Nuestro mayor problema es que se trata de una antigua región minera, lo cual significa que cuenta con más galerías que un queso suizo con agujeros. Pero toda esa gente no puede haberse evaporado. Nuestra hipótesis es que esas personas siguen en el pueblo, escondidas en una o varias de las galerías.

Bennell cogió uno de los cafés, le dio un sorbo e hizo una mueca. Robert lo miró preocupado. Juntos habían resuelto un buen número de casos espectaculares. No solo el del asesino del martillo, sino también el de la mujer que robaba bebés de los cochecitos en los parques, o el del asesino de mujeres necrófilo, o el del hombre que había castrado y matado a varios niños porque Jesús se lo había ordenado... Con cada uno de esos casos se habían visto sometidos a una enorme presión, porque de su actuación dependía que hubiera nuevas víctimas o no. En todos ellos habían tenido que descubrir los motivos del agresor con la máxima celeridad, y lo cierto es que siempre lo habían logrado, principalmente gracias a la investigación decidida e inquebrantable de Bennell.

Pero ahora Robert tenía la sensación de estar sentado frente a un Frank Bennell irreconocible. Uno que dudaba de sí mismo y del éxito de su misión.

—¿Y no podría ser que hubiera una explicación lógica? ¿Algo sencillo? —preguntó Robert—. Quiero decir, tal vez todo el pueblo se haya puesto de acuerdo para hacer un viaje en grupo. Tres autocares grandes deberían ser suficientes para...

—¿Te refieres a una salida en masa, como se hacía antes durante las procesiones de los pueblos? No, no. —Bennell negó con la cabeza y se frotó las sienes—. Mira, Robert, de joven leí muchas historias sobre fantasmas y había una que siempre me fascinó especialmente: la historia de *Mary Celeste*, un buque de carga que se encontró flotando en medio del Atlántico a finales del siglo XIX; los barriles estaban llenos de vino y las provisiones seguían a bordo, pero no había ni rastro del capitán, su esposa, su hija o el resto de la tripulación. Hay docenas de teorías sobre lo que pudo haber sucedido. Lo más probable es que abandonaran el barco por miedo a que se hundiera, tal vez por un maremoto o, como apuntaba la teoría más audaz, por haber visto algún tipo de monstruo marino. La consideración más lógica, probablemente, es que se tratara de algún tipo de fraude y que la tripulación hubiera escapado en un bote salvavidas y se hubiera hundido. Hay docenas de teorías, como te decía, pero la verdad nunca se ha descubierto: nadie sabe lo que pasó. Tan solo se encontró un barco enorme y abandonado, completamente desordenado, como si un grupo de vándalos hubiera estado registrando la nave.

—¿Y en qué te recuerda este caso a la desaparición de todo un pueblo?

Bennell miró la carpeta con los archivos antes de abrirla de nuevo y rebuscar entre las fotos que contenía. Por fin sostuvo dos fotografías entre sus dedos, pero vaciló. Miró a Robert de nuevo. Estaba francamente pálido.

—Cuando nuestra patrulla llegó al pueblo, las casas y las calles estaban patas arriba, por decirlo de un modo poco agresivo —puntualizó—. Y había manchas de sangre. Parecía como si los habitantes del pueblo hubieran estado atacándose entre sí.

Le tendió las dos fotos a Robert. Una mostraba una lavadora con varias prendas de ropa tendidas en el suelo, como si alguien las hubiera tirado ahí, descuidadamente. El aparato estaba abierto y tenía una caja de detergente encima, volcada. También había un montón de polvo blanco en el suelo. En la segunda foto se veía una mesa puesta para la cena. El mantel estaba torcido; los platos, la cesta de pan y una fuente con salchichas, verduras y queso se habían caído al suelo, y las sillas también estaban volcadas.

—Aquí está mi comparación con la historia del *Mary Celeste* —dijo Bennell—. Bueno, y luego está el arma y la niña muerta en el coche de Laura Schrader. Un coche que en realidad pertenece a uno de los desaparecidos.

Robert asintió. Todo eso sonaba realmente extraño, pero, a diferencia de Bennell, a él no le habían contado historias de fantasmas en su juventud y, como hombre racional, estaba convencido de que había una explicación lógica para todo eso, sin importar cuán absurda pudiera parecer.

—Creo que esta mujer sabe lo que pasó —continuó diciendo Bennell, mientras señalaba la pantalla con un dedo—, y estoy seguro de que eres la persona adecuada para obtener las respuestas que necesitamos. Tus colegas dicen que la señorita Schrader está en *shock*. Probablemente por eso nada de lo que nos ha dicho hasta ahora tiene sentido. No para un hombre de mi edad, que ya no cree en las historias de fantasmas de su juventud.

—¿Qué os ha dicho exactamente?

—Que ahí fuera hay alguien que nos quiere a todos muertos —dijo Bennell.

—¿Eso es todo? ¿No ha dado más detalles?

—Bueno, para eso estás tú aquí. —Bennell suspiró—. Ella dice que se trata de monstruos.

Robert se levantó y se acercó a la pantalla. La mujer estaba sentada en una silla, con los codos apoyados en la mesa y la cara enterrada entre las manos. También había una enfermera, sentada de espaldas a la cámara, frente a ella. Parecía absorta en la lectura de un libro electrónico.

—Vosotros ya habéis hablado con ella —dijo Robert, mirando a Bennell, que se puso a su lado—; ¿te parece que su trastorno mental es auténtico?

—Tú eres el experto en traumas; averígualo, por favor. —Bennell le lanzó una mirada inexpresiva—. En el caso del asesino del martillo yo estaba absolutamente seguro, y todo lo que necesitaba era que me ayudaras a demostrarlo profesionalmente. Pero en este caso... En este momento no tenemos más que un amasijo de hechos que no coinciden, y que, sin embargo, parecen estar relacionados. Debemos averiguar qué le sucedió a toda esa gente, y, al menos mientras no encontremos ninguna pista, tú eres mi única esperanza.

—De acuerdo, voy a hablar con ella. Pero no esperes milagros.

—Me temo —dijo Bennell— que eso es precisamente lo que espero de ti. Necesitamos un maldito milagro.

Y dicho esto precedió a Robert por el pasillo, hasta la puerta de la sala de interrogatorios.

Bennell tecleó el código de acceso y se volvió hacia Robert.

—Hay algo más que deberías saber —dijo en voz baja—: cuando sacaron a Laura Schrader del coche tenía la ropa cubierta de sangre seca. Ella se había hecho un buen corte en la frente, pero el médico de la ambulancia aseguró que era imposible que hubiera sangrado tanto. Puede que la sangre fuera de la pequeña del maletero, pero también puede que fuera de otra persona. No sabremos nada hasta que el laboratorio haya analizado su ropa.

Robert asintió, comprendiendo.

—Quieres decir...

—Que deberías tener cuidado —concluyó Bennell—. *In dubio pro reo*, como dicen. Lo más probable es que Laura Schrader no sea solo una testigo

Phnom Penh

CAMBOYA

—¡Venga, vamos! ¡No te entretengas!

El padre de Kannitha la estiró del brazo y ella lo siguió a trompicones, sin dejar de mirar los escaparates junto a los que iban pasando. Le habría encantado detenerse a observar la infinidad de cosas que había por descubrir en cada uno de ellos.

Estaba terriblemente emocionada. ¡Qué grande era la ciudad! Toda esa cantidad de tiendas, letreros, personas, coches y ciclomotores... Había vendedores ambulantes empujando carretillas llenas de sandías; puestos de comida que emanaban un delicioso aroma a sopa picante, verduras, arroz y carne asada en cada esquina, y carritos con helados de mil colores que despertaron la curiosidad de Kannitha: ¿le gustaría a ella probar algo tan frío?

¿Y toda esa cantidad de tiendas de ropa con sus prendas tan bonitas? En cada una sonaba una música distinta a todo volumen, y la calle se llenaba de sonidos mucho más fuertes que los que emitía el pequeño transistor que tenía en casa. Canciones que nunca antes había escuchado. La mayoría cantadas en un idioma extranjero. Kannitha supuso que sería inglés.

Una de esas canciones le gustó especialmente. La mujer que la cantaba tenía una voz chillona, como de ratón, y decía «¡hey!» al acabar cada estrofa, lo cual le pareció francamente divertido. A Kannitha le habría gustado ponerse a bailar, pero sabía que no era posible porque tenían prisa y su padre no dejaba de tirarle del brazo.

Sus hermanos mayores le habían hablado mucho sobre la ciudad, aunque lo que vio aquel día superó todas sus expectativas.

Hacía un momento, por ejemplo, habían pasado junto a una tienda en la que solo había juguetes. ¡Nada más! ¡Increíble!

Quería quedarse allí para siempre, y no le importaba que el dueño la hubiese mirado con el ceño fruncido. Por supuesto, esa mirada no iba para ella, de eso estaba segura: debía ser cosa del calor sofocante que flotaba sobre la ciudad como una bruma; debía de ser un gesto de

agotamiento del hombre. A su padre le pasaba algo parecido e iba quejándose y secándose el sudor cada pocos pasos.

Lo que más le había gustado, de todos modos, eran los grandes animales de plástico. El cocodrilo verde hierba, el león risueño y el enorme elefante, que ni de broma habría cabido en la pequeña habitación que compartía con sus hermanos.

Y luego estaban las pelotas, de todos los tamaños y colores posibles. En casa solo tenían una (una pequeña que tenían que hinchar continuamente porque siempre se deshinchaba). Y para jugar con ella eran seis.

Pero Kannitha sabía que no servía de nada preguntar a su padre si podía comprarle una pelota, y menos aún una para cada niño. Eso solo le haría enfadarse y reprocharle que no lo respetaba.

En realidad sabía perfectamente que el dinero de su padre apenas alcanzaba para la comida, y a veces ni siquiera eso, porque ya no podía trabajar desde el accidente... Pero es que todas esas pelotas de mil colores eran *sencillamentepreciosas*.

Bueno, si alguna vez lograba tener dinero, ya sabía adónde iría a comprar pelotas. Recordaría para siempre dónde estaba aquella tienda. Después de todo, nunca se sabe si algún día los dioses nos recompensarán, como solía decir su abuela.

De pronto su padre se detuvo y Kannitha casi chocó con él.

—Espera —dijo, secándose el sudor de la cara con un trapo.

Se apoyó contra la pared de un edificio enorme y alzó la vista.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Kannitha.

Su padre movió la cabeza de arriba abajo a modo de respuesta.

Estaba sin aliento, lo cual no era de extrañar, pensó ella. No se trataba solo del calor agobiante y opresivo que les sobrevinía cada año después de la larga temporada de lluvias, sino también de su pierna. No había respondido a la intervención como esperaban, o al menos eso le había dicho su hermano cuando volvieron a casa del hospital, pero como no tenían dinero para volver a operarlo lo dejaron así: cojeando para el resto de su vida. Tenía que ser agotador.

Aunque lo peor fue que su moto también se rompió en el accidente. Ya no podía transportar mercancías para los comerciantes de los mercados y ya no ganaba más dinero.

«¡Ese estúpido camión!».

Si no hubiera sido por él, ahora podrían haber comprado una o dos —o tal vez incluso seis— pelotas hoy, pensó. Y podrían habérselas llevado a casa en la moto, en lugar de tener que caminar todo ese larguísimo trayecto.

Se dio cuenta de que su padre miraba atentamente una enorme fachada de cristal que se elevaba ante ellos. ¡Qué edificio más grande!

Kannitha había aprendido que este tipo de casas se llamaba hotel, y que para entrar tenías que haber ido antes al médico. Allí te sacaban sangre para analizarla. Las inyecciones no le gustaban y el pinchazo dolía, aunque no mucho. Si tienes ocho años no puedes llorar por eso. Además, lo que el médico le hizo después de ponerle la inyección fue mucho peor. No solo porque también había dolido, sino porque le había dado muchísima vergüenza: le había examinado las partes bajas, y ella se había sentido superincómoda.

En una de las calles laterales del hotel se oyó un ruido metálico y risas de niños. Sintió curiosidad, miró hacia el lugar del que provenían y no pudo evitar reírse también.

Un grupo de niños y una niña, todos de su edad, jugaban al fútbol en un patio trasero. El balón no era más que una lata de Pepsi vacía y la portería estaba marcada con dos cubos de basura.

La niña estaba sentada sobre uno de los cubos y se reía a carcajadas porque el niño que acababa de chutar la lata y marcar gol había empezado a hacer unos movimientos tontísimos y superridículos:

—¡Heeeey, *sexy Lady!* —cantaba mientras se movía—. ¡*Oppa Gangnam style!*

Kannitha no tenía idea de lo que eso significaba, pero le hizo muchísima gracia ver cómo contorneaba los brazos y las piernas de un modo imposible.

La niña del contenedor la vio reír y la saludó con la mano. Entonces los niños se dieron la vuelta y también la saludaron.

—¡Eeeey! —le gritó el niño que acababa de bailar, haciendo un gesto aún más exagerado con el que acabó señalando a Kannitha.

—¡Eeeey! —dijo ella, devolviéndole el saludo.

Le habría encantado irse con esos niños para jugar con ellos, o al menos para mirar a ese chico tan divertido un rato más y reír juntos, pero no podía hacerlo. Su padre nunca lo permitiría, y menos aún hoy, que estaba de un humor terrible.

Se encogió de hombros, disculpándose, saludó a los niños una vez más y volvió junto a su padre. Este se hallaba a la sombra del porche de entrada del hotel y no parecía haber advertido su breve ausencia. Estaba fumando un cigarrillo, tenía la vista fija en el suelo y el ceño fruncido.

Kannitha conocía esa expresión. Su padre la ponía siempre que estaba concentrado, pensando intensamente, y ella sabía que no debía molestarlo. De modo que esperó pacientemente a su lado, oliendo el humo dulzón del tabaco, que se mezclaba con los innumerables olores de la ciudad, y observando con curiosa admiración el bullicio que imperaba en la calle.

Finalmente, su padre tiró el cigarrillo al suelo, se enderezó y volvió a cogerla de la mano.

—Vamos —dijo lacónicamente, sin mirarla. Luego, la condujo a través de la gran puerta giratoria de cristal hacia el interior del hotel.

Kannitha apenas podía creer lo agradablemente fresco y limpio que estaba todo ahí dentro. Todos, incluso los lugareños, vestían ropa bonita. Algunos hasta llevaban uniforme.

Su padre fue con ella hacia una mesa muy larga que brillaba como una piedra pulida. Al otro lado había un hombre uniformado. Era bastante joven. Su uniforme era mucho más bonito que el de cualquier soldado que Kannitha hubiera visto en su colonia.

—Soy Vibol —le dijo su padre al soldado, hablando con mucha más claridad que cuando estaba en casa—. El señor Haddenbach me está esperando.

Qué nombre tan gracioso, pensó Kannitha, pero la sonrisa le desapareció del rostro en cuanto vio la mirada del joven soldado que estaba tras la mesa. Él parecía estar estudiándola atentamente. Le recordaba al vendedor de una juguetería.

«Qué raro —pensó la pequeña—. Aquí se está fenomenal, el ambiente es fresco y el aire es mucho mejor que el de fuera. ¿Cómo puede nadie estar de mal humor?».

—Habitación trescientos uno —dijo el soldado dirigiéndose finalmente a su padre, quien nuevamente la arrastró consigo.

Mientras caminaban hacia el otro lado de la gran sala, que estaba cubierta con una alfombra de color verde oscuro, Kannitha aún sentía la mirada del joven posada en ella. ¿Por qué la miraba así, si ella le había sonreído amablemente?

Cabe decir que no tardó nada en olvidarse del hombre con el uniforme, ya que entraron en una cabina que era tan grande como la cocina de mamá y que tenía el techo y las paredes cubiertas de espejos. Su padre presionó un botón y toda la habitación pareció ponerse en movimiento, solo para detenerse de nuevo unos segundos más tarde, provocándole una extraña sensación en el estómago. Sonó entonces una campanilla, la puerta se abrió como por arte de magia, y de pronto ya no se encontraban en la sala grande, sino en otro piso.

Su hermano, que había estado en la ciudad muchas veces y a quien la vida de allí no le gustaba en absoluto —a saber por qué—, habría llamado a esto, probablemente, *técnica*. Pero para ella fue como *magia*. Si uno deseaba ir a otro piso, no tenía más que entrar en la cabina, apretar un botón y, tachán..., ahí estaba. ¡Como por arte de magia!

Su padre volvía a caminar unos pasos por delante. Frente a ellos, un pasillo largo, también cubierto con una alfombra verde.

De pronto se sintió algo incómoda. Aquí estaba todo tan silencioso... No había nadie a la vista, y eso la asustaba. Si hubiera estado sola, habría vuelto corriendo al ascensor y habría bajado a donde estaba todo el mundo.

¿Adónde se dirigían? ¿Y quién era ese hombre que estaba esperando a su padre?

Se detuvieron ante una puerta y su padre respiró hondo. La larga caminata bajo el sol debió de haberlo estresado mucho, porque parecía que le dolía todo el cuerpo. Pero justo cuando ella iba a recomendarle que se sentara en una de las dos sillas que había junto a la ventana del pasillo, su padre llamó a la puerta.

Enseguida les abrió un hombre que se asomó al pasillo, miró en ambas direcciones y susurró algo que Kannitha no logró oír pero que sin duda debía ser parecido a «pasen», pues su padre entró en la habitación a toda prisa arrastrándola con él.

El hombre cerró la puerta y les sonrió. Tenía el pelo corto y pelirrojo, y parecía adinerado. Debía de serlo, de hecho, pues podía permitirse pagar una habitación de hotel, una camisa y un traje. ¡Y esos zapatos! Seguro que nunca había pisado el suelo de arena con ellos.

Kannitha trató de sonreírle también, a modo de saludo, pero no lo logró. Quizá fuera por el modo en que él la miraba. Un poco como el doctor, pensó. ¿A lo mejor lo era?

Entonces el hombre se puso a hablar con su padre. Inglés, probablemente. Sonaba como el idioma que hablaban los turistas que venían a visitar su pueblo y regalaban golosinas a los niños.

A Kannitha no le gustó aquel hombre.

Su padre le dio una carta en cuya esquina superior derecha vio un sello. Parecía una serpiente enroscándose en un palo.

El hombre leyó la carta, asintió satisfecho y se la devolvió a su padre. Entonces sacó un sobre de su chaqueta y se lo entregó.

—*Zausend faif hundred* —dijo.

Su padre cogió el sobre a toda prisa y se lo metió en la cinturilla de los pantalones. Mientras tanto, el hombre se había dado la vuelta hacia ella y la miraba sonriendo. Preguntó algo y su padre le respondió que sí, muy serio.

En esta ocasión ella entendió una de las palabras y no pudo evitar sonreír. Era la palabra que la mujer de la voz chillona había estado repitiendo en aquella tienda de ropa hacía un rato.

El hombre arqueó las cejas. Parecía sorprendido por su sonrisa. Parecía amable. Kannitha se rio y se puso a cantar *leika wördschinn* en un tono de voz tan agudo como el de la mujer de la tienda, y añadió «*hey*» cada vez, como en la canción.

El hombre soltó una risotada y dio unas palmaditas a su padre en el hombro.

Kannitha lo miró con la esperanza de que él también se riera, pero lo cierto es que su padre se limitó a mirarla con los ojos muy abiertos, y a ella le pareció incluso ver que una lágrima le caía por la mejilla.

Lo miró asustada. ¿Qué le pasaba?

Pero antes de poder hacerle la pregunta o acercarse a él para consolarlo, su padre salió corriendo de la habitación y el hombre del traje se interpuso entre ella y la puerta, mirándola con una sonrisa.

Kannitha no tardó en comprender por qué su padre no había reído con su canción. Ella tampoco volvería a reír nunca más. En lugar de eso deseó poder volver a hacer magia, apretar un botón como el del ascensor y desaparecer de esa habitación.

Pero la cama a la que la arrastraron no tenía ningún botón.

Vibol salió del hotel a toda prisa, con la cabeza gacha y los ojos anegados en lágrimas. Como todas las otras veces que había llevado allí a alguno de sus hijos, se sentía como un miserable: desesperadamente

culpable. Y ni el sobre que llevaba en los pantalones podía hacer nada para evitarlo.

Al menos en esta ocasión les duraría mucho tiempo, se dijo, tratando de consolarse. Mil quinientos dólares americanos eran mucho dinero. No era suficiente para curarle la pierna, pero serviría para dar de comer a su familia durante una buena temporada, y también para pagar las cuotas de su cabaña, lo cual no estaba mal. Ahora solo tenía que administrarse lo mejor posible, pues nunca volverían a darle tanto por su hija pequeña.

La niña no habría tardado en perder su virginidad, se dijo, intentando engañarse a sí mismo, así que lo mejor era dársela a alguien que pudiera pagar por ello. Las niñas de hoy en día cada vez iban más rápido, y quizá eso fuera lo mejor. La inocencia y la candidez vuelven a las personas vulnerables, y a veces las abocan a la muerte. Él lo sabía bien, pues también le habían forzado a vivir.

Su hija estaba recibiendo ahora la lección más importante de su vida: estaba aprendiendo a convivir con el sufrimiento. Ese era el destino de los pobres.

Pero a pesar de todas las justificaciones que le vinieron a la mente por sus acciones, lo cierto es que no logró sentirse mejor. Le parecía que los transeúntes lo miraban con desprecio. Como si supieran lo que había hecho; lo que estaba sucediendo ahora en el tercer piso de aquel hotel. Le parecía que lo odiaban por eso.

Que os jodan, le habría gustado decirles. «¡Que os jodan a todos! ¡No sabéis lo que significa no poder dormir por el hambre! ¡No tengo más elección!».

Se mordió el labio y se dirigió, con la cabeza gacha, hacia el callejón lateral que conducía al patio trasero del hotel. Allí esperaría el tiempo acordado. Esta vez era un alemán, así que al menos sería puntual. Si le había dicho tres horas, serían tres horas.

Con manos temblorosas buscó el tabaco en el bolsillo de su pantalón y se lio un cigarrillo. Le tomó mucho más tiempo de lo habitual, y el resultado fue bastante patético.

Mientras fumaba se apoyó contra la pared y se miró los zapatos. Estaban muy desgastados. ¿Podría permitirse unos nuevos? Si convencía a su esposa de que comprara menos verdura y más arroz, podría conseguir un buen par. Entonces, quizá, no sentiría tanto dolor al caminar.

Una lata de Pepsi abollada chocó contra sus pies haciendo ruido. Vibol se llevó un buen susto.

Miró a su alrededor en busca del culpable de su sobresalto y vio a un grupo de niños en el patio trasero. Eran varios niños y una niña que lo miraban fijamente, con la cabeza extrañamente ladeada. Era como si estuvieran escuchando a alguien que él no podía oír.

—Pero ¿qué os pasa? —les espetó—. ¿Vuestros padres no os han enseñado educación?

Los niños no respondieron. Se limitaron a mirarlo fijamente.

Entonces la niña dio unos pasos al frente, y cuando Vibol vio sus ojos blancos, vacíos, el cigarrillo se le cayó de las manos

Bennell introdujo el código y la puerta que daba a la sala de interrogatorios se abrió con un chasquido. La joven enfermera que poco antes había visto sentada a la mesa se acercó a Robert. Su mirada no dejaba lugar a dudas: estaba deseando salir de la habitación.

—Buenos días, doctor —le dijo, y ahora que la tenía enfrente pudo ver que estaba embarazada. En su quinto mes, calculó. Quizá en el sexto. No le quedaba mucho para coger la baja por maternidad.

—Buenos días —respondió—. ¿Cómo está la señorita Schrader?

La enfermera se dio media vuelta para mirar hacia Laura. Ahora tenía la cabeza hundida entre los brazos, como si estuviera durmiendo sobre la mesa.

—Sigue igual —dijo lacónicamente, evitando mirarlo a los ojos. Le pareció una persona insegura; alguien que no llevaba demasiado tiempo trabajando con enfermos mentales—. ¿Puedo irme ya?

Robert asintió.

—Pero no se vaya demasiado lejos, por si la necesito.

Al oír aquellas palabras, la enfermera se apresuró a salir de la sala. Cuando pasó a su lado le rozó con algo duro que llevaba en el bolsillo de su bata. Robert la miró y pensó en el libro electrónico que le había visto leer hacía un rato. Quizá uno que hablaba sobre la maternidad. Con lo joven que era, lo más probable es que aquel fuera su primer hijo. Su mujer también se zampó montañas enteras de libros con consejos sobre cómo ser la mejor madre... y también tenía que ir continuamente al lavabo. De ahí quizá la urgencia de la enfermera.

Aunque cuando la puerta se cerró tras ella, a él le pareció entender por qué la enfermera le había parecido tan insegura. Había algo en aquella sala. Una atmósfera extraña, muy difícil de describir, capaz de provocar una cierta angustia incluso a alguien que, como él, llevaba tantos años en el oficio.

«Como el ojo de un huracán», se dijo, avivando inconscientemente un recuerdo de su infancia: cuando tenía diez años su padre y él vieron una representación del experimento de Faraday en un museo de tecnología. Un hombre se había metido en una enorme bola hecha de malla metálica y se había sentado en su interior, sobre un taburete de madera. Luego, la bola había sido elevada hasta el techo de la sala y había recibido potentes descargas eléctricas que provocaron una ensordecedora tormenta de rayos azules. Después bajaron la bola y el hombre salió de su interior, sano y salvo, ante el deleite del público, que lo aplaudía entusiasmado.

Por aquel entonces, Robert se preguntó cómo debía de haberse sentido aquel hombre en el interior de la bola durante la tormenta eléctrica, y ahora, en aquella sala, le pareció entenderlo por fin. La habitación con las paredes de hormigón desnudas, en las que no había nada más que una mesa, dos sillas y una cámara de vigilancia que observaba desde una esquina, parecía realmente el interior de una bola.

Algo había sucedido fuera de aquellas paredes; algo que probablemente aún estuviera sucediendo. Pero aquí dentro, bajo tierra, donde solo dos claraboyas recordaban que había un mundo más allá de esa habitación, él y aquella mujer se hallaban a salvo del misterio.

«O quizá atrapados en él...».

Sacudió la cabeza para apartar aquellos extraños pensamientos y avanzó hacia la mesa.

—Buenos días, señorita Schrader.

Ella se incorporó y lo miró. Era delgada, de rasgos suaves y armónicos y unos misteriosos ojos de color verde intenso que lo miraron con una mezcla de inteligencia y escepticismo. Llevaba un vendaje en la frente que le aplastaba el pelo rubio y largo. Bajo el vendaje se intuía una mancha de sangre que le llegaba hasta el ojo izquierdo.

—Me llamo Robert Winter —se presentó—. El jefe de policía Bennell me ha pedido que hable con usted.

Las comisuras de los labios de Laura se curvaron en una sonrisa burlona.

—Porque cree que estoy loca.

—Porque quiere que averigüe lo que ha sucedido —la corrigió Robert, sosteniéndole la mirada.

—No estaría aquí encerrada si ustedes no pensarán que estoy loca —insistió ella—. Para eso ha venido, ¿no? Para confirmar que he perdido el juicio.

—He venido a hablar con usted porque estoy acostumbrado a tratar con gente que ha sufrido algún trauma —le dijo Robert, y enseguida señaló hacia la silla—. ¿Me permite?

Ella se encogió de hombros y Robert tomó asiento.

—Creemos que ha sufrido usted una experiencia terrible —le dijo—, y que sabe lo que le ha sucedido al resto de los habitantes del pueblo.

Ella bajó la cabeza y se miró las manos, temblorosas, justo antes de apretar fuertemente los puños.

—¿De modo que Patrick fue hasta allí? ¿De verdad? —preguntó en voz baja, sin apartar la vista de sus manos.

Robert asintió.

—Pero por ahora solo hemos encontrado su coche. Ha desaparecido, como todos los demás.

Ella asintió lentamente.

—Se lo advertí —susurró, en un tono casi imperceptible—, pero el muy tonto no quiso escucharme.

—¿De qué le advirtió?

Ella no respondió. Una lágrima resbaló por su mejilla y fue a caer a la mesa.

Robert se inclinó hacia ella.

—Señorita Schrader, no quiero presionarla, pero debemos saber lo que ha sucedido. ¿Dónde está todo el mundo?

Ella se mantuvo callada un rato más, como si tuviera que recomponerse. Entonces se frotó los ojos con la manga de la bata del hospital y volvió a mirarlo.

—Si se lo cuento no me creerá —le dijo, muy seria. Tenía el miedo reflejado en la cara. Entonces señaló a la cámara y añadió—: Pensará que estoy loca, igual que ese policía.

—Si no lo intenta, nunca lo sabremos —le dijo Robert—. Usted está segura de lo que sabe, ¿verdad? Pues deme la oportunidad de creerla.

—¿Que si estoy segura? —Frunció el ceño y su frente se llenó de arrugas, provocándole un evidente dolor. Se tocó la venda y continuó—: Pues sí, desde luego que estoy segura, por mucho que me resista a estarlo. Porque me resisto con toda el alma, ¿sabe usted? Porque es... —Se mordió los labios, como si quisiera retener la palabra en su interior—. *Horrible*.

Robert la observó fijamente, y cuando ella al fin le devolvió la mirada, le preguntó con dulzura:

—¿Qué te han hecho, Laura?

Las lágrimas volvieron a rodarle por la cara, y ella volvió a secárselas con la manga. Robert miró hacia la cámara que los observaba como un pequeño ojo.

—¿Podrían traernos pañuelos y un vaso de agua, por favor?

Laura Schrader suspiró, y él pudo ver que luchaba consigo misma.

—Está bien —dijo al fin—. Se lo contaré todo. Total, tampoco tengo nada que perder.

En aquel momento se oyó el débil chasquido del mecanismo de cierre de la puerta y la enfermera entró en la habitación. Se acercó hasta donde estaban ellos y puso sobre la mesa un paquete de pañuelos de papel, una botella de plástico con agua y un vaso de papel.

Laura la miró.

—Gracias.

La enfermera asintió y salió de allí apresuradamente.

«Vaya comportamiento de principiante», pensó Robert, disgustado, porque no tenía tiempo de buscar otra asistenta.

Laura Schrader se sonó, se sirvió agua, bebió un trago y se quedó mirando la botella.

—¿Sabe? Desde ayer no hago otra cosa que pensar en mi padre —dijo—. En lo que nos dijo un día a mi hermana y a mí. Ella se llama Susann, aunque todo el mundo la llama Su. Desde siempre. Le pega llamarse así. Su. Breve y sin florituras. —Sonrió mirando a la botella, como si pudiera ver a su hermana en su interior—. Yo debía de tener cinco o seis años, y Su siete u ocho. Estábamos de vacaciones. Por entonces cada verano íbamos a la casa que tenemos junto al lago. Es un sitio paradisíaco, un oasis entre las montañas. Su y yo estábamos en la orilla y lanzábamos piedras a la superficie del agua. Las mías siempre llegaban más lejos y eso enfadaba mucho a Su. Hay que encontrar piedras que sean lo suficientemente planas, pero ella no era buena escogiéndolas. Sus piedras solían hundirse tras el primer rebote. Papá se sentaba en el embarcadero, con los pies en el agua, y leía. Era un lector empedernido y sabía muchísimas cosas, así que le pregunté por las piedras.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas y una vez más se las secó a toda prisa.

—Por la mañana, durante el desayuno, había probado los cereales de miel por primera vez —continuó—. Mi madre los había comprado en el colmado del pueblo.

—¿El de Boris Schumann?

Ella asintió.

—Por entonces aún era de su padre. Sea como fuere, me encantaron. Eran tan dulces... No me cansaba de comerlos, así que me eché más y más en el bol de la leche, hasta que esta se desbordó. Hubo una pequeña inundación en la mesa y me gané una buena riña de mi madre. «Es pura física», me dijo. Era profesora, ¿sabe usted?

Volvió a sonreír, conmovida. Robert se preguntó adónde quería ir a parar con aquella historia. El tiempo apremiaba y Bennell esperaba respuestas, pero él sabía que no debía presionar a Laura Schrader. Estaba tratando de gestionar una conmoción cuyas causas ni siquiera conocían. Y, como la mayoría de las personas traumatizadas con las que Robert había trabajado hasta el momento, iba acercándose al tema con enorme diligencia. Como si este fuera un animal peligroso que pudiera despertar en cualquier momento y lastimarla de nuevo si no se andaba con cuidado.

Tendría que ser paciente con ella, al igual que Bennell. Aunque perdieran un tiempo valioso.

—Aquel día, cuando lanzamos piedras al lago, no pude evitar pensar en el bol de cereales —continuó—, y me preguntaba si también podríamos provocar que el agua del lago rebosara tirándole muchas piedras. A mi padre le hizo mucha gracia la pregunta, y, por supuesto, tenía una respuesta a punto para ella. *Siempre* tenía respuestas. Para todas las preguntas. «Así es, todo lo que le hacemos a la naturaleza provoca una reacción», dijo, «aunque no siempre lo vemos inmediatamente, porque las dimensiones son muy superiores a las de nuestra vida privada. El lago es, qué duda cabe, mucho más grande que tu bol de cereales, y, aunque su nivel sube cuando le tiras una piedra, la diferencia es minúscula. Sin embargo, si muchas personas tiraran muchas piedras durante mucho tiempo, seguro que el lago acabaría superando el límite de sus orillas, y si las piedras siguieran cayendo se produciría una buena inundación, como la que provocaste tú en el desayuno».

Cogió el vaso de papel entre las manos y lo miró, perdida en sus pensamientos.

—Éramos demasiados —dijo en voz baja—. Demasiados. Y llevábamos mucho tiempo tirando piedras al lago. Ya solo hacía falta una más para provocar la inundación. ¿Entiende a qué me refiero?

Robert le devolvió la mirada.

—Para serte sincero, no acabo de entenderlo, no. ¿Por qué no me cuentas por qué fuiste a casa de tus padres y qué fue lo que sucedió allí?

Ella respiró hondo y asintió.

—Fuimos juntas. Su y yo y... —Tuvo que tragar saliva, y sus ojos se llenaron de lágrimas una vez más—. Y Mia. Con ella empezó todo.

El recuerdo de su sobrinita muerta pareció confundirla y empezó a llorar desconsoladamente. Robert le dejó su tiempo.

Bennell le había indicado que sospechaba de Laura Schrader. Creía que ella podía haber matado a la pequeña... y parecía posible, ciertamente. Sus lágrimas bien podían ser un signo de arrepentimiento. El asesino del martillo también lloró al darse cuenta de lo que había hecho.

Pero, de ser así..., ¿qué relación había entre la niña y lo que había sucedido en el pueblo? ¿Por qué parecía que hubiese tenido lugar una batalla?

—Lo que voy a contarle es bastante increíble —le dijo cuando volvió a serenarse—. Ni yo misma logro explicármelo. Pero le juro por mi vida que le digo la verdad. Y si me cree, lo cual sería maravilloso, quizá aún estemos a tiempo de salvar algo.

Dicho aquello empezó a hablar, y muy poco después Robert Winter se dio cuenta de que estaba completamente de acuerdo con ella.

Se trataba de una historia increíble.

III

EL RETORNO. UN MUNDO LOCO. ¡DECIDLES QUE PAREN!

Cuando Laura empezó a hablar se dio cuenta del poco tiempo que había pasado desde que empezó todo. Cinco días. Solo habían transcurrido cinco días...

Sin embargo, daba la sensación de que hubiese sido una eternidad. Después de todo lo sucedido, aquello parecía más bien el eco de una vida pasada: de una Laura Schrader que ya no existía. De un mundo que ya no tenía nada que ver con el que ella había creído conocer.

«Así es como deben de sentirse todos los que retornan», pensó, y se sorprendió ante aquel pensamiento.

En la otra vida, en esa vida anterior, considerar siquiera la posibilidad de que aquello fuera cierto le habría parecido un absurdo. Ella siempre había tenido los pies en el suelo y no había creído en nada que resultara incompatible con la lógica de la sana razón humana. Si bien admitía que una vida exitosa podía tener su correspondiente ración de suerte, lo cierto es que para ella la suerte no era más que eso, suerte, y no una especial disposición de los astros ni un destino predefinido.

Sí, ella había tenido suerte y había conocido bien la cara amable de la vida. Tenía treinta y dos años, estaba sana, era atractiva, había alcanzado un gran éxito profesional y, gracias a su implacable ambición, disfrutaba de un apartamento pagado en el mejor barrio de la ciudad. Comía a diario en buenos restaurantes, se permitía vacaciones dos veces al año (para ir a la playa: Madeira, el Caribe...), compraba en tiendas caras y además había ido ahorrando lo suficiente como para disponer de un buen colchón económico durante la vejez. Después de todo, había estado a punto de convertirse en socia de una conocida agencia de publicidad.

Pero ahora todo eso era historia y una terrible sombra se cernía sobre ella. Llegados a ese punto no sabía si realmente se había equivocado. Tal vez sí

hubiera ciertas fuerzas entre el cielo y la tierra que no pudieran ser solo captadas por el pensamiento racional.

En caso de que así fuera, no había ninguna duda de que esas fuerzas estaban en contra de ella. Y todo estaba perdido. Todo, sin excepción.

Casi prefería haber enloquecido y habérselo inventado todo. En ese preciso momento, sentada en esa minúscula sala con paredes de hormigón, aislada del mundo exterior —que se había convertido en algo extraño e irreal para ella— y consciente de que el psicólogo la miraba como si dudara de su capacidad espiritual e intelectual, todo le parecía sencillamente increíble.

La voz y lo que había sucedido... Lo que *ellos* habían *hecho*... ¿No eran meras ilusiones?

La antigua Laura habría estado convencida de ello.

La antigua Laura. La que ella era aquel domingo, hacía apenas cinco días. Cuando todo comenzó.

Era uno de los últimos días dorados de octubre. Un domingo soleado que suponía un comienzo perfecto para las vacaciones de otoño.

Laura había quedado con Su y Mia a la entrada del parque municipal. Aquella tarde había mucha gente. Parecía como si toda la ciudad se hubiera reunido allí para disfrutar de la magnífica vegetación, que se movía al viento como un mar en llamas.

Junto a la entrada principal, un numeroso grupo de gente hacía cola frente a un pequeño local en el que había una pizarra que anunciaba *Café italiano tradicional y helados artesanos*. La mujer y los dos hombres que atendían tras la barra no daban abasto y hacían cuanto estaba en sus manos para satisfacer a los clientes, quienes, saciados de sol, buscaban una última conexión con los sabores del verano.

Laura paseó la vista de un lado a otro y tardó un buen rato en dar con su hermana, que salía de la cola con ambas manos ocupadas y una amplia sonrisa en la cara.

Cuando Mia vio a su tía se separó de su madre y salió corriendo hacia ella, feliz, sosteniendo su tarrina de dos bolas de fresa entre las manos.

—¡Tía Laura, tía Laura! ¿Quieres probar?

—Bueno, si me lo pide una niña tan bonita es imposible negarme.

Laura le estampó un beso en la mejilla y dejó que le metiera una cucharada de helado en la boca.

—¡Hummm! —dijo—. ¡Está demasiado bueno para compartirlo!

—Es verdad, pero contigo haré una excepción —respondió Mia, mirándola con admiración. Tenía la boca sucia de helado. Parecía una

payasita—. Eres mi tía preferida.

Laura se rio. Siempre se decían cosas como aquellas: al fin y al cabo, Mia no tenía más tías y ella no tenía más sobrinas.

En aquel momento, Su llegó hasta ellas. Le dio una taza de café y la abrazó.

—Me alegro de verte, hermanita.

—Sí, yo también —dijo Laura—. Han vuelto a pasar dos meses desde la última vez que nos vimos.

—Tres y medio, para ser exactos —dijo Su, guiñándole un ojo—. ¿Te gusta el *mocaccino*? El que hacen aquí está buenísimo.

—Me encanta el *mocaccino* —respondió Laura. Y luego, mirando hacia su sobrina, añadió—: pero creo que aún sabe mejor si te lo tomas en un parque con columpios, ¿no?

—¡Oh, sí, sí! —exclamó Mia, encantada.

Empezaron a abrirse paso entre la multitud mientras Mia salía disparada.

—¡Espéranos! —gritó Su, pero la pequeña siguió corriendo sin darse la vuelta siquiera.

Esquivó hábilmente a unos cuantos transeúntes y corrió como si hiciera un eslalon, bordeando las farolas del parque que se alineaban en el camino de grava.

—Mia, ¿me has oído?

Pero ella ya estaba demasiado lejos, y los gritos de su madre quedaron absorbidos por una multitud de voces.

—Déjala —dijo Laura—, aquí no puede pasarle nada.

—¿Que no? No tienes ni idea de lo que esta niña es capaz... —dijo Su, poniendo los ojos en blanco y lanzando un suspiro—. Llevo una temporadita terrible con este saco de energía que tengo por hija. El otro día casi la atropella un camión.

—¡Por el amor de Dios! ¿Se hizo daño?

—No, tuvo mucha suerte —respondió Su, suspirando de nuevo—. Lo más probable es que ella ya se haya olvidado del susto, pero sigo quedándome sin aliento cada vez que lo recuerdo.

—¿Qué pasó? —preguntó Laura, esquivando a una anciana que avanzaba estoicamente con su andador y no parecía querer desviar su trayectoria, aunque eso significase pasar entre Su y ella.

—Queríamos ir a la biblioteca y llegábamos tarde —dijo Su—. El martes pasado hubo una huelga de conductores de autobuses, así que tuvimos que ir andando. Estábamos a medio camino cuando su mochila se abrió de golpe.

Ahí, en medio de la calle. Yo debí de distraerme un momento, no logro perdonarme por ello, y Mia se arrodilló con toda calma y se dispuso a recoger sus libros. El camión logró frenar a unos treinta centímetros de ella. Casi me da un infarto al verlo. Pero ¿sabes lo que hizo entonces mi hija?

—Cuéntame.

—Fue corriendo hacia el conductor del camión y le pidió perdón. Luego, vino hasta donde estaba yo, me cogió de la mano y me prometió que a partir de ese día siempre miraría los semáforos de peatones antes de cruzar.

—¿Fue a tranquilizaros? —dijo Laura, sin poder reprimir una sonrisa—. Qué niña...

—Sí, así es Mia —añadió Su, sonriendo también—. Estoy feliz de que no haya pasado nada, pero te aseguro que desde entonces tengo unas cuantas canas más.

—Y dime, ¿ya no es sonámbula?

Su movió la cabeza hacia los lados y sonrió, aliviada.

—No, hace tiempo que no. Creo que por fin lo ha superado.

—Qué bien —dijo Laura, pasando un brazo por los hombros de su hermana—. Eso significa que empieza a aceptar vuestra separación.

Su asintió.

—Patrick y yo hacemos todo lo posible. Al menos en este tema estamos los dos de acuerdo. Pero cambiemos de tema, va. Dime, ¿cómo estás tú?

—Como siempre —respondió Laura—. Una agenda demasiado llena y unas semanas con menos días de los que necesito. Pero estoy contenta.

Habían llegado al parque y se sentaron en uno de los pocos bancos que quedaban libres. Laura se echó hacia atrás, se puso la mano sobre los ojos a modo de visera y miró hacia el cielo azul.

No le había dicho a su hermana toda la verdad: había algo que la inquietaba; un problema al que se enfrentaba y para el que debía encontrar una solución. Pero aún no quería hablar de ello con Su. Y menos ahora. La tarde era demasiado bonita como para estropearla con problemas. En lugar de eso se dispuso a disfrutar del sol y de la suave brisa que hacía bailar las doradas hojas de los árboles. El lluvioso septiembre había quedado atrás y era el momento de disfrutar de cada rayo de sol, ya que la temporada invernal y de oscuridad no tardaría en llegar.

Carpe diem, solía decirles su padre en momentos como aquel. Y eso era lo que ambas hermanas estaban haciendo.

No muy lejos de ellas, Mia y un grupo de niños estaban haciendo gimnasia en uno de los coloridos circuitos del parque. La pequeña estaba en

su elemento, riendo y charlando, feliz.

No le costaba nada hacer amigos. En eso no se parecía a su madre, que de pequeña había sido tímida e introvertida. Laura no recordaba si, a la edad de Mia, Su había tenido algún amigo. Su hermana era más de retirarse al mundo de los libros. Los patios de recreo, los eventos escolares y las fiestas de cumpleaños le parecían más bien una tortura.

—¡Eh, mamá, Laura! ¡Mirad!

Mia había llegado al escalón más alto del circuito rojo y les hacía señas con la mano.

Ellas le devolvieron el saludo y Su gritó:

—¡Vigila! ¡No te caigas!

Parecía su propia madre, siempre preocupada por ellas. En su opinión, un moradito o una rodilla raspada eran lesiones graves, y si se ensuciaban mientras jugaban las reñía un montón. Su madre opinaba —y así se lo había hecho ver a las dos— que no era nada adecuado que las chicas se ensuciaran.

Su por lo general se comportaba bien en ese sentido. La que se llevaba las mayores broncas era siempre Laura.

Y su sobrina era idéntica a ella. Al oír las palabras de su madre, la niña sacudió la cabeza con una sonrisa encantadora, pero siguió arrastrando los pies por la barra roja. En el otro extremo, dos niños y una niña ya la estaban esperando. Cuando Mia llegó hasta ellos, se dejaron caer todos en la hierba y salieron a toda prisa hacia los columpios dando grititos de alegría.

«Pequeña salvaje», pensó Laura, deseando en su fuero interno que Mia no perdiera esa alegría en la edad adulta, como le pasó a ella.

Una pelota rodó hasta sus pies y la sacó de sus pensamientos.

—Lo siento —gritó un niño que llevaba una gorra verde, mientras cogía la pelota y volvía corriendo hacia sus amigos.

—Me parece que tengo que comprarle pantalones nuevos —dijo Su mirando a Mia, que ahora estaba bajando por un tobogán—. Últimamente crece tan rápido que casi puede verse cómo va sumando centímetros.

—Cerca de mi casa hay una tienda nueva de ropa para niños —dijo Laura—. Ahora que tenemos unos días de fiesta podríamos ir hasta allá juntas. Seguro que una salida para ir de compras sería muy divertida para Mia.

—Sí, seguro —dijo Su—, pero sería una salida demasiado cara. En mi barrio también hay una tienda para niños. Nada especial, pero suficiente para Mia. De todos modos, lo que le compremos volverá a quedarle pequeño en medio año a más tardar.

—Oh, pero a mí me gustaría comprar algo para mi sobrina...

—No, hermanita. Ya hemos hablado de eso muchas veces. Realmente aprecio lo que haces por Mia, pero puedo arreglármelas sola. Patrick puede ser un idiota, pero se preocupa y cuida muy bien de su hija. Y desde que puedo dejar sola a Mia por las noches, hago algún que otro turno nocturno de vez en cuando, lo cual no solo me da un buen extra, sino que también me ahorra los encuentros con el jefe.

—¿Todavía te tira la caña?

Su asintió y puso los ojos en blanco.

—La semana pasada fue ya nuestro aniversario, por así decirlo. La décima vez que intentó invitarme a cenar. Eso sí, nunca en el mismo restaurante.

—¿Y le dijiste que no?

—Por supuesto.

Laura arqueó las cejas.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué no le das una oportunidad? Si realmente es tan atractivo como dices..., solo es ir a cenar, no tienes que casarte con él.

—¡Laura! —dijo Su, riéndose y moviendo la cabeza hacia los lados. Su madre también se reía igual. Con indulgencia; con una cierta superioridad—. Quizá a ti te apetezca, pero yo no busco una aventura. Nunca lo he hecho, ya lo sabes. Además, esto ahora ni me lo planteo: Mia y yo estamos solas, y yo quiero estar ahí para ella.

—Entiendo. Aun así, piensa que Mia ya no es un bebé. Más bien al contrario, yo creo que es una niña muy independiente para su edad. Y superinteligente. Estoy segura de que entendería que su madre también quisiera divertirse un poco de vez en cuando.

Su se acabó el café y tiró el vaso vacío en la papelería que quedaba junto al banco. Luego, miró a Laura con seriedad. Aquella expresión también la había heredado de su madre, así como su aspecto y tantas otras cosas.

—No estoy interesada en ese tipo de diversiones, Laura. Ya deberías saberlo.

Laura se echó imperceptiblemente hacia atrás e hizo un gesto de negación con la mano.

—No pretendía molestarte. Solo quería decir que...

—Ya sé lo que querías decir —la interrumpió Su, una vez más—. Esa es la diferencia entre nosotras. Tenemos puntos de vista distintos sobre lo que es una vida plena. Para mí el dinero y la carrera no son tan importantes. Me conformo con tener un sueldo que me permita salir adelante. Y en cuanto a los hombres..., yo tenía a Patrick, y no necesitaba más. Ahora tampoco necesito nada. Me basta con saber que Mia está bien.

—Pero una cosa no quita la otra.

—Quizá pensaras diferente si tuvieras hijos.

Laura sintió un pinchazo en el pecho. Estaba convencida de que Su no había querido hacerle daño con aquella frase, con aquel reproche que era precisamente el mismo que su madre le había hecho, en silencio, tantas veces, pero lo cierto es que le dolió, y mucho.

—Si tuvieras un hijo que dependiera de ti y te necesitara para todo, verías las cosas de otro modo —añadió Su, pero al fijarse en la expresión de Laura se detuvo y sonrió, esta vez con una sonrisa dulce y amorosa—. No me malinterpretes —dijo—, no te juzgo ni te critico. Todos debemos vivir del modo que más nos guste. Pero cuando uno adquiere la responsabilidad de tener un hijo, debe estar preparado para renunciar a los propios deseos y necesidades. Al menos así es como lo veo yo.

—Y por eso eres la mejor madre del mundo —dijo Laura, esforzándose por recuperar un tono distendido. Voluntaria o involuntariamente, la frase de su hermana le había dado en la línea de flotación.

—Cuéntaselo a mi hija cuando llega la hora de dormir y la envío a la cama —dijo Su, riéndose como si no hubiese pasado nada—, en ese momento seguro que te dice que su madre no es...

Se detuvo en mitad de la frase y su expresión cambió de repente.

—¿Qué pasa? —le preguntó Laura.

—Ahí. —Su señaló con la barbilla hacia su izquierda—. ¿Ves a ese tío? El anciano; el que lleva el periódico.

Laura se inclinó un poco hacia un lado para poder ver hacia donde le indicaba su hermana. Entonces vio a un hombre sentado solo en un banco del parque en el que hasta hacía muy poco habían estado dos chicas conversando.

—¿Ves cómo mira a los niños? —preguntó Su, casi en un susurro.

Justo en aquel momento una bandada de aves migratorias pasó volando por encima de los árboles que rodeaban el parque infantil. Durante un segundo se desordenaron y volaron en todas las direcciones, pero después volvieron a reagruparse y se alejaron de allí.

Ni Laura ni Su se fijaron en los pájaros. Tampoco lo hicieron los demás visitantes del parque, ajenos a lo que sucedía sobre sus cabezas.

Solo los contempló el niño de la gorra verde, que se preguntó qué debía de haberlos asustado de aquel modo, y se sorprendió de que no hubiesen emitido ni un solo graznido. Ni un gorjeo, solo el batir de una multitud de alas que sonaban como un susurro terrible.

«Qué extraño», pensó el niño. Las aves migratorias que solían volar por encima del parque acostumbraban a hacer mucho ruido.

Siguió la nube negra con la mirada, y la vio hacerse cada vez más pequeña, hasta que desapareció finalmente en la distancia. Luego, siguió jugando con sus amigos, como si nada.

El hombre debía de rondar los ochenta años, calculó Laura. Tanto su pelo, blanco como la nieve y perfectamente peinado, como su traje elegante y su abrigo de cachemir le daban un aire de *gigolò*, aunque envejecido. Parecía una reliquia.

Estaba sentado e inmóvil, mirando a los niños por encima del periódico. En aquel momento pareció notar los ojos de las dos hermanas clavados en él, porque movió la cabeza y les hizo un gesto de asentimiento, inexpresivo, arrugado.

Su se volvió rápidamente hacia Laura.

—¿Y si ese tío es un *ya-sabes-qué*?

Laura se encogió de hombros.

—Bueno, pues sería un *ya-sabes-qué* realmente viejo.

Su frunció el ceño en una mueca de enojo.

—¡Caray! Empiezo a estar muy harta, de verdad. Esta sería la tercera vez en un año y medio que tendríamos que cambiar de parque.

—¿Y eso por qué? —preguntó Laura, sorprendida.

—El primer parque al que fuimos, que quedaba a la vuelta de la esquina de casa, fue cerrado por el ayuntamiento —dijo Su, resoplando con desdén—. En su lugar van a construir un centro comercial. Así que tuvimos que buscar otro parque con columpios, hasta que me enteré de que tenía bastante mala fama: por lo visto, los traficantes y yonquis se reunían allí por la noche, y una mujer de mi bloque de pisos me dijo que ella ya no dejaba ir a sus hijos. Parece ser que hasta tuvieron que quitar la zona de los areneros porque encontraron un montón de jeringas usadas y condones ahí enterrados.

Laura arrugó la nariz.

—¡Qué asco!

—Ni que lo digas —coincidió Su—. Así que también nos fuimos de allí. Mia estaba triste, pero enseguida comprobamos que habíamos tomado la decisión correcta: apenas unos días después, el periódico publicó la noticia de que un viejo loco estaba molestando a las niñas en el parque, ¡enseñándoles revistas porno!

Su sacudió la cabeza con tanto énfasis que el pelo le cubrió la cara. Se apartó la melena rubia con rapidez y puso los ojos en blanco.

—Y como en nuestro vecindario los niños tienen prohibido jugar en cualquier otro espacio verde, llevamos una temporada viniendo al parque municipal —continuó—. Tardamos casi media hora en metro, pero a Mia le gusta estar aquí. Pero si ahora alguno de esos viejos locos cree...

La interrumpió un crujido a sus espaldas. Laura levantó la vista, sorprendida. No lo había visto venir. El anciano estaba quieto frente a ellas, a apenas unos pasos de distancia, temblando, y sostenía el periódico abierto frente a él. Los titulares impresos le saltaron inevitablemente a los ojos.

85 MUERTOS EN ATAQUE TERRORISTA
SE HALLA EL CADÁVER DE UN BEBÉ EN UN CONTENEDOR
NUEVO SIMULACRO CON COHETES EN COREA DEL NORTE
HOSPITAL SIRIO BOMBARDEADO

Su se levantó del banco como un resorte y se encaró al anciano.

—¿A qué viene esto? —le espetó—. ¡Márchese o llamaré a la policía!

Al ver así a su hermana, Laura no pudo evitar pensar en una loba protegiendo a su manada. Nunca la había visto de ese modo. Parecía dispuesta a abalanzarse sobre aquel hombre si lo creía necesario.

Él bajó un poco el periódico y las miró con sus ojos grises y acuosos.

—Es una locura —dijo con voz áspera y expresión taciturna—. El mundo entero se ha vuelto loco. Vivimos en un manicomio.

En aquel momento Laura se dio cuenta de que se había confundido. En la distancia, el traje del hombre parecía muy caro y elegante, pero de cerca pudo ver que la tela estaba gastada y algo brillante. Tanto la camisa como la corbata —perfectamente anudada— estaban cubiertas de manchas, y el pañuelo, doblado e introducido con toda meticulosidad en el bolsillo de la chaqueta, emergía de esta como un papel amarillento. Incluso el abrigo de cachemir había dejado atrás sus épocas de esplendor y ahora estaba desgastado y con las mangas deshilachadas.

—Lárguese de aquí —le dijo Su—. ¡Déjenos en paz, y ni remotamente se atreva a acercarse a los niños!

Esta vez el hombre bajó el periódico del todo, miró a Su, impasible, y dobló sus páginas con todo cuidado. Después lo tiró a la papelera que había junto al banco y dedicó a Su una mirada muy seria.

—Créame, querida, soy la última persona del mundo a la que usted o los niños deberían tener miedo —dijo en voz baja—. Es el mundo el que debería asustarla. Este mundo loco en el que vivimos.

Y dicho aquello se alejó con pasos vacilantes, mirando a su alrededor

como si necesitara orientarse. Una triste imagen: la de un hombre buscando un lugar que ya no existía o quizá nunca existió.

—¿Qué te pasa, abuela?

La niña miró a su abuela, preocupada. Se había detenido de golpe y había soltado la mano de la niña tan bruscamente como si se hubiese quemado los dedos con ella. Después se había llevado la mano a la oreja derecha. Algo no iba bien. Frunció el ceño, lo cual le hizo parecer aún mayor de lo que era, y miró confusa hacia los lados.

—¿Abuela?

Su abuela la miró.

—No es nada, cariño —dijo al fin, tocándose la oreja de nuevo—. Algo le pasa a mi audífono.

—¿Se ha roto?

—No, no. Es solo que he oído algo extraño —respondió la abuela, tomándola de la mano—. Pero ahora ya está. Ya no lo oigo. Vamos, princesa, a ver si encontramos algún banco libre para sentarnos.

—Para sentarte *tú* —dijo la niña, cogiéndole de la mano—. Yo quiero ir a jugar.

—Por supuesto. Para eso hemos venido.

La abuela sonrió, pero fue una sonrisa a medias, pues mientras caminaban volvió a soltar la mano de la niña y se tocó de nuevo la oreja. Seguía oyendo aquel ruido... Ahora sonaba como una voz suave. Como un susurro a sus espaldas.

Se dio la vuelta para ver si había alguien de verdad, pero no. En el parque había más gente, por supuesto, pero no tenían a nadie demasiado cerca. Se sacó el audífono y escuchó solo con el oído izquierdo, que seguía funcionándole bastante bien a pesar de la edad que tenía.

Nada.

«Por supuesto», se dijo. Además, su nieta ya no estaba con ella sino que había salido corriendo hacia el tobogán.

Volvió a ponerse el audífono y volvió a oír la voz. Qué irritante. Era un aparato bastante nuevo, y le molestaba tener que llevarlo ya a reparar.

Su miró el periódico doblado en la papelera. Se sentía algo avergonzada.

—No tenía que haberle hablado así —dijo—, pero es que..., bueno, una va acumulando experiencias, y siempre hay gente que te explica historias terribles... Oímos siempre tantas cosas, pero tantas, que al final nos volvemos desconfiados, ¿no? Y pensamos mal de gente como él.

Vieron alejarse al hombre del abrigo de cachemir. Con paso tembloroso y lento, avanzó en dirección a la salida del parque.

—Pero él tenía razón —añadió Su—. Nuestro planeta se ha vuelto un lugar inhóspito y loco.

Laura hizo un gesto tranquilizador con la mano.

—No más de lo que lo ha sido siempre.

—Es posible —respondió Su—. Pero eso no me consuela. Solo espero que la generación de Mia logre hacer de este mundo un lugar mejor. Me gustaría creerlo. Al fin y al cabo, el futuro les pertenece.

Volvieron a mirar a los niños, que jugaban felices junto al tobogán. Una chiquilla de piel oscura se columpiaba empujada por otra de aspecto asiático. Otras dos pequeñas, una de las cuales parecía ser turca y la otra de origen italiano, discutían amistosamente sobre cuál de ellas iba a ser la próxima en subir al columpio. A unos metros de distancia, tres niños observaban con interés cómo un cuarto jugaba con su brillante excavadora de plástico amarillo. Y luego estaba el chico de la gorra verde, jugando al fútbol con sus amigos, un poco más allá.

«A estos niños no les importa el color de su piel ni las diferencias lingüísticas o culturales», pensó Laura, fascinada. «No son más que pequeños que juegan y se divierten juntos. Y sí, tal vez algún día hagan de este mundo un lugar mejor».

Apartó la mirada de ellos y vio a dos hombres paseando a sus perros no muy lejos de los niños. Tendrían más o menos la edad de Laura. Estaban de pie, uno frente al otro, con la vista fija en sus teléfonos móviles. Después de dejar que sus perros se olisquearan, ambos continuaron su camino sin dirigirse siquiera una mirada. Laura no pudo evitar preguntarse cuál de las dos especies era en realidad la más inteligente.

Acababa de llegar a la conclusión de que en este caso ganaban los perros, cuando se fijó en la expresión de sorpresa de Su.

—¿Qué está ocurriendo ahí? —murmuró, y su rostro pasó de la sorpresa a la preocupación.

Laura miró en la misma dirección que su hermana, hacia donde estaban los niños, y un escalofrío le recorrió la espalda.

—¡Mia!

Su salió corriendo hacia su hija y Laura la siguió, aunque no logró ir tan rápido como ella.

Mientras corría, Su siguió gritando el nombre de Mia, pero ella parecía incapaz de oírla. Un grupo de niños se había agolpado a su alrededor y todos

la miraban, aturdidos, mientras ella estaba ahí de pie, con una terrible expresión de dolor y la mirada fija en el cielo. Tenía los puños apretados sobre el pecho, y temblaba como si estuviera teniendo un ataque epiléptico. Al mismo tiempo daba patadas al suelo con su pie derecho, una y otra vez, como si tratara de aplastar algo. Entonces sus brazos cayeron repentinamente inertes junto a su tronco, y un sonido monótono y prolongado se escapó de su garganta. Un «¡aaah!» penetrante, estremecedor, que hizo dar un respingo a todos los allí presentes.

Su llegó hasta donde estaba Mia y abrazó a su hija, que enmudeció al instante.

—Cariño, ¿qué tienes? —preguntó, casi sin aliento—. ¿Te han hecho algo? ¿Te has caído? ¿Qué te pasa?

Mia no respondió y se zafó del abrazo, tiritando. Volvió a mirar al cielo, inclinó la cabeza hacia un lado y entornó los ojos, concentrada, como si estuviera escuchando un sonido que solo ella pudiera oír.

En aquel mismo momento, una niña empezó a sollozar a su lado. Levantó las manos y se las llevó a las orejas. Las lágrimas corrieron por sus mejillas y cayeron sobre su camiseta amarilla, en la que ponía PRINCESS en grandes letras rosadas.

—¡Quiero que paren! —gritó, mirando hacia Laura y Su, como si ellas supieran de lo que hablaba—. ¡Decidles que paren!

Mientras tanto, los otros padres y madres habían ido llegando al lugar donde se encontraban ellos y miraban confusos a Mia, Su y Laura, mientras abrazaban a sus hijos o los alejaban del tobogán junto al que ellas estaban, como si quisieran proteger a sus retoños de su compañía.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó una mujer robusta, con las manos puestas sobre los hombros del niño de la gorra verde.

—No lo sé —dijo Su con desesperación—. No me dice nada. Mia, cielo, ¿qué te pasa? ¿Qué tienes?

—Estábamos tan tranquilos y ha empezado a retorcerse —explicó una de las niñas con las que Mia había estado jugando en el circuito del parque, y al hacerlo miró a Mia con sus ojos marrones muy abiertos, como si le diera miedo—. No sé por qué hace eso, pero no quiero seguir oyéndolo.

—¿Oír el qué? —preguntaron Su y Laura casi al unísono.

—¿A qué te refieres? —añadió Laura.

Pero la niña no contestó. En lugar de eso hundió la cara en la falda de su madre, y ambas se alejaron a toda prisa de allí.

—Quiero irme a casa —dijo Mia de pronto, y Su la abrazó con fuerza, aliviada.

—Claro que sí, mi vida. Ahora mismo nos vamos. Vaya susto me has dado, por Dios. ¿Te encuentras bien? ¿Estás segura de que te encuentras bien?

Mia asintió, ausente, como si tuviera la cabeza en otro sitio. De un saltito se alejó de su madre e hizo ademán de ponerse a andar, pero Su se plantó a su lado y la cogió de la mano.

Laura las siguió de cerca. Al cabo de unos segundos se dio la vuelta y vio a todos los padres llevándose a sus hijos del parque.

La chica con la camiseta PRINCESS aún lloraba. Su madre, arrodillada frente a ella, intentaba lograr que se tranquilizase, pero era en vano.

Entonces Laura vio al niño de la gorra verde. Iba de la mano de su madre y, al darse cuenta de que ella lo estaba mirando, le dedicó una sonrisa.

Laura sintió un escalofrío. Nunca en su vida había visto a un niño sonreír de un modo tan perverso.

El viaje en el metro abarrotado se les hizo interminable. Laura estaba apretujada entre un hombre gordo y trajeado, varias mujeres cargadas con bolsas de la compra y un joven que asentía al ritmo de la música que sonaba en sus enormes auriculares.

Le agobiaba profundamente toda esa multitud, y los olores le parecían insoportables. Le provocaban dolor de cabeza. Tuvo que hacer un esfuerzo por no vomitar. Se sentía como si estuviera inmersa en una nube de hedor humano.

Últimamente se notaba más sensible en este punto, y aquel día estaba resultando especialmente complicado. Era como si su cerebro hubiera desactivado un filtro que normalmente la protegía del exceso de olor. Sintió que se le revolvía el estómago.

Alguien cerca de ella debía de estar comiendo barritas de pescado con mucha cebolla cruda. Probablemente el tío con el traje, que, además, estaba mirándole el pecho con todo descaro. Como si el anillo de bodas que llevaba en su dedo rechoncho no tuviera el menor sentido para él.

Ella sofocó una arcada y le dio la espalda. Su mano apretó el asidero con más fuerza aún. ¡Qué ganas tenía de llegar ya!

Si hubiera ido sola, habría cogido un taxi, seguro. Nunca iba en metro si podía evitarlo. Pero a aquellas horas de la tarde el tráfico era muy intenso y habría tardado mucho más... y Mia no parecía estar mejor.

La niña estaba sentada sobre el regazo de su madre, no muy lejos de Laura. Tenía el ceño fruncido y la mirada fija en el suelo, como si tratara de

resolver una complicada operación matemática escrita solo para ella.

Su le acariciaba la cabeza dulcemente y le hablaba en voz baja, pero Mia no reaccionaba, y Laura percibió el desespero en la mirada de su hermana. Parecía que la niña no tenía ninguna intención de hablar sobre lo que había sucedido en el parque.

Laura se preguntó qué habría provocado que una chiquilla alegre y vivaracha como Mia se comportara de un modo tan extraño. Esa misma chiquilla que hacía apenas un rato había estado trotando despreocupadamente por el parque, y hacía apenas unos días había sabido calmar a su madre y al conductor de un camión que casi la atropella.

Un susurro repentino la sacó de su ensimismamiento. Laura dio un respingo y miró a su alrededor para ver de dónde provenía la voz. Se encontró entonces de cara con el rostro rechoncho del tipo del traje, y dio un paso atrás, sorprendida. Era un hombre bastante desagradable y se había acercado tanto a ella como si quisiera besarle la oreja.

«O lamérsela».

Al pensar en aquella opción, su estómago se contrajo de nuevo.

—¿Qué me ha dicho? —preguntó, en un tono más duro de lo previsto.

Él encogió sus anchos hombros y le dirigió una sonrisa picante.

—Nada. ¿Debería haberlo hecho?

—Déjame en paz.

Él sonrió aún más.

—Por supuesto.

Ella se dio la vuelta con disgusto.

No, la voz le había sonado diferente. El gordo tenía un tono bajo, grave, y el susurro le había sonado mucho más agudo. Además, había vuelto a oírlo cuando él hablaba.

Y aún seguía oyéndolo. Tan bajito que casi podía pasar desapercibido, como una brisa distante.

«Pero son palabras, ¿verdad? ¿Lo que oigo son palabras?».

Se concentró y escuchó con atención, tratando de ignorar los demás sonidos. El tumulto del vagón. El chirrido de las juntas en la goma de las puertas. Las voces de las mujeres que charlaban sobre un tal Mario, que ahora tenía un Porsche nuevo, y una tal Sonja, que no se lo merecía ni de broma. El lejano berrido de los auriculares del joven. El jadeo del gordo del traje.

«No, este susurro no es una brisa».

No estaba equivocada, seguro. Alguien cerca de ella estaba susurrando algo. Era una voz aguda y flojita, y, aunque no lograba entender lo que decía,

estaba convencida de que iba dirigido a ella.

Volvió a mirar a su alrededor, pero no vio a nadie que pudiera ser quien le susurrara. Más allá del gordo nadie parecía haber reparado en ella.

De pronto notó una presión en la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se sintió presa de una inexplicable tristeza y le entraron unas ganas terribles de llorar.

¿Qué le estaba pasando? ¿Era eso un ataque de nervios? ¿Estaba perdiendo los estribos?

Hizo un esfuerzo por recuperar la compostura. Se secó las lágrimas con la manga de su chaqueta y vio que en aquel preciso momento Mia acababa de hacer lo mismo. La pequeña también tenía lágrimas en las mejillas y parecía tan triste como si acabaran de decirle que había muerto alguien muy querido.

El metro llegó por fin a su parada, se detuvo y las puertas se abrieron con un quejido.

En cuanto llegaron, los susurros desaparecieron con la misma brusquedad con la que habían aparecido.

Se abrieron paso entre la gente y salieron al andén. Allí también olía muy fuerte: una mezcla penetrante de aguas residuales y alquitrán, a la que se sumaba el olor a salchichas de un puesto que había junto a la escalera mecánica. En cualquier caso, a Laura no le pareció tan malo como el olor del metro. Incluso le remitió ligeramente el dolor de cabeza.

Miró una vez más al gordo del traje, que había bajado en la misma parada que ellas. Caminaba algo más atrás, jadeando y con la cara sonrojada, como si estuviera corriendo una maratón.

«Ya no tienes esa estúpida sonrisa, ¿eh?», pensó ella, con un punto de acidez venenosa que no entendía de dónde le venía.

¿Por qué le molestaba tanto aquel hombre? Sinceramente, se topaba con decenas de tipos como él en cada esquina. Lo más probable es que fuera el típico trabajador asalariado, con una vida tranquila y gris, como tantos otros. Sin embargo, sentía una especie de ira irreprimita contra él. Incluso ahora, no podía evitar mirarlo con disgusto. Como si le hubiera faltado al respeto; como si la hubiera agraviado, mucho más allá de unas torpes miradas a su escote. «*Como si fuera el sujeto más repugnante que...*».

«Para», se dijo, y sorprendentemente dejó de pensar en ello de inmediato. «Estás exhausta, y no es de extrañar, después de todo».

—¿Te encuentras mejor, cariño? —preguntó Su a su lado, mirando a su hija.

Llevaban a Mia de la mano, entre ambas. La pequeña no respondió y siguió caminando, con la mirada aún perdida.

Laura se preguntó si la pequeña podía haber tenido una recaída. Su le había dicho que llevaba un tiempo mejor, pero... quizá había sucedido algo en el parque y había echado al traste los avances de los últimos meses.

¿Es posible ser sonámbulo durante el día, estando despierto? Ella no sabía mucho sobre el tema y nunca había oído hablar de esa posibilidad, pero, quién sabe, tal vez fuera posible.

Justo antes de llegar a la escalera mecánica que daba a la calle, un joven se acercó corriendo hacia ellas. Llevaba una bolsa grasienta del McDonald's en una mano y un vaso de plástico en la otra, y tenía la vista fija en el metro, cuyas puertas acababan de cerrarse.

—¡Mierda! —exclamó, y al pasar junto a ellas chocó tan fuerte contra Su que casi la tira al suelo.

Su dejó escapar un grito de sorpresa mientras hacía un esfuerzo por mantener el equilibrio.

Mia se soltó de las manos de Laura y su madre, y se dio la vuelta hacia el joven, que se había quedado quieto mientras veía alejarse el metro con expresión contrariada.

—¡Oye! —le gritó—. ¡Oye, tío, ve con más cuidado! ¡Idiota!

El joven la miró, perplejo. Con la misma perplejidad, de hecho, que Su y Laura, pero Mia se limitó a darle la espalda, sin más, y con los ojos muy abiertos y una mano en la barriga, dijo:

—Mami, tengo hambre. ¿Podemos ir a Tonio?

Su estaba demasiado sorprendida, y al mismo tiempo contenta, como para castigar a la pequeña por su maleducado arrebato. El hecho de que Mia volviera a hablar, por fin, dibujó una sonrisa de alivio en su cara.

—S...sí, cariño. Podemos ir a Tonio si quieres, claro.

—¡Pues claro que quiero! —dijo Mia, asintiendo y devolviéndole la sonrisa a su madre—. ¿Vienes con nosotras, tía Laura? ¡*Porfa!* Podemos compartir una *pizza* gigante, como la última vez.

—¡Por supuesto! Lo que más me apetece del mundo ahora mismo es una *pizza* —dijo Laura, intercambiando una mirada con Su, quien se encogió de hombros, aliviada y sorprendida.

Fuera lo que fuera lo que le había pasado a Mia, parecía haber desaparecido de golpe, como por arte de magia.

Mia volvió a coger la mano de Laura otra vez y tiró de ella.

—Tía Laura, ¿qué vive en el campo y hace guau, guau?

—Bueno, todo apunta a que es un perro, ¿no? —dijo Laura, guiñándole un ojo a su hermana, que miraba a Mia con inmensa alegría, como si acabara de presenciar un pequeño milagro.

Y tal vez lo fuera, pensó Laura.

—¡No! —dijo Mia soltando una risita—. ¡Es un caballo que estudia idiomas! —Y dicho aquello soltó una carcajada, cogió también la mano de su madre y las estiró hacia delante, diciendo—: ¡Vamos, vamos, que tengo hambre!

Una vez en las escaleras mecánicas, y como ellas iban más lentas de lo que ella habría querido, les soltó de nuevo las manos y subió corriendo los escalones de dos en dos.

Ambas hermanas se quedaron mirándola, anonadadas.

La pequeña Mia pasó el resto de la tarde del mejor de los humores, como si nada hubiese sucedido.

Se tomaron una *pizza* en el Restaurante Tonio, que estaba cerca de casa de Su. La niña tenía un apetito voraz y devoró, prácticamente sola, la enorme *pizza* margarita. Además, siguió riéndose sin parar y les regaló unas cuantas adivinanzas nuevas. Qué es verde y vuela sobre el prado. Qué es negro y está sentado en una esquina. Qué es amarillo y da saltitos por el bosque.

Se las había enseñado una de las niñas del parque, les dijo, como quien no quiere la cosa. No añadió nada más sobre aquella tarde, y ni Su ni Laura le preguntaron nada al respecto.

—Que se tome su tiempo —dijo Su, mientras Mia y Tonio desaparecían tras el mostrador para buscar un helado de postre—. Cuando esté lista, ella misma nos explicará lo que ha pasado.

Laura no pudo evitar pensar en la niña con la camiseta en la que ponía PRINCESS. En cómo se había llevado las manos a las orejas y las había mirado a ellas, suplicante.

«¡Quiero que paren! ¡Decidles que paren!».

¿Qué habría querido decir con eso? Por algún motivo, tenía la intuición de que aquellas palabras estaban relacionadas con el repentino cambio de Mia, y tal vez también con los susurros que ella misma había oído en el metro. Con la inexplicable tristeza que le provocaron a ella y con el llanto de Mia.

No compartió con Su aquellos pensamientos. No quería molestarla con algo para lo que no tenía ninguna explicación. Además, parecía que su sobrina volvía a estar perfectamente. Se comportaba como siempre, alegre y feliz, y nada indicaba que alguien pudiera haberle hecho nada.

¿Y si, simplemente, habían exagerado al interpretar lo que les había sucedido a los niños aquella tarde? Después de todo, los pequeños también pueden tener cambios de humor, y no solo los adultos.

Después de la *pizza*, Laura acompañó a madre e hija hasta casa, y Mia insistió en que la llevara ella a la cama.

—¿Puedes leerme un cuento? —le preguntó, mientras salía del baño con su pijama rosa y se metía en la cama.

—Claro —dijo Laura, tapándola con la colcha.

Mia olía tan bien..., el delicado aroma de su piel, cubierta de crema hidratante, combinado con la fragancia floral de la funda nórdica recién lavada le ofrecieron un grato recuerdo de su propia infancia.

Mia eligió la historia de Hansel y Gretel, y Laura hizo todo lo posible por ser tan buena lectora en voz alta como lo fue su madre. Aquel también fue un reconfortante recuerdo de su niñez.

Mia la escuchó atentamente, como si oyera el cuento por primera vez, y cuando Laura llegó al momento en que los hermanos burlaban a la malvada bruja y la quemaban en el horno, Mia se acurrucó satisfecha en su perfumada cama.

—No hace falta que sigas leyendo —dijo frotándose los ojos—. Ahora ya está todo bien.

Laura dejó el libro a un lado, le dio un beso de buenas noches y Mia abrazó a Bob, su Minion de peluche. Miró a Laura y le dedicó una sonrisa soñolienta.

—Está claro que se equivocan —dijo bostezando—. No eres mala. En realidad eres la mejor tía del mundo.

—¿A quién te refieres? —preguntó Laura.

—Pues a ellos —respondió la pequeña, encogiéndose de hombros.

Mia bostezó de nuevo, se puso de lado y cerró los ojos.

«¿A ellos?», pensó Laura. «¡Quiero que paren! ¡Decidles que paren!».

La sala de interrogatorios se quedó en el más absoluto silencio. Solo podía oírse el zumbido sordo —y prácticamente imperceptible— de la calefacción.

Mientras escribía en su bloc de notas, Robert vio de soslayo que Laura se rodeaba el tronco con los brazos, como si tuviera frío. La habitación estaba a una temperatura perfecta, pero ella parecía helada.

—¿Quiere una manta?

Ella negó con la cabeza, distraída.

—Esa fue la última vez que vi a Mia feliz —dijo, mirando el vaso que estaba sobre la mesa, frente a ella—. Después de aquello volvió a cambiar.

—¿Tuvo otro ataque?

—Vaya si lo tuvo.

Su tono ácido y seco resultaba alarmante, y Robert apartó los ojos de sus notas.

Laura Schrader se frotó los hombros. Estaba pensando, y parecía muy concentrada. Sus ojos se habían reducido a dos líneas, y mantenía apretados los labios temblorosos.

De pronto no parecía desesperada, sino indignada, y Robert se preparó mentalmente para enfrentarse a una rabieta. No era extraño que el humor de una persona mentalmente inestable cambiara radicalmente a mitad de una conversación, y como terapeuta debía estar preparado para ello. Especialmente en un caso como este.

¿Qué había dicho Bennell antes? «Lo más probable es que Laura Schrader no sea solo una testigo».

—¡Joder, tendría que habérselo dicho a alguien! —Apretaba sus hombros con tanta fuerza que tenía los nudillos brillantes—. Puede que si hubiera hablado con Su sobre el tema todo hubiese sido distinto. Pero no. ¡Fui tan idiota como para subestimarle! No estaba al corriente de los nexos. ¡No podía saberlo! —Miró a Winter, suplicante—. ¡Tienen que creerme!

—¿A qué nexos se refiere? —preguntó Robert, con un tono de voz especialmente tranquilo.

—¡A todos! —exclamó ella, exaltada—. A lo que pasó en el parque. A las voces. A lo que estaba en el periódico. Incluso al cuento. ¡Sí, especialmente al cuento! Y a la reacción de Mia al oírlo. ¡En ese punto, al menos, debería haberlo comprendido! ¿Lo entiende?

Robert asintió. No tenía idea de lo que estaba hablando, pero necesitaba que volviera a calmarse. El tiempo iba pasando, y si la gente del pueblo estaba en peligro, necesitaba saber lo antes posible lo que había sucedido.

Sin embargo, sabía que no debía presionar a Laura Schrader. Tenía que llevarla de vuelta al relato. Mientras había explicado los acontecimientos por orden cronológico, se había mantenido estable. Aunque nada de lo que le estaba contando parecía tener demasiado sentido, era sin duda más útil que el confuso balbuceo de una mujer víctima de una conmoción psicótica.

Winter sospechaba que Laura Schrader podía estar mostrando los primeros signos de una esquizofrenia paranoica. La distorsión de las percepciones, especialmente las voces en la cabeza, apuntaban en esa dirección, y lo mismo sucedía con su declaración sobre sentirse amenazada por los *monstruos*.

—Sobre lo que acaba de decirme..., me refiero a los susurros y a su intenso sentido del olfato —dijo con precaución—, ¿había tenido problemas con ello últimamente?

—Todo empezó unas semanas antes de ir al parque —dijo. Luego, bajó los ojos y sonrió burlonamente—. Y hay una razón para eso.

—¿Quiere decírmela?

—Es la misma razón por la que dejé a Su sola esa noche —dijo. Negó con la cabeza como si no pudiera creerlo—. Fue un error. En el fondo, yo sabía que Mia no estaba bien. Y mi hermana también lo sabía, estoy segura. Pero ambas estábamos demasiado aliviadas como para comentarlo. Su me preguntó si quería pasar la noche con ellas, pero cuando me negué no dijo nada más. Tardé un tiempo en saber, por ella misma, que mi hermana también estaba muy preocupada por Mia y que me había necesitado a su lado esa noche. Pero yo no me di por aludida. Estaba demasiado ocupada con otra cosa. Algo que me había parecido evidente después de acostar a Mia en la cama y leerle el cuento en voz alta. Y esa noche quise arreglarlo de una vez por todas.

Una sonrisa de complicidad le iluminó el rostro, y miró a Robert directamente a los ojos.

—¿Sabe?, no hace falta estar mentalmente inestable para tener buen olfato y sentirlo todo con más intensidad.

Robert comprendió enseguida a qué se refería y abrió los ojos como platos.

Laura Schrader asintió.

—*Ese* es exactamente mi problema. Y sigue siéndolo.

IV

LA VERDAD. SALIDA NOCTURNA

Victor Schwartz le había dado la espalda a Laura y estaba ante la ventana de su apartamento. Ella pensó que parecía una versión moderna de *El caminante sobre el mar de nubes* de Caspar David Friedrich. Igual de pensativo y apesadumbrado. Solo que el hombre del cuadro no llevaba un traje de Armani, y que Victor se hallaba más bien *sobre el mar de luces* de la ciudad. Además, en lugar de un bastón en la mano derecha, él llevaba una copa de *whisky*, en cuyo interior bailaban unos cubitos de hielo.

Un *whisky* caro, un traje caro, un ático caro. Así era el Victor que ella conocía. Un hombre de éxito capaz de afrontar con rapidez, sensatez y eficacia todo tipo de situaciones, y hábil al elegir el modo de solucionarlas.

Pero ahora estaba en silencio, y dudaba, y a Laura la espera se le hizo interminable. En su interior latía una mezcla de emoción, esperanza y miedo. Habría deseado una reacción espontánea. Una mirada, una palabra, lo que fuera. Pero en lugar de eso, Victor se había servido una copa de algún maldito *whisky*, le había dado la espalda y se había puesto a mirar por la ventana.

Tendría que haberse marchado. Se sentía impotente y débil... y enfadada, sí, más bien indignada, al ver que él alargaba la incertidumbre, pero sabía que marcharse no era la solución. Que solo serviría para posponer el tema, y eso, sencillamente, no entraba en sus planes.

—¿Estás segura?

Su pregunta le pareció tan absurda que no pudo evitar reírse.

—¿Has oído hablar alguna vez de una mujer embarazada que no esté segura?

—Pero ¿cómo...?

No acabó de formular la pregunta. En lugar de eso, se volvió hacia ella. En su mirada podía verse un reproche tan evidente que la ira de Laura se intensificó aún más.

—No me mires como si yo fuera la única culpable de esto. Me parece obvio que aquí somos responsables los dos. —Su voz sonaba aguda, un punto histérica.

—¡Laura, por favor! —Levantó las manos a la defensiva, y los cubitos de hielo de su copa chocaron entre sí como si quisieran subrayar su gesto—. Sabes perfectamente lo que pretendía decir.

—Pues no sé cómo ha podido ocurrir —le respondió ella—. Pero ni se te ocurra pensar que no me he devanado ya los sesos intentando descubrirlo. No sé si me olvidé de tomarme la píldora, o si el estrés de las últimas semanas ha contribuido a anular temporalmente sus efectos o si tu esperma se ha vuelto últimamente resistente a la medicación. ¿Cómo diablos voy a saber por qué me he quedado embarazada de pronto, después de todos estos años?

Incluso ahora, al pronunciar aquellas palabras, le parecían algo increíbles. Se había pasado varias semanas sufriendo náuseas, profundos cambios de humor y una terrible sensibilidad con el tema de los olores, pero jamás se le había ocurrido, ni por asomo, realizarse una prueba de embarazo. Lo había atribuido a la falta de sueño y al exceso de trabajo de los últimos meses, y lo mismo había pensado de la retirada de su menstruación, que era algo que cada vez le sucedía más a menudo. Cuando finalmente decidió hacerse un test de embarazo de esos de farmacia, lo hizo más bien para descartar aquella posibilidad. Su sorpresa al ver que el resultado daba positivo fue enorme. Después de aquella se hizo tres pruebas más, una detrás de otra, cada una de un fabricante distinto, y en todas había obtenido el mismo resultado.

Victor la miró atentamente, apuró el contenido de su copa y la dejó sobre la brillante encimera de la cocina.

«Aquí se quedará hasta mañana», pensó Laura. «Hasta que la señora de la limpieza venga y la meta en el lavavajillas. Porque el gran Victor Schwartz tiene siempre a alguien que haga las cosas por él. Excepto el embarazo de su pareja: eso lo ha hecho él solito y ahora no sabe cómo afrontarlo».

¡Si al menos ahora se decidiera a darle un abrazo! Si fuera capaz de regalarle un pequeño gesto de comprensión, él, el hombre que se las da de conocedor del mundo y predica siempre entre sus clientes que la empatía es la clave del éxito...

Pero no. Victor se quedó quieto ante ella y la miró como un niño que acabara de incendiar un granero porque había estado jugando con cerillas.

Quizá aquel fuera el verdadero motivo por el que Laura no se había decidido a tener una relación seria con él. No tanto que Victor tuviera miedo

al compromiso y que ambos estuvieran convencidos de que no estaban listos para una relación seria, sino sobre todo porque él no «estaba por ella».

Bueno, él era su jefe desde hacía años y se había erigido en su mentor profesional, ayudándola a avanzar en su carrera, pero en el terreno privado nunca salían a cenar juntos, ni iban a exposiciones de arte o a conciertos. Se gustaban el uno al otro, se encontraban atractivos (él era más bien «condenadamente atractivo»), y de vez en cuando tenían sexo. Pero aparte de eso, llevaban vidas independientes. El amor era un concepto extraño para Victor Schwartz. Laura ni siquiera estaba segura de que ella fuera la única con la que se había acostado en los últimos años.

¿Y qué podía decir de sí misma? Para ser sincera, había tenido miedo de enamorarse. No solo de Victor, sino de cualquiera. Lo que podía suceder cuando alguien amaba demasiado ya lo había visto en su madre, y ella no quería pasar por eso de ningún modo.

—¿De cuánto estás? —le preguntó él, sacándola de sus pensamientos.

—¿Cómo dices?

—¿De cuántas semanas estás?

—El médico me ha dicho que de diez.

—Ven, siéntate a mi lado —le dijo Victor, asintiendo.

La precedió hasta el sofá, desde donde tenían unas vistas magníficas de la ciudad. «Quizá fue aquí mismo donde concebimos al bebé», pensó Laura, mientras se sentaba a su lado.

—Perdona por haber reaccionado así —dijo él, mientras le pasaba, ¡por fin!, un brazo sobre los hombros—. Tengo que hacerme a la idea. Tú me llevas unos días de ventaja en eso.

Ella asintió.

—Sí, yo también siento haber estado tan irascible. Es la tensión...

—Lo entiendo —dijo él—. Puedo imaginar cómo te sientes, pero juntos lo superaremos.

Ella lo miró sin dar crédito.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. Lo conseguiremos. ¿Crees que podría hacer bromas con este tema?

Le sonrió, y ella le devolvió la sonrisa. Entonces se acurrucó contra su pecho y cerró los ojos.

—Gracias, Victor. No te imaginas lo sola que me he sentido estos últimos días. Quise decírtelo la semana pasada, justo cuando me enteré, pero no encontraba el momento... Me faltaba el valor... Los dos tenemos siempre

tanto trabajo y nos queda tan poco tiempo para nosotros..., quiero decir, tiempo de calidad..., pero ahora me siento mejor.

—Me alegro —le dijo él, acariciándole el hombro dulcemente—. Y ahora no le des más vueltas. Mañana sin falta llamaré a un amigo mío que es cirujano. Seguro que él podrá recomendarnos a alguien.

—¿Perdona? —Laura se zafó del abrazo y se puso en pie de un salto—. ¿De qué estás hablando? ¿Quieres... quieres que aborte?

Él la miró con sincera perplejidad.

—Pues claro. Ambos estábamos de acuerdo en este tema.

—¡No! ¡Desde luego que no estábamos de acuerdo!

—¿Pretendes decirme que quieres tener el niño?

—Pues no estoy segura —dijo ella, en un esfuerzo por ser sincera—, pero es que un aborto...

Victor se levantó también. Intentó abrazarla pero ella se apartó.

—Laura, escúchame. Todo ese discurso ético del derecho a la vida y tal... —Levantó las manos, conciliador, cuando ella intentó interrumpirle—. Todo eso está muy bien, de verdad, pero yo sé que tú no quieres a este niño. Y si fueras sincera contigo misma, también lo sabrías.

—Me parece —le dijo— que precisamente este es el tema: yo no sé si lo quiero o no. Lo único que está claro es que tú no lo quieres.

—Porque no tiene espacio en tu vida —le contestó él, severo—. ¡Precisamente ahora que ibas a hacerte cargo de la sociedad! ¿Qué hay de tus grandes proyectos, eh? ¿Renunciarás a todo, te quedarás en casa y jugarás a ser mamá?

Laura lo miró casi con desprecio.

—Estamos en el siglo XXI, por si no te has enterado. El trabajo y los hijos pueden combinarse perfectamente.

—Eso es lo que te venden los políticos —respondió él, inmutable—, pero tú sabes cómo son las cosas en realidad, al menos en nuestro sector. Quien no da el cien por cien pierde el tren en la primera estación.

—Puede que algunos traten de convencerse de que las cosas son así. Puede que crean que son insustituibles y que sin ellos nada puede ir bien... Pero tiene que haber otro modo de que las cosas funcionen, Victor.

—En cualquier caso, lo cierto es que un niño es una enorme responsabilidad. —Habla ahora con un tono tranquilo, sereno—. ¿Querrás dejarlo desde sus primeros meses en una guardería? ¿Te verás capaz de ir a las reuniones sin tener remordimientos?

Laura sabía que aquella era una pregunta retórica. Como solía hacer en sus presentaciones para los clientes, dejó dos segundos de silencio para que sus palabras provocaran el efecto deseado, y luego siguió hablando.

—Tendrás que pasar mucho tiempo con el bebé, tanto si quieres admitirlo como si no. Un tiempo que no podrás invertir en un trabajo que hasta ahora ha sido lo más importante de tu vida. ¿Estás preparada para afrontar eso?

—Yo nunca he dicho que no quiera tener hijos —le interrumpió ella—. Por ahora solo está claro tu punto de vista, que es, obviamente, el de un egoísta redomado.

—¿Ah, sí? —Victor arqueó una ceja—. ¿De modo que un egoísta? ¿Y puedes hacer el favor de decirme qué tiene de egoísta no querer traer a un niño a este mundo superpoblado? Cuando yo iba al colegio me dijeron que nuestro planeta tenía cinco mil millones y medio de habitantes; ahora somos dos mil millones más, y en cuarenta años habremos doblado el número de entonces. Habitantes que necesitan comida y un espacio vital. Entonces ya no se tratará de convencer a la gente de que compre un coche caro o un cronómetro extraordinario. No, Laura, te aseguro que no estoy siendo egoísta, sino realista.

—Piensa lo que quieras —dijo ella cogiendo su chaqueta—. Ahora mismo solo hay algo que tengo claro, y es que tú eres el padre de mi hijo. De modo que tendrás que asumir tu responsabilidad.

Él asintió, conciliador, y metió las manos en los bolsillos de su pantalón. Era un gesto de culpabilidad, y Laura no pudo evitar pensar en un niño pillado haciendo una travesura.

—Cierto —dijo en voz baja—. Y lo haré, por supuesto. El dinero no será problema, ya lo sabes.

Ella lo miró, provocadora.

—¿Ni aunque decida tenerlo?

—No lo harás, Laura. Te conozco.

Ella no respondió. Se dio media vuelta y se fue hacia la puerta. Victor la siguió.

—Espera, llamaré un taxi.

Ella negó con la cabeza, sin mirarlo.

—Puedo hacerlo solita.

—¡Laura, por favor! —dijo él con voz suave—. Ya sé que las cosas no son fáciles, pero te ruego que te tranquilices. Ve a casa y relájate. Métete en la cama. Mañana tienes una presentación importante y debes estar a tope —dijo

aquello y le sonrió, esperanzado—. Después volveremos a hablar de esto, ¿te parece? Lo arreglaremos.

—¿Así que se trata de eso? ¿La presentación es lo único que te importa?

—Se trata de *tu* presentación, no lo olvides —le dijo él—. Cuando la acabes tendrás la mente más tranquila y podremos volver a hablar sobre tu... sobre *nuestro* asunto. Estoy seguro de que entenderás mi punto de vista. Al fin y al cabo nos parecemos mucho, tú y yo.

—Me temo que en este punto no.

En ese momento Victor dejó de sonreír y su voz adquirió un tono más frío.

—Enfádate conmigo todo lo que quieras, pero el papel de predicadora moral no te sienta nada bien, cariño. Esta no es la Laura que conozco.

Laura puso la mano en el pomo de la puerta. Le había dado la espalda para marcharse, pero ahora se dio la vuelta y lo miró.

—Tienes razón —dijo. Su voz sonaba cansada y triste, y de repente se sintió terriblemente vacía—. Parece que no soy la Laura que conoces.

Un rato después, ya en el taxi, se dio cuenta de que no podía pensar con claridad. Había creído que después de su conversación con Victor iba a tenerlo todo más claro, pero ahora resultaba que había sucedido todo lo contrario. ¿Realmente quería tener ese niño? ¿Era posible que Victor tuviera razón y ella estuviera soñando con algo imposible? ¿Qué era más importante para ella: una carrera profesional o una vida familiar, por insólita que resultara?

Pensó en su piso. Tendría que hacer obras, por supuesto. En realidad solo tendría que subir una pared y listo. Disponía de espacio suficiente para una habitación más.

O podría venderlo y mudarse a otro más grande. Después de todo, su vecindario no era particularmente partidario de los niños. No podía imaginarse a ninguno de sus vecinos celebrando los berridos de un bebé a media noche.

—¿Es el primero? —preguntó la taxista, mirándola por el espejo retrovisor.

Laura alzó la mirada. La conductora era una mujer regordeta de unos cincuenta años, con aspecto sureño y unos ojos oscuros que la miraban con ternura.

—¿Tanto se nota?

La taxista se rio.

—Desde luego. Aunque hay que tener ojo para eso. Es tu actitud. Bueno, eso y el modo en que te acaricias la barriga.

Laura bajó los ojos, desconcertada, y observó con sorpresa que la mujer tenía razón. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo hacía.

—Sigue acariciándolo —le dijo la taxista, sonriendo de nuevo—. Es bueno para los dos. Los pequeños notan enseguida si su madre los quiere o no. Créeme, es cierto.

Laura se miró la mano. En aquel momento se sintió envuelta por tanta calidez que le brotaron unas lágrimas. Inclino la cabeza hacia un lado y cerró los ojos. No apartó la mano. La dejó allí quieta, allí donde estaba creciendo algo que pronto sería un ser con identidad propia, con pensamientos y sentimientos.

Sí, lo más probable era que la mujer tuviese razón. Si era cierto lo que había leído, en la décima semana el feto ya era un ser humano completo, capaz de sentir lo que sucedía a su alrededor y también lo que sentía su madre.

Ahora, con los ojos cerrados, pensó que hasta podía ver lo que él veía: una oscuridad cálida que lo abarcaba todo y palpitaba al ritmo de los latidos de su corazón. Un sonido constante que le hacía sentirse seguro y protegido.

Bum-bum, bum-bum, bum-bum.

«Es cirujano. Seguro que él podrá recomendarnos a alguien».

«¿Quieres que aborte?».

«... sé que tú no quieres a este niño. Y si fueras sincera contigo misma, también lo sabrías».

Bum-bum, bum-bum, bum-bum.

«No sé si lo quiero o no».

«Lo arreglaremos».

Bum-bum, bum-bum, bum-bum.

—¿Te encuentras bien?

Abrió los ojos y vio que la conductora la miraba por el retrovisor.

—Sí, gracias. Estoy bien.

—Entonces... ¿lo que veo son lágrimas de alegría?

Laura sonrió, algo avergonzada, y se secó las lágrimas.

—No te preocupes, cielo, todo irá bien —le dijo la taxista—. Mírame a mí. A mi edad he criado a seis mocosos, y cada uno de ellos ha llegado a ser algo en la vida. La mayor incluso me hará abuela pronto. Ha empezado rápido, mi Chiara, igual que su mamá. Ella lo conseguirá, y tú también podrás

hacerlo, cariño. Hasta ahora todas las mujeres lo han logrado: nuestras madres y nuestras abuelas y las madres de todas ellas.

Laura asintió y suspiró.

—Puede ser, pero antes los hombres eran distintos. Hoy en día, parece que todo gira en torno a la carrera y el éxito.

—Ah, así que de eso se trata —dijo la taxista—. Bueno, entonces espero, por tu bien, que el tipo tenga una buena cuenta corriente. Yo siempre me he topado con hombres que pasaron de la botella de leche a una más fuerte. Y mi hermana se lio con uno que en realidad quería casarse con su propia madre.

La taxista, que se llamaba Rosalia, se rio a carcajadas, y Laura se unió a ella. Reírse le sentó bien y le aportó esa sensación de calidez que tan dolorosamente había echado de menos con Victor.

—Me temo que matrimonios como los de nuestros padres pertenecen a una especie en extinción —dijo entonces.

—Tampoco vayas a creerte que han sido mejores, cielo —le dijo Rosalia, algo más seria, mientras adelantaba a un Mercedes cuyo conductor parecía no haberse dado cuenta de que el semáforo estaba en verde—. En el caso de mis padres fue algo terrible. Mi madre, Dios la tenga en su gloria, no tuvo el coraje de darle la patada al borracho de su marido. Eso hoy ya no pasa. No tanto, al menos. Es verdad que ahora hay cosas que se rompen demasiado rápido, pero aun así es mejor que despertarte cada mañana junto a un inútil y pensar que será así hasta el resto de tu vida.

Laura no dijo nada. Era obvio que el matrimonio de los padres de Rosalia no había funcionado bien, pero el de los suyos sí había sido perfecto: sus padres tuvieron la relación que ella habría deseado para sí..., al menos durante las fantasías románticas de su adolescencia, antes de empezar a tener sus propias relaciones.

Sí, sus relaciones habían sido siempre con hombres como Victor; él era el tipo de hombre del que Laura se enamoraba; hombres en los que —al menos eso era lo que ella esperaba— tarde o temprano a floraba algo que al principio había permanecido oculto. Desde esa noche, no obstante, tenía la certeza de que habría tenido más probabilidades de éxito comprando lotería.

—Hemos llegado —dijo Rosalia, deteniéndose en la entrada del edificio de Laura—. Mantén la cabeza alta. Todo irá bien. Puede que las mujeres aún tengamos que traer niños al mundo, como en la Edad de Piedra, pero, a diferencia de nuestros compañeros masculinos, nosotras hemos hecho evolucionar la especie. Y si es necesario, podemos criar solas a nuestros hijos. Recuerda las palabras de alguien que ha sido madre seis veces, cielo.

Laura se propuso atesorar realmente aquel consejo. Aun así, tenía miedo, porque había algo en lo que no le quedaba más remedio que estar de acuerdo con Victor y su hermana: tener un bebé significaba asumir responsabilidades. Y ella no sabía si de verdad estaba lista para eso.

No podía sacarse de la cabeza la imagen de Su buscando ayuda con la mirada al llevarse a Mia del parque.

«Si las cosas se vuelven complicadas, refúgiate en el trabajo». Esa había sido su máxima. Concentrarse en el trabajo no solo proporcionaba la anhelada distracción de las preocupaciones cotidianas y los problemas de todo tipo, sino que también resultaba lucrativo.

Aquella máxima había guiado sus acciones desde que era una niña. Cuando tenía problemas con sus compañeros de clase, o en casa, Laura se retiraba y se concentraba en los estudios.

Así, podía decir que parte del sobresaliente que sacó en selectividad se lo debía a Tom Krüger, quien le rompió el corazón en el último curso de bachillerato. Después de haberlo pillado besándose con otra chica en una fiesta del instituto, ella se puso a estudiar a tope y a aprovechar extraordinariamente cada clase que le quedaba antes del examen final. Tom pasó a ser historia en algún momento —ya ni siquiera estaba segura de si su apellido era Krüger o no—, pero ella sacó provecho de sus notas durante mucho tiempo.

El esfuerzo siempre traía su recompensa; las relaciones, no. Y cuanto peor le iban las cosas, mayor era su ambición. Si bien es cierto que así no resolvía los problemas que la atenazaban, también lo es que estudiando lograba alcanzar nuevas metas, lo cual era suficiente para recuperar la confianza en sí misma, que a su vez le ayudaba a enfrentarse al problema real.

En cuanto llegó a casa, Laura se sentó a la mesa de la cocina con una taza de té y su MacBook, y se sumergió durante unas horas en su presentación del día siguiente.

La tenía muy bien preparada, constató con satisfacción. No le costaría nada convencer al cliente de que su propuesta publicitaria era la más adecuada para su empresa. El contrato, que supondría un ingreso de seis cifras, sería su aportación para hacerse socia de Schwartz Marketing.

«Pronto, Schwartz y Schrader Marketing», pensó, y sonrió.

Victor podía ser egocéntrico y tener una ambición desmesurada, pero tenía razón en una cosa: aquel iba a ser *su* gran problema —*su* de ella—, e iba a ser capaz de gestionarlo con éxito. Como siempre.

Satisfecha, cerró el MacBook y se dirigió a la nevera. Sacó tres pimientos rojos y algunas zanahorias y las lavó. Últimamente tenía hambre a todas horas, pero prefería cocinar antes que devorar una bolsa de patatas o de dulces. Estaba segura de que *su* hijo —de ella— se lo agradecería.

«Su hijo».

Puso las verduras en la tabla de cortar y se detuvo.

«Su hijo».

Era un concepto tan extraño que ni siquiera parecía que hubiese salido de ella. Quizá por eso estaba tan enfadada con Victor. No porque hubiera rechazado la opción desde el primer momento, sino porque había expresado todo lo que ella no se atrevía a decir. Porque había sido más honesto que ella.

Observó su MacBook, en la mesa de la cocina.

Su presentación.

Su problema.

Su asociación.

Su hijo.

«Un hijo es una responsabilidad. ¿Te quedarás en casa y jugarás a ser mamá?».

¿De quién era esa voz? ¿De Su, de Victor, tal vez de ambos?

No, aquella era su voz.

¿Debería abortar?

Victor había dado por buena esa opción tras una mera conversación, y, para ser honesta consigo misma —«realmente honesta»—, debía admitir que ella había hecho lo mismo... Antes de plantearse la pregunta respecto a su propio hijo. Un niño que de momento no tenía ni nombre ni género.

Pero que era *su* hijo.

A ella le gustaban los niños, sí. Le gustaba verlos jugar en el parque, como Mia aquella tarde. Adoraba a su sobrina. También le encantaba la hijita de su secretaria. Esa descarada chiquilla pecosa que se pasaba por la agencia de vez en cuando al salir de la escuela. Le gustaba verla en un rincón de la sala de reuniones, concentrada, haciendo sus deberes. Y le hizo muchísima ilusión el día que le regaló un dibujo. Incluso lo colgó en su despacho, ante la orgullosa mirada de la pequeña artista.

Pero esa era solo una Laura. La otra se encargó de quitar el dibujo a los pocos días. Los que tenían dibujitos colgados en sus despachos siempre le habían despertado suspicacias. Pensaba que no eran lo suficientemente profesionales. Y qué nerviosa le ponían los niños en los restaurantes; qué maleducados le parecían y qué rabia le provocaba que sus padres los dejaran

corretear entre las mesas. Y qué pereza los llantos de los bebés. Y qué enervante que su secretaria le pidiera el día libre cada vez que su hija se ponía enferma.

«Y respecto al incidente con Mia esa tarde... Con la mano en el corazón, en el fondo te has alegrado de que fuera Su quien tuviera que encargarse del asunto y no tú. De que Mia fuese hija suya y no tuya».

Sí, no podía negarlo. Era totalmente cierto. Le parecía mucho más fácil ser «la mejor tía del mundo», leer cuentos en voz alta o comprar *pizzas* y helados, que asumir la responsabilidad de ser madre. «Dejar de lado tus intereses y tu propia persona», como Su le dijo un día.

Su hijo.

«Mi hijo».

«Está en mí. Se siente seguro y protegido. Oye los latidos de mi corazón».
Cogió el cuchillo de cocina y cortó los pimientos en tiras.

«¿Qué debo hacer?».

«Arreglarlo».

«Oye los latidos de mi corazón».

«Siente lo que yo siento».

Y entonces, de pronto, volvió a oír el susurro. Más claro que en el metro, pero lo suficientemente bajo como para seguir sin entenderlo.

Pero ahora notó algo nuevo: era evidente que el susurro provenía de un niño.

Un libro es como un buen amigo. Está a tu lado tanto en los buenos como en los malos momentos, y puede llevarte a un mundo nuevo. Abre las tapas y luego abre tu mente.

La madre de Su escribió estas palabras en uno de sus libros de cuentos. La lectura había sido la gran pasión de sus padres, y durante toda su vida los Schrader habían ido cumpliendo el sueño de tener su propia biblioteca. Poco a poco su casa fue llenándose de libros: novelas, biografías, volúmenes de poesía, no ficción... Sus intereses eran de lo más variado. Y Anna Schrader se sintió feliz cuando comprendió que su hija mayor compartía su entusiasmo por la lectura.

Para Su, esas palabras habían ido ganando peso a lo largo de los años. Ella había vivido muchas experiencias y se había equivocado con algunas personas, pero durante toda su vida los libros habían sido para ella fieles amigos y compañeros.

Esa noche estaba absorta en uno de los relatos de Daphne du Maurier, herencia de su madre. Le habría encantado guardar todos los libros que sus

progenitores habían ido adquiriendo, pero ya en el primer piso en el que vivió no había suficiente espacio y después del divorcio tuvo que mudarse a una buhardilla y deshacerse de la mayoría de sus fieles amigos de juventud.

Pero ese ejemplar que estaba releendo ahora era especialmente importante para ella. Ocupaba un lugar privilegiado en su estantería. La primera vez que leyó las novelas de Du Maurier era demasiado joven para comprender la profundidad de sus historias, pero, aun así, se había sentido fascinada por la oscura fantasía de la autora, y eso que la habían dejado varias noches sin dormir. Sobre todo la historia del anciano y los cisnes, o la del matrimonio que recibe la visita de su hija ahogada en los sombríos canales de Venecia... Y por supuesto *Los pájaros*. La novela transcurría de un modo completamente distinto al de la película, y a Su le parecía más siniestra si cabe.

Recordaba perfectamente aquella noche que pasó hablando con su madre sobre la trama. Ella le había preguntado por qué los pájaros estaban tan enfadados con las personas, y si la autora había querido referirse realmente a los pájaros o si en realidad representaban algo distinto por completo.

—¿Y si no son más que un paralelismo? —había preguntado.

—Querrás decir una parábola —le respondió su madre, en el familiar tono de maestra—. Es una pregunta bastante profunda para una niña de diez años.

—¿Ah, sí? Bueno, es que me interesa.

Su madre la miró pensativa por un momento y luego asintió.

—Tienes razón, cariño. ¿Por qué no ibas a poder preguntarte estas cosas? Creo que los adultos a menudo cometemos el error de subestimar a nuestros hijos, y eso que deberíamos ser los mejores en saber lo que os pasa por la cabeza. Al fin y al cabo, nosotros también fuimos niños. Teníamos preguntas y lográbamos respuestas. Algunas eran simples e ingenuas, y no siempre tenían razón, pero eso es lo maravilloso de la vida: que nos permite aprender algo nuevo todos los días. Me alegra ver que tú lo quieres, sin duda.

Aquel había sido un momento muy feliz para Su, y ahora que estaba hojeando el libro otra vez, su viejo amigo de la infancia le dio consuelo al recordárselo.

No se lo había dicho a Laura, y lo había reprimido especialmente ante Mia, pero ahora que estaba sola debía reconocer que tenía miedo.

Estaba preocupada por su hija.

Hasta aquel día había creído que Mia tenía superado el divorcio y que iba recuperándose —poco a poco—. Emocionalmente, pero lo que había pasado

aquella tarde había sido como enfrentarse a un fuego que se creía extinguido, pero en el que las ascuas, por algún motivo, se habían encendido de nuevo.

Hacía unos seis meses, sus noches se habían convertido en un horror. Tras su separación, Mia había empezado a tener episodios de sonambulismo, y durante una temporada sufrió una crisis cada noche. Todas las noches.

Con el tiempo, sus viajes nocturnos por la sala de estar, la cocina y el baño fueron espaciándose, pero Su seguía sin poder dormir toda la noche de un tirón. Y menos después de aquel día en que Mia encontró la puerta de entrada en una de sus excursiones nocturnas y salió a la calle.

Después de cada ataque de sonambulismo, la pequeña se había mostrado terriblemente irritada, y había llorado y murmurado frases sin sentido. Igual que hoy en el parque.

Y ahora Su volvía a tener miedo. De que aquella etapa no estuviese superada. De que quizá nunca llegara a estarlo. De que ella, Susann Landers, de soltera Schrader, tuviera la culpa de todo. Culpable de los cargos que se le imputan, su señoría. Culpable en todos los sentidos.

Su condena fue tener que preocuparse tanto por su hija y afrontar el temor de haber fallado como madre.

Suspirando, se acurrucó en el sofá, se subió la manta hasta el cuello y abrió el libro. Hojeó las primeras páginas, olisqueando el familiar aroma del papel antiguo.

Abre las tapas y luego abre tu mente. Un libro puede llevarte a un mundo nuevo.

«O a uno viejo en el que confíes», agregó mentalmente, mientras empezaba a leer por la página 122. Era el momento en que Nat, el campesino, armado solo con una manta, luchaba contra una bandada de pájaros para proteger a sus hijos.

A pesar de que Nat era un personaje más bien plano que nunca ganaría el premio al protagonista más popular entre los lectores, lo cierto es que Su lo admiraba por aquel acto. Era valiente, desinteresado y solo trataba de proteger a su familia.

«Tengo que ser como él», se dijo. «Tengo que proteger a mi hija. Tengo que hacer que Mia entienda lo importante que es ser fuerte y luchar contra el mal. Porque su padre se comportó mal conmigo, me hizo daño, y aunque no vaya a tenérselo en cuenta toda la eternidad, será cierto para siempre. Yo no hice nada malo. Siempre actué conforme a mi manera de entender el mundo. Si al hacerlo cometí algún error, el tiempo ya se encargará de juzgarme. Nadie

comete errores a propósito. Nadie se hace daño a sí mismo a conciencia. Y solo aprendemos de nuestros errores cuando los reconocemos como tales».

Iba a estar más pendiente de Mia. Sí, iba a ayudarla a ser más fuerte. Todo en el mundo tiene dos caras, y siempre hay algo malo detrás de cada cosa buena, pero ella iba a salvar a su hija de eso.

«Ahora más que nunca».

Con esas ideas en mente volvió a concentrarse en Nat, quien sin saberlo, y más de dos décadas después de su primer encuentro, acababa de convertirse en su modelo. La diferencia era que ella, al contrario que él, ganaría la batalla.

¡Vaya si lo haría! Ganaría a toda costa.

Cuando Su despertó, no sabía cuánto tiempo había pasado. Por la ventana pudo ver que aún era de noche, y el viento golpeaba los cristales como una gran mano invisible.

Debió de quedarse dormida mientras leía, y ahora le dolía el cuello. Se había ido escurriendo en el sofá, escupida por la vieja tapicería en la que había pasado innumerables horas leyendo y viendo la tele, y había acabado retorcida en el asiento.

«Necesitamos con urgencia un sofá nuevo», pensó mientras se incorporaba, bostezando.

Se desperezó, se frotó los brazos entumecidos, cogió el libro del suelo, que se habría caído mientras dormía, y poco a poco fue recuperando la consciencia. Fue entonces cuando percibió la corriente de aire frío que atravesaba la habitación. Miró a su alrededor y vio que la puerta del balcón estaba abierta de par en par.

«¡Mia!».

El pánico estalló en su interior.

Se levantó de un salto del sofá, arrojó la manta a un lado y corrió hacia la puerta del balcón.

En su mente vio el cuerpo destrozado de su hija, ocho pisos más abajo, sobre la acera. Vio el charco de sangre que se habría formado alrededor de su cabecita. La mirada desconsolada del médico de urgencias, que solo podría confirmar la muerte de la pequeña. Y se vio a ella misma, de pie entre los edificios de cemento, gritando de dolor y desesperación.

«¡Ha sido culpa mía! ¡Ha sido todo culpa mía!».

Pero Mia no se había caído por el balcón. Era imposible: la barandilla era demasiado alta y tendría que haber trepado por ella. Y si Su había aprendido algo en el tiempo que llevaba compartiendo vida con una hija sonámbula, era que estos no podían escalar. Podían abrir puertas, sacar tetrabriks de leche de

la nevera, y dejarlos caer al suelo por pura torpeza, e incluso podían abrir los grifos del baño, pero para escalar no tenían suficiente habilidad.

«¡Gracias a Dios!».

Sí, Mia había abierto la puerta del balcón, y sí, había salido fuera. Pero cuando Su la vio, la niña estaba arrodillada junto a la barandilla, sujeta a los barrotes, y no parecía tener la menor intención de saltarla. Por el contrario, estaba quieta como una estatua. Como si hubiese descubierto algo sumamente interesante en el balcón de al lado. Algo que solo podía ver en su imaginación, porque en el mundo real era noche cerrada y todo estaba sumido en la más absoluta oscuridad.

Con cuidado, y con un profundo suspiro de alivio, Su se acercó a ella. Se arrodilló a su lado y susurró su nombre. Mia. Entonces la cogió amorosamente por los brazos, que se le habían quedado helados por el frío. Aquella mañana había traído consigo algún recuerdo del clima de verano, pero ahora las noches ya refrescaban lo suyo, y aquí arriba soplaba un viento incesante.

Su se preguntó cuánto tiempo había pasado Mia ahí fuera y llegó a la conclusión de que, en cualquier caso la respuesta era *demasiado*. Si ella no se hubiera quedado dormida en el sofá, Mia no habría...

Se interrumpió repentinamente al darse cuenta de que los ojos de Mia estaban abiertos y la niña estaba mirando algo. No, *algo no; a alguien*.

Era el niño de piel oscura que vivía en el apartamento de al lado y tenía más o menos la misma edad que Mia. Estaba arrodillado en la misma posición que ella, agarrado a los barrotes de la barandilla y mirándola fijamente. En su rostro oscuro, que además quedaba a la sombra del balcón, sus ojos blancos parecían aún más brillantes.

¿Qué demonios estaba pasando ahí?

Porque entre los dos pequeños había algo, estaba segura. Por extraño que pareciera, y aunque no supiera cómo justificarlo, estaba segura de que su hija y el niño estaban mirándose el uno al otro. Sí, tenía la sensación de que los dos pequeños estaban... «comunicándose» de algún modo. Sin palabras.

—Mia, cariño, ¿me oyes?

Apenas le salía la voz, y tuvo que aclararse la garganta antes de repetir la pregunta.

Mia asintió lentamente.

—Vete, mamá —le dijo en voz baja, sin darse la vuelta para mirarla—. Déjanos en paz.

Parecía tan seria y decidida que Su sintió un escalofrío. Había hablado en plural. ¡Lo había dicho! No se equivocaba, pues.

—No, cariño. Te vas a morir de frío si te quedas aquí. Vamos, entra en casa.

Mientras hablaba, sujetó los brazos de Mia con más fuerza y la obligó a ponerse en pie. La pequeña no se resistió, pero su mirada permaneció fija en el vecino, que se levantó también. Era un poquito más alto que Mia, y llevaba solo un pijama fino que golpeaba su delgado cuerpo al ritmo del viento.

Su quiso gritarle que dejara en paz a su hija, pero no dijo nada. La forma en que la miraba la asustó.

Con dulzura pero determinación, arrastró a Mia hasta el comedor y cerró la puerta del balcón con una mano, sin atreverse a soltarla. Después llevó a su hija hasta la cama y la tapó con dulzura.

—Cariño..., qué cosas se te ocurren —le dijo—. ¿Qué hacías... qué hacíais los dos ahí fuera?

Mia se limitó a mirarla fijamente. Sus ojos estaban vidriosos y tenía la piel perlada de sudor. Su le puso la mano en la frente y la retiró de inmediato, asustada.

La pequeña tenía fiebre. Mucha fiebre.

Media hora después, Su estaba de pie junto al teléfono. Mia se había dormido, al fin. Su le había puesto un trapo frío y húmedo en la frente, le había disuelto la medicina en un vaso de agua natural y se lo había hecho beber, y después se había sentado a su lado, le había secado las gotas de sudor de la frente enrojecida, y había esperado a que el medicamento surtiera efecto.

Cuando Mia se quedó dormida, murmuró algo. No eran más que dos palabras, pero las repetía continuamente.

—Ya basta. Ya basta. Ya basta.

Le costó un esfuerzo sobrehumano coger el teléfono. Se sentía como Nat, luchando contra los pájaros con una manta.

«Ya basta», pensó.

«¿Ya basta de qué?».

Marcó el número de Patrick.

Voces lejanas, como un susurro.

«El lobo ha muerto, el lobo ha muerto. ¡Hurra, hurra, el lobo ha muerto!».

«Nos hemos librado de él».

«Sí, y de los demás».

«¡Nunca más! ¡Nunca más!».

Laura se despertó sobresaltada. Tenía la mano sobre la boca, como si hubiese intentado reprimir el grito que profirió en su sueño.

«Solo ha sido un sueño», pensó, mientras recuperaba el contacto con la realidad. «Solo un sueño».

Pero seguía viendo aquel rostro.

«Su rostro».

Saltó de la cama y corrió hacia el baño tan rápido como pudo. Estuvo a punto de tropezar con la alfombra. Se aferró al borde de la bañera y, en el último momento, se las arregló para abrir la tapa del inodoro cuando el contenido de su estómago ya empezaba a precipitarse hacia la taza, con un chapoteo penetrante y maloliente. Un sudor frío le cubrió la cara. Se estremeció y empezó a temblar.

«Un sueño», se repitió. «Solo ha sido un sueño».

Pero por mucho que repitiera aquella frase, lo cierto es que no se calmaba, y las terribles imágenes no se desvanecían. Al contrario: cada vez le parecían más reales, como el recuerdo de algo vivido en realidad. Era igual si cerraba los ojos o si los tenía abiertos: las imágenes seguían allí.

Como si se hubieran grabado a fuego en su mente.

—Como si de verdad hubiese visto su cara. La de ese hombre que..., por el amor de Dios, tenía la cabeza completamente...

Laura Schrader no osó pronunciar la frase hasta el final. Se cubrió la cara con las manos y apoyó los codos sobre la mesa.

Robert observó el temblor de sus hombros mientras lloraba en silencio.

«Se comporta como si acabara de revivir su sueño», pensó..., o su alucinación, quizá; era posible que estuviera sufriendo una esquizofrenia paranoica. Así lo insinuaban, al fin y al cabo, los susurros a los que se había referido antes, que bien podrían ser los precursores de esas voces imaginarias a menudo asociadas con los trastornos psicóticos.

Se preguntó por enésima vez si lo que Laura le había contado podía ser en realidad el relato de un brote psicótico. Era posible, pero no estaba completamente seguro. Dejó su cuaderno a un lado y se inclinó hacia ella.

—¿Le gustaría tomarse un descanso? —le preguntó, y ella le respondió asintiendo con la cabeza.

—Tendría que ir al baño —dijo, y cuando apartó las manos de su cara, él pudo ver lo pálida que estaba.

Robert asintió brevemente a la cámara, pero el mecanismo de cierre automático de la puerta ya se había puesto en marcha antes de que él hiciera

nada más. Un leve clic y la enfermera entró en la sala. Obviamente había estado ahí al lado, siguiendo cada palabra.

A Winter le pareció que la mujer se comportaba de manera muy distinta: más enérgica, más resuelta. Parecía realmente preocupada por Laura. Se le ocurrió que tal vez la noticia de que estaba embarazada pudiera haber provocado ese cambio de actitud. ¿Era posible que su repentino celo se debiera a una expresión de solidaridad entre embarazadas?

Lo había experimentado también con su esposa. Cada vez que Jeanette se cruzaba con otras mujeres embarazadas, tanto si las conocía como si no, se comportaba como si hubiera una conexión especial entre ellas. Como la que hay entre las *cómplices*.

Solo había una cosa extraña. Una pequeñez que a un observador menos atento podría habersele pasado por alto, pero que a Robert, cuyo trabajo consistía en gran parte en observar y detectar anomalías de comportamiento, no se le escapó. Fueron apenas unos segundos, pero resultaron suficientes para inquietarlo.

Cuando Laura Schrader se levantó y anduvo hacia la puerta con paso inseguro y tambaleante, la enfermera avanzó hacia ella; quería ayudarla, pero Laura la esquivó. La enfermera insistió, pese a todo, y cuando al fin la sujetó del brazo dio un respingo y se echó hacia atrás como un resorte. Fue como si el brazo de Laura la hubiera electrocutado y le hubiera provocado un brevísimo calambrazo. En cualquier caso, aquella reacción respondía más bien a algo instintivo; algo que ni la propia enfermera pareció acusar. O al menos eso es lo que pudo inferir Robert Winter de su rostro, mientras cerraba la puerta tras ellas y se quedaba solo en el silencio de la sala de interrogatorios.

El lavabo quedaba al otro lado del pasillo. Laura Schrader siguió de cerca a la enfermera. A la luz de los halógenos, su rostro parecía más pálido que nunca, y bajo sus ojos se habían formado unas oscuras ojeras grises.

La enfermera se apresuró a abrirle la puerta y esperó junto a la pila, mientras ella entraba en el cubículo del centro del lavabo. El ruido de la tapa del retrete abriéndose a toda prisa resonó en las paredes de azulejos blancos. A continuación, el sonido de las arcadas.

Cuando el olor agrio del vómito se adueñó de aquel espacio, la enfermera se tapó la nariz con una mano. Conocía demasiado bien aquella fase: al comienzo de su embarazo también la sufrió intensamente. En cuanto tomaba algo, ni que fuera un sorbo de agua, lo sacaba inmediatamente. Fue una época terrible. Tenía la sensación de que su cuerpo se resistía a toda costa contra lo

que estaba creciendo en su interior. Sus hormonas habían enloquecido, como ahora las de la paciente.

Por fin se hizo el silencio. Las arcadas cesaron y el lavabo se quedó en silencio.

—¿Todo bien? —preguntó.

Pero no obtuvo respuesta. Más allá del goteo intermitente de un grifo mal cerrado a su lado y del zumbido monótono y quedo de las luces de neón sobre su cabeza, no se oía el menor sonido.

—¿Señorita Schrader?

Nada. ¿Se habría desmayado? Con un suspiro, se dirigió hacia la cabina.

—Señorita Schrader, ¿se encuentra bien?

Un suave gemido, y por fin una voz afónica.

—Sí, sí, ya estoy.

Aliviada, la enfermera retrocedió. El olor agrio le resultaba demasiado agresivo. Se llevó la mano otra vez a la nariz y caminó hacia la pila. Allí no olía tan mal. Hacía ya un tiempo que había superado la fase de los vómitos, pero no quería provocarla de nuevo innecesariamente. Además, su bebé estaba bastante inquieto aquel día. Podía sentir cómo se movía en su barriga.

«Como si estuviera inquieto por algo», pensó, apoyándose en otra de las pilas.

Mientras esperaba a que Laura saliera, se acarició la barriga. ¡Ahí! Ahí estaba su pequeño, moviéndose de nuevo. Podía notar la fuerza de sus pataleos.

«¿Qué debe de estar pasándole? ¿Puede que tenga un sueño inquieto?».

Pero antes de plantearse realmente si los bebés nonatos podían soñar o simplemente reaccionar con actos reflejos, la enfermera oyó un débil sonido. Un siseo extraño, apenas audible. Venía de la cabina.

Escuchó con atención y de pronto se dio cuenta de que la paciente estaba susurrando ahí dentro.

Con cuidado, y con muchísimo silencio, se dirigió a la puerta.

Sí, efectivamente. Laura Schrader estaba susurrando. Como si hablara con alguien.

Hospital de las Hermanas de la Caridad
UCRANIA

La brillante luz del día iluminó la habitación del hospital al abrirse la puerta. La mujer que entró en la habitación iba vestida con hábito y

apenas podía reconocérsele la silueta, pues la luz la envolvía como si de una aureola se tratara.

«Como a la Santa Madre de Dios», pensó Svetlana, mientras parpadeaba, deslumbrada.

Cuando la puerta se cerró de nuevo, descubrió que se trataba de la madre superiora. La hermana Jacinta era una mujer alta, con la cara delgada y arrugada, y con unos llamativos ojos de color azul claro. La hermana era bastante anciana, seguro que tenía más de setenta años. Gracias a su educación cristiana, Svetlana sabía que la superiora se llamaba así por santa Jacinta Mariscotti, la monja que, tras superar una grave enfermedad, había renunciado a todos los placeres terrenales para llevar una vida de estricta penitencia y abnegación. Durante el resto de sus días, la santa solo se alimentó de ajeno y hierbas, y realizó sus rezos arrodillada sobre ortigas, cera caliente o nieve helada. Había vivido una vida de humildad y pureza, pero conocía muy bien las cosas mundanas.

En este sentido, pensó Svetlana, el nombre era una combinación perfecta para la hermana de mirada limpia y juvenil, pero al mismo tiempo experimentada.

—¿Puedo verlo? —preguntó mientras la matrona se sentaba en la silla de madera que quedaba junto a ella.

—No, hija mía. Ya lo hemos enterrado.

—¿Y su tumba? ¿Puedo al menos...?

—No hay tumba —dijo la madre superiora—, o no, al menos, una con lápida. Al fin y al cabo, ni siquiera estaba bautizado.

Svetlana se sentó en la cama. Le dolía el vientre, pero eso no era nada comparado con el dolor que sentía en el pecho. Con la punzada que le atravesó el corazón al darse cuenta de lo que la hermana le estaba dando a entender.

—Así que simplemente lo ha... —iba a decir «escondido bajo tierra», pero optó por decir «enterrado», que sonaba más digno. Le debía ese respeto a su hijo, que apenas dos horas antes había salido de su cuerpo sin respirar ni gritar una sola vez.

«Nunca sabré cómo habría sido su voz», pensó, sintiendo de nuevo el aguijón en el pecho.

—Tranquilízate —le dijo la matrona, con la mirada compasiva de alguien a quien acaban de hacerle una pregunta profundamente estúpida—. Su luz se apagó antes de nacer. Su alma no llegó a marcharse del

lado de Nuestro Señor. El cuerpo que salió del tuyo no era más que un envoltorio vacío. No necesitaba una tumba de verdad.

Svetlana luchó contra las lágrimas. Ni siquiera tenía nombre. Y en una lápida hay que poner el nombre, ¿verdad? Los futuros padres le habían dicho que querían llamarla Emma si era una niña, y cuando al fin descubrieron que Svetlana estaba embarazada de un niño, eligieron el nombre de Jonás.

A ella le habían gustado esos nombres. Pero Jonás, cuyo patrón había sobrevivido incluso en el vientre de una ballena, no había logrado salir vivo de *su* vientre.

Ahora estaba enterrado en algún lugar. Con toda seguridad, en el jardín del claustro que quedaba detrás del hospital. Allí había un área donde no crecía nada. Ni un arbusto, ni una hierba, nada. Svetlana la había mirado a menudo desde la ventana de la sala de espera y siempre se había preguntado por qué lo tenían así.

—¿La gente ya lo sabe?

La hermana asintió.

—Sí, se lo dije antes. Ellos también están sumidos en la tristeza y rezarán por ti.

Svetlana hizo un esfuerzo por sonreír.

—Por favor, díales que se lo agradezco mucho y que la próxima vez seguro que tendré un niño sano y hermoso. Me recuperaré pronto y me cuidaré mejor, lo prometo.

—Se lo diré, por supuesto —dijo la matrona, suspirando profundamente—. Pero no habrá una próxima vez para ti.

—¿Qué? —Svetlana la miró, sorprendida—. ¿Por qué no? Míreme. Soy joven y estoy sana y fuerte. Usted misma dijo que parecía hecha para tener hijos, y que el Señor me bendijo con buenos genios.

—Genes —la corrigió la madre superiora—. La palabra es genes. Y sí, son estupendos y tú tienes una condición física excelente, pero el riesgo es demasiado alto. Tu próximo hijo podría sufrir algún daño físico, y nuestro hogar ya está demasiado lleno de estas tristes criaturas. O peor aún, podría ser que tu próximo hijo también naciera muerto. ¿No querrás someter a esa gente a una pena tan terrible, no?

—Pero yo...

—Aquí no se trata solo de ti —la interrumpió la hermana, y ahora su voz sonó severa—. Piensa en lo estresante que sería para esta joven pareja, que no anhela otra cosa que un niño que los convierta en familia

por la gracia de Dios; un niño hermoso y *sano* que a su vez pueda dar un día hijos hermosos y sanos al Señor.

La superiora la miró fijamente durante unos instantes, y luego sacó un sobre y lo colocó junto al vaso de agua que Svetlana tenía sobre la mesita de noche.

—Por supuesto, tus esfuerzos no habrán sido en vano —dijo con una suave sonrisa—. La joven en concreto desea que todo te vaya bien y que tu vida se llene pronto de alegría, después de este sufrimiento.

Svetlana tomó el sobre y miró en su interior.

¿Una vida feliz? ¿Qué podía saber esa mujer sobre su vida? No conocía el pueblo en el que creció Svetlana. Nunca había trabajado en una granja, nunca había alimentado cerdos y tampoco había limpiado un establo. No había tenido que soportar los intentos de tocamientos de un campesino lascivo. Esa mujer, apenas unos años mayor que ella, vivía en un hermoso apartamento de una gran ciudad, con paredes blancas y suelos limpios, y su mayor preocupación en la vida iba a ser decidir a qué escuela iría su hijo y dónde aprendería a tocar el piano.

«Debe saber que venimos de una familia de músicos», le dijo la primera vez que se vieron. «¿Hay alguien en tu familia con talento musical? ¿Tocas quizá algún instrumento? Ese no sería, obviamente, un criterio de exclusión. Tus preciosos ojos verdes son suficientes para que te queramos a ti. Esperamos que nuestro hijo los tenga como tú, ¿verdad, Bruno?».

Ella había mirado a su marido, que observaba a Svetlana atentamente y asintió a modo de respuesta, y luego volvió a posar la vista en Svetlana y le sonrió otra vez.

«Claro que si además proviniera de una familia de músicos, sería perfecta para nosotros».

En aquel momento Svetlana se inventó que su abuelo tenía un fantástico talento musical. Les dijo que era organista en su comunidad y que adoraba cantar. Esto último era cierto, al menos parcialmente, pues a su abuelo realmente le gustaba cantar, sobre todo cuando estaba borracho. Y resulta que solía estarlo a menudo.

Había podido vivir gracias a esa mentira. Había mentido por necesidad, lo cual, bien pensado, no podía ser un pecado demasiado terrible.

Necesitaba el dinero. Apenas quedaba trabajo para las mujeres de su pueblo. La guerra había dejado yerma la tierra y no había señales de la

nueva prosperidad que el gobierno tanto anunciaba.

—Es solo una parte de lo que me prometieron —dijo, tendiéndole el sobre abierto a la madre superiora—. ¿Lo ve? ¡Ni siquiera llega a la mitad!

—Lo sé, querida. Pero no olvides que no has podido darles lo que les habías prometido. Así que agradece al menos que sean tan comprensivos.

Svetlana sintió de nuevo la punzada en el pecho.

—Por favor —dijo, cayendo en un tono de súplica que le hizo odiarse profundamente a sí misma—, denme otra oportunidad. Solo tengo veinticuatro años. Todavía puedo tener muchos niños sanos.

Pero la hermana se levantó y dijo:

—Lo siento.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora? —dijo Svetlana, mientras la superiora empezaba a caminar—. No puedo volver a mi pueblo. Allí todos piensan que soy una... una...

No fue capaz de pronunciar aquella palabra. Ya la oiría suficientes veces durante su vida, de eso estaba segura. Había llevado la semilla de un desconocido en su interior; había llevado a su hijo. El modo en que la semilla entró en ella y el hecho de que el niño naciese muerto no le importaban a nadie. De un modo u otro, había entregado su cuerpo a cambio de dinero. Esa era la pura verdad.

Cuando la hermana Jacinta llegó a la puerta, se detuvo un momento. Svetlana la oyó suspirar suavemente antes de volverse hacia ella.

—Puedes quedarte en esta habitación hasta mañana —le dijo—. Come hasta saciarte y duerme tanto como puedas. Mañana por la mañana alguien más necesitará la habitación, así que no te vayas demasiado tarde.

—Pero ¿adónde? —Svetlana estaba al borde de la desesperación—. ¿Adónde voy a ir?

—El Señor te guiará —dijo la madre superiora, haciendo la señal de la cruz en el aire—. Él bendice tu camino y se queda a tu lado. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén —susurró Svetlana con voz temblorosa.

Se controló hasta que la puerta se cerró tras la matrona, y entonces rompió a llorar desconsoladamente.

V

MARIPOSAS. DECISIONES. TÚ TAMBIÉN LO OYES

Después de que Laura Schrader regresara del baño, Robert le sirvió un poco más de agua fresca. Observó sus manos temblorosas mientras bebía dando pequeños sorbos, y se preguntó si podía continuar interrogándola con la conciencia tranquila.

—¿Cómo te sientes? ¿Te gustaría descansar un rato?

—No, estoy bien —dijo ella con voz áspera—. Es solo que ahora, justo ahora, el recuerdo de ese sueño... ha hecho que todo pareciera tan vivo otra vez...

—¿Qué pasa en el sueño?

—Estoy en una habitación de hotel —dijo ella, rascándose el vendaje. Su rostro esbozó una mueca de dolor y rabia—. Recuerdo que huele a algo... Creo que es sándalo. Huele como esos palitos de incienso, solo que no es un olor ahumado, sino fresco. Tal vez un perfume o un gel de ducha. Y todavía puedo ver, claramente, la colcha frente a mí. Tiene infinidad de colores. Un diseño floral. No impreso, sino tejido. Quizá no sea una colcha sino una manta... Sí, sí, creo que es una manta.

Estaba evitando hablar del verdadero motivo por el que se había asustado tanto, de modo que Robert le preguntó:

—Antes has hablado de un hombre. Le pasaba algo en la cara.

Ella asintió y se quedó mirando la mesa que tenía delante, como si en ella hubiera una foto que le mostrara la imagen de su sueño.

—Sí, lo recuerdo, ahora estoy segura. Es una manta tejida. A través de los puntos puedo ver una sábana blanca. Solo que no es completamente blanca. Ya no. Hay... hay sangre. Mucha sangre.

Se cubrió la cara con las manos como si pudiera sacarse la imagen de la cabeza.

«Una imagen que de hecho solo ha visto en sueños», pensó Robert.

—¿Conocías al hombre de tu sueño?

Ella bajó las manos y lo miró a través de sus ojos anegados en lágrimas.

—No, cuando lo soñé no sabía quién era. Pero tardé muy poco en conocerlo.

—No estoy seguro de entender lo que dices. ¿Este hombre existe en la vida real?

Ella asintió.

—Aunque no me creas, te aseguro que fue más que un sueño.

—Ya te he dicho que quiero creerte —le respondió Robert—. Solo tienes que darme la oportunidad de que lo haga. ¿Qué te hace estar tan segura de que no fue solo un sueño?

—Volví a verlo —respondió ella—. En la vida real. Ahí también estaba muerto. Pero ¿sabes qué fue lo que me angustió más? No fue la sangre, ni su cráneo partido. No, lo peor para mí fue notar que me *alegraba* de que estuviera muerto. Que grité horrorizada para disimular que quería gritar de alegría.

Era temprano por la mañana, y en la consulta del doctor Patrick Landers aún reinaba un agradable silencio. Mientras Mia estaba dentro con Patrick, Su se quedó en la sala de espera, tomándose el café que Patrick había comprado en la máquina del pasillo, y mirando la cantidad de dibujos que su exmarido había ido recibiendo de sus pequeños pacientes.

En muchas de las imágenes pintadas con ceras o lápices de colores podía verse un retrato de Patrick: un hombre alto de pelo oscuro, junto a unos niños risueños y unos adultos igual de risueños. En casi todas las imágenes solía aparecer también un sol sonriente, siempre en la esquina superior derecha, como si obedeciera a una regla no escrita. En algunos de los dibujos podían verse también figuras de fantasía: payasos, hadas, magos, unicornios, dinosaurios..., y tampoco faltaban los animales: perros, caballos, gatos... En uno de ellos había incluso un elefante cuyas patas eran demasiado largas. Y todos, hasta aquellos animales, tenían caras felices y sonrientes.

«La liviandad y la risa son los atributos más propios de los niños —pensó Su—, porque de niños vemos las cosas y a las personas sin juzgarlas y le damos una oportunidad a todo. Solo más tarde, cuando conocemos la verdadera naturaleza de la vida, dejamos de pintar soles sonrientes en los dibujos... y empezamos a sacar los colores oscuros del estuche de los lápices».

El hecho de que en aquellos dibujos solo apareciera Patrick, y no ambos, respondía a su propia equivocación: ella misma también se había confundido con su marido, y había descubierto su lado oscuro demasiado tarde.

Su había renunciado a su sueño de una consulta compartida cuando se quedó embarazada de Mia. Interrumpió sus estudios de medicina, y lo hizo no solo por Mia, sino también por Patrick. Sabía que algún día se convertiría en un fantástico pediatra y quiso apoyarlo en todo lo que pudiera.

Hasta que Mia nació ella estuvo trabajando en una residencia de ancianos, y cuando la pequeña entró en la guardería ella se sacó la diplomatura de enfermería. El dinero que le dieron por sus prácticas y el sueldo extra por los turnos de noche le permitieron hacerse un buen colchón económico. No es que hubiera acumulado una fortuna, pero sí lo suficiente como para ayudar a establecer más adelante la consulta de Patrick.

Se casaron, y la consulta empezó a funcionar con éxito. Ella ayudaba a su marido a media jornada, y se sentía satisfecha. Tenía tiempo suficiente para su hija y podía trabajar con el hombre al que amaba.

En cuanto a la valoración de las habilidades profesionales de Patrick, no se había equivocado: era un médico excelente, muy popular entre sus colegas, y capaz de lograr que sus pequeños pacientes confiaran en él. No solo los pequeños, sino también sus padres. Y sus madres. Una de ellas en particular.

Patrick tuvo una amante durante casi medio año, antes de que Su lo descubriera por casualidad. Un simple pero inconfundible mensaje de móvil.

Había sido humillante y le había hecho muchísimo daño. Se había sentido como la protagonista de una telenovela barata. A día de hoy seguía sin poder decir qué le había dolido más: si el hecho de que Patrick le hubiese sido infiel, o todo el tiempo que la había estado engañando. Lo más probable es que fuera la suma de ambas cosas.

Y también estaba su enojo consigo misma por *haberse dejado* engañar. En última instancia, todo ese dolor la condujo a tomar la única decisión lógica desde su punto de vista, que era divorciarse.

La separación cambió muchas cosas, especialmente en lo que se refería a su hija. Mia dejó de pintar soles risueños en sus dibujos. Se volvió más seria, más reservada, y en algún momento empezó con el sonambulismo. En su peor etapa llegó incluso a mojar la cama alguna noche.

Y en esta ocasión Su no tenía ni la más mínima intención de permitir que el asunto volviera a llegar tan lejos.

Lo irónico de todo aquello era que, por segunda vez, tenía que pedir ayuda al hombre al que en realidad consideraba culpable de la situación. Barajó seriamente la posibilidad de acudir a otro pediatra, pero lo cierto es que Mia confiaba más en su padre que en cualquier desconocido, y en el fondo Su esperaba que la pequeña fuera capaz de confesarle más secretos a Patrick que

a ella misma. Lo esperaba con tanto fervor que ni siquiera su vanidad materna se sentía ofendida por ello. No quería tener que seguir luchando contra los pájaros con la ayuda de una simple manta; no, al menos, si tenía la posibilidad de contar con algo más efectivo.

Además, no lograba sacarse de la cabeza la idea de que no podía seguir luchando sola, por mucho que se esforzara. No lograba sacarse de la cabeza esas dos palabras que Mia le había dicho la noche anterior y que aún resonaban en su interior.

«Ya basta».

Cuando Patrick salió a buscarla después de media hora larga, lo hizo solo.

—Le he pedido que espere en la salita de al lado, para que podamos hablar en privado —le dijo enseguida, al ver la mirada inquisitiva de Su—. Le he enseñado mi nueva adquisición para la sala de espera: las aventuras de un pequeño dragón que hace las delicias de mis pacientes, y que por lo visto también ha gustado mucho a nuestra minidevoradora de libros.

Parecía cansado. Desde su último encuentro en el cumpleaños de Mia, hacía poco más de tres meses, se había dejado crecer la barba. La llevaba corta y bien arreglada, muy adecuada a su estilo, pero en combinación con sus ojos cansados le hacía parecer mucho más viejo.

—¿Quieres otro café?

Su negó con la cabeza.

—Yo necesito uno con urgencia —dijo él bostezando—. Dios, estoy agotado.

—Lamento haberte sacado de la cama tan temprano...

—No, no, ningún problema. —Fue hasta la máquina expendedora de café y apretó el botón del *espresso*—. Es que he tenido una noche infernal, porque a un padre colérico se le ocurrió que podía empujar a su hija de siete años por las escaleras. Supuestamente en defensa propia, porque, por lo visto, ella se abalanzó sobre él con unas tijeras. —Cogió su café y se sentó frente a ella—. Para que luego digas que soy un padre terrible.

Su puso los ojos en blanco.

—¿Podemos dejar a un lado nuestras diferencias, solo por una vez, y hablar sobre nuestra hija?

—Claro —respondió él, asintiendo y evitando mirarla a los ojos.

—Pues dime, ¿qué le pasa? ¿Qué tiene?

—La buena noticia es que no he encontrado nada extraño en ella. Le he hecho una revisión completa. No tiene fiebre, y su pulso, presión arterial y reflejos son correctos. Las muestras de sangre y orina irán al laboratorio esta

tarde. Pero, francamente, no creo que vayamos a ver nada raro en ellos. Diría que Mia está más que sana. Es cierto que parece un poco cansada, pero después de todo lo que me has dicho que hizo, no es de extrañar.

—Entonces, ¿crees que no es como la última vez?

Patrick dio un sorbo a su café y asintió.

—Exacto. Por aquella época siempre tenía un poco de fiebre y estaba bastante apática.

—Bueno, anoche tuvo fiebre.

—Pero hoy ya no, y eso es buena señal. ¿Se ha comportado de un modo extraño últimamente? Quiero decir, *antes* de lo de ayer.

Su observó el café que aún tenía en las manos. El vaso seguía medio lleno, pero el café hacía rato que estaba frío. No le apetecía nada, pero seguía sujetándolo porque necesitaba tener algo en las manos.

—No. Hasta ayer tenía la sensación de que volvía a estar realmente bien.

—¿Ningún episodio de sonambulismo?

—No.

—¿Enuresis? ¿Pérdida de apetito?

Su negó con la cabeza.

—Ayer se zampó una *pizza* enorme y luego un helado.

Patrick asintió y se frotó las sienes. Su vio que reprimía un bostezo.

«Empujó a su hija de siete años por las escaleras», recordó.

—He hablado con ella de lo que sucedió ayer por la noche —dijo Patrick, y alzó la vista al oír voces en la sala de al lado. Los primeros pacientes estaban empezando a llegar.

—¿Te lo ha contado?

En ese instante Su sí que sintió una leve punzada de celos... «Padres e hijas», le pasó por la cabeza. «Bueno, con Laura y conmigo era igual».

—No es que haya hablado sobre el tema, en realidad —dijo Patrick, como si intuyera lo que ella estaba pensando—. Solo ha hecho alguna referencia.

—¿Cómo que alguna referencia? ¿Qué significa eso?

Él dio otro sorbo a su café e hizo un gesto vago.

—Ha sido bastante críptica. Me ha dicho que en el parque se sintió muy triste de repente. «Megatriste», para ser exactos. Y que de pronto se sintió como si pudiera ver muchas cosas horribles.

—¿Qué cosas horribles?

Patrick se encogió de hombros.

—No ha concretado más. Solo me ha dicho que quería irse del parque y que volvió a sentirse mejor cuando fuisteis a tomar la *pizza*.

—¿Y después?

Él sacudió la cabeza y cogió aire.

—Nada más. Del incidente del balcón no me ha hablado.

—¿De modo que fue un episodio de sonambulismo?

—Yo creo que no. He observado atentamente su reacción cuando se lo he preguntado, y ella ha esquivado la pregunta de inmediato. Me ha preguntado por el gato del vecino y ha querido saber si aún me deja ratones en la puerta de casa. —Patrick sonrió con dulzura, como ante un recuerdo nostálgico, antes de recuperar el tono serio—. Se veía a la legua que trataba de ocultarme algo. No tenía la expresión de una niña que no recuerda nada, sino la de..., bueno, la de una con remordimientos. Como si la hubiesen pillado mintiendo. Los niños no suelen ser buenos actores, pero eso ya lo sabes tú.

—¿Entonces crees que sabe perfectamente lo que pasó pero no quiere hablar de ello?

Patrick asintió.

—Pero ¿por qué? ¿Qué puede querer ocultarnos?

—Ese vecino..., bueno, ¿se conocen mucho?

Ella pensó un poco antes de contestar:

—No, creo que no. Al menos no me lo ha parecido hasta ahora. Se cruzan de vez en cuando en las escaleras, pero eso es todo. Por lo que sé, ni siquiera van al mismo colegio.

—¿No puede ser una historia de amor de pubertad?

—Bueno, al contrario que su padre, ella puede contenerse.

Una vez más, Patrick evitó mirarla a los ojos, pero esta vez Su creyó ver un atisbo de enfado en su mirada. Quizá era cierto que ya no estaba con aquella, pensó. Quizá él también estuviese solo.

«¡Pues me alegro!».

—Como su *médico* —dijo él, por fin—, puedo asegurar que Mia está perfecta de salud. No veo ninguna anomalía somática. Sospecho que es más bien un problema psíquico. ¿Ha estado sometida a algún estrés últimamente?

—No que yo sepa. No me ha dicho nada.

—¿Cómo le va el colegio?

«Si pasaras más tiempo con tu hija lo sabrías», quiso decirle, pero se tragó el comentario. Una discusión era lo último que necesitaba en esos momentos. Eso no ayudaría a Mia.

—Tiene mucho trabajo —dijo en lugar de lo otro—. Para estar en primaria, tiene un montón de deberes. Pero nunca me ha parecido que fueran una carga excesiva para ella. Se queja de vez en cuando, por supuesto, pero

no más que cualquier otro niño. Además, casi nunca necesita ayuda. En la última reunión que tuve con su profesora, esta no hizo más que decirme cosas positivas de ella. Mia está atenta, participa en clase y se lleva bien con los demás niños.

Patrick se acabó el café y lo dejó sobre la mesa. Frunció el ceño, pensativo.

—Puede que solo necesite un poco de distancia —dijo—. Puede que un cambio de aires le siente bien. Ahora está de vacaciones, ¿no? ¿Qué tal si os vais juntas a algún sitio? Si necesitas que te ayude económicamente...

—No necesito nada —le interrumpió Su con rudeza. Pero luego hizo un esfuerzo por serenarse y en tono conciliador agregó—: Tal vez tengas razón. Es posible que una distracción sea lo mejor para ella.

Así que colocó su taza de café junto a la de él, se levantó y fue hacia la puerta. Patrick también se levantó y la siguió.

—Mantenme informado, ¿vale?

—Lo haré —le prometió Su. Puso la mano en el pomo para marcharse, pero antes se detuvo un instante, se dio la vuelta y lo miró—. ¿De verdad empujó a su hija por las escaleras?

Patrick metió las manos en los bolsillos e hizo una mueca.

—Sí, fractura de la base del cráneo. No pinta nada bien.

—¿Y dice que su hija lo atacó con unas tijeras?

—¿Winnie the Pooh era un depredador?

Por un instante, Su volvió a ver ante sí al joven del que se enamoró perdidamente.

—¿Recuerdas que al principio, en la universidad, —siguió diciendo él— pensábamos que un pediatra se dedicaba esencialmente a curar la varicela, el sarampión y las paperas? Bueno, podemos vacunar a los pequeños de casi todo, pero lo cierto es que algunos padres son el verdadero peligro para los niños. Lo de anoche lamentablemente no fue un caso aislado. Al contrario, tengo la impresión de que cada vez sucede más a menudo. Es una mierda.

En la alfombra de la sala de espera, un grupito de enanos de colores brillantes retozaba en un prado plagado de flores. Iban a lomos de unos caracoles, volaban sobre escarabajos o saltaban a través de la hierba sobre la espalda de ranas sonrientes.

Fue Su quien eligió esa alfombra en su día. «Es adorable y entretendrá a tus pacientes siempre tan inquietos y vivaces», le había dicho a Patrick.

Pero esta mañana las imágenes de los enanos eran lo único vivaz de la sala de espera. Todas las sillas estaban ocupadas, pero en la estancia reinaba

un extraño silencio. Los padres hojeaban revistas o miraban sus teléfonos móviles mientras los niños jugaban en silencio con bloques de construcción o hacían rompecabezas o simplemente miraban al frente, ensimismados.

Mia estaba sentada en un pequeño sillón de tela que quedaba en una esquina, junto a la estantería de los libros, sosteniendo uno de los ejemplares del pequeño dragón en sus manos. Pero no estaba leyéndolo, sino que lo tenía abierto frente a ella —«como si fuera un escudo protector», pensó Su— e intercambiaba miradas con el resto de los niños.

Su fue hacia Mia y la tomó de la mano. Quiso decirle algo, pero la boca se le reseco de repente y sintió como si algo le oprimiera la garganta.

Una sensación angustiosa que no disminuyó hasta que salieron de la consulta.

Lipinski se separó un poco de la pantalla y salió de la sala para ir a buscar algo de beber. Bennell lo siguió con la mirada, y entonces se frotó los ojos, que le ardían, y movió la cabeza hacia los lados, haciendo que el cuello le crujiera de un modo bastante desagradable.

Miró su reloj. Las nueve. Estaba agotado, y la incertidumbre le ponía de los nervios. Habría dado lo que fuera por salir él también de la sala y fumarse uno o dos cigarrillos seguidos en el patio interior. Aquello le habría sentado fenomenal y lo sabía, pero no quería perderse ni una palabra de la conversación de la sala de al lado. De modo que se desperezó una vez más, respiró hondo y volvió a concentrarse en la pantalla y en lo que decían los dos altavoces que había sobre la mesa.

En aquel momento, Laura Schrader estaba hablando de su hermana y de lo que le pasó en la consulta del pediatra ahora desaparecido.

Se preguntó qué habría empujado a Patrick Landers a ir a ver a su exmujer la noche anterior. ¿Y por qué habría dejado tirada a Laura Schrader, herida en un vehículo probablemente robado? ¿El mismo vehículo en cuyo maletero encontraron el cuerpo de su hija con un disparo en la cabeza?

¿Y adónde habían ido él mismo y el resto de los habitantes del pueblo?

Tenía miles de preguntas, y nada de lo que Laura Schrader les había contado hasta el momento servía para definir un contexto, y menos aún para dar un sentido a todo aquello. De ahí que por el momento, y más allá de unas pocas palabras clave, su cuaderno no fuera más que un cúmulo de garabatos y dibujitos más o menos artísticos.

Perdido en sus pensamientos, cogió el bolígrafo y se puso a rodear uno de los comentarios de Laura Schrader.

«Se lo advertí».

Dijo aquello refiriéndose a Patrick Landers.

Pero ¿por qué y de qué le advirtió?

Laura llevaba ya varias horas contándoles su historia, y durante todo ese tiempo los pensamientos de Frank Bennell no habían hecho más que girar en torno a esa pregunta. Pero la respuesta seguía siendo, como al principio de todo, un misterio. No habían hecho ningún progreso.

Un ligero murmullo a sus espaldas lo sacó de su ensimismamiento. Bennell se dio la vuelta y miró a la enfermera, que, sentada a la mesita que quedaba junto a la pared y aparentemente perdida en sus pensamientos, miraba la pantalla fijamente.

—¿Qué has dicho?

Ella dio un respingo. Obviamente, no se había dado cuenta de que había hablado en voz alta.

—Oh, nada. Solo pensaba.

—¿Y qué pensabas?

Ella se encogió de hombros y señaló el monitor.

—Creo que es extraña.

«Solo que no has dicho “extraña”», pensó Bennell. No tenía el mejor oído del mundo, pero estaba seguro de que ella había usado otra palabra: *inquietante*.

—¿Extraña? —insistió—. ¿En qué sentido?

—Bueno, no sé cómo decirlo —respondió la enfermera—. Se comporta de un modo... insólito. Tengo la sensación de que hay algo en ella que no está bien.

Bennell no tenía ninguna duda al respecto. En su larga carrera había conocido a muchos locos que le habían explicado las historias más increíbles, pero con Laura Schrader era distinto: su historia sonaba a locura en varios puntos, pero ella no parecía una loca. Lo más probable, en su opinión, era que estuviera intentando despistar deliberadamente a Robert Winter, y por lo tanto también él, dándoles una información más bien aséptica para distraerlos de lo que sucedió realmente en el pueblo. Porque sobre ese tema no les había dicho ni una palabra.

—¿Querrías explicarme lo que sospechas?

Miró a la enfermera con genuino interés. Desde que había vuelto de acompañar a Laura Schrader al lavabo, estaba pálida y parecía turbada. Como si hubiera sucedido algo de lo que aún no había hablado.

—Bueno, aparte de lo que está contando... —Frunció el ceño, como si buscara las palabras adecuadas—. Me parece que todo lo que dice suena

bastante raro, ¿no?

Bennell asintió.

La joven jugueteó con su collar, en el que colgaba una pequeña cruz de plata.

—Antes —dijo vacilante—, cuando la he acompañado al baño... estaba esperando a que saliera, y allí..., bueno, la oí hablar con alguien. Es decir, la oí susurrar como si hablara, aunque por supuesto allí no había nadie. Aparte de mí, claro.

—¿Y entendiste, por casualidad, lo que decía?

—En parte sí, y no era lo que solemos hacer todos cuando hablamos solos, perdidos en nuestros pensamientos.

—¿Qué era, entonces?

La enfermera lo miró con inseguridad. Parecía como si temiera que él no fuera a creerla, y Bennell asintió, alentándola a continuar.

—Bueno, era más bien como si hablara con alguien —dijo finalmente—. Como si hablara por teléfono. Ya sé que no lleva el móvil encima, pero parecía que sí. Era como si estuviera discutiendo con alguien.

—¿Discutiendo?

—Sí, dijo cosas como «No, no puedes», o «Eso ya lo veremos». Cosas de ese estilo. Y parecía asustada. También dijo que no permitiría que nada la detuviera. Después, volvió a vomitar. Tuve que llamar a la puerta varias veces antes de que me abriera, y al hacerlo vi que tenía un aspecto terrible.

La enfermera miró a la pantalla.

—No puedo dejar de pensar en el bebé —dijo en voz baja—. Si de verdad está enferma y ha hecho lo que creemos que ha hecho..., ¿qué futuro le espera a la criatura?

—Aún no podemos estar seguros de que... —empezó a responder Bennell, que en ese preciso momento fue interrumpido por Lipinski, que apareció con las bebidas.

—¿Me he perdido algo? —preguntó, dejando tres Coca-Colas sobre la mesa del ordenador.

Justo en ese momento sonó el teléfono. Lipinski fue hasta él (un aparato más bien viejuno, con cable) y lo descolgó.

—Sí, está aquí —dijo, y acercó el teléfono a Bennell—. Es Holt.

Bennell asintió. El hecho de que el jefe de operaciones sobre el terreno lo llamara solo podía significar que el equipo de búsqueda al fin había encontrado lo que andaban buscando.

—Aquí Bennell. ¿Tenemos novedades?

—Negativo —fue la respuesta—. Aquí sigue cayendo el diluvio universal, lo cual dificulta mucho las cosas. Hemos peinado una buena zona, pero no hay ni rastro de los desaparecidos. Ahora nos disponemos a explorar los túneles. El problema es que los mapas de los que disponemos no son exactos ni por asomo: parece que con los años se han ido añadiendo nuevas galerías ilegales, y si a esto se le suman las que se construyeron antes de que se pusieran de moda los mapas... Parece que vamos a estar entretenidos un buen rato. Pero no le llamo por esto.

Holt hizo una pausa, y a Bennell le pareció oír cómo cogía aire.

—Tenemos otro problema. —Vaciló un poco antes de continuar—. Una de mis colaboradoras ha desaparecido.

—¿Cómo dice?

Bennell se apoyó contra la pared. En su imaginación apareció un número. «165».

—No sabemos dónde está —dijo Holt—. Pertenece al equipo que se dedicaba a buscar huellas y pistas en el interior de las casas. Dos de sus colegas la vieron entrar en el supermercado del pueblo, pero ya no la vieron salir. Desde entonces está desaparecida. Todo lo que hemos podido encontrar es su radio, tirada en las escaleras que unen la tienda con el piso de arriba, en el que viven los dueños del supermercado.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Bennell, frotándose la cara.

—Media hora más o menos. —La voz de Holt sonaba resignada, y a Bennell le pareció estar viéndolo. Era un hombre moreno, de hombros anchos y facciones marcadas, más bien difícil de desconcertar—. Tiene que haberle sucedido algo —añadió Holt—. Ella no habría dejado su radio así como así. Maldita sea, Bennell, ¿qué está pasando?

Bennell deseó tener una respuesta.

Su mirada volvió a posarse en las palabras que había marcado en su cuaderno.

Se lo advertí.

Y entonces oyó la voz de Laura Schrader en los altavoces.

Su estaba al borde de la desesperación. No lograba acceder a Mia. ¡Si al menos supiera lo que le pasaba! ¿Qué sucedió en el parque y más tarde en el balcón? ¿Qué había visto, oído o pensado Mia que le había llevado a cerrarse en sí misma de ese modo?

Su hija se comportaba como un caracol: no solo se había escondido dentro de su concha, sino que también la había sellado. Y eso que ella siempre había

estado allí para Mia, siempre le había demostrado que podía confiar en ella y que no había nada que no pudiera contarle.

«¡Soy su madre, por el amor de Dios!».

Tras salir de la consulta de Patrick, Su invitó a Mia a desayunar en Pinky's. A la pequeña le encantaba esa cafetería con una decoración muy cursi que se había ganado a pulso la consideración de «la selección de pasteles más colorida de la ciudad». Desde la primera vez que entraron en ese país de las maravillas de azúcar, se había convertido en una tradición —como una regla no escrita— celebrar allí sus cumpleaños y pedir la legendaria tarta de hojaldre de Hello Kitty.

Aquella mañana Su pidió expresamente dos trozos de esa bomba calórica cubierta de azúcar glas de color rosa, y además uno de los batidos Pinky de vainilla que solían hacer las delicias de su hija.

Pero Mia apenas probó bocado. En silencio, y con una expresión seria, se había limitado a hurgar en su pastel, y a mirar una y otra vez hacia la calle, donde el cálido sol de otoño iluminaba la animada mañana.

Era como si estuviera pensando en la gente que pasaba a toda prisa frente al escaparate de la pastelería, pensó Su. O en el tráfico de la ciudad, que se abría camino, denso y ruidoso, por las calles. O tal vez en algo que ni siquiera estuviera allí.

Habría dado lo que fuera, cualquier cosa, por saber en qué pensaba su hija. Pero Mia no quería hablar de eso, por mucho que se esforzara Su y por amorosas que fueran sus preguntas. En realidad, no es que Mia no quisiera hablar de eso, sino que no quería hablar de nada.

Pero Su no pensaba rendirse, y así, con sombría obstinación, le dijo a su hija que aquel iba a ser «un día especialmente chulo» para las dos. «Después de todo, estamos en vacaciones, ¿no? Pues vamos a pasárnoslo bien».

Para llevar a cabo su desesperada promesa, Su se sacó de la manga otro de los ases que tenía en su repertorio para triunfar como madre de una niña de ocho años: el zoo.

Si por Mia fuera, ya haría tiempo que tendrían una mascota. Ella quería un perro o un gato, o mejor aún ambos, pero el contrato de Su no les permitía siquiera un conejillo de Indias. Así que iban al zoo al menos una vez al mes, y la visita siempre hacía las delicias de la pequeña.

En esta ocasión, sin embargo, mientras paseaban por los jardines del parque zoológico, Mia apenas parecía darse cuenta de lo que les rodeaba. Su se obligó a sonreír todo el rato, como si nada le preocupara, a pesar de que sentía una ganas terribles de llorar. Señaló a su hija los flamencos y las

jirafas, y aplaudió por las dos cuando vieron alimentar a las focas. Se sentía como una de esas actrices de tercera categoría que mostraba un falso entusiasmo para promocionar las ventas de electrodomésticos, joyas o pulimento de los muebles.

«¡Mira, los flamencos! Son del mismo color que tu batido de antes, ¿no te parece?». Y «¡Mira, las suricatas! ¡Son supermonas!». Y de nuevo: «¡Mira, los canguros! Aquí pone que sus bebés son tan pequeños como un osito de gominola. ¿No es increíble?».

Pero al final ella también optó por callar. Quería gritarle a su hija: «¿Por qué demonios no me dices lo que te pasa? ¿Te he hecho algo? ¡No puedo soportar este silencio! ¡Dímelo de una vez!». Pero eso solo habría empeorado las cosas.

Aparte de ellas dos, había muy poca gente en el zoo aquella mañana. A pesar de que estaban en época de vacaciones escolares, Su no vio a ningún niño, más allá de un bebé en la mochila de su madre. Seguro que la mayoría de las familias habían aprovechado ese soleado día para irse de excursión o emprender algún viaje.

«Nosotras también deberíamos marcharnos», se dijo. «Patrick tiene razón, tal vez Mia necesita un cambio de aires».

Pero aún estaban en el zoológico y ella le había prometido a su hija que iban a pasárselo bien.

Se fijó en un cartel que anunciaba la reapertura del pabellón de las mariposas: *Experimente el mundo tropical con mariposas y flores de mil colores*. Tal vez aquello podría animar un poco a Mia.

Tomó a su hija de la mano y siguió los carteles hasta llegar a un edificio que parecía una mariposa con las alas extendidas.

Tras cruzar la cortina de plástico de la entrada se sintió realmente como si estuvieran entrando en un extraño mundo tropical. Notaron un aire cálido y sofocante, impregnado del denso aroma de las plantas exóticas, y, frente a ellas, un colorido mar de flores se abría paso entre las palmeras y los helechos. Desde el techo, unos aspersores camuflados dejaban caer una fina y persistente llovizna.

Algo más allá vieron a una mujer rechoncha con un peto verde que estaba almacenando unas cajas con trozos de fruta. Cuando las vio, sonrió.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí? ¡Nuestras primeras visitantes esta mañana! No hay premio por eso, pero al menos podrán ver nuestro hermoso pabellón sin que nadie les moleste.

Se acercó hacia ellas y miró a Mia amablemente.

—Soy Hanna —se presentó—. ¿Y tú cómo te llamas?

Sin mirar a Hanna, Mia observaba las mariposas que iban posándose sobre las rodajas de plátano.

—Su nombre es Mia —dijo Su—. A mi hija le apasionan las mariposas.

Fue una declaración algo exagerada, pero la ayudó a superar aquel momento tan embarazoso. Además, se había producido realmente un cambio en Mia. De pronto le brillaban los ojos y tenía una sonrisa en el rostro.

La mujer del mono verde, cuya melena corta y pelirroja le hacía pensar en un amable duendecillo, hizo un guiño comprensivo a Su y se volvió de nuevo hacia Mia.

—Oye, ¿querrías ayudarme con la comida?

Mia asintió. Una primera reacción positiva a la que Hanna contestó alzando el dedo pulgar.

—Pues vente conmigo —le dijo cogiéndola de la mano.

La condujo hasta las cajas con frutas y le pidió que colocara rodajas de plátano y pequeños trozos de naranja en unos cuencos de cristal. Inmediatamente algunas mariposas empezaron a revolotear.

—Fíjate en su preciosa trompa —le dijo Hanna—. Es como una espiral, ¿ves? Con ella absorben el jugo de fruta. A las mariposas les gusta el dulce. Seguro que a ti también.

Entonces habló a Mia sobre las especies de mariposas que iban posándose en la fruta. La mayoría de ellas tenían nombres latinos. Allí había más de ciento veinte especies, según dijo Hanna, y casi todas procedían de Asia, África, América Central y América del Sur.

—También tenemos algunas polillas, que por desgracia no podemos ver a estas horas del día. Algunas de ellas están haciéndose muy grandes. Hay una especie de casi treinta centímetros. ¿Sabes cuánto son treinta centímetros? Es el tamaño normal de una regla del cole. Tú tienes una regla para el colegio, ¿no?

Mia no respondió a sus preguntas. Parecía completamente cautivada por las mariposas, algunas de las cuales empezaron a posarse en ella. Primero en su melena —parecían pinzas de pelo en movimiento—, y luego en sus hombros y brazos.

Riendo, Mia abrió los brazos, levantó un poco la cabeza y se quedó quieta, provocando que una colorida mariposa aterrizara justo en la punta de su nariz.

Su y Hanna se rieron también, la una aliviada y la otra divertida, mientras iban llegando cada vez más y más mariposas.

Ninguno de los animales parecía interesado en la fruta, sino que todos volaban hacia Mia. Era como si la pequeña emitiera una fuerza magnética que las atrajera. En un momento dado, varias de las polillas a las que Hanna acababa de referirse aparecieron de pronto y se posaron en la cabeza y los hombros de Mia, que en cuestión de minutos estuvo cubierta de mariposas por todas partes. Era como si llevara el vestido más vistoso y vibrante del mundo.

—Es increíble —dijo Hanna, y su diversión inicial se convirtió en una expresión de perplejidad.

—Ya es suficiente, Mia —dijo Su. La alarma volvió a dispararse. Algo no andaba bien. Aquello no era normal—. Muévete un poco para que puedan volar de nuevo.

Pero Mia no se movió. Seguía riéndose, y parecía muy divertida.

—Debe de ser por su chaqueta verde —apuntó Hanna, aunque con poca convicción en su voz. Después miró a Su y le dijo—: No tiene por qué preocuparse, las mariposas son inofensivas.

Pero Su sí estaba preocupada.

—¡Mia! ¿Me oyes? ¡Quítatelas!

—Nunca había visto nada parecido —dijo Hanna, haciendo un gesto extraño, que por una parte pretendía ser una muestra de incredulidad y por otra un intento de apartar a las mariposas de aquella niña—. Me parece francamente increíble. No sé lo que les pasa.

Ahora Mia estaba completamente cubierta por los cuerpecillos que revoloteaban. Y cuando las mariposas empezaron a cubrirla también la cara, Su perdió definitivamente los nervios, de modo que fue hacia su hija a toda prisa, empezó a aplaudir delante de la colorida maraña de animales, y agarró a Mia por el brazo. Las mariposas salieron revoloteando de inmediato, pero enseguida volvieron a formar como una nube sobre la cabeza de Mia.

Mia las miró con pesar, inclinó ligeramente la cabeza y asintió. Luego, miró a su madre.

—Deberíamos irnos, mamá. —Su voz era firme y sonaba en cierto modo amenazadora, pensó Su—. ¡Ahora!

Su no se lo pensó dos veces. Sin soltar a Mia del brazo, salieron apresuradamente del pabellón, seguidas por las disculpas de la trabajadora del zoológico.

—¡No puedo entender lo que ha pasado! —gritó a sus espaldas—. ¡Nunca había sucedido algo así!

Su estaba segura de que decía la verdad. Después de todo, últimamente estaban sucediendo algunas cosas para las que ni ella ni nadie tenía una

explicación.

La única que parecía saber lo que ocurría era Mia. Pero después de su advertencia, se quedó de nuevo en silencio.

Su no volvió a oírle la voz hasta el día en que cambió todo para siempre.

Uno de los profesores de Laura en la universidad lo resumió perfectamente en una ocasión: «No hay una segunda oportunidad para tener una primera impresión». Según los estudios, necesitamos un máximo de cien milisegundos para decidir inconscientemente si alguien nos resulta simpático, atractivo, competente, digno de confianza... o todo lo contrario.

Para su disertación, ella escogió un traje clásico, azul marino, con una falda hasta las rodillas y una blusa color crema. Además, se había puesto más maquillaje del habitual, para disimular la palidez de su piel.

Había vomitado dos veces más después de la pesadilla de aquella mañana, y cuando finalmente se atrevió a mirarse en el espejo, se sobresaltó. Esperaba haber logrado disimularlo, pese a todo.

Como hacía siempre antes de las citas importantes, había pedido un taxi con tiempo suficiente y había llegado al edificio Lorenz quince minutos antes de la hora acordada.

Victor llegó poco después. Él también había optado por el azul oscuro. Un traje de corte perfecto con una camisa blanca impecable y una discreta corbata plateada que le daba un toque serio y responsable.

«Y lo es, pese a todo», pensó Laura cuando lo vio acercarse. «Serio y responsable, mientras no se trate de defender a su propio hijo».

Se guardó para sí esa sutileza y lo saludó con un simple «Buenos días».

—¿Cómo estás?

Su pregunta sonaba genuinamente preocupada. Lo que no quedaba claro era si le importaba su compañera de trabajo o la posible madre de su hijo.

—Bien —optó por responder Laura, lacónica.

Él asintió y un brillo familiar apareció en sus ojos: el campeón estaba listo para entrar en el ring.

—¿Lista para la gran batalla?

Ella asintió.

—Tendremos un nuevo cliente en media hora a lo sumo.

—¡Pues vamos allá!

Cuando entraron en el edificio por la gran puerta giratoria de cristal, Laura se sintió como si hubiera retrocedido en el tiempo. Como si se hubieran transportado a un pasado en el que no eran más que colegas, compartían cama

de vez en cuando y dominaban con pericia todos los obstáculos que se les interponían en el camino hacia el éxito.

Se preguntó por qué no podía seguir siendo así. La respuesta le llegó desde el latido de su corazón, que volvía a resonar en su interior.

Bum-bum, bum-bum, bum-bum.

Y una voz interior que le susurraba: «Porque ahora yo estoy contigo».

—Impresionante —dijo Michael Lorenz, levantándose de su asiento al frente de la pulida mesa de conferencias—. Realmente impresionante —insistió, volviéndose hacia la pantalla en la que se mostraba la última imagen de la propuesta que acababan de presentarle.

En su propuesta conceptual, Laura se había basado en los valores tradicionales y había combinado deliberadamente nostalgia y modernidad. Se había distanciado claramente del actual anuncio de Lorenz, que presentaba a un joven hípster guapísimo en un deportivo rojo, y luego mostraba a su pareja, también guapísima, que quedaba con sus amigas, todas guapísimas y modernísimas, para enseñarles con orgullo su cafetera Lorenz, tan roja como el deportivo de su chico, y con el mismo diseño moderno y aerodinámico.

«Supersabroso y megarrápido», decía el anuncio.

Pero cuando se trataba de un café de alta calidad, los consumidores preferían el cultivo tradicional, el comercio justo y la calidad orgánica, que era muy difícil de conciliar con los motores turbo supermodernos y de alta velocidad. Por eso la propuesta de Laura se alejaba del rojo brillante y tendía a los cálidos tonos terrosos, a un sutil amarillo —que según la psicocromía es el color de la inteligencia—, y por supuesto al imprescindible verde orgánico. El cliente debería sentirse como si un encantador productor de café acabara de cosechar, tostar y moler los mejores y más puros granos de café que ha habido nunca en el mundo, para meterlos luego en una de las cápsulas originales de Lorenz-Mega-Pad.

—Por un sabor intenso y *smart* —leyó Lorenz, asintiendo con satisfacción.

Tenía cuarenta y dos años pero parecía mucho mayor. Quizá se debiera a sus mejillas llenas de venitas rojas, pensó Laura. El heredero de una de las principales compañías mundiales de comercio del café era, obviamente, un aficionado a la buena vida, y no parecía tener la presión arterial correcta. Medía cerca de metro ochenta, tenía una panza considerable, y su cabeza calva brillaba como una bola de billar.

Pero, sobre todo, a Laura le llamaron la atención sus ojos. Estaban serios incluso cuando se reía.

«Ojos de tiburón», le susurró su voz interior.

—De verdad, señorita Schrader, estoy muy impresionado —dijo—. Se ha centrado usted en el producto, en su valor y en su sencillez, y lo ha dotado de ese algo extra que necesitan todas las ventas. También me gusta el anglicismo del lema. ¡Muy bien pensado! Es un signo de cosmopolitismo; a los consumidores alemanes les encantará. De este modo convencerá a nuestros clientes de que las máquinas expendedoras de café no solo ofrecen una bebida excelente, sino que lo hacen a un precio razonable. Y así es como lo hacemos, por supuesto. Somos sinónimo de alta calidad y somos muy baratos.

Él le guiñó un ojo.

—Y además de eso, gracias a usted también nos ahorramos la tarifa de una estrella de Hollywood.

Subrayó esta broma con una risa gutural, y Victor también sonrió. Menos que el otro, pero se notaba que estaba satisfecho.

—Me alegro de que cumplamos con sus expectativas —dijo Laura, modestamente, sintiéndose al mismo tiempo incómoda con la mentira.

Fue algo extraño. Sintió que *no podía* ser feliz. Llevaba casi dos meses trabajando para ese momento crucial, y sabía que su ascenso a socia dependía de ello. Ahora que Lorenz estaba a punto de firmar y de dar a su agencia un trabajo publicitario de lo más lucrativo, tendría que haberse sentido extraordinariamente feliz. Pero mientras intercambiaba frases amables con él, oyó otra voz en su interior.

«Es un tío asqueroso. Tú míralo. Vendería a su propia madre si eso le diera alguna ventaja en el mercado».

¿De dónde salía esa voz? ¡No era ella la que hablaba!

—Solo queda un punto por añadir —dijo Lorenz, reclinándose en su silla de cuero—. La palabra decisiva, esa sin la que nadie puede salir de casa hoy en día.

—¿Y esa es...?

—Sostenibilidad.

Laura lo miró con curiosidad. ¿Sostenibilidad?

Lorenz asintió con la cara satisfecha de un maestro que tiene ante sí a un estudiante algo obtuso.

—Mi querida señorita Schrader, sabe usted de sobra que el consumidor responsable de hoy en día quiere saber que el producto que ha escogido no solo tiene un precio estupendo y vale mucho la pena, sino que también constituye una valiosa contribución al medio ambiente.

Desconcertada, Laura miró a la pantalla y repasó mentalmente toda la presentación. Recordaba que tenía una diapositiva en la que José, el feliz productor de café de Colombia —que en la vida real era modelo de Shutterstock—, miraba hacia la cámara y sonreía, sujetando entre las manos un puñado de granos de café de comercio justo y cultivo ecológico, de un color rojo tan brillante que resaltaba aún más su saludable tono de piel marrón.

«Él no quiere decir eso», le susurró la voz en su interior. «Sabes exactamente a lo que se refiere. A la otra diapositiva; la que borraste anoche. Aquella que pensaste que era el reclamo publicitario más audaz de todos, pero que borraste porque no podías conciliarla con tu conciencia».

¿Era eso cierto? No lograba recordarlo. ¿Si ni siquiera sabía lo que había en esa diapositiva!

—Ningún problema —dijo Victor rápidamente, al darse cuenta de la vacilación de ella—. Haremos hincapié en la sostenibilidad de sus cápsulas, por supuesto.

—¿De sus cápsulas de aluminio? —preguntó Laura, y en ese mismo instante quiso morderse la lengua.

¿A qué venía aquello? ¿Fue realmente ella quien había hablado?

La breve sonrisa que el productor de café dedicó a Victor desapareció de sus labios inmediatamente. Sus ojos se clavaron en Laura, la mujer que se había atrevido a dudar de su producto.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó—. Por supuesto, nuestro café cumple con todos los requisitos de un producto orgánico que...

—Su café quizá sí —lo interrumpió Laura—, pero sus cápsulas no.

—¿Qué? —Lorenz la miró como si ella le hubiera dado una bofetada.

—Laura, por favor... —dijo Victor, tratando de poner paz, pero Laura lo ignoró.

—A ver, todos sabemos que las cápsulas de aluminio son tan sostenibles como la flota de un crucero —dijo Laura, mirando a Lorenz directamente a los ojos—, y que cada año se venden siete mil millones de estas cápsulas, lo cual equivale a un vertedero de basura de más de cinco mil toneladas de aluminio y plástico.

Lorenz resopló y se pasó dos dedos por el cuello de la camisa.

—¿Qué...? Pero ¿qué está diciendo?

Su cabeza calva se había teñido de un desagradable color rojizo, y Laura pensó: «Lo has logrado. Va a estallar».

No, no era ella quien hablaba. Aquello no era normal. Pero ¿quién demonios ponía esas palabras en su boca?

—¡Laura!

Victor saltó de su silla y le lanzó una mirada asesina. Entonces se dio la vuelta hacia Michael Lorenz, que se aferraba a los brazos de su asiento y los miraba con los ojos muy abiertos.

—Le ruego que nos disculpe, señor Lorenz, las opiniones de mi colega no representan en absoluto la ideología de nuestra empresa. Por supuesto, enfatizaremos la sostenibilidad de sus cápsulas y su capacidad de reciclaje. Un producto sobresaliente como el suyo merece...

Lorenz lo interrumpió con un gesto. Se levantó, jadeante, y les gritó:

—¡Fuera! ¡Salgan de aquí inmediatamente! ¡Los dos! Y ni se les ocurra volver a poner un pie en mi empresa nunca más.

—¿Puedes explicarme qué coño ha pasado? ¿Has perdido el puto juicio? ¿A qué venía esa chorrada ecológica tan infantil? —le espetó Victor en cuanto entraron en el ascensor que los condujo a la planta baja—. ¿Quieres vengarte de lo que pasó ayer? ¿Has decidido acabar conmigo solo porque no quiero jugar a papás y mamás en tu familia de cuento de hadas? ¿Es eso?

—Si piensas eso es que no has entendido nada —respondió ella con calma.

—¡Entonces haz el favor de explicarme a qué ha venido eso! Supongo que tienes claro que acabamos de perder un contrato de la pera por tu boquita de oro.

Laura asintió y se acarició el estómago. De nuevo, creyó oír los latidos de su propio corazón (no con sus propios oídos, sino con los *de él*), y recordó su conversación con Rosalía. «No te preocupes, cielo, todo irá bien. Hasta ahora todas las mujeres lo han logrado».

La puerta del ascensor se abrió y Laura se dirigió al vestíbulo del edificio. Avanzó a paso ligero hacia la salida, y Victor la siguió a toda prisa.

—¿Eso es todo? —le dijo—. ¿Una sonrisa? ¿Esa es tu respuesta? ¡No me lo puedo creer!

—Se acabó, Victor —le dijo cuando llegaron a la puerta giratoria—. Ya no quiero mentir más. Estoy cansada.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Pues justo lo que acabo de decir. Que estoy harta. Que lo dejo. Tómate esto como mi carta de dimisión. La versión escrita te llegará en los próximos días.

—¿Me estás diciendo que... dimites?

Él la miró como si le hubiera tirado un balde de agua fría sobre su cabeza.

—Ya veo —dijo él apretando los puños—. Quieres doblegarme, ¿no es eso? Pues si crees que vas a salirte con la tuya, estás muy equivocada. ¡No cuentas conmigo! —Le costaba hablar y respirar a la vez. Le temblaba la voz—. Me parapetaré de abogados y desearás no haber...

—Como quieras, Victor —le interrumpió ella—. Tú denúnciame o haz lo que quieras, pero mi decisión está tomada.

Y dicho aquello, entró en la puerta giratoria. Fuera, alzó la mano para llamar a un taxi.

—Acabará contigo, ¿me oyes? ¡Perra ingrata! —le gritó Victor, aún desde la puerta giratoria.

Cuando Laura entró en el coche, Victor acababa de salir a la acera. Ella comunicó su dirección al taxista y dejó a Victor allí plantado.

Accra

GHANA

Emmanuel avanzó a trompicones por el camino cubierto de arena. Su corazón latía con fuerza, y le ardía la cara. El aire estaba cargado, había mucha humedad y el humo negro que le llegaba desde el vertedero le quemaba los ojos y los pulmones.

Cuando vio las barracas del barrio, apelotonadas, con sus techos de hojalata ondulada, se detuvo. Apoyó las manos en las rodillas y resopló. Se quedó así quieto un momento, antes de enderezarse y secarse las lágrimas de la cara polvorienta.

Tenía que recomponerse. No importaba cuánto le doliera la pierna o las costillas. Se había dejado llevar porque no se había cruzado con nadie, pero empezaban a aparecer las primeras personas, y Agbogbloshie no era un buen lugar para mostrar debilidad.

Aquí nadie sentía compasión; solo importaba sobrevivir. Esa fue la primera y más importante lección que aprendió en su breve vida de once años. La misma lección que aprendían todos los que habían nacido aquí.

Hoy había sobrevivido. Por poco, pero seguía vivo.

«Por la Gracia de Dios», habría dicho su madre, de haber sabido lo que le había sucedido. Pero Emmanuel simplemente pensaba que había tenido suerte. Aunque su nombre significara que Dios estaba con él, como le había explicado en una ocasión el sacerdote del pueblo, no lograba creerlo. De hecho, pensaba que Dios no se había acercado

nunca hasta aquel rincón del mundo. ¿Por qué, si no, la gente ni siquiera se refería a aquel lugar por su nombre? Nadie hablaba nunca de Accra o de Agbogbloshie. Todos se referían a ellos como Sodoma y Gomorra.

Los que se veían obligados a vivir aquí sabían que este era el hogar de los abandonados por Dios. Un lugar en el que los humanos basura vivían de la basura del resto de la humanidad. Eso, suponiendo que lograsen sobrevivir.

Por eso Emmanuel acababa de resistirse con todas sus fuerzas, aunque sabía que estaba librando una batalla perdida. Los otros eran tres y mucho mayores que él. Su líder, un chico alto con los dientes torcidos y una cicatriz en la frente, debía de tener dieciséis años, quizá incluso diecisiete, o dieciocho. Y los tres le habían pegado y dado patadas hasta que por fin cayó al suelo y soltó el alambre que aferraba.

Eso había sido lo peor. Ni la paliza, ni la burla, ni que le escupieran mientras seguía estirado en el suelo, retorciéndose de dolor, sino que le hubieran robado el alambre. Debían de haber sido unos diez metros de cable de cobre, por los que el mercader le habría dado varios cedís.

Pero ahora ya era demasiado tarde. Estaba oscureciendo, y habría tardado unas cuantas horas en encontrar más alambre y quemarlo para el aislamiento. Para el trozo que acababan de robarle había invertido mucho tiempo y había estado a punto de desmayarse por culpa del humo apestoso e irrespirable.

Si bien es cierto que los camiones habían descargado una gran cantidad de residuos electrónicos: monitores, teles, móviles y algunos dispositivos de color rojo brillante que uno de los conductores dijo que se suponía que eran máquinas de café, también lo es que costó una barbaridad sacarles las placas de los circuitos, y quemarlas y aislarlas todas hasta que solo quedaron las valiosas piezas de metal. Emmanuel tuvo que estar en el vertedero mucho más rato del previsto... y nadie haría eso voluntariamente. Todos sabían que allí, en Agbogbloshie, la tarde era aún más peligrosa, pues atraía a todo tipo de ratas: las de cuatro patas y las de dos.

No le quedaba más opción, pues, que volver a casa con las manos vacías y hacerse a la idea de faltar a la escuela al día siguiente. No había tantas pandillas en el vertedero por la mañana, y quizá así podría entregar su botín al mercader de un modo relativamente seguro.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, empezó a caminar por el asentamiento. Saludó con la mano a unos niños que jugaban en el

campo de fútbol y lo llamaron por su nombre, trepó por la montaña de basura que cubría una de las estrechas calles y dio una patada a un perro famélico que intentó morderle un brazo. Gimiendo, el perro rebotó contra dos barriles de plástico tras los que salieron inmediatamente un montón de ratas que huyeron despavoridas hacia una de las chozas de techo ondulado.

Cuando entró en la pequeña barraca en la que vivía con su madre y su hermano mayor, Issifu, un olor acre y penetrante le golpeó en la cara, como una bofetada.

Su hermano estaba enfermo. Tenía «la maldición de la tierra maligna», como decía su madre, y empeoraba día a día. Aunque Issifu tenía dieciséis años, pesaba poco más que un niño de seis. Su cabeza parecía demasiado grande para su escuálido cuerpo, y sus ojos a veces tenían una expresión tan terrible como si de verdad le hubiera poseído algún espíritu maligno. A veces hablaba de cosas que nadie entendía excepto él mismo, y otras simplemente gritaba.

Pero para Emmanuel lo peor de todo era tener que escuchar la respiración de su hermano. Sonaba ronca y sibilante, como el viento que aullaba a través de las chozas en las noches de tormenta. Y también se oía como una especie de risita sorda en el pecho de Issifu, que parecía hecho de barro y piedrecitas. Emmanuel amaba a su hermano, pero esos sonidos eran muy desagradables.

—¿Dónde has estado? —le preguntó su madre, que estaba arrodillada junto al colchón y secaba el sudor de la frente y el pecho de Issifu—. ¿Has conseguido algo?

Emmanuel tragó saliva. No pudo responder y se limitó a negar con la cabeza, avergonzado.

Su madre lo entendió y asintió, mirándolo con ojos inexpresivos. No vio en ellos enfado ni desilusión. Ni siquiera tristeza o desesperación. Aquellos ojos lo miraron como la mayoría de las personas que Emmanuel conocía: con una mirada que no significaba nada y al mismo tiempo lo significaba todo.

—Entonces no tendremos nada para comer hoy —dijo en voz baja. Fue una declaración, no un reproche—. Tu hermano necesita agua, y yo no tengo más dinero.

—Mañana saldré otra vez a buscar —prometió Emmanuel apresuradamente.

—Mañana es una palabra bonita —dijo su madre levantándose. Cuando pasó junto a Emmanuel, le acarició suavemente un hombro—. Pero agradezcamos sobre todo al Señor que el ayer se convirtiera en un hoy.

Y dicho aquello recogió el bote de plástico blanco en el que estaba escrita la primera palabra que Emmanuel aprendió a leer: *crystalino*. Esa era la palabra que se usaba para «agua», le había explicado su madre, y también le había dicho que aquel bote era lo más importante de todo lo que poseían. Si un día la cabaña ardía en llamas o se desmoronaba, *crystalino* era lo primero que tendría que salvar. Sin ese recipiente no había agua, y sin agua no era posible sobrevivir.

Cuando ella se hubo ido, Emmanuel tomó el relevo: se arrodilló junto a su hermano y le secó las gruesas gotas de sudor.

Muy lentamente, Issifu movió la cabeza hacia él y le sonrió. Fue una sonrisa de complicidad. *La maldición de la tierra maligna* no estaba allí esa noche.

—Pronto te pondrás bien —le dijo Emmanuel dulcemente—. Entonces volveremos al campo de fútbol, a jugar. Ayer repararon las porterías, y podremos entrenar de nuevo. Ya driblo bastante bien, ¿sabes?, casi tanto como tú. Y hace dos días marqué tres penaltis seguidos. Pronto seremos verdaderos profesionales.

La sonrisa de Issifu se volvió aún más amplia. Parecía cansado, y Emmanuel notó que su cara cada vez se parecía más a una calavera.

—Verdaderos profesionales —repitió Emmanuel, tratando de que Issifu no notara su angustia—. Pronto volverán a venir los cazatalentos. Vendrán a Accra. Y querrán que nos vayamos con ellos, ¿me oyes? Por eso tienes que recuperarte pronto. Los cazatalentos nos sacarán de aquí. Nos convertiremos en futbolistas profesionales y ganaremos montones de dinero. Mamá podrá venir a vivir con nosotros, y comeremos tanto todos los días que acabará doliéndonos la barriga. ¿Vale?

Vio que los labios de su hermano se movían, pero no pudo oír lo que decía. La voz de Issifu era poco más que el suave susurro del viento del mediodía.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

Se inclinó hacia delante y acercó su oreja derecha a la boca de Issifu. Sí, sin lugar a dudas, su hermano estaba hablando. En un tono muy bajo, pero al menos ahora podía entenderlo.

—¿Los oyes? —estaba diciéndole, mientras la respiración le renqueaba en un pecho del que sobresalían las costillas, como si de un perro famélico y hambriento se tratara.

—¿A quiénes? —preguntó a su vez Emmanuel, al borde de las lágrimas—. ¿A quiénes debería oír?

Ahí estaba de nuevo el ronquido; le siguió un breve jadeo, y luego:

—Escucha. Ellos... ellos te dirán... lo que tienes que... hacer. Ellos... nos lo dicen... a todos. Pero yo... yo no... no puedo más. No puedo...

Entonces Issifu empezó a jadear. Se esforzaba por coger aire, y respiraba rápido y breve, atenazado por el pánico, incapaz de coger aire suficiente para respirar.

Emmanuel no sabía qué hacer. No podía ayudar a su hermano. Nadie podía, ni siquiera su madre. Cuando tenía esos ataques, ella salía de la choza porque no podía soportar verlo sufrir. Pero él nunca salía. No quería que Issifu estuviera solo cuando...

«Dios mío, por favor, no».

... cuando muriera.

Pasaron unos minutos terribles, agónicos, que parecieron una eternidad, y después, por fin, expiró.

Emmanuel no lloró. Tenía ganas de hacerlo, pero sabía que no debía. Los que querían sobrevivir debían mostrar fortaleza. Siempre. Aunque acabaran de perder a la persona más importante del mundo para ellos.

De haber estado en su lugar, Issifu tampoco habría llorado.

Salió de la cabaña, donde el sol se hundía sobre las poderosas colinas del vertedero más grande del mundo.

Y entonces, mientras esperaba el regreso de su madre, lo escuchó. Fue un susurro repentino, apenas más fuerte que las últimas palabras de su hermano. El susurro de alguien que no estaba en ninguna parte.

Emmanuel ladeó la cabeza y escuchó.

Sí, ahora los oía.

Y los *entendía*.

Era exactamente como había dicho Issifu.

Una vez en el taxi, Laura desconectó su móvil. Era obvio que Victor no iba a llamarla inmediatamente —no antes de recomponerse del shock, al menos—, y que ya podía ir olvidándose de recibir encargos de clientes en el

futuro, pero la simple idea de resultar ilocalizable le parecía de lo más liberadora.

Necesitaba paz. Paz para pensar.

«He silenciado al dictador. Primer acto importante en mi nueva vida de parada».

Con esa idea en la mente, deslizó el teléfono en su bolso. Allí lo dejaría por un tiempo, y solo lo sacaría cuando *ella* lo necesitara, en lugar de hacerlo como hasta ahora, que lo atendía a cada pitido, silbido o zumbido que oía, como si se tratara del propio perro del experimento de Pávlov. Por lo que a ella respectaba, a partir de ahora podían robarle todas las llamadas, correos electrónicos y wasaps. Era como si solo con eso la hubieran liberado de una pesada carga: una de la que no había tenido conocimiento hasta hacía poco.

Pero eso no era solo mérito suyo; ahora lo entendía. El niño —*su niño*—, que todavía no tenía nombre ni género para ella, había contribuido decisivamente en su nueva actitud.

Tener un hijo cambia muchas más cosas de las que una imagina. Esto es lo que dicen todas las mujeres cuando hablan de sus primeros años como madres, y, por lo visto, los cambios empiezan antes incluso del nacimiento.

Aunque... ¿de verdad quería tener a su hijo? Lo había preferido a Victor, eso sí, pero su reacción había sido principalmente un desquite. O tal vez también una primera manifestación del instinto materno, tuvo que admitir.

De todos modos, su primera elección no tenía por qué significar nada. Las emociones y los instintos pueden ser útiles a veces, pero poner toda la confianza en ellos puede llevarnos a tomar decisiones equivocadas.

Aquello funcionaba en parte como el siempre popular reclamo del *compra-ahora-y-paga-más-adelante*, preferiblemente seguido de un buen *solo-hasta-agotarexistencias*: ambos provocan en nosotros una reacción instintiva, una sensación de necesidad, que nos lleva a pensar que debemos agenciarnos el producto antes de que este se acabe. Y de pronto nos vemos sentados ante una tele nueva, o al volante de un coche recién estrenado, o en un sofá de diseño «extraordinariamente barato», y la idea nos parece sencillamente genial. Y si nuestra mente no logra advertirnos con la suficiente diligencia y no nos obliga a preguntarnos si de verdad podemos permitirnos el gasto, resulta que en cuestión de meses nos encontramos con una sorpresa en forma de factura en el buzón.

Laura sabía perfectamente que debía confiar sobre todo en su mente. Tenía que sopesar y cuestionar todos los pros y los contras, y más en una

decisión como aquella, que de una forma u otra determinaría el resto de su vida.

Sea como fuere, en ese momento se sentía dominada por el instinto, así que decidió entrar en unos grandes almacenes, en los que tenían los mejores panecillos de queso de la ciudad, y comprarse uno. (Y cuántos mediodías la habían acompañado ya y habían saciado el apetito).

Si alguna vez tenía un antojo, sería de esos panecillos, seguro. Ya estaba viéndolos ante sus ojos, rellenos de una fina rebanada de queso, una hoja de lechuga y trocitos de pepino y pimientos.

También sabía a quién correspondía esa imagen en realidad. Era como si el niño hurgara en sus pensamientos y recuerdos como si de un álbum de fotos se tratara. Unas manitas diminutas, que acababan de descubrir la imagen del panecillo y la sostenían en alto frente a los ojos de su imaginación.

Laura se preguntó si el niño le habría mostrado también alguna otra imagen de cosas mucho más trascendentes que un simple panecillo de queso.

¿De dónde, si no, había sacado las cifras de las cápsulas de café y las toneladas de basura? No recordaba haberlo investigado, y sin embargo estaba convencida de que sus datos eran correctos.

Por otro lado, la simple idea de que el niño pudiera haber sabido algo al respecto era, sencillamente, algo absurdo. No era más que un embrión que empezaba a adoptar forma humana.

Una vez más se descubrió a sí misma acariciándose inconscientemente la barriga: el lugar que pronto se redondearía, a menos que ella decidiera lo contrario.

Esta vez apartó su mano.

El centro comercial se hallaba en el casco antiguo de la ciudad, y era una de esas galerías enormes en las que uno encuentra de —casi— todo; una imponente estructura de cristal, acero, hormigón y mármol, que se llamaba Shopping-Gallery en inglés porque así quedaba más chic.

Laura se abrió camino entre la multitud, pasando junto a un buen número de tiendas de ropa, de objetos de regalo, de aparatos electrónicos, farmacias y perfumerías. Después vinieron los puestos de comida rápida y para picar, cuyo número también era considerable.

Cuando finalmente llegó al mostrador de la panadería, se colocó al final de la cola y disfrutó del hecho —para ella desconocido— de estar ahí tranquilamente, sin el agobio de saber que aún le esperaban varias entrevistas de trabajo. Ahora eran los otros los que se mostraban inquietos en la cola, y empujaban imperceptiblemente a los de delante, con el ansia de acercarse al

mostrador para tener la sensación de que ya les quedaba menos, mientras miraban las pantallas de sus teléfonos, nerviosos, o hacían alguna llamada.

Laura agradeció especialmente el temple del joven vendedor de la panadería, que los atendía a todos con una amable sonrisa a pesar del ajetreo y el bullicio general.

«Quizá tenga que buscarme un trabajo como este muy pronto», pensó.

Pero no lo decía en serio: Victor no la demandaría, aunque la hubiese amenazado con hacerlo, porque ambos sabían que no se había mirado el proyecto y que lo había dejado todo en manos de ella. Lo que sí haría, sin duda, era asegurarse de que Laura no pudiera encontrar trabajo en ninguna otra agencia a este lado del ecuador. Eso *suponiendo* que ella quisiera seguir con su carrera y no tener al niño.

Suponiendo.

Se dio la vuelta y vio a una joven madre que estaba justo detrás de ella y que hablaba a su bebé con un tono angelical, mientras el pequeño lloraba como un loco, sin reaccionar a su voz ni a su chupete ni al modo en que ella lo mecía en el cochecito ni a sus caricias. Lloraba con todas sus fuerzas, y la madre miraba hacia los lados, disculpándose.

Quienes le devolvían la mirada no lo hacían con amabilidad. Todos habían ido allí para *Comprar y Disfrutar* —tal como rezaba el eslogan del centro comercial— y no parecían tener ni la menor paciencia con los bebés.

Cuando al fin le llegó el turno, Laura cogió su panecillo y por un momento lo miró como si fuera un objeto extraño. En realidad era idéntico a todos los panecillos que había comprado antes en aquel establecimiento, y, sin embargo, tuvo la extraña sensación de estar viendo aquella pieza por primera vez.

—¿Sucede algo? —preguntó el vendedor, que de pronto no parecía tan amable.

Laura no respondió. Pagó y se fue.

En el punto central de la galería había una enorme fuente ovalada. Laura se sentó junto a ella. Mientras mordía su panecillo, miraba a la multitud. Allí había todo tipo de gente, desde adolescentes hasta jubilados, cazadoresrecolectores de la era moderna, eternamente ansiosos por encontrar las gangas anunciadas en las vallas publicitarias, los paneles informativos y los anuncios de neón.

Uno de esos anuncios, tan brillante que Laura tuvo que parpadear mientras lo leía, indicaba que en aquella tienda se hallaban *Las cosas buenas de la vida*.

«Como si las cosas buenas de la vida pudieran comprarse en realidad», pensó, solo para recordar inmediatamente que ella había trabajado durante muchos años para lograr que la gente pensara eso, ni más ni menos.

Por triste que pareciera, lo cierto era que toda su carrera no era más que un cúmulo de engaños. En sus campañas y anuncios había alimentado la ilusión de que un par de zapatos nuevos, una determinada bebida energética o una barrita de chocolate en particular ayudaban realmente a sobrellevar la insatisfacción general. La compra de una ganga estimulaba las mismas áreas del cerebro que una dosis de heroína, y ella, cual traficante de drogas, había proporcionado a los consumidores el camino más rápido para huir de las preocupaciones de la vida cotidiana.

«Así que en eso ha consistido mi vida hasta el momento» pensó. «En beneficiarme de los deseos de las personas. En conseguir que anhelan cosas que no necesitan. Cosas que ni les hacen felices ni les satisfacen... al menos a largo plazo».

Miró la servilleta vacía que tenía en las manos.

«¿Y ahora qué? ¿Qué necesito en mi vida? ¿Cómo debo continuar?».

Más allá del ritmo sordo de la música de fondo, y de la confusión de voces del centro comercial, el llanto del bebé de la cola de antes volvió a abrirse paso hasta sus oídos.

Sus ojos vagaron entre la multitud hasta que vio a la joven madre con el cochecito. La mujer no había avanzado mucho. Ahora estaba de pie frente a los servicios públicos, donde había una mesita para cambiar los pañales de los bebés. Obviamente, aquello tampoco le había funcionado.

«Son los dientes —pensó, sin venir a cuento, y luego perfiló más aún—: Al pequeño le están saliendo los dientes».

Movió la cabeza hacia los lados. ¿Por qué había pensado aquello? ¿Cómo podía saberlo? No solo estaba convencida de que el bebé lloraba por los dientes, sino también de que era un niño, y eso que el cochecito era verde, y no azul.

«Me lo estoy inventando. Tengo la imaginación sobreexcitada y estoy sufriendo una crisis nerviosa por el estrés».

Hizo un esfuerzo por ignorar el llanto del bebé, que resonaba en el enorme techo acristalado del centro comercial, y dejó vagar la mirada. Entonces le llamaron la atención tres niños que caminaban uno al lado del otro, a un ritmo mucho más pausado que el resto de los transeúntes de la galería.

Los tres debían de tener unos doce años. No hablaban entre ellos y ni siquiera se miraban, pero Laura no tuvo ninguna duda de que iban juntos.

Había algo en su manera de comportarse..., algo que no lograba determinar. Impulsada por una extraña sensación de curiosidad, los observó atentamente.

Ahora se habían detenido, los tres a la vez, como si respondieran a una señal. La gente pasaba junto a ellos sin prestarles atención. Entonces los tres dieron la espalda a Laura y se quedaron mirando a la madre con el bebé que lloraba. Solo eso, nada más. Y de pronto Laura se dio cuenta de que el llanto había desaparecido.

Como si hubieran pulsado un interruptor.

Entonces los niños siguieron su camino, con el mismo paso lento de antes y avanzando en una insólita formación horizontal, hasta que desaparecieron entre la multitud.

Atrás quedó la joven, que ahora acunaba a su bebé con una sonrisa de alivio y enseguida volvió a meterlo en el cochecito.

Laura se levantó y la siguió hasta la salida.

«Solo ha sido una coincidencia», pensó mientras caminaba hacia otra de las salidas —la 1, en el lado opuesto—, pues allí era donde estaba la parada de taxis. «Una simple coincidencia, eso es todo».

Sin embargo, seguía con esa extraña sensación en su interior. Una especie de intuición que no podía expresar con palabras.

«Descanso, realmente necesito un descanso. Alejarme de la gente. Quedarme sola y recuperarme».

Se detuvo frente a una de las vallas publicitarias. En el anuncio de un banco que te dejaba *El camino despejado*, podía verse a un hombre en traje de baño que corría por un embarcadero con los brazos extendidos. Frente a él se divisaba un lago de un color azul intenso, y, aunque el hombre estaba de espaldas, a Laura le pareció obvio que tenía que estar sonriendo. Al fin y al cabo, estaba a punto de zambullirse en agua fresca y disfrutaba del silencio de un lago solitario.

En su fuero interno felicitó a los colegas que habían diseñado ese póster. Habían despertado en ella una emoción, le habían provocado un sentimiento, y de ese modo habían alcanzado su objetivo.

Solo que Laura no abriría una cuenta bancaria por el simple hecho de ver aquel anuncio. Ella haría algo completamente distinto.

Mia estaba estirada boca abajo, sobre la alfombra, frente a la tele. Tenía la barbilla apoyada en las palmas de las manos y los pies levantados hacia arriba, y sonreía mientras Tom perseguía a Jerry en la pantalla. Todo parecía de lo más normal, y casi podía decirse que Mia estaba como siempre que

miraba películas de dibujos animados, aunque Su sabía que, en aquella ocasión, las apariencias engañaban: en realidad, la pequeña llevaba toda la tarde sonriendo de un modo francamente extraño.

Desde que volvieron del zoo, Mia no había abierto la boca y apenas había probado la cena.

Ella tampoco había comido nada, debía admitirlo: se había quedado mirando a su hija con creciente preocupación y la había visto sonreír de ese modo tan inquietante, con la mirada fija en el plato. Insoportable.

Tras fracasar en todos sus intentos por entablar una conversación, Su le preguntó a Mia si le apetecía ver un rato la televisión. De ninguna manera quería dejarla sola en su habitación en aquel estado, y al menos así, como la tele estaba en el salón, podía observarla y tenerla controlada.

Mia no respondió a la pregunta, de modo que Su fue hasta la sala de estar y encendió el canal de dibujos sin decir nada. Eso surtió su efecto, pues Mia la siguió.

Desde entonces, continuaba en su posición favorita, en el suelo, y miraba la televisión.

Mientras metía los platos en el lavavajillas y los fideos casi sin tocar en la nevera, Su iba observando a su hija de soslayo.

Al cabo de un rato, Tom y Jerry se despidieron de la pantalla y dieron paso a Peter Pan. Justo cuando ella volvió a la sala de estar, el niño que no quería crecer estaba invitando a Wendy, John y Michael a volar con él a lomos del viento de vuelta al País de Nunca Jamás, donde podrían divertirse y ser niños para siempre. Los niños de la película estaban emocionados con la aventura y no dudaron en irse de casa con Peter y la celosa Campanilla, pero Mia no los siguió.

Su se dio cuenta de que su hija ya no miraba la tele, sino que tenía la mirada perdida algo más allá. Como en la puerta del balcón.

—¿Qué te pasa? —le preguntó, a punto de ponerse a llorar—. ¿Por qué no me hablas? ¡Dime algo, cariño! ¡Lo que sea!

Mia no le contestó. Ni siquiera parecía haberla escuchado. Habría sido más fácil hablar con Peter Pan. Al menos él hablaba. No con ella, pero hablaba.

Su se dio cuenta de que estaba temblando. La impotencia empezaba a ponerla furiosa. Aquello era insoportable. Si al menos pudiera hacer algo... ¿Debía quedarse ahí de pie como un pasmarote, mirando a su hija, que aunque tenía allí el cuerpo estaba claro que se hallaba en otro lugar? ¿Debía quedarse

mirando el balcón igual que Mia? ¿Aquel balcón en el que no había nada que ver salvo los tendederos vacíos, una maceta con un geranio marchito y...?

«El balcón. El vecino del balcón. Anoche».

¡Tal vez sí hubiera algo que hacer! Si Mia no quería contarle lo que había pasado la noche anterior, tal vez el vecino... O su madre, en última instancia. Porque si aquella mujer estaba pasando por el mismo calvario que ella, al menos podrían compartirlo y darse algún consejo...

Se acercó a Mia, se puso en cuclillas delante de ella y la miró.

—Tengo que salir un momento, cariño. Vuelvo enseguida. Tú quédate aquí, ¿vale? No te acerques al balcón, ¿me has entendido? ¡No te acerques!

Mia la miraba, pero sin verla. Y seguía sonriendo.

Su la cogió de los brazos.

—¿Me has entendido? —dijo en un tono más rudo de lo que había pretendido.

Por fin, una reacción. Mia asintió.

Algo es algo, se dijo Su. Mia aún sigue aquí. ¡Es una buena noticia!

—Te quiero, cariño —dijo, y como única respuesta recibió de nuevo esa sonrisa abúlica y extraña. Era para volverse loca.

Suspiró, se levantó y fue hacia la entrada.

Cuando llegó a la puerta se dio la vuelta para mirar a su hija y vio que ella se había puesto como antes: la carita entre las manos y las piernas cruzadas en el aire. Fuera lo que fuera lo que estuviera pensando, su explicación era tan inaccesible para Su como el País de Nunca Jamás.

La puerta del piso de al lado no tenía marcado el nombre en el buzón. Su se dio cuenta de que ni siquiera sabía cómo se llamaban sus vecinos, y se sintió algo avergonzada. Los de aquel piso en concreto, la mujer y su hijo, vivían allí desde hacía más de un año.

La mujer estaba sola con su hijo, como ella, y el niño debía de tener más o menos la edad de Mia. Seguramente le habría ido bien tener algo de compañía. Podrían haber pasado tiempo juntas, salir a dar una vuelta o ir la una a casa de la otra. Pero nunca lo hicieron. Hasta ese preciso momento, de hecho, Su ni siquiera había pensado en ello.

En la ciudad es normal que los vecinos se eviten mutuamente. Más allá de las típicas frases de compromiso, lo único que les preocupa son sus propios asuntos.

Dudó un momento, pero al fin pulsó el timbre, y, al ver que nadie respondía, volvió a insistir. Sabía que había alguien ahí dentro. La música se

escapaba por las rendijas de la fina puerta de entrada. Cuando llamó por tercera vez, al fin le abrieron.

Era el niño delgado cuyo nombre no conocía. Vestía tejanos y una camiseta azul que le quedaba muy grande y de algún modo hacía que pareciera perdido.

El chico miró a Su con absoluta desconfianza.

—Hola, soy Susann —dijo—. Vivo en el piso de al lado. Con Mia. Conoces a Mia, creo, ¿verdad?

El chico no respondió. Su rostro mantuvo una expresión rígida e inexpresiva, como la de una pequeña estatua de ébano.

—¿Os molesto?

Del interior del piso le llegó el sonido de platos en la cocina, y notó un olor a pimientos asados y especias exóticas; cúrcuma, quizá. La música que Su había escuchado a través de la puerta provenía de un pequeño televisor. Por encima del hombro del niño, vio que él también estaba con Peter Pan.

—¡Oh, Mia está mirando lo mismo! Es una película muy chula. ¿A ti también te gustan los dibujos animados?

Se esforzó en parecer amable y despreocupada, para romper el hielo, pero la cara del niño no mostraba ni la menor emoción. Él solo la observaba.

—¿Me dices cómo te llamas?

Él permaneció en silencio y Su se sintió como si estuviera frente a su hija. La única diferencia era que este niño ni siquiera sonreía.

Bueno, al menos no le había cerrado la puerta en las narices. Tal vez solo fuera tímido.

—¿Está tu madre? —preguntó, y justo en ese momento oyó unos pasos en el pasillo. Inmediatamente después, apareció su vecina.

La mujer era alta y robusta. Llevaba un delantal con flores que se tensaba sobre su voluminoso pecho. Su actitud y sus brazos cruzados hacían pensar en que estaba enfadada. No sonreía; no la saludó. Por el contrario, sus ojos brillaban con la misma desconfianza que los de su hijo.

—¿Qué desea? —preguntó con voz ronca, tirando del niño y poniéndolo tras su ancha espalda, como si quisiera protegerlo de Su.

—Mi nombre es Susann Landers —dijo, y señaló la puerta de su piso—. Soy su vecina. Ya nos hemos visto otras veces...

—Lo sé —le interrumpió la mujer, cortante, mientras miraba a su alrededor como si esperara ver a alguien más cerca de Su—. ¿Y qué quiere?

Su decidió ir directa al grano. Parecía que la cortesía solo iba a servir para alimentar la desconfianza de esa mujer.

—Estoy aquí por mi hija. Ella tiene..., bueno, un problema. No se encuentra bien, pero no quiere hablar de ello. Su hijo y ella...

—¡Mi hijo no le ha hecho nada! —le interrumpió la mujer—. Él nunca ha hecho daño a nadie.

—Claro, claro, no pretendía decir eso —dijo Su a toda prisa, haciendo un gesto tranquilizador con la mano—. Ya sé que su hijo no ha hecho nada. Es solo que... anoche estuvieron hablando en el balcón, y he pensado que quizá, si pudieran verse...

—Mi hijo no sale al balcón por la noche —le interrumpió de nuevo la mujer, con la voz temblorosa por la rabia. Parecía demasiado acostumbrada a defenderse de posibles acusaciones—. No está interesado en su hija. Solo quiere que lo dejen solo.

—Exacto, a eso me refiero —contestó Su—. Mi hija...

La mujer dio un paso adelante, y la miró realmente airada.

—¡Haga el favor de dejarnos en paz! No nos iremos de aquí por muchas firmas que recoja, ¿me oye? Tenemos todos los papeles en regla. Yo trabajo y pago mis impuestos, y mi hijo no tiene nada, pero nada que ver con su hija.

Su estaba demasiado aturdida como para darse cuenta de lo que la mujer le reprochaba.

—¿De qué firmas habla?

La mujer dejó escapar una risa amarga.

—Es usted una hipócrita. Sé perfectamente que no quieren a gente de color en el edificio. Nosotros huimos del *apartheid*, pero la realidad de este país no es mucho mejor.

Su negó con la cabeza y levantó las manos a la defensiva.

—Créame, no sé nada sobre una campaña de firmas, y no tengo nada en contra de nadie. Solo he venido a hablar con usted porque tengo problemas con mi hija.

Ahora era la mujer la que parecía sorprendida. Sus rasgos se relajaron un poco y miró a Su de arriba abajo, como calibrándola. Probablemente hasta la creyó, pero eso no fue suficiente para hacerle cambiar de actitud.

—Todos tenemos problemas —dijo en un tono más moderado—. Busque ayuda en otro lugar. Solo queremos que nos dejen en paz. ¿Está claro?

Y dicho aquello le cerró la puerta en las narices, sin dar un portazo pero con firmeza, y Su oyó cómo daba la vuelta a la llave y corría el cerrojo.

De vuelta a su piso, se detuvo un momento para recomponerse. Apenas podía creer lo que acababa de oír. ¡Una recogida de firmas contra una vecina,

solo porque tenía un color de piel diferente! Menos mal que ella ni siquiera se había enterado...

Entró en el piso, todavía sumida en sus pensamientos. Desde el comedor le llegaron aún las palabras de Peter Pan, que en aquel momento estaba luchando con sus amigos contra el Capitán Garfio y los piratas.

—¡Ya he vuelto, cariño! —gritó, desde el pasillo.

No esperaba respuesta, y por supuesto no la obtuvo.

Suspirando, observó unos instantes la pared llena de fotos sobre la pequeña cómoda de la entrada. En la mayoría de ellas podía verse a Mia, siempre sonriente y relajada. Mia en el carnaval, disfrazada de princesa. Mia con sus compañeras de clase. Mia en la excursión que hizo con el cole. Mia con ella en la piscina.

Una de las fotos mostraba a Mia, de aproximadamente cinco años, en una granja. Su recordó que aquel día la pequeña se había hecho amiga de un burrito.

—Entiende todo lo que le digo —le había asegurado en aquel momento—. De verdad, mami, ¡entiende cada palabra!

«Por entonces hablaba hasta con los burros —pensó Su, haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas—, y ahora ni siquiera habla con su madre».

Se secó los ojos y se enderezó. Después se dirigió al salón.

Mia no estaba. Ahí solo se oía la tele, que seguía encendida. En ella, la madre de Wendy estaba entrando en la habitación de su hija y se asustaba al encontrar la cama vacía.

Su también estaba asustada; no, más bien estaba aterrorizada. Mientras la madre de los dibujos animados suspiraba de alivio al ver a Wendy dormida en el alféizar de la ventana, Su corrió hacia la puerta del balcón con el corazón a punto de salirse del pecho.

Estaba cerrada.

«¡Gracias a Dios!».

Mia no estaba en el balcón, y tampoco podía haber salido del piso, pues de haber sido así se habrían encontrado en el pasillo.

Respiró hondo, pues, y recorrió el pasillo a toda velocidad, hasta el dormitorio infantil.

Mia estaba en la cama. Se había estirado, se había subido la manta hasta la barbilla y había cerrado los ojos. Con un suspiro de alivio parecido al de la señora Darling en la pantalla, Su se sentó al borde de la cama y acarició con ternura la frente de su hija.

No tenía fiebre ni sudor frío. La pequeña estaba dormida, y por el movimiento de sus párpados parecía que estaba soñando.

«Espero que sea un sueño bonito», pensó Su. «Y deseo que mañana vuelvas a ser la niña que yo conozco. Esa pequeña encantadora que se pasa el día parlotando y riendo».

En aquel momento se dio cuenta de que estaba exhausta. El estrés, el miedo y la tensión del día habían sido enormes. No podía con su alma, y lo que más le habría gustado sería acostarse al lado de su hija. Sin embargo, se esforzó por seguir despierta un rato más. Cuando menos, para asegurarse de que Mia dormía tranquila y no volvía al sonambulismo.

Regresó al pasillo, cerró con llave la puerta que daba a la calle y se la metió en el bolsillo de los tejanos. Luego, encontró la llave del balcón en un cuenco que estaba sobre la mesa y también cerró la puerta. Así se aseguraba de que Mia no se escaparía del apartamento ni saldría al balcón por la noche. «Algo era algo».

Se sintió más tranquila por dentro. Tal vez podría leer un ratito más en la cama para distraerse y pensar en otras cosas.

Estaba a punto de entrar en el baño cuando sonó el teléfono, y dio un respingo, sorprendida.

Laura estaba sentada en su cama, frotándose la cara de puro cansancio, pero al mismo tiempo satisfecha. A su lado tenía una maleta abierta. Había cogido la más pequeña. Allí adonde iba necesitaría muy pocas cosas: unos tejanos —lo suficientemente anchos como para disimular su «estado»—, unas camisetas, algún jersey cómodo... Nada de vestidos Armani ni de faldas ni ropa interior de seda, y nada tampoco de su habitual arsenal de cosméticos, que en aquella ocasión pretendía reducir a lo estrictamente esencial.

Ni siquiera se llevaría un perfume. La multitud de botellitas —a cual más cara— que se acumulaban en el estante de su baño le hacía pensar, inevitablemente, en reuniones, restaurantes caros y, por supuesto, en Victor, y ahora todo aquello se había acabado. Quedaba aún por ver si lo había hecho para siempre o solo por una temporada, pero eso lo decidiría precisamente en el lugar al que iría al día siguiente por la mañana.

Cogió su móvil y lo encendió de nuevo, pero ignoró las decenas de correos electrónicos, llamadas y wasaps que de inmediato la asaltaron como una nube de mosquitos hambrientos. Se limitó a abrir la pantalla de favoritos en la lista de contactos, marcar el número Su y dejarse caer sobre la cama con los ojos cerrados.

El teléfono solo sonó dos veces antes de que Su contestara su llamada. Parecía cansada, y Laura miró el reloj de su móvil y comprobó con sorpresa que ya eran más de las diez. No se había dado cuenta de lo rápido que había pasado el día.

—Ay, perdona por llamar tan tarde —dijo—. Solo quería preguntarte si mañana podría pasar a coger las llaves de la casa de la montaña.

—¿Vas a ir? —Su parecía sorprendida, lo cual no era de extrañar—. ¿Estás de vacaciones?

—En cierto modo, sí.

—¿Y tu supercontrato?

—Me lo he cargado, y no voy a tener ningún contrato más. —Laura suspiró, medio exhausta, medio aliviada, y luego agregó—: He dimitido.

—¿Que has hecho qué? —Laura podía imaginar fácilmente el rostro atónito de Su al otro lado del teléfono—. Por el amor de Dios, ¿qué ha pasado?

—Bueno, un montón de cosas. Por el momento, todo parece bastante caótico.

—Pero ¿por qué motivo has dimitido?

Buena pregunta. Había muchas razones, como en todas las situaciones complejas, pero, por supuesto, siempre había un detonante.

—No sé qué decirte. Por el momento me he dado cuenta de que tú tenías razón y yo estaba equivocada —dijo tras pensarlo un momento—. Aléjate de tus jefes. Es un error empezar una relación con un colega. Especialmente si su cargo es superior al tuyo.

—Victor.

La observación de Su sonaba a la vez práctica y compasiva. Laura miró el techo de la habitación y asintió.

—Entre otras cosas, sí; pero es complicado de explicar por teléfono.

—¿Quieres venir? Aún tardaré un rato en irme a dormir.

«La buena de Su», pensó Laura, y sonrió. «La mejor hermana del mundo. Siempre puedo contar con ella».

—Te lo agradezco mucho, hermanita, pero quiero acabar de hacer las maletas y luego irme a la cama temprano. Hoy ha sido un día bastante loco.

Un breve momento de silencio al otro lado de la línea.

—Sí, desde luego.

Ese silencio vacilante y el tono de agotamiento en la voz de Su hicieron sonar la alarma en el interior de Laura. Se incorporó y se sentó en el borde de la cama.

—¿Estás bien?

De nuevo un breve silencio, como si Su tuviera que pensar su respuesta.

—Estoy bien —dijo al fin—. Es solo que ha sido un día agotador.

Laura conocía demasiado bien a su hermana como para no darse cuenta de que le ocultaba algo.

—Su, ¿qué sucede? Es obvio que no estás bien. ¡Cuéntame!

—Estoy bien, de verdad, no te preocupes. Tú ya tienes bastante con lo tuyo.

Laura ignoró el comentario.

—¿Le pasa algo a Mia?

Al principio solo oyó un sonido sordo, como un crujido, y sintió una punzada de preocupación al imaginar a su hermana sosteniendo el auricular contra su pecho y conteniendo las lágrimas. Y la cosa empeoró cuando Su retomó la palabra. Laura supo que estaba haciendo un verdadero esfuerzo por no ponerse a llorar.

—Cada vez está peor —le dijo con voz temblorosa. Luego le habló sobre el desayuno fallido en Pinky's, sobre el extraño incidente de las mariposas en el zoológico y sobre la inquietante sonrisa de Mia, que durante el resto de la tarde casi la había hecho enloquecer. Al final se le rompió la voz y empezó a llorar.

Laura dejó que se desahogara unos instantes, y luego le preguntó:

—¿La has llevado a ver a Patrick?

—Sí. —Se oyó un breve suspiro, y cuando Su volvió a coger el teléfono sonó algo más tranquila—. Dijo que estaba bien y que lo más probable era que estuviera un poco tensa. Estrés escolar o algo por el estilo.

—¿Y eso es todo?

—Eso dijo, sí. Que físicamente está bien. Que quizá solo necesite un cambio de aires. Que podríamos marcharnos unos días.

Laura miró su maleta.

—Pues veniros conmigo.

—¿A la casa de la montaña? —La voz de Su sonaba como si Laura le hubiera propuesto salir a volar con ella hasta Marte.

—Sí, ¿por qué no?

—Sabes de sobra por qué no quiero volver, Laura.

En efecto, lo sabía. Era el mismo motivo por el que ella tampoco había vuelto a ir. Pero ya había pasado el tiempo suficiente como para empezar de nuevo. ¿Por qué, si no, habían decidido quedarse con la casa y rechazar todas

las ofertas que les habían hecho? A Su le habría venido fenomenal vender su parte de la casa...

Laura guardó para sí aquellos pensamientos, y en su lugar le dijo a su hermana:

—Antes os encantaba ir. Recuerda lo mucho que le gustaba a Mia bañarse en el lago.

Del teléfono le llegó un profundo suspiro.

—Lo sé, lo sé; es solo que... Oh, vamos, ya sabes a lo que me refiero. Las cosas ya no son como antes.

—Bueno, puedes pensártelo un rato más —le dijo Laura—. Si me lo dices mañana, aún estaré a tiempo de alquilar un coche más grande, ¿te parece?

Otro momento de silencio. Laura casi podía oír los pensamientos de su hermana.

—No estás bien, ¿verdad? —preguntó Su al final.

Laura se miró los pies descalzos, apoyados sobre la mesita de noche azul. Se recordó a sí misma de pequeña, sentada en el embarcadero y mirando durante horas cómo el agua mojaba sus pies. Una imagen maravillosa de un momento maravilloso que daría lo que fuera por recuperar.

—He tenido épocas mejores —dijo—. Espero poder aclarar mis ideas después de unos días en el lago. Aire fresco, largas caminatas, comida preparada por mí... Es justo lo que me apetece.

—¡Pero si no sabes cocinar!

Laura sonrió. Aquella ya volvía a parecer su hermana otra vez, lo cual era buena señal.

—Recuerda lo que siempre decía papá. La actitud correcta es la mitad del éxito, y no hay nada que no puedas aprender.

—Entonces deberías aprender de la mejor.

—¿Significa eso que venís?

—Solo si pagamos a medias el alquiler del coche. Al fin y al cabo, ahora mismo gano más que tú, para variar. Hasta que tengas otro trabajo, al menos.

—Trato hecho —dijo Laura sonriendo—. Compartimos los gastos, y me enseñas a cocinar.

Ahora le pareció intuir la sonrisa de Su, también.

—Bueno, me temo que no podremos quedarnos tanto tiempo, pero haré lo que pueda.

Quedaron para la mañana siguiente, pues, y cuando Laura volvió a acostarse pensó que hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz. Se

ayudarían la una a la otra, y tal vez lograsen ejercer un impacto positivo en Mia.

Era como si estuvieran a punto de emprender un viaje en común hacia la infancia; hacia aquella época en la que no conocían ni a Victor ni a Patrick, jugaban juntas en el lago y eran ellas mismas, sin sentirse atrapadas por la rutina de la madurez.

Por supuesto no sería lo mismo que entonces, pero Laura esperaba que juntas pudieran conectarse con el espíritu de su niñez y recuperar parte de su energía tras ello.

—Meter a Su en esto ha sido el mayor error de mi vida —dijo Laura Schrader.

Se miró las manos, que tenía abiertas sobre la mesa, con los dedos extendidos, como si tuviera que apoyarse en ellas para no romperse en mil pedazos. Tenía los ojos rojos y húmedos, pero no lloraba. Parecía demasiado cansada para mostrar algún tipo de reacción emocional.

Robert la miró, preocupado. Laura exudaba un ligero olor agrio, resultado de una mayor liberación de adrenalina; las comisuras de sus labios se tensaban de vez en cuando sin control, y ella, pálida como el papel, temblaba ligeramente.

En otras circunstancias, ya haría tiempo que habría interrumpido y pospuesto el interrogatorio. Y lo haría, por supuesto, si las condiciones empeoraban, pero por ahora aguantaría un poco más, pues el tiempo corría en su contra. Tenía que seguir escuchándola y observándola de cerca.

—Me pregunto si las cosas habrían sucedido de otro modo de haber ido sola a la casa del lago —dijo, sin apartar la vista de sus manos—. O qué habría pasado si todos nos hubiésemos quedado en casa. Aunque lo más probable es que todo hubiera sucedido igual. Parece que tenía que ser así. Habíamos echado demasiadas piedras al lago.

Suspiró hondo y alzó la vista hacia Robert.

—No podemos cambiar el pasado, pero tal vez tengamos una oportunidad para cambiar el futuro. Créeme, no hay nada que desee más que esa oportunidad... para todos.

Y dicho aquello siguió hablando, y el ojo mudo de la cámara siguió trasladando cada una de sus palabras a la habitación contigua, donde Frank Bennell escuchaba atentamente.

Treinta kilómetros al este de Mosul

IRAK

Lo habían logrado. La larga marcha al fin había terminado. Dijeron que solo sobrevivirían los más fuertes, y mira, él había sido uno de ellos. Sin embargo, Ayham no sintió ningún alivio al llegar al campamento. Sabía que el día no había acabado; era demasiado pronto para eso.

El sol aún estaba alto en el cielo e, inclemente, dejaba caer sus rayos sobre la pequeña tropa. Cuando salieron aquella mañana eran catorce. Ahora solo quedaban doce. Doce niños, el menor de los cuales tenía diez años y el mayor, catorce.

Ayham tenía once y nunca en su vida se había sentido tan agotado como ese día. Estaba, sencillamente, infinitamente cansado. Apenas le quedaban fuerzas para caminar, pero no se lo dijo a los demás. Najim, el cabecilla del grupo, le enseñó lo que le pasaría si se rendía: se lo mostró con excesiva claridad esa mañana, ante los dos que no pudieron seguir el ritmo. Después de aquello, el resto del grupo tuvo que enterrarlos en la arena.

Los dos muertos parecían dormidos. Al mirar a uno de ellos, Ayham creyó reconocer una sonrisa de alivio insinuada en el demacrado rostro del niño, y se descubrió a sí mismo deseando en secreto estirarse también en la arena, y dormir como él. Un disparo en la cabeza, y todo habría acabado.

Lo único que lo empujó a seguir avanzando fue la advertencia en los ojos de su hermano. Tariq era dos años mayor que él y parecía leerle la mente como si de un libro abierto se tratara.

«No pienses solo en ti», le habían dicho los ojos de Tariq. «¡Si te rindes, me dispararán a mí también!».

Así era como los instructores convencían a los pequeños. Niños de los que ni siquiera sabían los nombres. Porque los nombres aquí no importaban. Porque los nombres alentaban la vanidad, les había explicado Najim, y eso era indigno de un servidor de la Única Fe Verdadera.

Y así fue como Ayham se rindió a su destino. No por él, sino por Tariq. No quería perder a más hermanos.

Marcharon junto a las tiendas, que ondeaban bajo el calor como un espejismo. Ayham estaba sediento, tenía la boca reseca, llena de polvo, y la cara le ardía como si estuviera en llamas. Además, le dolía el tronco por las patadas que Najim le había propinado aquella mañana. El instructor se refirió a eso como a la «fortaleza a partir de la privación»,

y les dijo que era importante para entrenarse en el combate cuerpo a cuerpo. Las patadas convertirían sus músculos en acero, y en cuanto fueran de metal no sentirían dolor.

Aunque peor aún que la sed, el agotamiento y el dolor era la idea del lugar hacia el que se dirigían. Antes incluso de que el viento caliente les acercara el hedor, Ayham sintió que se le revolvía el estómago.

Hoy era el día de *su* lección; los otros ya habían cumplido con su deber.

Alcanzaron la colina que separaba el campamento del lugar conocido como el Valle de la Purificación. Ayham bajó los ojos y se concentró en mirar sus botas mientras avanzaban, evitando a toda costa afrontar el paisaje que les esperaba más adelante. Aun así, no pudo evitar pensar en ello: los recuerdos de lo que había vivido en aquel lugar eran demasiado intensos. Tanto como el hedor y el amenazador zumbido que resonaba continuamente en aquel agujero.

Si el diablo fuera de verdad el señor de las moscas, tal como creían los infieles, aquel lugar sería el infierno. Y la vida allí era tan efímera como la arena del desierto.

Cuando Najim ordenó al grupo que se detuviera y se alineara, Ayham volvió a levantar la cabeza. Vio a dos instructores con las caras tapadas. Y vio a Kazem.

«Así que eres tú», pensó, y sintió un escalofrío. Kazem Iwas, el mercader, había sido como de la familia para él. Su madre siempre se lo había comprado todo, su padre había tomado varias veces el té con él, y a cambio Kazem les había regalado dátiles a él, a Tariq y a sus dos hermanas pequeñas, que ahora estaban ante el Todopoderoso porque habían resultado inútiles para el Gran Objetivo.

Najim había permitido que Ayham y su hermano hicieran su elección. Les había permitido demostrar que eran dignos de convertirse en muyahidines; de lo contrario, les habrían cortado la cabeza como los hombres de Najim habían hecho ya con sus padres, quienes resultaron ser unos creyentes impuros.

Así que lo hicieron.

Tariq y él cogieron a las dos pequeñas, les subieron las camisas y las colgaron de la cerca del ayuntamiento. En aquel momento Ayham se quedó mirando fijamente al alcalde decapitado, cuya cabeza fue clavada sobre un poste a pocos metros de distancia. La imagen de aquel cuerpo cercenado le resultaba infinitamente más soportable que los de sus

hermanas, llorando y retorciéndose mientras morían ahorcadas por los cuellos de sus propias camisas.

Cuando uno no quiere morir, hace cosas que jamás habría imaginado. Y su vida era lo único que le quedaba. No solo la suya propia, sino también la de su hermano. A las niñas no habrían podido salvarlas de ningún modo. Eran demasiado pequeñas para pelear y también demasiado pequeñas para dar hijos a los guerreros del Todopoderoso.

Sea como fuere, nunca se perdonaría por lo que hizo. Y tampoco Tariq, quien a veces gimoteaba en sueños los nombres de sus hermanas.

«Nínive».

«Uarwin».

Y ahora sería Kazem. El comerciante estaba arrodillado en la arena, frente a los hombres, y lloraba. Tenía las manos atadas a la espalda. La sangre y la arena se le pegaban a la barba y la cara, pero cuando vio a los niños, sonrió. Era una sonrisa cómplice que imploraba misericordia.

Movió los labios, pero solo pudo emitir unos sonidos inarticulados. Su lengua estaba tirada en la arena, frente a él. Los defensores de la Única Fe Verdadera se la habían arrancado, como hacían con todos los blasfemos.

Mejor así, pensó Ayham. El comerciante siempre había hablado mucho, y eso solo le habría dificultado las cosas. Kazem estaba ya tan perdido como lo habían estado sus hermanas, o sus padres, o tantos otros de su aldea que se habían atrevido a enfrentarse a la Fe Verdadera.

Najim se quitó la tela que le cubría la cara, levantó la cabeza y extendió los brazos.

—Está escrito —dijo en voz alta—: ningún profeta será capaz de hacer prisioneros sin haber cometido ninguna masacre en la tierra. Y también está escrito: Él se habría vengado, ciertamente, pero antes quiso probar a uno a través de los demás.

Se detuvo un momento para dejar que las palabras del Todopoderoso hicieran su efecto, y luego bajó los brazos y miró a los chicos.

—Y realmente os digo, a vosotros, indignos, que este es el momento de la prueba. Todos los días Él nos otorga su Gracia. Y en esta ocasión serás tú quien tenga el honor de llevar a cabo su venganza.

Dicho aquello se acercó a Ayham y le ofreció la daga que llevaba sujeta a su cinturón. Ayham conocía aquella espada torcida demasiado

bien. Tenía el metal oxidado por la sangre ya derramada... y ahora estaba a punto de añadir una víctima de sangre más.

—¡Hazlo en nombre del Todopoderoso! —le dijo Najim tendiéndole la daga.

Ayham miró la espada. Estaba como petrificado, y aun así sentía que su cuerpo temblaba de pies a cabeza. Pensó en los dátiles, en el té dulce y en las camisitas de sus hermanas, compradas por su madre precisamente a Kazem. Recordó cómo habían regateado y cómo habían llegado a un acuerdo. Recordó cómo era todo antes de que Najim se convirtiera en el líder, y no era más que el hijo mayor del maestro del pueblo, que se encargaba de guardar las cabras por la tarde. Cabras con cuya leche preparaban el queso que Ayham y su familia comían a veces, cuando...

—¡Hazlo en nombre del Todopoderoso y Justo! —insistió Najim, y entonces hizo un gesto a los otros dos encapuchados, que se acercaron a Tariq y le pusieron en la cabeza los cañones de sus rifles.

Ayham trató de tragar saliva, como si así pudiera hacer desaparecer el nudo que se le había formado en la garganta, pero su boca estaba más seca que el propio desierto. Lo único bueno de todo aquello era que ni siquiera podía llorar. Ya no le quedaban lágrimas.

Respiró hondo para controlar el temblor de su cuerpo, y por fin alzó las manos y cogió la daga.

—Bien —dijo Najim asintiendo. Entonces señaló con desprecio a Kazem y continuó—: este ser despreciable ha ensuciado el nombre del Todopoderoso, quería entregarse a los herejes que luchan contra nosotros, así que ha traicionado a la única y verdadera fe, y los traidores no merecen vivir. Es una bestia, y debe morir como tal. ¡Ve, pues, y mátalos!

Ayham respiró hondo una vez más. El aire caliente y polvoriento le ardía en el pecho.

«Estoy en el infierno —pensó—, y lo único que puedo hacer es evitar que Tariq sufra por mi culpa. Él es el único al que puedo salvar. Ni a nuestros padres, ni a nuestras hermanas, ni a Kazem. Solo a Tariq».

Las piernas apenas lograban mantenerlo en pie. Era como si sus huesos se hubiesen fundido con el calor. Haciendo un esfuerzo extraordinario, alcanzó a mover un pie, y luego el otro.

Cuando llegó hasta donde se hallaba Kazem, arrodillado, y bajó la mirada hacia él, le pareció que el verdadero niño era el mercader, y no él.

«El arma te convierte en un hombre», le había dicho Najim, y en ese momento era cierto.

Najim se colocó detrás de Kazem, lo agarró del pelo y tiró de la cabeza del mercader hacia atrás.

Ayham miró la garganta pálida, vio el pelo de la barba, mal afeitada, como su padre. Él también solía tener esas manchas rojas en el cuello. El pelo le picaba al salir y se rascaba a menudo.

—¿A qué esperas? —preguntó Najim—. ¿Acaso dudas?

A Ayham le temblaban hasta los labios, y tenía la sensación de que iba a desmayarse en cualquier momento. Pero si eso sucedía, él y su hermano perderían la vida. Kazem no iba a salvarse: dudarle habría sido un error fatal.

Ayham levantó su mano y la puso sobre la frente de Kazem. Cuanto menos se moviera la víctima, más rápido iría todo. Sabía de lo que hablaba. Lo había visto en otras ocasiones.

Kazem lloraba y se movió para mirarlo, pero Ayham evitó devolverle la mirada. Hizo un esfuerzo para imaginarse que realmente iba a matar a un animal. A una simple cabra. Tariq le aconsejó que lo hiciera así. A él le había funcionado.

Levantó su mano derecha, en la que tenía la daga, y la dejó caer con fuerza, como le habían enseñado. La punta torcida de la daga se clavó en el cuello de Kazem, y Najim dio un paso atrás.

—¡Ahora arráncasela! —le gritó, y Ayham obedeció.

Kazem empezó a temblar violentamente cuando la hoja le cortó la garganta, y la sangre le salió a borbotones hacia el cielo, como si de una fuente se tratara. Luego, cayó como una lluvia caliente sobre Najim y él, pero Ayham ni siquiera se dio cuenta. Siguió moviendo la daga tan rápido como pudo y sosteniendo la frente de Kazem lo mejor que supo.

El problema fue que solo tenía once años y no poseía la fuerza suficiente para acabar el trabajo, y menos aún tras tantos días sin comer apenas y sin haber podido recuperarse de la interminable marcha bajo aquel sol de justicia. En un momento dado, la hoja de la daga se atascó en el cuello de Kazem. No podía moverla ni hacia delante ni hacia atrás. Además, el comerciante no paraba de retorcerse, acompañando sus espasmos con un sonido terriblemente espeluznante. Era como si

estuviera gritando mientras hacía gárgaras; un grito gorgoteante e infinito que salía de su boca y de su garganta a la vez.

—¡Acaba de cortársela! —gritó Najim—. ¡En nombre del Todopoderoso, acaba de una vez!

Pero fue inútil. Por mucho que Ayham luchara para lograrlo, la daga se había quedado encallada entre las vértebras de Kazem.

—¡Aparta! —le espetó entonces Najim, fuera de sí.

El líder soltó a Kazem y le dio una patada que le hizo caer de bruces en la arena. Entonces se colocó sobre la espalda del moribundo, agarró la empuñadura de la daga, que sobresalía de la garganta del comerciante, y tiró de ella con todas sus fuerzas. A él también le costó acabar el trabajo, pues por lo visto la hoja estaba demasiado gastada, pero al fin lo logró y la cabeza de Kazem rodó hasta los pies de Ayham.

Cuando Najim se enderezó, su ropa estaba cubierta de sangre. Respiró hondo y miró a Ayham. La ira brillaba en sus ojos.

—¡Maldito inútil! ¡Enclenque! ¡Si la próxima vez vuelves a fallar, cortaré también tu cabeza! ¿Lo entiendes?

Ayham bajó la mirada y asintió.

—¡Y ahora vete y llévaselo a los demás!

Ayham asintió de nuevo. Cogió la cabeza de Kazem por el pelo, sin mirarlo, y pasó junto a los niños hacia la colina de los cráneos. En el más absoluto silencio, Tariq y los demás lo vieron irse.

Ayham caminó lentamente. Sentía unas ganas horribles de vomitar y tenía miedo de tropezar y no poder seguir avanzando. Sus dedos temblorosos se clavaron más profundamente en el pelo de Kazem. Qué ligera es la cabeza de un ser humano. Una cabeza que había pensado y sentido, en realidad tendría que pesar mucho más. Después de todo, los pensamientos y los sentimientos podían cambiar el mundo, ¿no? Eso fue lo que su padre le enseñó un día. Pero entonces... ¿por qué algo tan importante pesaba tan poco?

El zumbido de las moscas fue volviéndose más intenso a medida que se acercaba a la colina. Allí había cientos, si no miles, de cabezas cortadas, entre las que se hallaban también las de sus padres, su tío Munir y su prima Lya. Ayham no sabía si habían cortado las cabezas de sus hermanas y las habían llevado allí, pero esperaba con toda el alma que no fuese así, porque no habría soportado verlas.

Sin levantar la vista apenas, dejó la cabeza de Kazem en la parte superior de la montaña, rezando para que no cayera rodando. Para

hacerlo confió en sus sentidos, aunque sus manos no dejaban de temblar.

El zumbido de las moscas se había vuelto ahora un rumor único y envolvente, y Ayham se dio cuenta de que si le prestaba más atención se oía como el sonido de un mar de voces...

Al principio pensó que su mente cansada y torturada estaba jugándole una mala pasada, pero entonces inclinó la cabeza hacia un lado y pudo escuchar las voces con más claridad. Cientos de voces, todas hablando a la vez, pero él podía entenderlas tan claramente que no pudo reprimir una sonrisa. La primera sonrisa que le iluminaba el rostro desde hacía mucho mucho tiempo.

A su espalda oyó los gritos de Najim, pero esta vez no eran de ira, sino de dolor y angustia, y justo en el momento en que Ayham se dio la vuelta para mirarlo, se oyó un disparo.

Najim cayó sobre la arena junto al cadáver decapitado de Kazem. Se puso las manos entre las piernas y enseguida se le cubrieron de sangre. Sobre él estaba Tariq, con la daga oxidada lista para el segundo ataque. El golpe mortal. Aquel que el propio Najim les había enseñado.

El resto de los niños acudió en masa hacia uno de los encapuchados, que yacía también inmóvil en el suelo. Tenía una herida de bala en el pecho, y los niños empezaron a darle patadas. Mientras tanto, el segundo encapuchado intentó escapar corriendo. Pero uno de los niños mayores ya lo estaba apuntando con un rifle. Le dio de pleno con el primer disparo.

Ayham asintió, satisfecho, y volvió a donde estaban los demás. Se propuso preguntar el nombre al niño del rifle. Era un buen tirador, y quería decírselo antes de volver al campamento.

A por el resto de los instructores.

El sueño de aquella noche golpeó a Laura con una intensidad terrible. Estaba en un enorme vertedero que olía a goma quemada, plástico y metal, y un humo negro le arañaba los ojos, la nariz y los pulmones.

Respirando inquieta, más bien jadeando, se movió de un lado a otro en su cama mientras su yo soñado intentaba escapar del vertedero.

Sin embargo, parecía que no había escapatoria. Por cuanto podía ver a través de las nubes de hollín, estaba rodeada por verdaderas montañas de monitores usados, televisores antiguos, estufas eléctricas, torres de ordenador, madejas de cables, muelles de mil tamaños y todo tipo de desechos metálicos, que se extendían en todas las direcciones, hasta el horizonte.

Horrorizada, vio un sinfín de ratas correteando por todas partes. Eran enormes, tenían unos ojos brillantes y maliciosos y unos dientes afilados y amarillos, y su pelo gris, sucio y enmarañado, cubría torpemente sus escuálidos huesecillos.

Las ratas se detuvieron unos instantes, y de pronto se volvieron hacia Laura y empezaron a moverse en su dirección. Laura vio el brillo asesino en sus ojos negros. Ella era su presa.

Laura salió corriendo, pero tropezó con la basura, se le enredó el pie en una maraña de cables y cayó al suelo cuan larga era. En cuestión de segundos, las ratas se abalanzaron sobre ella desde la montaña de basura como un verdadero ejército.

Ella gritó, tanto en la vida real como en el sueño, y de pronto el escenario cambió. La basura y las ratas habían desaparecido, pero el hedor omnipresente seguía allí. Se había convertido en un olor distinto, aunque no menos nauseabundo. El cobertizo en el que ahora se hallaba estaba marcado por la dulce e intensa marca de la putrefacción.

Frente a ella vio a un niño arrodillado y llorando junto a un colchón gastado. Estirado en él, el cadáver de otro niño no mucho más alto que él, cuyas manos sostenía entrelazadas con las suyas. El muerto estaba cubierto por una infinidad de moscas que paseaban sobre su cuerpo y le recorrían la cara, que ya no era mucho más que una calavera gris cubierta por una piel de pergamino.

«Nos iremos lejos de aquí», le oyó decir al pequeño. «Allí a donde todos son ricos y no hay basura en ninguna parte».

De pronto el chico pareció notar su presencia. Levantó la cabeza y la miró. Sus ojos impresionaron a Laura más incluso que las ratas o el cadáver. La mirada de ese niño era como un reproche que hubiera cobrado vida.

«¿Ves lo que nos estáis haciendo?», le preguntó. Entonces se puso en pie de un salto, pasó por encima del muerto y se abalanzó sobre ella.

Laura gritó de nuevo, retorciéndose, y trató de escapar de las garras del niño, que se aferraba a ella... hasta que al fin despertó, abrazada a su almohada, empapada en sudor.

Ese sueño... había sido tan... tan real... Lo había percibido con todos los sentidos; sí, incluso había notado el dolor profundo del niño. Y su odio, su ira infinita hacia ella y hacia todos aquellos que le habían infringido tanto dolor. Un dolor que a Laura le había parecido tan complejo como si tratara de desentrañar una de las innumerables madejas de alambre que se amontonaban en aquel otro enorme montón de chatarra.

Su corazón latía con fuerza y tenía un terrible dolor de cabeza. Pero aún peor era el olor a basura quemada y podredumbre que aún notaba en su nariz.

«Como si realmente hubiera estado allí».

A la mañana siguiente se tomó su tiempo en el baño. No quería que Su intuyese lo mal que había dormido.

Cuando al fin se sintió más o menos satisfecha con su reflejo, metió su neceser en la pequeña maleta que apenas había llenado hasta la mitad.

«Es interesante ver lo poco que realmente necesitamos para sobrevivir», pensó.

En sus viajes anteriores siempre había tenido que sentarse encima de sus maletas para poder cerrarlas, incluso cuando se llevaba las más grandes.

Fue a la cocina y se preparó dos tostadas de pan integral con mantequilla y miel, y un enorme vaso de zumo de naranja.

Ella no acostumbraba a desayunar —solía tener suficiente con una taza de café y una pastilla de multivitaminas—, pero aquella mañana se zampó las tostadas con tanta hambre que le habría dado vergüenza que alguien la viera comérselas.

—¿Satisfecha? —preguntó, pasando la mirada de su plato vacío hasta su barriga, ahora oculta tras un ancho suéter de lana. Todavía no se le notaba nada, pero eso cambiaría pronto. A no ser, claro, que ella hiciera algo al respecto.

Debía admitir que por un momento sintió una cálida sensación en el lugar en que el niño debía de estar formándose, en su útero. Y sí, era una cálida sensación de felicidad.

Pidió un taxi que la llevó hasta el concesionario de alquiler de coches. Allí, un empleado que sufría de acné severo le preparó los papeles y le dio la llave del vehículo, de la que colgaba un llavero con el número de la matrícula. Debajo, en grandes letras mayúsculas, podía leerse: **DIVERSIÓN ILIMITADA AL VOLANTE, A PRECIO DE GANGA.**

Laura se dio cuenta de que la expresión «de ganga» casi le daba alergia. Durante los últimos años ella misma la había usado con inaudita frecuencia para sus campañas, pues al público le encantaba esa expresión, pero ahora le parecía tan tonta como el término *gourmet*, que últimamente podía leerse incluso en paquetes de salchichas, de esas tan «inmejorables» que se vendían a un euro noventa y nueve el kilo.

«Nos iremos lejos de aquí». El eco del niño de sus sueños aún resonaba en su interior. «Allí donde todos son ricos y no hay basura en ninguna parte».

Salió del concesionario y se sumergió en el denso tráfico matutino. Mientras avanzaba a buen ritmo, rodeada de planchas de carrocería, contó los contenedores de basura que fue encontrándose en la acera.

Cuando Su abrió la puerta de su piso, Laura se sobresaltó, e inmediatamente se sintió tonta por haber intentado ocultar el rastro de su propia noche en su rostro. Comparada con Su, su reflejo en el espejo de aquella mañana le parecía el de una jovencita llena de vitalidad. Su hermana tenía círculos oscuros alrededor de sus enrojecidos ojos, y parecía exhausta y ensimismada.

«Me alegro de que se haya apuntado a venir conmigo», pensó Laura. «Ambas necesitamos con urgencia unos días de descanso».

Antes de salir, Su hizo café. A la vieja usanza, con un filtro de porcelana, como siempre había hecho su madre. El resultado se habría ganado sin lugar a dudas la etiqueta de café *gourmet*.

Se sentaron a la mesa de la cocina, donde estaba una foto enmarcada de Su y Mia. Laura la miró brevemente. En su última visita, aquella foto colgaba sobre el tocador en el pasillo.

—¿Cómo está hoy?

—Sigue igual. No mejora —dijo Su, señalando con la cabeza hacia la habitación de la pequeña. Luego añadió con voz ronca que Mia había dormido toda la noche, y que en un principio ella lo interpretó como una buena señal, pero que cuando Mia se despertó pudo ver que nada había cambiado. No había desayunado ni había dicho esta boca es mía.

—No ha reaccionado cuando le he dicho que nos íbamos a la montaña, y eso que en otras circunstancias se habría puesto a aplaudir y a dar saltitos por toda la casa. Pero esta vez no. Esta vez ni siquiera ha sonreído. Me pregunto incluso si ha entendido lo que le he dicho.

—Dale tiempo, se pondrá bien —le dijo Laura, expresando más un deseo que una convicción.

Si el estado de Mia no mejoraba en los próximos días, tendría que aconsejar a su hermana que la llevara a ver a un psicólogo infantil. No sería un tema fácil, seguro, pues en el fondo de su corazón compartía el escepticismo de su hermana. Es decir..., ¿qué iba a poder hacer un psicólogo con Mia, al final? La terapia de conversación no funcionaría mientras la niña siguiera sin hablar, así que lo más probable era que el especialista de turno recurriera a la medicina y le prescribiera medicación. Y Su nunca accedería a suministrar ningún tipo de pastilla psicotrópica a su hija de ocho años, hecho que Laura podía entender a la perfección.

Sin embargo, cuando poco después Su hizo salir a su hija de la habitación, Laura dudó seriamente sobre si unos días en el lago iban a ser suficientes para mejorar el estado de Mia.

Sintió un escalofrío al ver a su sobrina así de apática, y una pena enorme al ver lo inexpresivos que se habían vuelto sus ojos.

Cuando se metieron en el coche, el sol de otoño brillaba en un cielo sin nubes. Las predicciones meteorológicas habían anunciado un tiempo agradable, con temperaturas suaves, y, ciertamente, el reloj del salpicadero indicaba que afuera estaban a diecisiete grados.

Pero pese a lo agradable de la temperatura y a su jersey de lana, Laura estaba helada.

Miró por el retrovisor. Su había pasado el brazo sobre los hombros de Mia, y con el traqueteo del coche se había quedado dormida. Tenía la cabeza apoyada en la ventana y se le había abierto un poco la boca. Roncaba levemente.

Laura pensó que su hermana estaba igual que cuando era una niña. Esa niña con la que compartió habitación toda su vida y a la que había hecho arrodillarse frente a uno de sus libros preferidos.

Mia, sin embargo, estaba completamente despierta. Estaba sentada con la espalda muy tiesa, y miraba a Laura por el retrovisor.

—¿Te apetece ir a la casa de la montaña? —le susurró Laura.

No obtuvo respuesta, como era de esperar, aunque Mia torció levemente la boca como si esbozara una sonrisa. Menos daba una piedra, después de todo. Y eso demostraba que Su se había equivocado. Afortunadamente, se había equivocado: Mia se enteraba perfectamente de lo que sucedía a su alrededor, y comprendía lo que le decían, así que era posible que todo acabara solucionándose.

—¿Tienes tanto frío como yo?

La sonrisa de Mia desapareció, y volvió a mirar por la ventana.

Laura subió la temperatura del aire acondicionado, y poco después volvió a repetir la operación. Pronto estuvieron a veintitrés grados.

Pero no consiguió entrar en calor.

Laura se sintió aliviada cuando dejaron atrás el tráfico de la ciudad y entraron en la autopista. Por fin podía ir más rápido.

Al cabo de más de una hora en coche, ya no podía soportar el silencio. Su seguía profundamente dormida, y Mia, inmóvil y rígida. Cada vez que Laura miraba por el retrovisor, se encontraba con los ojos de ella, mirándola.

«No me extraña que mi hermana no haya tenido últimamente ni un minuto de paz. Si yo me siento así de agobiada después de tan poco tiempo, ¿cómo habrá soportado ella, su madre, los últimos días?».

Encendió la radio y puso el volumen muy flojito, para no despertar a Su. Encontró una emisora de música clásica en la que sonaba Mozart. Música de cámara. Justo lo que necesitaba para calmar sus nervios.

Trató de concentrarse en la música sin pensar en la extraña niña que iba sentada en el asiento de atrás, con la mirada fija hacia delante, como ausente.

Estaban ya a pocos kilómetros del paso de montaña cuando se encendió la luz de reserva de la gasolina. Llevaba conduciendo casi tres horas, y pensó que, en cualquier caso, ya iba siendo hora de descansar.

Poco después llegaron a una gasolinera. Un letrero en el camino de entrada indicaba que la siguiente estación de servicio quedaba a treinta kilómetros, y, la verdad, no se atrevía a apurar tanto. Además, le atrajo el anuncio de café recién hecho y cruasanes.

—¿Ya hemos llegado? —murmuró Su, adormilada, mientras Laura se detenía junto al surtidor.

—No, tengo que poner gasolina —dijo Laura, mirando a Su y evitando la mirada de Mia.

Parecía que a su hermana el sueño le había sentado bien: la manera infantil en que se frotaba los ojos resultaba casi divertida.

—Puedes seguir durmiendo si quieres —le dijo—. ¿Os apetece tomar algo? ¿Qué os traigo?

—Va, te acompaño —dijo Su. Y luego, volviéndose hacia Mia, añadió—: ¿Tienes hambre, cariño? ¿O prefieres algo de beber?

Laura salió y se puso a repostar, mientras observaba el modo en que Su hablaba con su hija. La vio acariciar delicadamente la cabeza de Mia y hacerle preguntas, pero la pequeña no le respondía. Se limitaba a mirar hacia Laura y a sonreír de nuevo de ese modo tan peculiar.

Cuando Laura volvió a dejar la manguera en el surtidor y se dirigió hacia la caja de la estación de servicio, para pagar, notó que aún tenía la mirada de Mia puesta en su espalda. Se estremeció y se frotó los brazos con las manos. ¿Por qué tenía tanto frío?

—Debe de ser por la circulación sanguínea —se dijo—. Seguro que en mi estado eso es normal.

El interior de la estación de servicio era como un pequeño supermercado, con una barra en la que servían pastas y café. Laura era la única cliente, y

tampoco había nadie atendiendo. Fue hacia la barra y miró los bocadillos. Tenían muy buena pinta. Especialmente los de queso.

La puerta de entrada se abrió de nuevo y dio paso a Su.

—Voy a comprar algo de chocolate para Mia —dijo—. A ver si consigo ponerla contenta.

—Buena idea —murmuró Laura, distraída. Como ayer en la Shopping-Gallery, ahora solo podía pensar en los bocadillos. En las hojas de lechuga, las rodajas de queso y los trozos de tomate que se veían entre los bocadillos. Se le hizo la boca agua. Le habría gustado comprarlos todos y comérselos con el mismo placer con el que había devorado las tostadas esa mañana.

—Cómpralos. Te sentarán bien —susurraron a su espalda.

Laura sonrió y se dio la vuelta. Había esperado encontrarse a Su, que seguramente la habría visto mirando los bocadillos y quería burlarse de ella. Siempre se reía de su «delirio adelgazante», como ella lo llamaba. Sin embargo, aquella no era Su, sino una desconocida.

Debía de tener más o menos su edad, o tal vez unos años menos, y era muy guapa. Tenía la cara bonita y cubierta de pecas, el pelo corto y rizado, algo chafado por uno de los lados, y una arruga rosada atravesándole una mejilla de arriba abajo, como la marca de una sábana. Como si acabara de despertarse.

La mujer sonrió a Laura con sus grandes ojos verdes y ella no pudo evitar pensar, de un modo francamente inquietante, en la mirada de Mia. Y ahora que veía esa sonrisa en el rostro de una extraña, se dio cuenta de por qué le resultaba tan incómoda: no era una sonrisa amistosa, sino más bien burlona, algo perversa.

—Tenemos que escucharlos —le dijo la mujer, y en ese momento Laura se fijó en su barriga: era muy delgada, casi demasiado, de modo que la considerable curva que se formaba bajo su peto tejano hacía pensar en que se había metido una pelota de playa. Obviamente, no le quedaba mucho para salir de cuentas—. Sí, está claro que tenemos que escucharlos.

Había algo raro en esa mujer. La forma en que la miraba... la ponía nerviosa. Quiso apartarse de ella, pero estaba demasiado cerca de la barra y no podía dar ni un paso atrás.

—Al pequeño le apetece un bocadillo, ¿verdad? —dijo la mujer en voz baja, poniendo una mano sobre la barriga de Laura—. ¿Te habla? Por supuesto que sí. Tú también lo oyes.

—Haga el favor de dejarme en paz.

Laura cogió el brazo de la mujer e intentó apartarlo de su barriga, pero esta lo mantuvo firme, con una fuerza insólita. Tenía puesta toda su atención en el estómago de Laura, y lo presionó ahora con más intensidad.

—Está haciendo que veas cosas malas, ¿verdad? Que tengas pesadillas...

—¿Qué está pasando aquí? —dijo Su, colocando apresuradamente las barras de chocolate en el mostrador.

—Nada —dijo Laura, utilizando esta vez las dos manos para apartar el delgado brazo de la mujer, cosa que al fin logró—. Creo que esta señora está un poco confundida.

—Piensa lo que quieras —dijo la mujer enseñándole los dientes—. Pero te equivocas.

Entonces abrió mucho los ojos, y su expresión pareció casi asustada.

En ese preciso momento la puerta de entrada se abrió de nuevo, y un hombre sudoroso, vestido con un mono azul, entró en la tienda. Tenía una mancha de grasa en la mejilla y en la parte de arriba del mono podía verse el logotipo de la gasolinera.

—¡Linda! —exclamó muy fuerte, agarrando a la mujer embarazada por los hombros—. Cariño, ¿qué estás haciendo?

Entonces se volvió hacia Laura y Su, y les dijo:

—¿Les ha molestado mi esposa? ¡Lo lamento, por favor, créanme! Últimamente no se encuentra bien. A veces no sabe lo que dice.

Laura pudo ver lo preocupado y avergonzado que estaba. Quiso responderle que no había pasado nada, pero no le salió la voz.

—¡Tú también lo oyes! —le gritó la mujer, fuera de sí, mirando a Laura—. ¡Tú también sabes lo que quiere! ¡Te lo ha dicho! ¡Lo sabes!

El hombre tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para controlar a su mujer. Se dirigió a ella con palabras amables y calmadas, pero ella gritó y pateó mientras él la arrastraba hacia la trastienda.

—¡No lo permitas! —gritaba—. ¡No puedes permitir que suceda!

—Le ruego que nos disculpe —dijo el hombre, tratando de ahogar los gritos y haciendo un verdadero esfuerzo por parecer tranquilo.

—¿Podemos ayudarle de algún modo? —preguntó Su, pero él negó con la cabeza.

—Discúlpeme un segundo. Enseguida vuelvo.

Justo cuando hubo dicho aquello llegaron a la trastienda. La mujer estaba llorando. Él la empujó adentro, pasó con ella y cerró la puerta tras él.

Laura y Su se miraron sorprendidas.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Su, frunciendo el ceño.

Laura se limitó a encogerse de hombros y a mirar hacia la puerta, tras la que aún podía oírse la voz amortiguada del hombre, que hablaba amorosamente con su esposa.

—¿Y si le dejamos el dinero sobre la barra y nos vamos? —sugirió Su, pero justo en ese momento se abrió la puerta de la trastienda y el hombre volvió a aparecer.

—Lo siento —dijo por enésima vez. Se pasó la mano por la cara, contribuyendo así a repartir aún más la mancha de grasa por su mejilla—. Los médicos han dicho que es relativamente común que las embarazadas sufran trastornos de este tipo, pero que son transitorios. Algo relacionado con las hormonas, ¿saben? En cuanto nazca el niño todo volverá a ser como antes. —Miró a Laura, casi suplicante—. ¿De verdad que no le ha hecho nada?

—¿Hacer? —Laura negó con la cabeza, consternada—. ¿Qué podría haberme hecho?

Por lo visto el hombre no oyó la pregunta de Laura.

—Linda no está enferma, ¿me oyen? —dijo. Su rostro adquirió entonces una expresión enérgica, como si Laura y Su hubieran venido a llevarse a su esposa—. ¡Solo está embarazada!

Las dos se apresuraron a asegurarle que estaban completamente de acuerdo con él, y le transmitieron sus mejores deseos para ambos. Dicho aquello pagaron y volvieron al coche a toda velocidad.

Antes de entrar, Laura notó que Su le miraba la barriga. No le dijo nada, pero no tuvo ninguna duda de que su hermana lo sabía.

—Aquel hombre tenía miedo de que pensáramos que su esposa estaba psíquicamente enferma —dijo Laura, sacudiendo la cabeza—, pero lo cierto es que ella solo quiso advertirme.

Robert levantó la vista de sus notas.

—¿Advertirte? ¿De qué?

—De lo que estaba a punto de suceder. Del motivo por el que estoy aquí.

—Cuéntame de qué se trata. ¿De qué te advirtió aquella mujer?

Laura respiró hondo y se quedó mirando al frente por un momento, como si tuviera que pensar primero en su respuesta o como si considerara que aún era demasiado pronto para revelársela. Después de todo, ella le había dicho al comienzo de su conversación que era importante que supiera *toda* la historia.

Finalmente se decidió a hablar, pero en el mismo momento se oyó el sonido de abertura de la puerta.

Robert miró hacia la entrada, enojado. Esperaba ver a la enfermera y tenía pensado hacerle una observación bastante dura acerca de lo inoportuno de su

interrupción. Sin embargo, el que apareció fue Bennell. A la luz del halógeno del pasillo el policía parecía aún más pálido y agotado que cuando le había hablado en la otra sala.

—Tengo que hablar contigo, Robert —dijo con voz áspera—. ¡Inmediatamente!

Bennell había insistido en que tomaran el ascensor hasta la planta baja. Cuando lo vio sacar una cajetilla de Marlboro del bolsillo de su chaqueta camino del patio de la clínica, Robert comprendió por qué no quería hablar en la sala de observación. Tan pronto como estuvieron fuera, el policía encendió un cigarrillo y le tendió el paquete a Robert.

—¿Quieres?

Robert negó con la cabeza. Bennell asintió y guardó los cigarrillos.

—Necesitaba fumarme uno con urgencia —dijo, dando una profunda calada—. Todo este asunto está empezando a afectarme los nervios. El equipo de búsqueda aún no ha encontrado ni rastro de los desaparecidos. Más bien al contrario: resulta que empiezan a echar de menos a algunos de los suyos.

—¿Cómo? —Robert lo miró con asombro—. ¿Cómo es posible?

—No lo sabemos —dijo Bennell—. Al menos aún no. Pero no es por eso por lo que quería hablar contigo.

—Bueno, espero que sea urgente, porque la señorita Schrader estaba a punto de llegar al núcleo de su historia.

Bennell se encogió de hombros.

—Sí, tal vez —dijo, y luego dio otra calada—. Por cierto, ¿qué piensas de ella? ¿Qué crees que le pasa?

—No estoy seguro —dijo Robert, mirando pensativo el cielo gris. Pronto volvería a caer un chaparrón—. Puede que sufra una psicosis gestacional. Las voces, la paranoia de sentirse continuamente amenazada, los sueños extraños y su insólito comportamiento parecen indicar que se trata de eso, aunque todavía me queda alguna duda.

De una de las ventanas de arriba les llegó un grito, tan estridente y agudo que no supieron decir si se trataba de un hombre o una mujer. El grito se interrumpió de manera abrupta, probablemente porque alguien del personal de enfermería habría entrado en la habitación y se habría ocupado del asunto.

—¿Qué te falta para estar convencido? —preguntó Bennell.

—La psicosis gestacional es extremadamente rara —dijo Robert—. Yo mismo no he visto ninguna en mis muchos años de práctica. Por supuesto, esto no significa que no sea posible, pero en la mayoría de los casos las alteraciones psicóticas no se producen hasta el cambio hormonal que *sucede*

al parto. Lo normal es lo contrario, de hecho: que en las mujeres con una determinada disposición a la psicosis el embarazo tiende a ser estabilizador. Además, la señorita Schrader está siendo demasiado racional. Si de verdad estuviera sufriendo una psicosis gestacional, no podría explicar los procesos de una manera tan ordenada como hasta el momento, sino que saltaría de un lado a otro en el tiempo, incapaz de encontrar un hilo común.

—¿Y qué opinas? —preguntó Bennell, que al cabo de un momento de vacilación añadió—: Quiero decir, ¿se te ocurre algo al respecto? ¿Te crees lo que está diciendo?

Robert hizo un gesto vago.

—Tendría que escucharla un poco más. Hasta ahora, solo tengo claro que ha sufrido un trauma psicológico, ya sea a partir de un hecho real ya de uno imaginario.

—¿Es esto posible? —le preguntó Bennell con asombro—. ¿Podemos sufrir un trauma a partir de un hecho inventado?

—Si nos parece lo suficientemente realista, podemos, sí —dijo Robert—. Y ahora te toca a ti. No me has sacado de la habitación para preguntarme cómo llevo el trabajo.

—No, por supuesto que no —dijo Bennell, mirando hacia el cielo por un momento, pues empezaban a caer las primeras gotas—. Se trata de esa mujer de la que ha hablado. La de la estación de servicio. Su nombre es Linda Hoffmann.

—¿La conoces?

Bennell asintió.

—Es la esposa del dueño de la gasolinera. O mejor dicho, lo *era*. Estuve ocupado con su caso hasta ayer. Hasta que me pusieron este otro asunto en las narices. —Señaló hacia las claraboyas que daban al sótano y respiró hondo—. Puede que yo también esté empezando a volverme paranoico, pero algo me dice que puede haber una conexión entre la historia de Laura Schrader y la muerte de Linda Hoffmann.

—¿Una conexión? Cuéntame, ¿qué le pasó?

—Bueno, por lo que sabemos hasta ahora, podríamos llamarlo un suicidio inducido —dijo Bennell.

Robert lo miró con curiosidad.

—¿Y cómo debería entender eso? ¿Se suicidó o no?

Bennell tiró su colilla al suelo e inmediatamente encendió otro cigarrillo. Cuando volvió a mirar a Robert, su rostro tenía una expresión de profunda consternación.

—Oh, ya sabes, siempre resulta increíble lo que las personas son capaces de hacer cuando se les mete algo en la cabeza —dijo, y una vez más su voz sonó áspera y frágil—. No me extraña que haya gente que crea en las posesiones demoníacas. Algunas de las cosas que hacen los locos no pueden entenderse con una mente sana. Parece tan... *inhumano*. Como lo que les sucedió a los Hoffmann.

Dio otra calada larga, y luego empezó a hablar.

Se trataba, para qué negarlo, de una historia muy fea.

Cuando Robert regresó al fin junto a Laura Schrader, vio que sus ojos estaban diferentes. Lo que Bennell le había contado sobre Linda Hoffmann podía compararse realmente con lo que le pasaba a ella. En ambos casos se trataba de mujeres embarazadas. En ambos casos aseguraban oír voces. Y en ambos casos hubo muertes.

Lo cierto es que el caso de Laura Schrader solo lo relacionaban con una muerte, pero... ¿y si la niña no hubiese sido la única víctima? ¿Y si también hubiese muerto alguno de los desaparecidos? Después de todo, en el pueblo se habían hallado indicios de una pelea.

Si la intuición de Bennell era cierta —y hablábamos de la intuición de un policía experimentado que ya había resuelto un buen número de casos complicadísimos—, entonces cabía esperar lo peor.

Mientras Laura Schrader continuó con su historia, el eco de las palabras de Bennell siguió resonando en la cabeza de Robert:

«Algunas de las cosas que hacen los locos no pueden entenderse con una mente sana».

Pero precisamente esa era ahora su tarea: comprender lo que le estaba pasando a esa mujer. Reconocer qué parte de su historia se correspondía realmente con la realidad.

VI

LA CASA DEL LAGO. VISIONES. NOS ODIÁ

Continuaron el viaje en silencio. Mia se había quedado dormida, recostada en el pecho de Su. Ni siquiera había tocado el chocolate que su madre le había comprado.

A través del retrovisor, Laura vio a su hermana envolver a la pequeña con el brazo y mirar pensativamente por la ventana. En ese momento debió de notar los ojos de Laura fijos en ella, porque volvió la cabeza y la miró.

Cuando sus ojos se encontraron, Laura reconoció su mirada de preocupación.

«Ya sé lo que te pasa», decía esa mirada. «Ya sé por qué te has despedido y necesitas un descanso».

Pues claro que lo sabía. ¿Cómo podía siquiera haber creído que iba a poder ocultar a su hermana un secreto de semejante magnitud?

De la radio les seguía llegando una música suave de piano cuando el paisaje corría junto a ellas. El paso de montaña serpenteaba en infinidad de curvas a lo largo de la cordillera. Los densos bosques de abetos y los abruptos acantilados alternaban rítmicamente, y apenas se cruzaron con ningún coche. Había comenzado la temporada solitaria en las montañas.

Aunque el sol brillaba en el cielo, Laura sintió una deprimente oscuridad en su interior. Una sensación paralizante que no podría haber explicado a nadie. A nadie, excepto a su hermana.

«Tiene que ver con este lugar», pensó, mientras tomaba una curva cerrada junto a una enorme pared de piedra. Pronto habrían alcanzado el punto más alto de la carretera.

Volvió a mirar por el retrovisor. Su también estaba mirando hacia el acantilado, y ella también parecía temblar de frío. De pronto se volvió hacia Laura y le dijo en un susurro, para no despertar a Mia:

—¿Puedes parar, por favor?

Laura asintió y condujo unos metros más hasta encontrar un sitio fresco para aparcar, junto a un mirador.

Al bajar del coche, Su apartó suavemente la cabeza de Mia hacia un lado y la dejó apoyada sobre su chaqueta acolchada roja, previamente doblada a modo de almohada. Mia continuó durmiendo como un tronco.

Las dos hermanas se dirigieron a la barandilla de hormigón del mirador y observaron el valle. Mucho más allá, el lago brillaba bajo el sol del mediodía. Laura hizo visera con la mano y reconoció la casa en la orilla este. Aún les faltaban varios kilómetros para llegar y desde aquí arriba parecía diminuta.

«El viaje hasta allí es muy largo», pensó, mirando los bosques de otoño que cubrían el valle como una alfombra multicolor. «Muy muy largo».

—Casi había olvidado lo bonito que es esto —dijo Laura, volviéndose hacia su hermana—. ¿Y sabes qué fue lo que me lo recordó? Un anuncio. Una estúpida valla publicitaria en la que animaban a abrir una cuenta bancaria. Parece un chiste malo, ¿verdad?

Su no se rio.

—Estás embarazada, ¿verdad?

Fue la primera vez que mencionaban el tema en voz alta, y Laura se sintió muy reconfortada de que Su lo supiera. Solo entonces se dio cuenta de lo sola que se había sentido los últimos días.

—Es de Victor —dijo asintiendo—. Él no lo quiere. Dice que no me conviene porque arruinaría mi carrera. Lo más probable es que piense eso de verdad, pero creo que sobre todo lo dice porque no quiere responsabilizarse del niño. Porque restringiría *su* capacidad de acción.

—¿Y tú qué piensas? ¿Quieres tenerlo?

Encogiéndose de hombros, Laura miró hacia el lago otra vez.

—No lo sé. Todavía no lo sé. Por si acaso, y preventivamente, decidí arruinarme la carrera yo solita. Ahora, al menos, mi decisión no dependerá de ello. Soy consciente de que no dispongo de mucho tiempo para decidir, pero querría usar el que me queda para aclarar qué hacer a continuación.

Su se acercó a ella. En silencio, puso su mano sobre la de Laura y la apretó con suavidad. Un gesto mucho más elocuente que cualquier palabra.

Por un momento, las dos hermanas se quedaron allí y disfrutaron de la vista. Bajo ellas el lago brillaba, y un viento fresco traía el olor a musgo del agua y los bosques de otoño.

Entonces Su hizo la pregunta que tampoco Laura podía dejar de hacerse.

—¿Y cómo es posible que la mujer de la gasolinera lo supiera? No se te nota nada, la verdad. Yo solo me di cuenta al ver tu reacción.

—No tengo ni idea —dijo Laura—. Puede que no lo supiera. Puede que solo estuviera confundida y pensara que todas las mujeres están embarazadas porque ella también lo está.

Su negó con la cabeza.

—No, no tiene sentido. Cuando salió de la trastienda pasó por delante de mí y me vio primero, estoy segura. Sin embargo, fue directamente hacia ti.

—Sí, la verdad es que todo es bastante raro.

—¿Solo raro? A mí me parece muy inquietante. Más bien aterrador. —Se envolvió el cuerpo con los brazos, como si tuviera frío—. Para serte sincera, todo este lugar me parece inquietante. Empiezo a pensar que tal vez no deberíamos haber venido.

—No digas eso, Su —dijo Laura abrazando a su hermana y apretándola con fuerza—. Espera a que nos acostumbremos.

Pero Su se puso tensa y miró por encima del hombro de Laura, hacia la carretera. Hacia la curva cerrada que acababan de tomar. Hacia aquella roca que resultaba tan amenazadora, incluso bajo la luz del sol.

—Me parezco mucho a ella —susurró—. A veces tengo miedo de parecerme *demasiado*. De que algún día pudiera llegar a hacer lo que hizo ella.

—Eso ni lo pienses —le dijo Laura—. Ella estaba enferma, por eso lo hizo.

—Es hereditario —dijo Su, sin apartar los ojos del acantilado—. Y yo he heredado mucho de ella: su aspecto, su voz, su estilo en general. Así que tal vez eso también.

Laura no supo qué decir. Siguió la mirada de su hermana, y volvió a sentir esa extraña sensación. Era como la idea de un hecho futuro que se mantenía oculto, como tras una niebla espesa.

Que la acechaba, como a la espera de su momento.

Tres años antes, en un soleado día de octubre, Anna Schrader terminó su desayuno con una taza de té. Uno suave, con sabor afrutado, que ella y su esposo habían comprado en una tiendecita muy agradable. El té era solo una de las muchas pasiones que había compartido con Ronald. Habían tenido un matrimonio maravilloso y completo, con todos sus altibajos. «Una vida vivida», como habría dicho Ronald.

Con el último sorbo, se tomó su dosis matutina de pastillas. En el último año, el contenido de la cajita de medicamentos no había dejado de aumentar. Al principio solo habían sido dos pastillas por la mañana, una al mediodía y

otra después de la cena. Ahora los tres apartados de la cajita estaban bien llenos, y pronto ni siquiera eso sería suficiente.

«Envejecer es una bendición, pero ser viejo es una maldición», pensó mientras despejaba la mesa. Lavó los platos y lo puso todo en el lugar correcto.

Sacó del jarrón que estaba sobre la mesa las flores que había recogido dos días atrás, en el prado que quedaba junto a su casa, y las arrojó al cubo de la basura. Alisó el mantel, comprobó que todas las ventanas estuvieran cerradas y salió de la casa con su bolsa de viaje, sin mirar atrás.

Frente a ella, el lago brillaba bajo el sol de octubre. Un suave viento del oeste le trajo el olor especiado de las hojas secas del bosque. Miró hacia el cielo y observó durante un rato las aves migratorias que se dirigían hacia el sur.

El invierno estaba a punto de llegar y de convertir de nuevo aquella zona en un lugar inhóspito, hasta que la primavera volviera a darle vida. El ciclo eterno de la naturaleza. Pero lo que era cierto para la naturaleza no lo era, necesariamente, para los humanos.

Abrió la puerta de su coche y guardó la bolsa y su chaqueta en el maletero. Cuando volvió a cerrar la puerta, miró el noble biplaza, cuyos acabados metálicos brillaban al sol. El BMW 507 de 1957, blanco como la nieve y extremadamente inusual, había sido el orgullo y la alegría de Ronald. Lo había comprado el primer día de su nueva vida como jubilado por una pequeña fortuna.

—Cuanto mayor es el niño, más caros son sus juguetes —le había dicho ella, bromeando, y él se había reído.

Después de aquello, él había pasado días enteros puliendo la pintura, toqueteando el motor o rociando la parte superior de la carrocería con un espray impermeabilizante.

—Todo jubilado necesita su *hobby* —le había dicho, sin saber que para ese *hobby* solo le quedaban dos años. Unas semanas después de su sesenta y siete cumpleaños, un ataque al corazón le robó inesperadamente la vida.

Anna abrió el capó del auto. Se dejó caer en el asiento del conductor, acarició el cuero brevemente, acarició también el cuadro de mandos, y encendió el motor.

—Ronronea como un gato —dijo con una sonrisa, al repetir las palabras de su marido. Luego, condujo lentamente por el camino de piedrecitas, para evitar que alguna de ellas le golpeará innecesariamente. Al igual que Ronald,

no alcanzó los cincuenta kilómetros por hora prescritos hasta que llegó a la carretera asfaltada del pueblo.

Mientras esperaba en el único semáforo de la localidad, algunas personas la saludaron con la mano: aquel era un lugar pequeño, y todos se conocían. Ella amaba aquel lugar y a su gente, y uno a uno fue devolviendo todos los saludos.

En cuanto el semáforo se puso en verde, tomó el desvío que —tras unos kilómetros de innumerables curvas— conducía a la colina más cercana. Un cuarto de hora más tarde, había llegado al punto más alto de la carretera y se detuvo en un descampado que ofrecía una magnífica vista del valle.

Anna apagó el motor y bajó la mirada hacia la resplandeciente superficie del lago. Pensó en el día en que Ronald le había mostrado la casa por primera vez desde allí.

—Nuestro nido de amor —le había dicho—. Aquí podremos venir cada vez que el mundo nos resulte demasiado inhóspito.

Y eso hicieron, durante muchos años. Al principio como pareja y después con sus hijas. Hacía dos años, Anna se instaló allí definitivamente y, la verdad, no se había arrepentido ni un solo día de su decisión. La ruidosa y animada ciudad era algo que dejaba para los jóvenes.

Pero ahora su nido de amor no era más que un nido de recuerdos, la memoria de un tiempo pasado más feliz, y pronto ya no quedarían ni recuerdos. Aunque aumentara aún más su dosis de medicamentos, aunque solo se alimentara de pastillas, pronto Ronald, sus hijas y la casa desaparecerían en un enorme y oscuro vacío.

Al final ni siquiera sabría quién era ella, y se vería reducida a un simple caparazón de sí misma, a un cuerpo al que alimentar y lavar, y del que todos esperarían que no durase demasiado.

Sin embargo, por muy sombrías que fueran las perspectivas de su futuro, la imagen del lago y los sentimientos que en ella despertaba eran siempre sencillamente maravillosos.

Abrió la guantera y sacó el paquete de cigarrillos que Ronald siempre tenía a punto. Los Chesterfield que finalmente le habían robado la vida.

Fumando y pensando en él y en sus hijas, miró la casa y el lago y sintió la paz profunda de aquel lugar.

Luego, encendió de nuevo el motor otra vez y condujo un poco más por la serpenteante carretera, hasta que vio la curva cerrada en la que solo había una roca como barandilla.

—Os quiero —susurró, y luego apretó el acelerador y se dirigió directamente hacia la roca.

—La consciencia de nuestra propia mortalidad nos enseña a hacer lo correcto —dijo Laura Schrader al llegar a este punto de su narración—. La frase es de mi padre, no mía —agregó con una vaga sonrisa.

Era la sonrisa más cansada y agotada que Robert había visto en un humano, y, al mismo tiempo, era la señal de que había tomado la decisión correcta al no interrumpir su relato. Esa mujer era más fuerte de lo que él había creído, y había hablado con delicadeza y contención sobre los últimos minutos de vida de su madre, a pesar de que tenía que haber sido extraordinariamente difícil para ella.

—Lo hizo por nosotras —dijo—. No quería ser una carga para sus hijas. Quería que viviéramos nuestras vidas. Que fuéramos felices. Su y yo no tenemos la menor duda al respecto. No nos dejó ninguna carta de despedida porque si no, no habríamos cobrado nada del seguro de vida, ¿entiende? No se paga nada por un suicidio. Por eso se preparó una bolsa de viaje. Tenía que parecer un accidente.

—¿Y vosotras estáis seguras de que no fue un accidente?

Laura miró a Robert como si este acabara de hacerle una pregunta muy estúpida.

—Tú no conocías a mi madre. A su maldito egoísmo. Estoy convencida de que creía que un día nos cansaríamos de ella, sobre todo cuando llegara el momento de que una de nosotras tuviera que llevársela a casa para cuidarla. Pero mi madre no quería que nadie «se encargara de ella». Mi madre solo quería ser amada. La armonía era para ella lo más importante. En cualquier caso, y aunque su —dibujó con los dedos unas comillas en el aire— «accidente» se produjera con la mejor de las intenciones, parece que no vio claro el dolor que nos provocó. Yo nunca se lo he perdonado, y Su tampoco.

Ella cogió su vaso de agua y se lo bebió.

—El caso es que después de su muerte entendí que había dejado de ser una niña —prosiguió—. Si pierdes a tus padres dejas de ser, definitivamente, el niño de nadie. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Robert asintió.

—En psicoanálisis, hablamos del *niño interior*. Nos acompaña durante toda la vida, pero nos vamos olvidando de él a medida que vamos teniendo que hacer frente a las demandas de la edad adulta.

Dicho aquello, condujo la conversación hacia el punto que más lo ocupaba.

—Antes has mencionado una curva. El lugar en el que tu madre... murió. Se trata del mismo lugar en el que tuviste tu accidente anoche, ¿verdad?

Laura bajó la mirada y asintió lentamente.

—Laura —le dijo Robert, inclinándose hacia ella—. ¿Querías suicidarte?

Ella se mordió el labio y no dijo nada. Sus párpados temblaban, nerviosos, y Robert notó que se retorció las manos debajo de la mesa.

—¿Tienes miedo?

Tardó unos segundos en hacer un gesto rápido de asentimiento.

—¿De qué? —insistió—. ¿Qué te hace estar tan asustada como para suicidarte?

Laura dejó escapar un profundo suspiro, luego echó la silla hacia atrás y se levantó. Robert se mantuvo sentado y la observó mientras ella iba de un lado para otro en la pequeña habitación. Había puesto las manos en sus caderas. Era el andar de una embarazada.

Finalmente ella le dio la espalda y se detuvo frente a una de las paredes blancas.

—Mentí a Su —dijo en voz baja—. Sabía exactamente lo que quería decir la mujer de la gasolinera.

—¿A qué te refieres?

—Intuía cómo podía saber que yo estaba embarazada.

En aquel momento se volvió hacia él. El ojo derecho le temblaba con un tic nervioso.

—Puede parecer una locura, pero desde que estoy embarazada... Bueno, veo cosas —dijo, retorciéndose las manos una vez más—. Imágenes que me persiguen constantemente. No como recuerdos o algo que simplemente imagino, sino de un modo más intenso. Es casi tan real que lo puedo tocar. Creo que veo cosas que suceden en la realidad, en algún lugar del mundo...

Robert la miró con seriedad. Pensó en Linda Hoffmann, en la suposición de Bennell de que había una conexión entre ambas.

—¿Ahora las ves? ¿Ves esas imágenes?

Ella vaciló unos instantes y luego asintió.

—Cada vez que cierro los ojos. Cuanto más me concentro, más claras se vuelven.

—¿Y qué pasaría si cerraras los ojos ahora? ¿Verías algo? —preguntó él.

Ella se recostó agotada contra la pared antes de cerrar los ojos. Le temblaban los párpados y las comisuras de su boca se crisparon.

—Veo a una niña —dijo finalmente, como si estuviera en trance—. Vive muy lejos de aquí. En Estados Unidos. Su nombre es Lucy. Lucy Walker.

La granja de los Walker

ARIZONA, EE. UU.

Yeah, baby, ¡strike!

Ocho velas, y ella las había soplado todas a la vez. No fue nada difícil. ¡Eso significaba que aquel iba a ser su día de suerte!

Lucy, orgullosa, se dejó caer en la silla que su madre había decorado con lazos y globos. Todo en rosa, por supuesto, pues ese era su color favorito. Y lo mismo pasaba con su vestido con las puntas de tul.

Mientras estaba allí sentada, mirando las orgullosas caras de sus padres, se sintió como la princesa de un cuento de hadas en su trono. Una princesa un poco gordita, debía admitirlo, y con un gran lunar en la mejilla derecha. Pero se lo quitarían; su madre se lo había prometido. En cuanto consiguieran el dinero que valía la operación de cirugía estética le sacarían el lunar, y luego se pondría a dieta.

Pero todavía le quedaba tiempo. Hoy lo único que importaba era su cumpleaños. Ya había olvidado la mala noche que acababa de pasar, en la que había soñado todo tipo de cosas raras acerca de otros niños que querían comunicarse con ella a pesar de que ni siquiera habían estado en su habitación. Eso le había parecido realmente extraño. Al fin y al cabo, los sueños también tenían algunas reglas que cumplir, ¿no?

—Lo has hecho genial —le dijo mamá con entusiasmo, agitando el cuchillo de la tarta—. ¡Te has ganado un trozo gigante!

Mamá sacó las velas del pastel de chocolate que Lucy había elegido en su paseo de compras por Walmart el día anterior, y lo cortó en varios trozos enormes. El primero lo puso en el plato de Lucy.

—Disfrútalo, cumpleañera —le dijo, lamiendo el chocolate que se le había quedado en los dedos. A Norma Walker también le encantaban los dulces, lo cual podía deducirse obviamente por el contorno de su figura.

Ella misma se puso el segundo trozo, y luego roció ambos platos con una buena cantidad de nata.

—Un momento —dijo papá. A diferencia de su esposa y su hija, Hank Walker no sentía demasiado interés por los dulces—. ¡Primero los regalos!

—¡Oh, sí! —dijo Lucy, dando palmaditas de felicidad y apartando inmediatamente su plato.

El pastel podía esperar. Por la tarde, cuando llegara el resto de su familia, amigos y vecinos, podría volver a tomar cuanto quisiera. Ahora era más importante lo que estaba en los paquetes que su padre puso sobre la mesa.

Por supuesto, todos estaban envueltos en papel de regalo de color rosa. En él podían verse unicornios blancos, y los lazos eran azules. Al fin y al cabo, el azul ocupaba el segundo lugar en su lista de colores favoritos, seguido del amarillo y el naranja. El verde también estaba bien, pero por ahora el rosa era el color más supermegaguay del mundo.

El paquete que estaba debajo de todos era el más grande —en realidad era *muy* grande—, y Lucy decidió dejarlo para el final. «Así la emoción durará más», pensó, mientras empezaba a abrir los primeros regalos.

Varias de las cosas que fue descubriendo las había pedido realmente: un nuevo cepillo de Hello Kitty —porque el anterior se le había caído hacía poco al suelo de baldosas del baño y estaba roto—, una muñeca Baby Maggie, junto con un buhito de peluche para la muñeca, un biberón y un chupete. Y todo en rosa.

«¡Qué chachi!».

—Sí que va a empezar a practicar pronto —dijo mamá, guiñándole un ojo a papá—. Ya verás cuando nos haga abuelos...

Papá se limitó a murmurar algo del tipo «Aún tenemos tiempo», y siguió mirando a Lucy mientras abría los paquetes. De algún modo, parecía tan emocionado como ella.

En el paquete más pequeño había una Biblia. El regalo lo había escogido mamá, quien además le había puesto una dedicatoria.

Para mi niña mayor
«Pongamos los ojos en Jesús,
autor y consumidor de la fe».
HEBREOS 12:2

Mamá

Era la Biblia del rey Jacobo, y tenía las tapas, por supuesto, de color rosa brillante.

—¡Guau! —exclamó Lucy.

La presumida de Roberta Bowie siempre se burlaba de su vieja Biblia marrón con los bordes desgastados. Ahora se moriría de envidia

cuando llegara a catequesis con esa maravilla.

Dejó la Biblia junto a sus otros regalos, por supuesto, mamá también había pensado en el indispensable paquete familiar de galletas Oreo, sin el cual un cumpleaños no era, sencillamente, un cumpleaños, y entonces cogió la caja grande.

De pronto la sonrisa de satisfacción desapareció del rostro de mamá. Acababa de meterse una cucharada de pastel con nata en la boca, pero no masticó. En lugar de eso miró a su esposo, quien respondió su mirada solemne con un intenso movimiento de cabeza.

—No vamos a discutir más —dijo. Luego, se volvió hacia Lucy y le tendió unas tijeras para el gran lazo—. Córtalo, cariño. El regalo es de papá. ¿Estás emocionada?

—¡Muchísimo! —le aseguró ella cortando el lazo.

Cuando sacó el papel de regalo de la caja, escuchó un susurro tras ella y miró a su alrededor.

—¿Qué has dicho, papi?

Hank Walker la miró sorprendido.

—¿Yo? Nada, cariño. ¡Abre tu regalo de una vez! ¡Quiero saber si te gusta!

—Bueno, Hank, no sé... —dijo mamá, con la boca todavía llena de pastel.

—¡Maldita sea, Norma, ya he dicho que no vamos a discutir más, caray!

Mamá se tragó el pastel, levantando el índice a modo de advertencia.

—No hables así, Hank, y menos delante de la niña.

—Cierto, cierto —dijo él mansamente—. Perdona.

Lucy pensó que su padre estaba susurrando algo de nuevo, pero no le hizo caso. Sentía demasiado curiosidad por saber lo que había en el paquete de papá. ¿El nuevo coche deportivo para su Barbie? No, la caja era demasiado grande para eso. Y no podía ser una guitarra, porque era demasiado estrecha y demasiado larga para eso.

Después de quitarle los últimos trozos del papel de regalo, se encontró frente a una caja blanca rectangular. En la parte superior de la caja pudo ver a Davey, el saltamontes, al que ya conocía por los anuncios de la tele. Davey parecía saludarla y disponerse a saltar sobre unas letras que indicaban cuál era el contenido de aquella caja: *My First Rifle*. ¡*Mi Primer Rifle!* También ponía que se trataba de un producto

original de Estados Unidos, y algo más abajo podía leerse en letras mayúsculas: NO SE TRATA DE UN JUGUETE.

—Venga, échale un vistazo —le espetó papá, que no podía aguantarse más las ganas de ver el arma.

Lucy levantó la tapa de la caja y sacó el rifle. Pesaba un montón; casi tanto como los rifles de papá. Con curiosidad, lo sacó del envoltorio de plástico. Apenas podía creer lo que estaba viendo.

—¡Guau!

—¿Te gusta? —preguntó Hank Walker, con una sonrisa de oreja a oreja.

A excepción del gatillo, su primer rifle también era... ¡rosa! Y como si eso no fuera lo suficientemente genial, se trataba de una edición especial de Hello Kitty con una pegatina blanca de la gatita en el cañón. Solo los dos paquetes de municiones eran verdes; pero el verde estaba bien.

Con el rifle en sus brazos, miró a sus padres. Papá sonreía con orgullo, y mamá masticaba el pastel con un cierto aire avergonzado.

—Diría que estoy viendo a alguien muy feliz —dijo papá, mirándola a ella y luego a su esposa—, y no me refiero a mamá, precisamente, porque ella considera que eres muy pequeña para tener tu propio rifle, aunque yo piense lo contrario. Ya no eres una niña, y vives en un país libre por el que todos luchamos duro.

—Aun así, me parece peligroso —apuntó mamá, acompañando el pastel con un sorbo de café—. En la tele no dejan de advertirnos de los peligros de estos juguetes...

—¡Vaya chorrada! —le espetó Hank—. ¡No son más que gilipolleces de demócratas idiotas! Coñitos suaves que se esconden detrás de alguna teoría estúpida y cobarde. Pero cuando estemos con problemas, ¿quién arriesgará su culo por ellos? ¡Nosotros!

—¡Hank, por favor! ¡Delante de la niña, no!

—Es verdad —dijo un poco más tranquilo, y luego señaló hacia la ventana—. El mundo de allá afuera es peligroso, y una verdadera niña americana debe ser capaz de defenderse. En estos días, nunca es demasiado pronto para aprender a defenderse uno mismo y a su país. Estos jod... estos hipócritas demócratas llevarán a nuestra gran nación a la ruina si no hacemos nada por evitarlo.

—Es posible que tengas razón, Hank —dijo mamá, tratando de intervenir, y Lucy la vio toqueteando su servilleta—. Pero nuestra hija

solo tiene ocho años.

Papá suspiró, enfadado.

—¿Vas a empezar de nuevo?

—Yo solo digo...

—Poseer un arma es su derecho constitucional —la interrumpió él—. ¡Todo estadounidense tiene este derecho, querida! Y desde hace un tiempo es más que un derecho: ¡es una necesidad! Lo es para nosotros, que somos buenos ciudadanos y cristianos, y más ahora que nuestra fe y nuestra libertad están amenazadas por todo tipo de chiflados.

Mamá cogió la nueva Biblia de Lucy y la sostuvo como si estuviera haciendo un juramento sobre ella.

—Pero precisamente los cristianos debemos vivir según los mandamientos del Señor y amar a nuestros enemigos —dijo, y Lucy pensó que parecía un poco terca—. Ama a tus enemigos, dice Jesús. Bendice a los que te maldicen y haz bien a los que te odian.

Papá puso los ojos en blanco, dio un puñetazo sobre la mesa y miró a mamá casi con rabia.

—¡Por el amor de Dios, Norma, no puedes hablar en serio! ¿Crees que los rusos o los talibanes desaparecerán solo porque seas amable con ellos? No, como verdaderos creyentes, le debemos algo a Dios. Tenemos que defender su palabra, aunque sea con las armas. Como dice el pastor Jones: el diablo camina sobre la tierra y ciega a muchos. Tú mira lo que ha sido de nuestro país: gente blanca honesta sin trabajo, y cada vez más personas de esas enfermas, antinaturales, a las que incluso se les permite casarse y adoptar niños. ¡Si hasta tenemos a un negro gobernando el país! ¡Esta no puede ser la voluntad de Dios, te lo aseguro!

Miró a Lucy, que seguía sentada en la sillita decorada, sosteniendo su rifle mientras escuchaba la conversación.

—¿Qué te enseñó el pastor Jones en catequesis, cariño? ¿De qué color es la piel de Dios?

—Blanco —dijo Lucy.

Papá asintió con satisfacción.

—¿Y cómo lo sabemos?

—Porque Jesús era blanco, y Él era su hijo.

—¿Y qué es seguro que no era?

—Un negro —dijo Lucy—. Eso fue lo que dijo el pastor Jones.

—Cierto —respondió papá, asintiendo con la cabeza mientras se volvía hacia su esposa—. Ya lo ves. Nuestra hija sabe cuanto necesita, y ya tiene edad para entregarse a su deber patriótico. Quién sabe, tal vez nuestro cielito acabe alistándose en el ejército algún día. Tu abuelo estaría orgulloso de ti, cariño.

—¡Hank! ¡Ya basta!

Mamá volvió a mirarlo con severidad, pero solo brevemente, porque ahora puso un segundo pedazo de pastel en el plato.

—Lo que quiero decir es que el Señor no nos habría dado armas si hubiera estado en contra de que las usáramos —explicó Hank Walker—. Si Jesús entrara hoy por nuestra puerta y nos dijera que debíamos tirar nuestras armas, lo haría sin dudar, créeme. Pero no lo hará. ¿Y por qué no, cariño?

Volvió a mirar a Lucy, y esta volvió a citar al pastor.

—Porque Dios está del lado de los que se defienden.

—Buena chica. —Hank se arrodilló frente a su hija con una gran sonrisa en la cara, y le señaló su nuevo rifle de Hello Kitty—. Cuando te hayas acabado el pastel saldremos al patio y podrás probar a tu nuevo bebé. No podrás preparar una barbacoa con lo que caces con él, como Ted Cruz, pero si practicas con diligencia, pronto tendrás tus recompensas.

Lucy asintió, aunque ahora solo lo escuchaba a medias.

Ahí estaban de nuevo esas extrañas voces. No sabía de dónde le llegaban. ¿O tal vez solo estaban en su cabeza?

En cualquier caso, resultaban de lo más inquietante. Eran casi como las voces de los niños con los que había soñado la noche anterior.

Inclinó levemente la cabeza hacia un lado y escuchó con atención.

Sí, las voces venían de arriba. Como del techo.

Su padre le dijo algo, y su madre pareció hablar también con ella, pero no les prestó atención. Ahora ella podía oír las voces un poco mejor.

Había muchas, muchísimas, y todas hablaban con ella. Solo con ella.

—¡Ya basta!

Laura Schrader levantó las manos y se tapó los oídos con ellas. Apretó fuerte los labios y entornó los ojos. Le temblaban las rodillas, y si no se hubiese apoyado previamente contra la pared, ahora se habría desplomado.

«Una niña adulta, frágil y asustada», pensó Robert. Estaba a punto de ponerse en pie para ayudarla cuando Laura empezó a dar patadas en el suelo.

—¡Ya basta! ¡Basta, basta, basta!

—¿Señorita Schrader? ¡Señorita Schrader!

Ella abrió los ojos y parpadeó, como si acabara de despertarse de un sueño. Luego, lanzó una mirada angustiada a la esquina desde donde la cámara con el puntito rojo encendido la observaba atentamente, constantemente, y luego a Robert.

—Lo siento. ¿Acabo de... he gritado?

Robert asintió.

Ella suspiró profundamente y se pasó las manos por el pelo, para apartárselo de la cara.

—Es que es tan... intenso. Todas las veces.

—No pasa nada —dijo Robert, y señalando su silla añadió—: ¿No quieres sentarte de nuevo? Pareces agotada.

—Sí, gracias, mucho mejor. —Regresó a la mesa con pasos vacilantes y se dejó caer en la silla—. Debe de pensar que estoy como una cabra, ¿verdad?

Robert no contestó enseguida. Después de lo que acababa de ver, se preguntaba si Laura estaba sufriendo realmente alucinaciones, o si todo ese teatro le servía para compensar el trauma que acababa de vivir. Como un grito de ayuda para obtener una atención sin restricciones. Las personas que han sufrido un trauma severo a menudo muestran los comportamientos más peculiares.

—Estoy absolutamente convencido de que no estás loca, Laura —dijo finalmente—. De lo contrario, ahora no podríamos estar hablando de un modo tan racional. Estoy aquí para hacerme una idea objetiva de ti y de lo que estás contándome. Solo quiero entenderte.

Ella asintió, pero sus ojos mostraron escepticismo.

—Me gustaría saber de dónde provienen tus..., bueno, vamos a llamarlas tus visiones —continuó Robert—. ¿Cuál crees que es la razón por la que tú puedes ver cosas que yo no puedo ver, por ejemplo?

Laura Schrader se miró la barriga, pero mantuvo sus manos sobre la mesa. Eso entraba en absoluta contradicción con lo que le había dicho antes: que se había acostumbrado a acariciarse la barriga, casi inconscientemente. Ahora, en cambio, le daba la sensación de que tenía un miedo terrible a tocarse el cuerpo.

Cuando volvió a hablar, su voz sonó gélida.

—Creo que el niño me muestra estas cosas. Justo lo que la mujer de la gasolinera trató de decirme. Sé que no me creerás, pero es lo que siento; es la verdad. Hay una conexión especial entre nosotros.

—Por supuesto, entiendo que entre una madre y su futuro hijo se establece un vínculo muy íntimo y especial...

—No me refiero a eso —le interrumpió Laura—. Tienes mentalidad de doctor y piensas que se debe a las hormonas. Pero en lo que se refiere a esa mujer de la gasolinera y a mí..., y quién sabe, puede que también en el caso de muchas otras mujeres..., se trata de algo distinto. Nuestros hijos... hablan con nosotras. *Nos hablan*. Nos hacen ver cosas. Y lo que nos muestran no tiene nada que ver con sus propios sentimientos, sino que son... acontecimientos. De todas partes del mundo.

Robert quiso responderle algo, pero Laura Schrader se le adelantó.

—Sé que debo de parecerte una chiflada, pero puedo describirte con todo lujo de detalles la niña de la que acabo de hablarte: Lucy es rubia y lleva trenzas. Sus ojos son azules, y ella es un poco regordeta... Y tiene una marca de nacimiento. Aquí, aquí mismo —dijo señalando su mejilla.

—Está bien —dijo Robert—. Supongamos que esa niña existe. ¿Cómo iba a saberlo tu hijo?

Laura Schrader le dirigió una mirada que era una mezcla de agotamiento, resignación e impaciencia al tiempo.

—Escucha —dijo con determinación—. Me doy cuenta de que lo que digo va en contra de la física, la química y cualquier intento de explicación. Al principio yo también pensé que se debía a las hormonas o al estrés, y que estaba inventándomelo todo, pero entonces sucedió algo que me dio a entender todo lo contrario. Algo que tuvo lugar justo después de llegar a la casa del lago. —Miró a Robert, casi suplicante—. Desde entonces, sé que lo que oigo y veo no es fruto de mi imaginación.

Cuando llegaron a la casa junto al lago, Laura tuvo la sensación de que habían pasado más de tres años desde la última vez que estuvieron allí. Ahora que una «reunión familiar» ya solo era reunir a Su, a Mia y a ella misma, aquel lugar le parecía un lugar al mismo tiempo extraño y familiar.

«Precisamente por esto ha sido una buena decisión volver aquí de una vez por todas», pensó. «Solo aquí podremos comenzar realmente de nuevo».

Condujo el coche por el camino de entrada al cobertizo. Luego, apagó el motor y miró a Su y a Mia.

—Hecho —dijo sonriéndoles—. Última parada. Por favor, abandonen el vehículo.

Su solo logró esbozar una débil sonrisa, y luego volvió a mirar, con expresión seria, por la ventana. Y Mia, que también se había despertado, se limitó a mirarla inexpresivamente.

Vale, tal vez no hubiera sido tan buena idea llevárselas a los dos consigo. Si las cosas seguían así, la vida podría convertirse en algo bastante complejo durante los próximos días.

En cualquier caso, Laura decidió aprovechar al máximo su tiempo en aquella casa.

Abrió la puerta, salió y se llevó las manos a las caderas. Le dolía la espalda por el largo viaje, y estaba contenta de haber llegado.

Qué silencioso era aquel lugar. A menudo lo recordaba, pero experimentarlo nuevamente resultaba abrumador. Ni tráfico ni civilización; más allá del leve tic del enfriamiento del motor, lo único que se oía era el canto de los pájaros, el chapoteo del agua del lago y los suaves crujidos del bosque.

Desde el embarcadero les llegó un viento fresco y agradable que olía como si estuviera especiado; como a agua fría, algas y follaje mohoso. Un olor gris plateado, por utilizar la sinestesia de la que siempre echaba mano su padre. Ahora, ella también sentía ganas de utilizarla.

La casa estaba igual que siempre. A los marcos de las ventanas blancas y las paredes de color marrón rojizo les vendría bien una nueva capa de pintura, y el techo tenía moho en ciertas zonas, pero eso también pasaba, sin duda, cuando su madre aún estaba viva.

En una ocasión su padre le había contado que se fijó en aquella casa porque la foto que tenían en el folleto de la inmobiliaria le había hecho pensar en Escandinavia: la cordillera que quedaba al este, el lago, los bosques adyacentes, que parecían extenderse interminablemente hacia el oeste y hacia el sur, y los dorados maizales, al norte, que llegaban hasta el pueblo, le hacían parecer realmente como un paisaje de los fiordos.

La casa no era muy grande. Tenía una cocina muy acogedora, una habitación más bien pequeña, un baño en la planta baja y tres dormitorios en el primer piso. También tenía una pequeña buhardilla en la que, al menos en las noches de verano, podía escucharse el correteo de los ratones de un lado a otro, y una leñera que era a la vez un garaje y un almacén para la leña y las herramientas de jardín. Detrás de la casa había una zona arenosa en la que aún podían verse los postes del antiguo tendedero. En su día, su madre solía colgar ahí los trajes de baño y había advertido a sus hijas que tuvieran cuidado con los hierros si correteaban por aquella zona.

Ahora ya no quedaban cuerdas y los postes estaban oxidados.

Su buscó la llave en su bolso, pero no fue hacia la puerta. En lugar de eso, se la tendió a Laura.

—¿Te importaría...? —dijo vacilante—. Ya sé que es una tontería, pero no quiero ser la primera en entrar.

—Claro —dijo Laura cogiendo la llave.

«Demasiados recuerdos», pensó, consciente de que ella se sentía igual que su hermana.

La última vez que estuvieron en la casa fue poco después de la muerte de su madre. Después de aquello, ambas se habían mostrado reacias a entrar. Era como si temieran destruir las últimas huellas de su progenitora. En aquella última ocasión, Su no había tocado nada, ni siquiera se había sentado en el banco de la esquina de la cocina.

Sus últimas vacaciones juntas fueron unos años más atrás. Mia debía de tener unos tres o cuatro años. Se habían bañado en el lago, habían paseado juntas por el bosque, y habían hecho una barbacoa junto al lago, mientras la pequeña Mia, con sus brillantes alas de hada roja, se quedaba de pie cerca de él, arrojando piedrecitas al agua.

Sí, en aquella ocasión estaban todos: los orgullosos abuelos con sus hijas, su yerno y su alocada nieta. ¿Cómo podían haber intuido lo que les tenía preparado el futuro?

Entraron en la casa y se alegraron al ver que había sido aireada recientemente, y que incluso le habían quitado el polvo.

—Bernhard es un amor —dijo Laura. Hasta había llenado el cesto de la leña, junto a la chimenea.

Su asintió, y su rostro se relajó un poco.

—Sí, se puso muy contento cuando lo llamé esta mañana. Le dije que no se preocupara por hacer nada, pero no quiso escucharme. Me dijo que vendrá a visitarnos en los próximos días.

—Mientras un hombre pueda caminar erguido, podrá seguir trabajando.

Laura imitó la voz del anciano que se había ocupado de la casa desde su infancia, y ambas se rieron al recordarlo.

—¿Sabes lo que creo? —dijo ella—. Pienso que estaba enamorado de nuestra madre, y que por eso sigue viniendo.

Su la miró dubitativa.

—¿De verdad lo piensas? ¡Pero si él era mucho más viejo que ella!

—¿Y qué? ¿Desde cuándo es eso un obstáculo?

—No creerás que ellos...

—No, no —dijo Laura con firmeza—. Si por él fuera, tal vez, pero para mamá solo existía un hombre.

Mia entró por la puerta arrastrando su pequeña maleta. Se detuvo en la cocina y miró a las dos hermanas con ojos inexpresivos.

—Bueno, cariño —dijo Su, tratando de dotar a su voz de un punto de entusiasmo—. ¿Te alegras de que hayamos vuelto?

Como Mia no respondió, Su miró a Laura.

—¿Qué opinas, hermanita, te apetecería dar un paseo primero, antes de deshacer las maletas? Yo creo que podría estar bien. Para todos. Para aclimatarnos a esto, después de todo este tiempo...

Laura la entendió de inmediato. La preocupación por Mia y el regreso a la casa eran demasiado para ella, y necesitaba un poco de tiempo.

—Buena idea. Después del viaje me sentará bien un poco de movimiento.

Así que salieron a caminar por la orilla del lago, disfrutando del silencio de la naturaleza y de la belleza de la tarde otoñal. Incluso Mia, que caminaba entre ellas, dejó de parecer tan rígida al cabo de un rato, aunque no abrió la boca ni mostró la más mínima emoción. Solo una vez, cuando descubrieron un hormiguero en un claro del bosque, se detuvo con interés. Mia observó a los laboriosos animalitos, y por un momento Laura creyó reconocer el leve indicio de una sonrisa en las comisuras de sus labios.

Cuando por fin regresaron a la casa, el sol ya había empezado a ponerse. Al llegar a la cocina, Su hizo la pregunta que siempre les hacía su madre cuando volvían de pasear.

—¿Tenéis hambre?

En lugar de responder, Mia fue al banco de la esquina y se sentó. Luego, empezó a balancear sus piernas y se quedó mirando los zapatos.

Laura miró primero a Mia y luego a Su, y entonces dio una palmada.

—Chicas, ¿qué os parece si nos repartimos el trabajo? Mia y yo deshacemos las maletas y encendemos la chimenea, y la jefa de cocina se va a comprar algo y nos prepara la cena. ¿Qué me decís? ¿Os parece bien?

—Muy bien —dijo Su, mirando a Laura con gratitud—. ¿Te había dicho que te quiero, hermanita?

—Puede ser, pero me gusta que me lo repitas. Y ahora márchate de una vez. Si mal no recuerdo, la tienda cierra a las seis.

—¡Oh, Dios! ¿De verdad es ya tan tarde? —Su arqueó las cejas y miró su reloj—. ¡Pues sí lo es! ¿Y puedo dejaros aquí solas?

—¡Claro que sí! Mia y yo nos montaremos una fiesta salvaje en tu ausencia, así que o nos traes patatas fritas o no te dejaremos entrar nunca más.

Laura lanzó la llave a Su. Ella la cogió y sonrió, y luego se fue.

Después de encender la chimenea, Laura regresó con Mia a la cocina y se sentó a su lado en el banco de la esquina.

—Tenemos tres dormitorios en el piso de arriba para elegir —dijo—. Hay uno que incluso tiene una cama con dosel, ¿te acuerdas? Allí dormían tus abuelos. ¿Has pensado dónde te gustaría dormir?

No esperaba una respuesta, porque Mia —que seguía mirando cómo se balanceaban sus piernas— ni siquiera parecía haberse percatado de su presencia. Pero entonces reaccionó. Negó con la cabeza.

«Guau, esto sí que es un progreso», pensó Laura.

—¿Quieres la habitación de la cama con dosel?

Tardó un tiempo en reaccionar, pero al fin lo hizo, encogiéndose de hombros con indiferencia.

—Creo que sería una habitación estupenda para vosotras dos. Allí tendréis mucho espacio. Es el dormitorio más grande.

Entonces se le ocurrió una idea y volvió a la sala de estar. Efectivamente, el viejo televisor todavía estaba allí.

—Mia, cariño, ¿quieres ver la tele conmigo?

No le llegó ninguna respuesta de la cocina, pero si encontraba un programa adecuado, quizá la niña podría acercarse a ella.

Se arrodilló frente a la tele y la encendió. El aparato cobró vida con un zumbido. La imagen parpadeaba ligeramente, y los colores parecían un poco apagados, pero funcionaba.

Laura cogió el mando a distancia, que estaba en el armario junto a una revista que hablaba de los programas de televisión de hacía al menos tres años, y lo apretó. Nada. Por supuesto, las pilas se habían agotado hacía tiempo.

Mientras buscaba el interruptor para seleccionar el canal que quería ver, oyó al presentador del telediario informando sobre otro ataque terrorista que se había producido en una ciudad iraquí. Muchos muertos e infinidad de heridos.

Definitivamente, no era un programa adecuado para niños.

Por fin encontró el interruptor, escondido detrás de una pequeña rendija. Estaba a punto de presionarlo para cambiar de canal cuando apareció una cara en la pantalla.

Laura se quedó petrificada. No podía dar crédito a lo que estaba viendo.

Cuando Su llegó al pueblo, ya había anochecido. La enorme cordillera hacía sombra a la última luz del día, y las farolas ya estaban encendidas. La temporada oscura del año empezaba a abrirse paso, y pronto los días en esta zona empezarían a ser particularmente cortos. No es de extrañar que hubiera tan poca gente que viviera allí todo el año.

Pero las cosas no siempre fueron así. El pueblo tenía una larga historia como asentamiento minero. Hasta principios del siglo anterior, la región había sido una gran fuente de extracción de cobre.

Su padre solía contarles historias sobre la compañía minera y el modo en que había atraído a numerosas familias a la zona. De pequeñas, a Su y a Laura les costaba imaginar que en épocas anteriores los niños tuvieran que trabajar en los túneles. Su padre les explicó que las familias eran muy pobres y necesitaban todos los ingresos adicionales que pudieran conseguir, aunque las compañías que comerciaban con el cobre apenas pagaran nada a los niños.

—Los empresarios, en cambio, solían obtener grandes beneficios con ellos —les había dicho—, porque los más pequeños podían colarse y arrastrarse por las grietas más angostas, y no era necesario cavar galerías tan altas para ellos, lo cual resultaba realmente rentable.

Cuando el 20 de febrero de 1903 se produjo un accidente que mató a diecinueve niños de entre trece y dieciséis años, la actividad minera de la región sufrió un duro mazazo, y los comerciantes dejaron de invertir. No fue hasta la década de los setenta cuando se hicieron algunos intentos para recuperar la minería del cobre, aunque, por razones económicas, pronto volvieron a congelarse los proyectos.

Unos diez años más tarde, la industria turística descubrió aquella idílica zona montañosa, y poco después se instaló en ella el negocio de la relajación. En los meses de verano, cuando los turistas acudían en masa al pequeño pueblo formado por ordenadas casas de entramado de madera, el número de habitantes se triplicaba. Después llegaron las residencias y el único hotel, que ofrecía unas vistas imponentes del lago y de la cordillera montañosa. «Hasta los armarios para los artículos de limpieza tenían buenas vistas», les decía siempre su padre.

Pero aquella noche el centro del pueblo parecía más bien el telón de fondo de la ciudad fantasma de un viejo wéstern. Las pensiones estaban cerradas, al igual que el hotel, y las segundas residencias de algunos urbanitas acomodados daban una sensación de abandono. Las contraventanas estaban cerradas con llave y lo mismo sucedía con las puertas de hierro fundido que

daban a los jardines, con sus correspondientes carteles de *Prohibida la entrada*, y sus cámaras de seguridad y sistemas de alarma.

Solo de vez en cuando podía verse a alguna persona en la calle o en los jardines. Muchas de las tiendecitas, *boutiques* y tiendas de *souvenirs* habían colgado carteles en los escaparates para indicar que permanecerían cerrados hasta el comienzo de la temporada, en la próxima primavera.

Su condujo hasta la plaza del pueblo y aparcó justo frente al pequeño supermercado. Por fortuna, todavía estaba abierto.

Salió del coche y observó la bonita casa con entramado de madera en la que antes había habido una papelería. A ella siempre le había gustado acompañar a su padre, que solía comprar allí el diario y unos cigarrillos, porque siempre le regalaba alguna golosina.

La papelería ya no existía. Había sido sustituida por un edificio residencial que parecía recién renovado. En el jardín delantero, a la luz de las farolas, Su vio a un hombre rastrillando hojas secas. Junto a él, dos niños jugaban con la tierra. Parecían gemelos, pensó Su, y los saludó con la cabeza. El hombre le devolvió el saludo. Los niños se limitaron a mirarla.

Cuando entró en el supermercado, los altavoces le regalaron la típica música de fondo que proponía alguna emisora de radio. Un murmullo de voces le dio a entender que no era la única clienta del local.

Cogió un carrito de la compra, se hizo con unos espaguetis y una salsa precocinada (ya enseñaría a cocinar a su hermana otro día, decidió) y metió también algunas cosas para el desayuno. Tuvo suerte, pues encontró hasta los cereales favoritos de Mia. En la zona de frutas y verduras cogió una bolsa de patatas y una lechuga, y luego buscó los ingredientes para preparar un pastel de carne.

El mostrador de la carnicería ya estaba cerrado. Vio a una jovencita delgada y rubia limpiando la plancha de acero inoxidable, de modo que empujó su carrito hasta la zona de congelados y se hizo con un paquete de carne picada.

Estaba echándole un vistazo a la fecha de caducidad cuando se fijó en otros dos niños. El pequeño tendría la edad de Mia y la mayor, uno o dos años más. Los dos eran tan parecidos que no tuvo ninguna duda de que eran hermanos. Eran tan rubios como la chica del mostrador de la carne, y a la luz de los halógenos su pelo parecía casi blanco.

Los dos estaban recogiendo los periódicos y revistas de su correspondiente estantería y colocándolos en una canasta de plástico grande. Hablaban susurrando, y el chico no dejaba de mirar a Su.

La niña, sin embargo, solo parecía tener ojos para los periódicos. Era como si quisiera memorizar las palabras de cada uno de los titulares:

FALLO EN UNA CENTRAL NUCLEAR: EL TRITIO SE FILTRA EN EL
RÍO

EL SECUESTRADEOR DE UN AVIÓN MUERE A TIROS —TAMBIÉN
FALLECE UN REHÉN

UN TRANSEÚNTE DECAPITA A UN NIÑO DE CUATRO AÑOS EN
TAIWÁN

La visión de esos titulares en las manos de la pequeña hizo que Su sintiera una presión incómoda en el pecho. No pudo evitar pensar en el viejo del parque, y en cómo había levantado su periódico.

«El mundo entero se ha vuelto loco. Vivimos en un manicomio».

Solo entonces se dio cuenta de que la niña lloraba en silencio. No sollozaba, no emitía ningún sonido, pero sus lagrimones brillaban con claridad bajo los halógenos del techo.

Su dejó caer el paquete de carne en su carrito y se acercó a los niños.

—Hola, chicos. ¿Estáis bien?

La niña arrojó el periódico a la canasta, junto a los demás, se frotó los ojos con los puños y miró al suelo, avergonzada. Su hermanito, en cambio, lanzó a Su una mirada tan enfadada que ella no pudo evitar dar un paso atrás.

—Perdonad, no quería entrometerme. Solo pensé...

—¿Qué sucede? —preguntó una voz a sus espaldas. Era la chica de la carnicería. Aún llevaba puestos sus guantes de goma, que ahora estaban mojados, y un largo mechón de pelo rubio se escapó hacia su cara pecosa—. ¿Puedo ayudarla? Estamos a punto de cerrar —añadió.

—Sí..., es decir, no —tartamudeó Su—. Ya tengo todo lo que necesito. Es solo que..., bueno, vi a la niña llorando y...

En ese momento se oyó un portazo fortísimo detrás de ella, y Su se dio la vuelta, alarmada. Un hombre muy delgado, con el pelo corto y rubio, avanzó hacia ellas pasando junto a la caja registradora. Se detuvo unos segundos, y entonces le sonrió alegremente.

—¡No me lo puedo creer! ¿Susann? ¿Susann Schrader?

Su miró al hombre, pero no pudo ubicarlo en su memoria. ¿De qué la conocía?

—Ya no me recuerdas, ¿verdad? —le dijo él con un guiño.

—Me temo que no, lo siento.

—Soy Boris. Boris Schumann. Esta tienda había sido de mi padre. Lamentablemente, el viejo ya no está con nosotros; de lo contrario, estaría feliz de volver a verte, después de tantos años. ¡Ha pasado una eternidad!

Ahora empezaba a recordar. ¡No lo habría reconocido en la vida, ciertamente, porque había cambiado un montón! Boris había sido un niño bastante regordete, con la cara de pan de kilo y las orejas algo salidas. Siempre las miraba, a Laura y a ella, pero nunca les decía nada. Obviamente no quedaba mucho de su antigua timidez.

—Sí, una eternidad —siguió diciendo Boris, y su expresión se ensombreció ligeramente—. Lamento muchísimo lo que le pasó a tu madre. Esa maldita curva... Si no le prestas toda la atención se convierte en una asesina. Pero dime, ¿cómo está tu hermana?

—Bien. Hemos venido juntas de vacaciones.

—¿Cómo? ¿Las dos?

—Sí, y mi hija.

—¡Pues esto hay que celebrarlo! Venid a visitarnos un día. Os presentaré a mi mujer, que prepara unas escalopas deliciosas. Y..., bueno, veo que a mis hijos ya los has conocido. Los tres me ayudan en la tienda. —Señaló al niño y a la niña—. Ellos son Thilo y Edda, y la mayor se llama Ute. Solo tiene dieciséis años, pero parece mayor, ¿verdad? Si no fuera por ellos, tendría que cerrar...

Ute hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, con una cortesía algo reservada, y volvió a sus trabajos de limpieza. Su tuvo la sensación de que tenía prisa por alejarse de allí.

Por un momento se preguntó si debía decir a Boris que había visto a la pequeña Edda llorando. Su instinto maternal le aconsejaba que lo hiciera, pero hubo algo, algo que no pudo explicar lo que era, que la llevó a mantenerse callada.

Boris Schumann cogió el último paquete de periódicos de la estantería y le dijo:

—Bueno, lo dicho, me encantaría que vinierais a visitarnos. Podría estar bien, ¿no? Tu hija podría jugar con los míos, y nosotros podríamos hablar de los viejos tiempos como si fuéramos unos perfectos ancianos. Al fin y al cabo, todo era mejor en nuestra época, ¿verdad? En cambio ahora... —Con una expresión de disgusto, cogió una pila de periódicos y la arrojó junto a las demás en la canasta—. Uno tiene la sensación de que todo se irá pronto al garete. Lo único que podemos hacer al respecto es votar de una vez por todas

al partido correcto. Necesitamos políticos que restablezcan la ley y el orden en el país.

—Bueno, ahora tengo que irme —dijo Su, mirando su reloj—. Ya es tarde, y Laura y mi hija estarán muertas de hambre. Hemos llegado hoy mismo...

—Entonces veré si la caja aún está ocupada —dijo Boris Schumann, riéndose en voz alta de su propio chiste—. Pero no olvides la escalopa de Sabine. Verdadera cocina casera alemana. Después de probarla, ya no querrás comer nada más, ¡créeme!

Mientras pagaba, Su le prometió que volverían a visitarlos y luego salió corriendo de allí.

Luego, con las compras ya en el maletero, miró a su alrededor. Tanto el hombre con el rastrillo como los gemelos habían desaparecido. No se veía ni un alma en todo el pueblo. Ni siquiera pasaban coches, y, sin embargo, Su tuvo la sensación de que alguien la estaba observando.

«Qué extraño».

Se dio la vuelta para mirar el supermercado. La casa de los Schumann estaba justo en el piso de encima. En una de las ventanas reconoció a dos figuras pequeñas: Thilo y Edda. Los dos la estaban mirando.

Su los saludó con la mano, pero los niños no respondieron. Se limitaron a quedarse allí, inmóviles, observado cómo ella subía finalmente a su coche y salía del aparcamiento.

Laura no lograba entender lo que estaba pasando. La imagen parpadeante del antiguo televisor mostraba a un hombre que ella conocía. Era él, no tenía ninguna duda. Pero aun así no podía ser cierto..., porque ella lo había visto antes en uno de sus *sueños*. Y de pronto su imagen era *real*.

Sí, aquel era sin lugar a dudas el hombre de su pesadilla. Se habría apostado lo que fuera.

Y de pronto tenía un nombre. Dieter Haddenbach, director de una conocida empresa textil alemana y embajador de una organización benéfica de ayuda a la infancia. Había colaborado en infinidad de proyectos a favor de los niños, especialmente de aquellos que se habían convertido en víctimas de la explotación sexual, y había recibido un prestigioso premio por eso.

Laura se quedó mirando la pantalla. Sintió que la sangre no le llegaba a las mejillas. Sintió que se le revolvía el estómago, le entraron ganas de vomitar y se tapó la boca con una mano.

Era como si estuviera soñando de nuevo, aunque por supuesto no era así. Joder, no podía ni pensar con claridad. Esa chica... ¿Cómo se llamaba? Sí, sí,

su nombre era Kannitha.

Tuvo que hacer un esfuerzo para enterarse de lo que decía la noticia. Haddenbach había sido encontrado muerto en la habitación del hotel en el que se alojaba. Asesinado.

El periodista no dio más detalles sobre el crimen, pero Laura sabía exactamente cómo había sucedido todo. Alguien le había partido el cráneo a Haddenbach con un cuenco de cobre. Uno para la fruta fresca. Un obsequio para los clientes habituales de aquel hotel. Un cuenco que había sobre el escritorio, junto a la ventana de cortinas multicolores, que, según su sueño, acabaron salpicadas de sangre.

El periodista explicó que el hotel se hallaba en la capital de Camboya, Phnom Penh, y añadió que por ahora se desconocía tanto la identidad del agresor (o agresores) como el motivo de su ataque. Hasta el momento, solo se había confirmado que había aparecido otro muerto en el patio trasero del hotel: este segundo cuerpo pertenecía a otro hombre, probablemente nativo, y había sido brutalmente apaleado. Debido al estado en el que había quedado su cuerpo parecía que iba a resultar imposible identificarlo, pero la policía suponía que los autores eran responsables de ambos asesinatos.

Laura apagó el televisor. Se puso en cuclillas en el suelo por un momento, mirando fijamente la pantalla, ahora oscura.

«¿Cómo es posible?», se dijo una y otra vez. «¿Cómo demonios es posible?».

Laura Schrader sostuvo la mirada de Robert.

—No me mires así. Sucedió como te estoy diciendo. Nunca antes había visto a ese hombre. Nunca. Solo lo conocía del sueño. Mostraron su foto en la televisión, una foto en la que aún aparecía vivo. Pero en el sueño yo vi su cadáver. Nunca olvidaré esa imagen, créeme. Le habían dado una paliza terrorífica. Había sangre por todos lados...

Ella se sacudió como si de ese modo fuera a poder sacarse la terrible imagen de su cabeza. Una imagen que, en opinión de Robert, solo podía ser una invención o la combinación de ciertos hechos reales con la fantasía exagerada de una persona mentalmente inestable.

Estaba acostumbrado a tratar con casos así. Algunos de sus clientes le habían contado historias tan creíbles que le había costado una barbaridad llegar a la verdad. Tal fue el caso, por ejemplo, del hombre que afirmó haber empujado a su esposa por las escaleras. Al final resultó que ella había sufrido un ataque al corazón en el peldaño superior y en ese momento él estaba en un viaje de negocios. El tipo se había declarado culpable de la muerte de su

esposa y se había aferrado a su confesión porque se sentía culpable de no haber estado a su lado cuando ella lo necesitaba.

Quizá aquí se tratara de lo mismo. Quizá Laura Schrader se culpara por la muerte de su sobrina, y es posible que también de la de su hermana, pues resultaba que el cuerpo de Susann Landers seguía sin aparecer.

Solo había una cosa que no encajaba, y era la desaparición, también, de Patrick Landers y de los ciento sesenta y tres habitantes del pueblo. No podía imaginar que Laura Schrader se culpara a sí misma de todos.

—Ya veo que no me crees —dijo, echándose hacia atrás con un suspiro decepcionado—, pero te juro que no me estoy inventando nada. Podría darte un millón de detalles. Cosas que *no mostraron* en televisión. La habitación, por ejemplo. La cama. El dibujo de las sábanas. La colcha. Que las cortinas estaban corridas y el estampado era de pájaros. Pájaros de mil colores y con plumas largas en la cola. Que el frutero tenía naranjas, plátanos y unos frutos rojos con una cáscara como con espinas. Que uno de ellos estaba partido por la mitad, y que su pulpa era blanca con pepitas negras y me hizo pensar en el helado de *stracciatella*.

—¿Te refieres a las pitahayas? ¿La fruta del dragón?

—Por el amor de Dios, ¿y yo qué sé cómo se llaman esas cosas? Solo te lo cuento para que entiendas que realmente las vi. En los últimos días he visto tantas cosas horribles... y todas relacionadas con niños: niños que viven en un gran basurero y mueren miserablemente. Niños que son obligados a asistir, e incluso a formar parte, de ejecuciones y decapitaciones. Fábricas en las que las niñas cosen y tejen, con sus manitas ya destrozadas, como de ancianas. Niños muertos de hambre, con las barrigas hinchadas...

—Es decir, que ves las injusticias del mundo —dijo Robert a modo de resumen—. ¿Crees que tu embarazo te ha vuelto más sensible? ¿Que piensas en estos niños porque piensas en tu propio hijo?

Ella se dejó caer en su silla, respiró hondo y lo miró. Se quedó meditando unos segundos.

—Es posible que esa sea una razón —dijo ella, recuperando aparentemente la compostura—. Pero hay más. No es solo que piense en ellos. Es como si de algún modo estuviera sintiendo, *experimentando*, el horror por el que están pasando esos niños. Siento su miseria como si fuera la mía. Accedo a sus recuerdos como si fueran los míos.

—Pero no son tus recuerdos —dijo Robert.

—No, por supuesto que no —respondió Laura en voz baja, mirándose la barriga—. Todo me llega por él. El bebé me muestra todas estas cosas. Me

habla. Justo como dijo la mujer de la gasolinera. No me extraña que la pobre perdiera el juicio. Esto es insoportable.

Una vez más, Robert pensó en el informe que le había mostrado Bennell. En lo que había sucedido con Linda y Steffen Hoffmann. Tuvo que ocurrir precisamente la noche en la que Laura Schrader y su hermana llegaron a la casa del lago. Unas horas después de que Susann Schrader hiciera sus compras y cenara con su hermana y su hija.

Steffen Hoffmann cerró la gasolinera puntualmente, a las diez. Hizo el arqueo y cierre de caja, y guardó los ingresos de aquel día en la caja fuerte. Después de apagar todas las luces, se dirigió a la puerta de cristal. Allí se quedó un rato mirando la noche, como hacía siempre.

Hasta hacía ocho meses, aquel había sido el momento para fumarse el cigarro con el que celebraba el fin de la jornada laboral. Cuando Linda, radiante de felicidad, le dijo que iban a ser padres, él dejó de fumar (por el niño, por ella y, por supuesto, por sí mismo), pero mantuvo esos momentos nocturnos de silencio y paz. Eran sus cinco minutos.

Más allá de la carretera, una luna casi llena brillaba en el cielo, arrojando su luz plateada sobre el suelo de alquitrán, en el que los dispensadores de gasolina se alzaban como soldados en acto de servicio.

Había sido un día agotador, y a Steffen le entraron ganas de tomarse una cerveza bien fría. Detrás de él, las neveras zumbaban seductoramente. Le habría encantado acercarse a ellas y sacar una lata. Preferiblemente más de una. Pero desde que Linda se encontraba tan mal, él prefería evitar el alcohol. Necesitaba una mente clara, especialmente ahora. Pronto llegaría el momento y él tendría que llevar a Linda a la sala de partos. ¡A ser posible sobrio!

O tal vez tendría que llevarla a la clínica antes de tiempo. Si las cosas continuaban así, no le quedaría otra opción. Después de todo, no podía cuidarla las veinticuatro horas del día.

Pero esa solo sería la solución de emergencia; la última opción, suponiendo que hubiese agotado las otras y ya no supiera cómo ayudarla.

Tenía tantas ganas de que naciera el niño... Después todo sería mejor, estaba seguro. Las hormonas de Linda recuperarían el equilibrio, y su ansiedad y sus visiones desaparecerían. Al menos eso fue lo que tres médicos distintos le habían asegurado. No se lo habían *prometido* —aquello habría sido pedir demasiado—, pero le habían dicho que era *lo más probable*.

En lugar de un cigarrillo, Steffen se metió un caramelo Fisherman's Friend en la boca y sintió el agradable y fresco cosquilleo en la lengua.

Pensó en el incidente de aquella tarde y dio gracias por la simpatía con la que habían reaccionado las dos mujeres a los delirios de su mujer.

No debía permitir que eso volviera a suceder. Tenía que estar más atento. Era como si Linda no soportara la presencia de otras mujeres embarazadas. Aquello también tendría que ver, probablemente, con sus hormonas.

El caso es que al principio todo fue maravilloso. Estaban tan felices con el embarazo... Es decir, aún lo estaban, por supuesto, pero como Linda empeoraba cada vez más, la alegría se veía nublada. El bebé no tenía ninguna culpa, pero había sido el desencadenante de sus problemas.

Todo empezó cuando Linda estaba en el tercer mes. En un momento dado dijo que el bebé que llevaba en el vientre había empezado a hablarle y que lo que le contaba era terrible y cruel. Luego, llegaron los ataques de ansiedad y el pánico, que habían ido empeorando. Por suerte la temporada turística había terminado, así que él disponía de más tiempo para ocuparse de Linda.

Suspiró y disfrutó del silencio unos segundos más. Luego, decidió ir a casa. Seguramente Linda ya tendría hambre, y él tenía que darle de cenar. Metería algún plato precocinado en el microondas, pero solo si ella estaba despierta. De lo contrario, la dejaría dormir. El sueño era especialmente importante para ella en aquellos momentos.

Cuando entró en el pequeño piso del edificio contiguo, no había ninguna luz encendida. Miró hacia la sala de estar, pero el sofá estaba vacío. La manta que un rato antes había usado para tapar a Linda yacía en el suelo, junto al osito de peluche que ella había comprado ya para el bebé, y que había quedado en una postura extraña, con las patas hacia arriba.

Steffen recogió ambas cosas y las puso sobre el sofá. Echó un vistazo al osito, que llevaba una camiseta roja en la que ponía *Hazme mimitos*, e imaginó a su hijito abrazando al peluche dentro de muy poco tiempo.

Hasta el momento no habían logrado ponerse de acuerdo en el nombre. Steffen había hecho varias sugerencias, pero Linda siempre evitaba el tema. Ya no quería hablar del bebé en absoluto, y cuando lo hacía, sonaba como si estuviera hablando de un objeto, de un cuerpo extraño.

Dio unos golpecitos sobre la cabeza del peluche y fue silenciosamente a la habitación. Con cuidado, asomó la cabeza por la puerta, esperando encontrar a Linda dormida, pero la cama también estaba vacía. De no ser por el peto que estaba sobre la colcha, la cama estaba exactamente igual que aquella mañana, cuando la hizo él.

Linda tenía que estar en el baño. Regresó al pasillo y golpeó suavemente la puerta.

—Cariño, ya estoy de vuelta. ¿Te apetece comer algo?

Silencio.

—¿Estás bien?

Nada.

—¡Cariño, por favor, di algo!

Como no obtuvo respuesta, puso la mano en el pomo. La puerta no estaba cerrada, y tampoco había ninguna luz.

Linda no estaba allí. El piso estaba vacío.

No se habría ido mientras él trabajaba en la gasolinera, ¿no?

La idea lo atravesó como un cuchillo.

Steffen encendió la luz del pasillo a toda velocidad. Los zapatos de Linda estaban todos en el armario, y sus chaquetas también colgaban del vestidor. Además, el peto era el único pantalón que aún le cabía. Dicho de otro modo: si realmente había salido de casa, entonces tenía que haberlo hecho medio desnuda, en bragas.

Pero ¿adónde podría haber huido? ¿A la calle? ¿Al pueblo de al lado? ¿A la carretera del paso de montaña?

Steffen apenas podía pensar con claridad. Había un río no muy lejos de la carretera y, al otro lado, tierras de labranza que se extendían hasta el bosque, que era enorme. ¿Dónde debería buscarla?

Sintió que le flaqueaban las rodillas y tuvo que apoyarse en la pared.

«Oh, Dios, por favor, solo me faltaba esto».

De modo que había llegado el momento. Ya no podía evitar lo inevitable: tenía que informar a la policía.

Se llevó las manos a los bolsillos de sus pantalones, nervioso, solo para darse cuenta de que se había olvidado el móvil en el mostrador de la gasolinera. Pero aún tenían el viejo teléfono fijo sobre el mármol de la cocina.

Mientras avanzaba por el pasillo, intentó recordar, febrilmente, cuál era el número de emergencias. ¿Era el 110 o el 112? ¡Maldita sea, los nervios no le permitían recordar nada!

Al llegar a la puerta de la cocina estaba tan concentrado en el número de teléfono que no notó el brillo húmedo sobre el suelo oscuro. Entró a toda velocidad, y al darse la vuelta para encender el interruptor de la luz, resbaló con aquel líquido y cayó de espaldas sobre las baldosas. Se dio un golpe en la cabeza y por un momento lo vio todo negro.

Luego, se incorporó, maldiciendo, y se frotó la cabeza, algo mareado. Tenía la mano mojada y pegajosa.

Cuando la miró y vio la sangre, maldijo de nuevo. Ahora no solo tendría que llamar a la policía, sino también a un médico para que le cosiera la herida. Gimiendo, trató de levantarse, pero de nuevo volvió a resbalar.

—¡Mierda!

Todo el suelo estaba lleno de sangre. Estaba sentado en medio de un charco enorme.

La cabeza aún le dolía por el golpe que se había dado, pero su mente ya estaba lo suficientemente clara como para darse cuenta de que toda aquella sangre no podía ser suya.

«¡Linda!».

Rápidamente rodó hacia un lado y se arrastró a gatas por el resbaladizo suelo junto a la mesa de la cocina.

Antes no había llegado a encender las luces y solo la luz de la luna entraba por la ventana, pero fue suficiente para ver su cuerpo.

Linda estaba sentada sobre el mármol de la cocina y sujetaba con ambas manos un pequeño objeto que apenas podía reconocerse, dada la cantidad de sangre que había por todas partes. Sus piernas desnudas también estaban ensangrentadas, y su blusa estaba abierta.

«¡No! ¡Oh, no! ¡No!».

Cuando Steffen Hoffmann se dio cuenta de lo que su mujer acababa de hacer, sintió que le faltaba el aire. La miró paralizado y emitió un sonido gutural de horror.

Linda volvió la cabeza hacia él. Los párpados le temblaban y las lágrimas corrían por su rostro ensangrentado. Su voz era poco más que un ronquido.

—El bebé... nos... odia.

—Efectivamente, trató de sacárselo del cuerpo —le había dicho Bennell, encendiendo su cuarto cigarrillo con la colilla del tercero.

Para entonces ya había comenzado a llover, pero apenas se dieron cuenta.

—He visto muchas cosas feas en mi vida —agregó, después de un momento de silencio—. Víctimas de accidentes, asesinatos, suicidas cuyos cadáveres se encontraban varias semanas después de su muerte... Aún recuerdo a una mujer que se había cortado las venas en la bañera. Cuando al fin entramos en su apartamento, la bañera estaba llena de gusanos. En algún punto pensamos que estamos preparados para todo. Que no queda nada que pueda sorprendernos. Y entonces sucede algo así y nos damos cuenta de lo equivocados que estábamos...

—¿Qué pasó después? —preguntó Robert.

El policía dio una larga calada a su cigarrillo antes de contestar.

—Su esposo logró sacarle las tijeras y llamó a la ambulancia. Pero ya era demasiado tarde. Murió de camino al hospital. Había perdido demasiada sangre. —Soltó el humo lentamente y sacudió la cabeza—. Con unas tijeras, ¿te lo puedes imaginar? Con unas malditas tijeras de cocina.

—¿Qué pasó con el niño?

—Cuando encontraron a Linda Hoffmann todavía estaba vivo. Pero al final tampoco pudieron salvarlo. Cuando su esposo se enteró de la muerte de ambos, entró en *shock*. —Bennell tiró su colilla al suelo, la pisó con el pie y señaló el edificio que quedaba a sus espaldas—. Ahora está aquí. En la clínica. En aislamiento.

VII

LA TORMENTA. LA DECISIÓN. EMERGENCIA

Voces.

Tantas voces.

Susurraban, se reían, siseaban y lloraban.

Más y más fuerte; cada vez más fuerte.

Cuando Laura despertó, primero tuvo que orientarse. Aturdida, parpadeó en la oscuridad. Al principio pensó que estaba en su casa y que algún vecino se había dejado la tele encendida. Luego, se dio cuenta de que se hallaba en casa de sus padres. Estaba acostada en una de las dos estrechas camas que había en el más pequeño de los tres dormitorios, que era donde ella y Su dormían de pequeñas. «La habitación de las niñas», como solía llamarla su madre.

Soñolienta, se frotó los ojos. El sonido que en el sueño había tomado por un intenso parloteo resultó ser el ruido de la lluvia repiqueteando en la ventana. A través de las cortinas intuyó el parpadeo de un relámpago, y enseguida oyó el trueno, que se acercaba.

Ahora que estaba completamente despierta, sintió una necesidad urgente, reforzada por el tamborileo de las gotas de lluvia en el techo del porche. Tres tazas de té antes de ir a dormir no habían sido una buena idea.

Suspirando, se levantó de la cama, se frotó los hombros para darse calor y fue a cerrar la ventana. Las noches empezaban a ser realmente frescas.

Su chaqueta estaba en la silla que quedaba justo al lado de la cama. Laura se la puso y rebuscó en los bolsillos. Enseguida encontró su móvil. Aquí era prácticamente imposible llamar por teléfono, puesto que el valle era un verdadero agujero negro de cobertura (lo cual resultaba de lo más adecuado para su proyecto de abstinencia de internet y tecnologías), pero como linterna resultaba ideal.

Tan silenciosamente como le permitió el crujiente suelo de madera, se deslizó hacia la puerta y luego hacia las escaleras del pasillo. Allí había una sorprendente corriente de aire y hacía un frío considerable. Qué extraño, ella recordaba la casa como un lugar agradable y cálido, incluso en aquellas ocasiones en las que se habían visto sorprendidos por el mal tiempo durante las vacaciones de otoño.

«Lo engañosos que pueden resultar los recuerdos de la infancia», pensó, y decidió que cuando volviera del cuarto de baño pondría algunos troncos más en la chimenea.

No había llegado al pie de la escalera cuando vio varias sombritas pequeñas que correteaban por el suelo en la entrada.

«Ratones», pensó. «¡Lo que faltaba!».

Apuntó en aquella dirección la linterna de su móvil, pero lo que vio la dejó francamente sorprendida.

Aquellas sombras no eran de ratones, sino de hojas. Hojas mojadas que danzaban con el viento frente a la puerta de entrada, medio abierta.

—¡Vaya mierda! —susurró.

Debían de haber cerrado mal la puerta, y el viento la habría empujado con su fuerza. Solo Dios sabía cuánto tiempo llevaría así. Seguro que el suelo de madera ya estaría empapado. Solo esperaba que las juntas aún estuvieran bien selladas.

«Qué suerte que me he levantado a hacer pipí».

Bajó los escalones que le quedaban a toda velocidad y corrió hasta la puerta. Estaba a punto de cerrarla cuando otro rayo iluminó la zona del jardín que quedaba frente a la casa. Sobresaltada, Laura se detuvo y miró hacia el embarcadero.

¡Allí había alguien!

Inmediatamente después volvió a quedar todo a oscuras, y la lluvia le dificultó aún más la visión, pero cuando el siguiente rayo atravesó el cielo, volvió a ver la figura. Pequeña y delgada y en pijama.

«¡Mia!». Seguro que tenía otro episodio de sonambulismo.

A toda prisa, Laura miró a su alrededor en busca de un par de zapatos, pero no encontró ninguno. «¡Su y su maldita obsesión por el orden!». Maldijo a su hermana interiormente y al final optó por salir descalza bajo la lluvia y dirigirse hacia el embarcadero.

Mia estaba plantada en la orilla, apenas unos metros más adelante, mirando fijamente la gran colina que bordeaba los maizales.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Laura mientras se aproximaba a ella—. ¡Te vas a matar aquí!

Mia no dijo nada y ni siquiera apartó los ojos de la colina. Era como si no se hubiera percatado de la presencia de Laura.

Cuando Laura la cogió por los hombros para volver a casa con ella, se dio cuenta de que el pijama de felpa de su sobrina estaba absolutamente empapado. La lluvia le había pegado el pelo a la cara, y sus pies descalzos se habían hundido en el suelo lodoso. Debía de llevar allí un buen rato.

—¡Ven, tenemos que entrar y secarte!

Laura cogió a la pequeña de la mano y tiró de ella. Volvió a tronar, esta vez más fuerte. Tenían que regresar a la casa lo antes posible. La lluvia fría no era tan mala, pero los rayos le daban un miedo terrible desde que era muy pequeña.

Sin embargo, Mia no parecía tener ningún interés en acelerar su paso. Más bien al contrario: se puso tensa y avanzó con insólita torpeza detrás de Laura, mientras inclinaba la cabeza hacia un lado para no perder de vista la colina.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó Laura con impaciencia, levantando su voz para hacerse oír por encima de un trueno—. ¡Vamos! ¡Muévete de una vez!

Entonces otro relámpago brilló a través del valle, y Laura se detuvo en estado de *shock*.

¿Era posible que acabara de ver aquello realmente?

Como para responder a su pregunta llegó otro relámpago, brillante como el día, y... sí, efectivamente, volvió a verlo.

En la cima de la colina, al lado del camino de tierra que conducía al pueblo, había... niños. Tenían que ser unos veinte o treinta, tal vez más. No le dio tiempo a contarlos en el breve instante en que el relámpago los iluminó.

Como las figuras de una guirnalda, se cogían de las manos y parecieron mirar hacia abajo.

¿Qué demonios se les había perdido a esos niños allá arriba? Estaba cayendo el diluvio universal, y esa colina siempre atraía los rayos.

Como si se tratara de una señal, toda una batería de rayos y relámpagos atravesó el cielo, con tanta intensidad que Laura sintió que se le ponía la piel de gallina. Casi al mismo tiempo cayó un trueno ensordecedor. Ahora la tormenta estaba justo encima de ellos.

De algún lugar cercano le pareció oír un siseo. Sonaba como un montón de serpientes, lo que, por supuesto, no podía ser. Pero el sonido estaba cerca, y resultaba francamente amenazador.

Tratando de no obsesionarse con ese sonido espeluznante, ni con la tormenta o los niños de la colina, Laura cogió a su sobrina con ambas manos y se la llevó a la casa. Luego, cerró la puerta y giró la llave dos veces.

Mia se quedó quieta en el pasillo, como si fuera una muñeca mojada.

A toda prisa, Laura corrió hacia el baño y sacó una toalla del armario. Antes de salir de la habitación echó un breve vistazo hacia la colina desde la ventana que quedaba sobre el retrete. Cuando el siguiente relámpago brilló en el cielo e iluminó el valle, pudo comprobar que los niños habían desaparecido.

«Suponiendo que en algún momento hayan estado allí», pensó Laura mientras secaba a Mia. Era absurdo creer que podía haber habido niños allí arriba. En plena tormenta. En mitad de la noche.

Después de devolver a Mia a la cama, en la que Su dormía plácidamente al otro lado, la tensión de Laura empezó a remitir. Volvió a sentir ganas de hacer pipí, y esta vez ya no podía esperar más.

Antes de salir del baño, miró nuevamente hacia la colina desde la ventana. Nada.

Solo árboles y arbustos.

Ni un solo niño.

Después de barrer las hojas que habían volado hasta el pasillo, y de secar con una toalla el suelo de madera, Laura volvió a su habitación, exhausta y todavía alterada. Tardó una eternidad en poder volverse a dormir.

Escuchó la tormenta, y mientras tanto siguió preguntándose si realmente habría imaginado las sombras de los niños sobre la colina.

«Por supuesto que sí», se dijo. Lo único que había ahí arriba eran arbustos. En los breves segundos que duraba el destello de un rayo bien podían parecer niños que se cogieran de las manos. Y más si una estaba medio dormida y agotada por el largo viaje... Sin mencionar las circunstancias que la llevaron a emprenderlo. Dadas todas estas premisas, una podía ver, efectivamente, ciertas cosas que en realidad no existen.

—Solo eran arbustos —murmuró, subiéndose la manta hasta la barbilla y poniéndose de lado.

En algún momento logró, por fin, conciliar el sueño. Soñó que ella misma estaba temblando en la colina, bajo la lluvia, y mirando hacia la casa. Y en ese sueño escuchó los susurros de nuevo.

Una de las muchas voces que le hablaron parecía pertenecer a un niño pequeño, que le dijo: «Ha llegado el momento».

A la mañana siguiente, la tormenta había remitido. En su lugar, una densa niebla pendía sobre el lago, dificultando la vista de las montañas.

Cuando Laura entró en la cocina, le llegó el delicioso aroma del tocino y los huevos fritos. Su estaba sentada a la mesa de la cocina, leyendo una de las novelas de John Wyndham que tanto gustaban a su madre y saboreando el desayuno.

—Buenos días —dijo con la boca llena, y dejó el libro a un lado—. Perdona que no te haya esperado, pero es que tenía mucha hambre. —Señaló con su tenedor a la sartén que había sobre los fogones y añadió—: Sírvete, todavía queda un montón.

Laura sonrió y miró el cuenco vacío junto al que esperaban un tetrabrik de leche y un paquete de cereales.

—¿Dónde está Mia?

—Sigue durmiendo —le dijo Su—. Como un tronco.

—Eso está bien.

Laura se sirvió café y se preguntó si debía contar a su hermana sus aventuras de la pasada noche. Al final decidió no hacerlo. Hacía días que Su no parecía tan feliz y relajada, y por nada del mundo quería arruinarle aquel momento. No, esperaría a ver cómo se comportaba Mia en los próximos días. Y cerraría la puerta por la noche. «Con la seguridad no se juega».

—¿No te despertó la tormenta? —le preguntó en cambio, como quien no quiere la cosa, sentándose junto a ella en el banco de la esquina.

—¿La tormenta? No, he dormido como una marmota. Aunque parece que ha llovido una barbaridad, ¿no?

—Creo que sí —dijo Laura, sin hablar más del tema.

La verdad es que a esas alturas todo le parecía más bien una pesadilla. Sobre todo la parte de la extraña visión sobre la colina.

—¿Ya has ido al baño? —le preguntó Su, tirando a la basura un trozo de tostada y limpiando después su plato. Cuando Laura le dijo que no con la cabeza, agregó, suspirando—: Pues prepárate. No tenemos agua caliente. He intentado ponerme en contacto con Bernhard, pero dimos de baja la línea fija y mi móvil no tiene cobertura.

—El mío tampoco —dijo Laura—. Luego, caminaré un poco hacia el pueblo, a ver si coge algo.

—Puedes ir en coche, también.

—Podría, sí —dijo Laura encogiéndose de hombros—. Pero me apetece salir a dar un paseo. Es bueno para poner los pensamientos en orden. —Hizo una breve pausa y añadió—: He pensado en llamar a Victor hoy.

Su tomó un sorbo de café y luego miró por encima del borde de su taza.

—¿Ya te has decidido?

—Lo he estado pensando mucho después de levantarme y... sí, lo he decidido, Su. Quiero tener al niño. Y no me importa si él reconoce su paternidad o no. Puedo arreglármelas sola.

Su pasó un brazo alrededor de los hombros de su hermana.

—Aunque no estarás sola, hermanita. Nos tienes a nosotras —dijo. Luego señaló con la cabeza hacia la estufa—. Y ahora come algo, o se quedará todo frío.

Después de desayunar, Laura se levantó para limpiar sus platos, pero Su la detuvo.

—Déjalo —le dijo—. Yo lo haré. Tú ve y llama a Victor. Eso es más importante que cualquier otra cosa.

Laura miró a su hermana y se sintió más cerca de ella de lo que se había sentido nunca. Su le recordaba tanto a su madre...

Cuando Laura salió al embarcadero, la brisa matutina había empujado la niebla hacia el interior. Ahora el lago yacía como un espejo grande y liso frente a ella. Era casi como si al mirarlo viera un segundo cielo, en el que los pájaros se movían por el agua azul, y las nubes regordetas flotaban entre las orillas. De vez en cuando, el agua se movía y dibujaba ondas concéntricas cuando un pez saltaba en busca de los mosquitos que se arremolinaban justo encima del lago. A lo lejos se oyó una garza.

«Qué día más maravilloso y tranquilo», pensó, y se sentó al final del embarcadero. Los tabloncillos estaban todavía un poco húmedos de la lluvia de la noche anterior, pero el sol pronto los habría secado por completo.

Laura aspiró el olor de las algas que se aferraban a los pilares de madera del muelle y balanceó las piernas sobre el agua, que chapoteaba y gorgoteaba misteriosamente a sus pies.

Desde que Su le había dado el abrazo, Laura sentía una profunda satisfacción interna y una confianza plena en los cambios que le esperaban. Y, por supuesto, Su tenía razón: lo más importante era que se tenían la una a la otra.

Bajo sus pies pasó una bandada de pequeños peces de color grisáceo y recordó una conversación que había mantenido con su padre. Ella tenía más o menos la edad de Mia y había estado sentada ahí, en el muelle, como ahora. Por aquel entonces, el bote de remos de su padre se balanceaba en el agua junto a ellos.

—¿Por qué los peces nadan tan cerca los unos de los otros? —le había preguntado—. El lago es grande y no hace falta que vayan tan apiñados...

—Porque te tienen miedo —le había respondido él, sentándose a su lado—. Desde donde están, solo ven nuestros pies moviéndose por encima de ellos. Tú sabes que tus pies son pequeños, pero a ellos deben de parecerles enormes.

—¿Se ponen juntos porque nos tienen miedo? ¿Y por qué no se esconden, simplemente?

—Sí, algunos peces, como los arenques, por ejemplo, se unen en bancos si se sienten amenazados —le había contestado su padre—. Eso hace que muchos peces pequeños parezcan un pez grande... y así disuaden a los depredadores.

—Pues es un truco bastante bueno —había dicho Laura, y su padre había asentido, sonriendo.

—Lo sorprendente es que los peces no piensan en estas cosas. No son como los humanos, que probablemente empezaríamos perdiendo el tiempo con discusiones sobre quién debe ocupar qué lugar. Ellos, simplemente, lo hacen. De manera instintiva. Cientos de individuos se convierten en una sola entidad colectiva.

Frunciendo el ceño, Laura miró a su padre y le preguntó qué quería decir «colectiva».

—Significa «unida, de acuerdo» —había respondido él, cogiendo un cigarrillo. Luego, observó cómo el humo avanzaba hacia el lago y se disolvía con la suave brisa del día—. Cuando avanzan en grupo, ningún pez piensa solo en sí mismo. Cada uno de ellos parece saber que no puede escapar de la amenaza por sí mismo, pero sí, en cambio, si se une al resto. Bueno, quizá alguno no lo logre; quizá alguno caiga preso de los humanos, o de peces más grandes, pero la mayoría de ellos saldrá intacto.

—Porque se mantienen unidos.

—Exacto. —Su padre le sonrió y le acarició suavemente la cabeza—. Este tipo de asociación se llama sincronía, y sirve para garantizar la supervivencia de una especie. Las aves migratorias también se comportan así. Vuelan en bandadas para que ningún ave de rapiña se atreva a atacarlas.

Laura se quedó pensando un momento, y entonces le vino otra pregunta a la mente.

—¿Y qué pasa con los humanos? ¿Nosotros tenemos la sincra... sincro...?

—Sincronía —le ayudó él, y luego dijo, mirando hacia el lago—: Me temo que esa no es nuestra fortaleza, no. Los humanos nos comportamos sin pensar demasiado en nada. Es posible que hayas oído hablar de la tragedia que hubo en un estadio de fútbol de Gran Bretaña... La gente entró en pánico y salió corriendo en todas direcciones, de modo que acabaron atropellándose los unos a los otros, e incluso murieron algunos. Cosas similares suceden continuamente. Parece que no somos tan perfectos como solemos pensar.

Dicho aquello apagó su cigarrillo en una de las tablas del embarcadero y guardó la colilla en uno de los bolsillos laterales de sus pantalones de pesca. Nunca la había arrojado al agua ni tirado al suelo, y eso siempre había impresionado a Laura.

Echaba de menos a su padre, a su maravillosa manera de explicar las cosas y al hecho de que siempre supiera las respuestas. Junto a él siempre se había sentido protegida e indestructible. Ahora la adulta era ella, y de ella dependían su propia vida y —estaba completamente decidida— la del bebé que crecía en su interior.

En aquel momento se dio cuenta de que no había sentido náuseas esa mañana, y de que los extraños susurros también habían remitido. Era como si la vida que latía en su vientre hubiera hecho finalmente las paces con ella, ahora que sabía que ya no era una amenaza. Que ya nadie le impediría vivir.

—Es hora de explicárselo a quien te engendró —dijo, acariciándose suavemente la barriga—. Puede que al final sí desee ejercer de padre.

Sacó su móvil del bolsillo de su chaqueta y miró cómo estaba de cobertura. Nada.

Suspirando, se levantó y volvió a la orilla. Una vez allí, tomó el sendero que conducía a la colina. Allá arriba, sus posibilidades de tener cobertura seguro que serían mejores.

Mientras caminaba por la hierba, aún empapada con la lluvia de la noche anterior, descubrió que había llegado justo al mismo lugar en el que creyó haber visto a los niños. El mismo lugar en el que se había detenido en su sueño y desde el que ahora miró hacia la casa.

A la luz del día, lo que vio fue un grupo de arbustos que bien podrían haber parecido niños en la oscuridad. También es cierto que vio hierba chafada, como pisoteada, justo en ese sitio, pero bien podría haber sido por culpa de algún animal, o incluso de la fuerte lluvia.

Una vez más, sacó su móvil y probó suerte. Una barra parpadeó en la pantalla, pero justo cuando estaba a punto de marcar el número de Victor en la lista de contactos, la barra desapareció.

Tal vez fuera mejor así. Lo más probable era que Victor solo intentara disuadirla de su decisión.

Guardó el teléfono en el bolsillo de su chaqueta y miró hacia los maizales, vagamente perfilados entre la niebla, al borde de la colina. Entonces, a lo lejos, vio un resplandor. Cerró un poco los ojos para ver qué podía estar reflejando la luz del sol, pero la niebla era demasiado espesa. En su lugar, le llamó también la atención una mancha roja, algo descolorida, que también fue absorbida de inmediato por el gris del paisaje. Junto a ella le pareció ver, además, dos figuras que arrastraban algo, pero, del mismo modo que la mancha roja, desaparecieron entre la bruma.

Estaba empezando a preguntarse si era posible que hubiese allí gente desplazándose bajo la niebla, cuando oyó los gritos de Su. Esta se hallaba junto a la entrada de la casa y le hacía señas con los brazos. Desde aquella distancia no podía oír lo que estaba diciéndole, pero era más que evidente que se trataba de algo importante. De que algo no andaba bien.

Tan rápido como pudo, corrió colina abajo.

Su estaba fuera de sí. Lloraba e iba de un lado a otro, desencajada. Se frotaba los brazos con ambas manos y temblaba de los pies a la cabeza.

—Por el amor de Dios —jadeó Laura, mientras corría hacia ella—. ¿Qué ha pasado?

—¡Es Mia! —sollozó Su—. ¡Ha desaparecido! Cuando bajé a la cocina todavía estaba allí, pero ahora se ha ido. ¡Se ha ido, Laura, y no sé adónde!

—¿Estás segura?

—¡Sí! ¡Se ha marchado!

—Puede que, simplemente, no te haya respondido. ¿Has buscado por toda la casa?

—¡Te digo que no está! —chilló Su—. He puesto la casa patas arriba y también he dado vueltas por el jardín. Incluso he mirado en el porche, pero no está. ¡No está! ¡Se ha ido!

—Tranquila, tranquila —le dijo Laura, abrazándola—. La encontraremos.

—¿Y si se ha caído en el lago? Dios mío... —dijo Su, sollozando sobre el hombro de su hermana.

—Cálmate, Su. Yo he estado en el lago todo el tiempo. Si Mia hubiese ido allí, me habría dado cuenta. Seguro que no le ha pasado nada —dijo Laura, abrazándola aún más fuerte—. No te preocupes. Puede que solo haya salido a explorar un poco la zona.

Laura esperaba que su voz sonara convincente, aunque en su interior estaba tan preocupada como su hermana. Normalmente, Mia era una niña

muy inteligente que sabía cuidar de sí misma, pero en su delicado estado mental realmente le daba miedo que algo le hubiera sucedido.

—Vamos a buscarla —dijo finalmente, soltando a Su—. No puede haber ido muy lejos.

Su asintió y cerró los ojos brevemente. Respiró hondo e intentó calmarse.

—La ventana de nuestra habitación estaba abierta —dijo, con la voz aún temblorosa—. Creo que ha salido por ahí y ha saltado al techo del porche. Por eso no la he visto. Yo estaba en la cocina y...

No acabó la frase. En su lugar, miró hacia la casa. Por el oeste, la niebla se había disipado por completo, pero en su lugar empezaba a formarse un frente de nubes amenazadoras en el cielo. Aún estaba lejos, pero pronto volvería a llover. El clima en esa zona era de lo más variable.

—Al menos se ha llevado la chaqueta —dijo Su.

—¿Cuál? ¿La roja acolchada? —preguntó Laura, pensando en el punto rojo que había visto justo antes, desde la colina.

Su asintió.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

Laura señaló el camino de tierra.

—Creo que la vi desde allí arriba. Y me parece que iba hacia el pueblo.

—¿Al pueblo? —Los ojos de Su se abrieron de par en par—. ¡Pues vamos inmediatamente!

Dio media vuelta y corrió hacia la casa a buscar las llaves del coche mientras Laura observaba los maizales cubiertos de niebla. Quizá Mia ya hubiese regresado. Quizá solo estaba gastándoles una broma. Al fin y al cabo, ayer no se alejó de la casa durante su escapada nocturna. Sin embargo, por mucho que mirara a su alrededor, no había ni rastro de la chaqueta roja de Mia.

Cuando Su regresó con la llave, lo hizo corriendo. Ambas subieron al coche y Su encendió el motor. Luego puso marcha atrás y pisó el acelerador. El vehículo dio un salto con cierta violencia, como si hubieran pasado por encima de un obstáculo, y luego se caló.

—¡Joder! —exclamó Su, encendiéndolo de nuevo.

—Tranquila, Su. ¿Quieres que conduzca yo?

—No, no, ya está. —Volvió a acelerar, pero el coche volvió a hacer un movimiento raro y, de nuevo, se caló—. Algo le pasa a este coche.

—Pero ¿qué demonios...? —dijo Laura saliendo del vehículo.

Su también se bajó, y entonces lo vieron. Las cuatro ruedas estaban deshinchadas. Alguien las había pinchado. Y por si eso no fuera suficiente, Su

encontró un cuchillo junto a una de ellas, sobre la hierba.

Laura conocía aquel cuchillo. Era el que utilizaba su padre para destripar los peces. Debía de estar en el cobertizo, junto a su equipo de pesca.

En aquel momento recordó el silbido que había escuchado la noche anterior.

«¡De modo que no fueron imaginaciones mías!».

—¿Qué está pasando? —preguntó Su, mirando horrorizada el cuchillo que tenía en la mano—. ¿Quién puede haber hecho esto?

Su hermana estaba demasiado confundida como para ver las conexiones, y Laura todavía dudaba de la sospecha que empezaba a brotar en ella como una mala semilla. En cualquier caso, sabía que tenían que ser precavidas.

—Vayamos a pie —dijo tendiéndole la mano a Su—. Y llevémonos el cuchillo con nosotras.

—¿Podría darme un poco más de agua? —preguntó Laura Schrader, sin mirar a Robert, sino directamente a la cámara.

—¿Necesitas un descanso? —le dijo él, pero ella agitó su mano.

—No, solo un poco de agua. Tengo la garganta seca. Después seguro que me sentiré mejor. No puedo parar ahora. No antes de que conozcas toda la historia.

—Está bien —dijo Robert—. Como tú quieras.

No pasó ni un minuto antes de que se oyera el chasquido de la puerta y la enfermera entrara en la habitación.

Robert observó asombrado cómo Laura Schrader movía las manos para coger la taza y cómo la enfermera ignoró aquel gesto.

No sin cierta dificultad, dado el volumen de su barriga, la enfermera evitó el contacto con Laura y dejó el vaso de agua sobre la mesa. Luego, retrocedió rápidamente, como si temiera que la otra pudiera contagiarla de alguna enfermedad.

Al llegar a la puerta, la mujer se dio la vuelta para mirar a Robert, y sus ojos parecieron advertirle: «¡Cuidado con ella! ¡Es peligrosa!».

—Tiene miedo —dijo Laura Schrader con naturalidad, mientras la enfermera salía de la habitación.

—¿Ah, sí? —Robert arqueó las cejas. Era la primera vez que se refería al comportamiento de la enfermera—. ¿Y de qué crees que tiene miedo?

—De mi bebé —dijo ella mirándose el vientre—. Quién sabe, tal vez su hijo también esté hablando con ella.

—¿Cómo sabes que está esperando un niño y no una niña?

Ella ignoró su provocación.

—Lo sé, sin más, del mismo modo que supe quién había pinchado nuestros neumáticos.

—¿Y bien? ¿Quién fue?

Laura tomó otro sorbo de agua, y cuando bajó el vaso otra vez, lo sostuvo y se lo quedó mirando tan fijamente como si estuviera hablando con él, y no con Robert.

—Cuando éramos pequeñas, Su y yo solíamos ver películas de miedo en la tele, de noche, cuando nuestros padres salían —dijo—. A mí la mayoría me parecían muy absurdas, sobre todo porque los actores se comportaban de un modo absolutamente irracional. Me parecía ridículo que fueran al ático, o al sótano, pese a saber que el asesino o el monstruo se hallaban allí. Los pobres se pasaban toda la película arriesgándose tontamente, innecesariamente, mientras mi hermana y yo estábamos sentadas en el sofá, tomando palomitas y riéndonos de ellos. Cuando te sientes seguro y no estás en la piel de otra persona, todo parece más fácil.

Asintió con la cabeza hacia el vaso y se encogió de hombros.

—Básicamente, supe desde el principio qué había pasado con los neumáticos. Por qué los habían pinchado. Pero no quería darme cuenta. Después de todo, se trataba de Mia... ¿y a quién íbamos a pedir ayuda si no teníamos cobertura? Tampoco teníamos vecinos, así que no nos quedó más remedio que ir caminando hasta el pueblo. No es que tuviera mucho sentido, pero nos parecía menos terrible que quedarnos en casa, sin hacer nada.

Levantó la cabeza y miró hacia la claraboya, que acusaba sonoramente el repiqueteo de la lluvia del exterior.

Una sola lágrima corrió por su pálida mejilla mientras agregaba:

—Salimos corriendo de casa, y ese fue el peor error que pudimos cometer.

Ya desde el pie de la escalera mecánica, Victor Schwartz pudo darse cuenta de que fuera de la estación de metro llovía a cántaros. La gente corría a ponerse a cubierto, cerrando sus paraguas y sacudiéndose el agua de sus chaquetas y abrigos.

Victor dejó escapar una maldición en voz baja. ¡Vaya mierda de tiempo, qué locura! Ayer estrenó sus Ray-Ban nuevas, y ahora eso: un chaparrón, justo el día que se había dejado el paraguas en casa.

Esa es una de las cosas que pasan cuando uno no está centrado. Cuando tiene la mente en otras cosas y está *preocupado*.

¡Si al menos Laura lo llamara de una vez por todas! Porque localizarla estaba resultándole sencillamente imposible. Tenía el maldito móvil apagado y en su casa tampoco contestaba nadie. Resulta que la señora había decidido

mostrarse airada y despechada, en lugar de darle otra oportunidad, y eso que quien la había cagado había sido ella, no él. ¡Cómo son las mujeres, por el amor de Dios!

Sí, era cierto que después de su estúpida conversación del lunes con Lorenz había querido arrancarle la cabeza, pero... ¿de verdad pensaba que iba a dejarla tirada, si estaba esperando un hijo suyo?

Por supuesto, el desencuentro con Lorenz le supuso un verdadero dolor de cabeza —al fin y al cabo había invertido mucho tiempo y esfuerzos en aquella campaña—, pero bueno, la vida sigue, ¿no? Y él ya le tenía puesto el ojo a otro cliente que podría darles mucho más dinero aún.

Ahora que los sauditas habían reducido el precio del petróleo, la venta de calentadores de aceite se había disparado de pronto y él ya tenía tres ofertas para la creación de anuncios publicitarios. Se le ocurrían un montón de ideas al respecto. Y tendría que trabajar rápido, antes de que los precios volvieran a subir. Pero para eso necesitaba a Laura. Laura y él eran el equipo ganador..., o al menos lo habían sido hasta ahora. Y seguirían siéndolo, si de él dependiera.

Aunque decidiera tener el niño. Aun así, podrían arreglárselas, siempre y cuando ella no descuidara su talento. Lo principal ahora era que se hiciera cargo de esas tres ofertas.

Frustrado, se metió el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta y decidió que no tenía sentido quedarse ahí esperando a que remitiera la lluvia.

Se puso el maletín de cuero sobre la cabeza, a modo de paraguas, y corrió por la calle hasta el quiosco que quedaba justo en la esquina. El dueño debió de verlo desde lejos, porque cuando llegó hasta él y por fin estuvo bajo la protección del toldo de su establecimiento, enseguida le entregó su compra de cada mañana: una cajetilla de Dunhill y el ejemplar del día del *Financial Times*.

—Gracias, Adriano —le dijo Victor—. Al menos un atisbo de esperanza en el día de hoy.

Mientras Adriano se quejaba del mal tiempo, Victor sacó un cigarrillo de los que acababa de comprar y buscó su cartera en el bolsillo trasero de su pantalón. Fumar se había convertido en un vicio difícil en los últimos tiempos. Uno tenía que obtener su dosis de nicotina a toda prisa, mientras saltaba de un área de no fumadores a la siguiente.

Dio un par de caladas profundas, arrojó la colilla en el riachuelo que se había formado junto a la acera y se metió el paquete en el bolsillo derecho de la chaqueta. Luego, se puso el periódico bajo el brazo y estaba a punto de

guardar de nuevo la cartera en el bolsillo de su pantalón cuando alguien a su espalda se lo arrancó de las manos.

Todo sucedió tan rápido que por un momento se quedó paralizado, sin dar crédito, mirando al niño y a la niña que se alejaban de allí corriendo y lanzando gritos de victoria.

—¡Ey! —les gritó al fin—. ¡Ey, quietos ahí! ¡Joder!

Entonces arrojó su maletín a Adriano y le dijo:

—Guárdamelo un momento, ¿quieres? —Y antes de que el quiosquero pudiera contestar siquiera, Victor salió corriendo detrás de los pequeños carteristas.

—¡Malditos mocosos!

Los niños era muy rápidos y le llevaban ventaja, pero él tampoco estaba en mala forma. Al menos la distancia no aumentaba...

De pronto, ambos dieron un giro brusco y se metieron por una estrecha calle lateral. Victor corrió tras ellos y descubrió, satisfecho, que se trataba de un callejón sin salida.

Los niños no estaban a la vista. Probablemente se habían escondido detrás de alguno de los botes de basura, o de los montones de ladrillos y escombros que se agolpaban en el lado derecho del callejón. En cualquier caso, no habían trepado por el andamio de la casa vecina, porque los habría visto.

Jadeando, se detuvo y puso las manos sobre los muslos. El corazón le latía a toda velocidad.

—A ver, enanos, sé que estáis aquí. Devolvedme la cartera y no pasará nada, ¿vale? Ahora bien, como tenga que ponerme a buscaros, os aseguro que os arrepentiréis.

Barrió el callejón con la mirada, y, a cada segundo que pasaba sin ver a los niños, notaba que iba creciendo su ira. No era solo que le hubiesen arruinado el traje —carísimo— que llevaba y que ahora estuviese empapado hasta los huesos, sino que le estaban robando su tiempo. Su valioso tiempo. Hacía ya mucho rato que debería estar en la oficina.

—Por última vez —exclamó—. Devolvédmelo o...

Oyó una risita detrás de él.

Se dio la vuelta a toda velocidad y algo duro le golpeó con fuerza en la cabeza. Mareado, cayó al suelo.

Estaba intentando recuperarse cuando, aún a cuatro patas, vio que la sangre le salía de la nariz a borbotones y caía sobre el asfalto mojado. Entonces recibió otro golpe.

VIII

LA BÚSQUEDA. JUEGO PERVERSO. UN OPROBIO SECULAR

Su corría delante de ella, a toda velocidad, y Laura tenía que hacer un verdadero esfuerzo por seguirle el ritmo. Aunque el camino de tierra no tenía una pendiente tan elevada como la de la colina, que ahora se alzaba a su derecha, lo cierto es que el sol estaba alto en el cielo y emitía un calor húmedo y abrasador, esponjado por los últimos vapores de la niebla que recorrían los maizales como fantasmas enloquecidos. Aunque no habían avanzado demasiado, Laura ya estaba empapada en sudor.

Su llegó a un montículo formado por rocas y trepó por ellas para tener una visión más amplia. Con el cuchillo en la mano tenía una apariencia aterradora, y Laura lamentó no haberlo cogido ella. Dado el actual estado emocional de su hermana, habría sido mucho mejor que fuera ella quien llevara el cuchillo.

—¡Ahí! —gritó Su y señaló un punto entre los campos de maíz sin darse la vuelta para mirar a Laura—. ¡Ha salido corriendo por ahí!

Cuando Laura llegó por fin a su altura, vio también la hierba pisoteada que conducía directamente al campo de maíz.

¿Por qué Mia habría abandonado el camino justo en ese punto? ¿Por qué habría querido salir hacia el maizal?

No tuvo tiempo para pensárselo, porque Su ya estaba corriendo de nuevo, siguiendo aquel rastro que bien podría haber sido de Mia, bien de algún animal o de cualquier otra persona.

Laura respiró un par de veces más, para recuperar el aliento, y luego entró también en el maizal. Apenas unos pasos después comprendió por qué el granjero aún no había recogido el grano. Los tallos estaban infectos, cubiertos de ristas de moho gris que trepaban por ellos, y las mazorcas estaban podridas. Las continuas lluvias de las últimas semanas habían convertido la tierra en un pantano. Ahora cada paso iba acompañado de un sonido pesado, como de torpe chapoteo, y cuanto más se adentraban en el campo, más intenso era el olor a podrido.

Se tapó la boca y la nariz con la mano y se apresuró a seguir a Su, que corría por delante de ella mientras gritaba el nombre de Mia una y otra vez. Pero allí no se oía más respuesta que no fueran precisamente sus gritos y el sonido de sus pasos. El resto permanecía en silencio. Laura se dio cuenta de que ni siquiera se oía el trino de los pájaros o el siempre omnipresente canto de los grillos. Lo único que rompía el silencio era el viento, que movía las espigas haciendo que sonaran como susurros siniestros.

Siguieron el rastro de las pisadas por una pendiente hasta que finalmente llegaron al final del maizal. Frente a ellos se abría ahora una pradera que estaba segada más o menos hasta la mitad. No lejos de allí pudieron ver un tractor equipado con una segadora. Laura recordó que cuando había subido a la colina había visto algo brillante en el campo. Seguro que habían sido el techo o los cristales subidos de la cabina del tractor.

—¡Mierda! —exclamó Su, jadeando—. Y ahora... ¿hacia dónde crees que habrá ido?

—Bueno, seguro que no ha corrido por la hierba —dijo Laura, señalando hacia la pradera, en la que no se veía la marca de ninguna pisada—. En todo caso, puede haber seguido por el borde del campo hacia el pueblo.

—Sí..., al menos parece que no ha ido hacia el bosque... —dijo Su en voz baja, como si hablara consigo misma. Luego, se dio la vuelta, protegiéndose los ojos con una mano, y miró hacia lo lejos.

Laura fue hasta el tractor.

¿Por qué lo habían dejado allí? ¿Por qué su dueño no había vuelto con él al pueblo cuando acabó su jornada laboral?

Pensó en las dos figuras que creía haber visto antes. ¿Tal vez aún anduvieran por ahí?

Gritó varias veces «¡Hola!», y, como nadie le respondió, decidió subir a la cabina. Había algo que no estaba bien. Lo notaba.

Al lado del asiento del conductor vio un cesto en el que había un termo de café y una fiambarrera con pan y embutidos. Y por si eso no fuera lo suficientemente sorprendente, desde allí pudo ver que en el suelo, justo al otro lado del tractor, había tirada una gorra de color azul.

Bajó de la cabina y cogió la gorra. La tela estaba mojada. Junto a ella pudo ver unas huellas marcadas en el césped y una hendidura en forma de canal en el suelo húmedo.

«Una carretilla», pensó. Eso era lo que las dos figuras habían estado arrastrando.

La marca de la carretilla se alejaba del tractor y avanzaba a lo largo del borde opuesto de la pradera. El surco era profundo, como si alguien hubiera llevado algo pesado hacia la aldea.

En aquel momento oyó un grito de Su. Aterrorizada, se dio media vuelta y vio correr a su hermana hacia ella, sosteniendo algo entre los brazos.

Era la chaqueta roja de Mia.

Laura dejó caer la gorra y corrió hacia Su.

—¿Dónde la has encontrado?

El rostro de Su estaba pálido. Temblaba, y, apretando la chaqueta contra su pecho, señaló con la barbilla hacia el borde del maizal.

—Por allí. —Entonces le tendió la chaqueta a Laura y señaló la parte delantera—. ¡Aquí hay sangre!

Sobre la tela roja la mancha apenas se notaba, pero mirando más de cerca parecía como si Mia se hubiera hecho daño y se hubiera limpiado la sangre con la solapa.

Su empezó a sollozar, mirando con los ojos muy abiertos hacia las espigas de maíz, que se mecían con suaves susurros en la sensual brisa del mediodía.

—Nosotras solas no la encontraremos —dijo Laura—. Esto es demasiado grande. Tenemos que ir al pueblo y pedir ayuda. ¿Crees que podrás aguantarlo?

Su asintió y se secó las lágrimas con los antebrazos, porque no quería soltar la chaqueta de Mia.

—¿Qué demonios está pasando?

—No lo sé —dijo Laura mirando a su alrededor. Le había parecido oír una risita entre los sonidos del campo.

El pueblo quedaba más lejos de lo que Laura había pensado. No era de extrañar que nunca hubiera ido caminando por ahí. Cuando eran pequeñas, ella y sus padres solían ir de compras en coche, o a veces en bicicleta, pero siempre por el otro camino.

Pero al fin vieron la cruz de la iglesia del pueblo y, cuando empezaron a bajar por la ladera, fueron apareciendo ante sus ojos los otros tejados de las casas, que se desplegaban en forma de abanico desde la plaza del centro, en la que estaban el hotel y el supermercado.

Cuando se acercaron lo suficiente a la población, Laura sacó el móvil de su chaqueta y miró la cobertura. Nada. Ni siquiera una línea vacilante, como esa mañana en la colina. A esas alturas del día el sol ya había avanzado hacia el oeste, y sobre el lago se habían formado gruesos nubarrones, que iban

oscureciéndose gradualmente, mientras el viento traía consigo un olor que era el anuncio de una llovizna inminente.

Sin perder de vista su objetivo, ambas hermanas aceleraron el paso, pero cuando finalmente llegaron a la plaza del pueblo, descubrieron que el lugar estaba desierto. Como si se tratara de una aldea abandonada. Al principio, Laura pensó que se equivocaba. Que la angustia le estaba haciendo perder los nervios y que la sensación de haber llegado a un pueblo fantasma no era más que el fruto de su imaginación. Al fin y al cabo había coches aparcados frente a algunas de las casas, en un patio delantero se oía el motor encendido de una máquina cortacésped y una valla publicitaria sobre la entrada del supermercado elogiaba los *tomates recién cogidos del huerto* y la *carne picada propia de la región*.

Pero la única criatura viviente que encontraron fue un gato que las miró desconfiadamente al pasar y luego huyó.

Laura se detuvo en medio de la plaza y miró a su alrededor, frunciendo el ceño.

—Qué extraño. ¿Dónde están todos?

Su se había acercado a ella, como una niña que busca la protección de su madre.

—¿Hola? —exclamó Laura, tan fuerte como pudo—. ¿Hay alguien ahí? ¡Necesitamos ayuda! ¡Es urgente!

Pero el lugar permaneció en silencio. A lo lejos, un ave de rapiña graznó entre las montañas, pero no oyeron nada más. Ni un coche, ni una radio o televisión, y, ciertamente, ni una voz humana.

Nada.

Como si todos se hubieran ido del pueblo.

Laura volvió a mirar su móvil, pero fue en vano. Entonces corrió directamente hacia la primera casa que quedaba en su camino, frente a la que había aparcado un coche, y llamó al timbre.

Como nadie salió a abrirles, entró en el jardín y echó un vistazo por una de las ventanas. Desde allí vio una sala de estar con un sofá de cuero marrón, una mesa de cristal y dos sillones. De la pared colgaba un televisor de pantalla plana y varias fotos enmarcadas.

Laura dio unos golpecitos en el cristal, pero tampoco obtuvo respuesta. Estaba a punto de darse la vuelta cuando sus ojos se posaron en algo que había debajo de la mesa. No pudo distinguir inmediatamente lo que era porque el cristal de la ventana le devolvía su propio reflejo, pero cuando se movió ligeramente hacia un lado y se hizo sombra a sí misma pudo ver que se

trataba de un frutero. Se había caído sobre la alfombra y estaba roto por la mitad. Junto a él había esparcidas varias manzanas.

Eso era *muy* extraño. Perturbador. Como la gorra en el prado.

—¿Hay alguien ahí?

Laura dio la vuelta a la casa. Su también estaba en el jardín y señaló el arenero.

—Vi a un hombre y a dos niños aquí ayer. Gemelos.

Su voz sonaba inquietantemente distante, como si estuviera en *shock*. Finas gotas de sudor brillaban en su frente, y sus ojos habían adoptado una expresión ausente.

—Pues ahora parece que no hay nadie en la casa —dijo Laura. No mencionó lo del frutero roto.

—Entonces deberíamos ir al supermercado —respondió Su, haciendo un gesto con su cabeza hacia la izquierda. Fue un movimiento extrañamente rígido, pues seguía aferrada a la chaqueta de su hija—. Está abierto. Lo dice el letrero. Boris tiene que estar allí, o por lo menos su esposa.

Laura tenía un mal presentimiento al respecto. Algo le hacía pensar que entrar en el supermercado no era una buena idea. No podía explicarse por qué, pero lo sentía así: sabía que lo mejor que podían hacer era marcharse del pueblo lo antes posible.

«Pero primero tenemos que pedir ayuda», pensó. No había forma de evitarlo.

—¿Todavía tienes el cuchillo?

Su asintió y le mostró la mano por debajo de la chaqueta de Mia. La afilada hoja de metal brilló bajo el sol del mediodía.

—Está bien —dijo Laura—, veamos si Boris está aquí. Si no, al menos habrá un teléfono.

Cruzaron la plaza hasta el pequeño supermercado. Esta vez era Laura quien abría paso. Su iba trotando detrás ella, y su modo de andar se parecía preocupantemente al de su hija. Parecía que ella también estuviese andando dormida.

Casi habían llegado cuando Su se detuvo de golpe.

—Creo que está muerta, Laura —dijo. Fue una declaración sobria, sin un ápice de emoción.

Laura la miró, anonadada.

—Pero ¿qué dices? ¡Eso es una tontería! Mia se ha escapado de casa, eso es todo. La encontraremos.

—Ya no la siento —insistió Su, inexpresiva—. Es como si hubiera desaparecido de repente.

—Encontraremos a Mia —repitió Laura, lentamente, enfatizando cada palabra—. Así que deja de decir tonterías y ven conmigo.

Llegaron entonces a la entrada del supermercado, frente a la que había aparcados tres coches. La puerta que daba a la calle estaba abierta, pero cuando Laura entró en el supermercado vio que no había luz. Los estantes estaban en penumbra, y no se veía un alma.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

En la quietud de la tienda, donde solo se oía el zumbido de las neveras y los congeladores, su voz sonó fuerte y aguda. Si hubiera habido alguien, la habría oído sin duda. Aun así, insistió:

—¿Hola?

Nada.

Anduvo a lo largo de las filas de estantes y miró a su alrededor mientras Su la seguía en silencio.

«¿Dónde están todos?», pensó. «Esto no es posible».

Pero así era, por lo visto. En el supermercado no había nadie excepto ellas dos.

Cuando llegaron al último pasillo, en el que estaban los artículos de limpieza, Laura se volvió hacia la caja registradora. No había dado ni cinco pasos cuando empezó a sonar música de pronto, y la voz de un hombre dijo:

—¿Cansada de frotar las sobras quemadas de sus sartenes?

Lanzando un grito, Laura se apartó de un salto del mostrador y se dio un golpe con la estantería de los productos de limpieza de inodoros. Su también gritó y sostuvo el cuchillo frente a ella, sujetándolo con ambas manos.

La voz siguió hablando, impertérrita.

—¡Pues eso se acabó! —dijo.

Laura pudo ver que venía de un pequeño altavoz conectado a un sensor de movimiento junto al pasillo de las sartenes. Ahora, el monitor que acompañaba al altavoz mostraba a una feliz ama de casa que en ese momento estaba tirando a la basura sus guantes de cocina.

—¡Mierda! —exclamó Laura—. Casi se me sale el corazón.

Su dejó caer el cuchillo y se puso detrás de Laura. Juntas avanzaron hasta la caja.

Tras el mostrador, Laura descubrió una puerta que pensó que podía ser prometedora. Efectivamente, tras ella había una oficina con forma tubular que

también se usaba como espacio de almacenamiento. Al final, una escalera conducía al piso de arriba.

Buscó un teléfono en la pequeña oficina, pero no encontró ninguno. En cambio, vio un bolígrafo tirado en el suelo, junto al escritorio, que estaba cubierto de papeles y octavillas. Fue hasta la mesa y apartó los papeles. Tal vez el teléfono solo estuviera mezclado en aquel desorden...

Pero no. No había ninguno. Laura negó con la cabeza sin poder dar crédito.

«Sin móvil, sin teléfono en la oficina. Pero ¿quién vive aquí, los habitantes de la cara oculta de la luna?».

Entonces sus ojos se posaron en un bloc de notas en el que alguien había estado escribiendo una lista. Una relación de pedidos, supuso, mientras repasaba las palabras que iban apareciendo...

Pero al llegar a la última línea sintió que se le paraba el corazón.

Papel para embal

«Embalar», se dijo, mirando el bolígrafo que había en el suelo. «¿Por qué no acabaste de escribirlo?».

—Deberíamos ir a mirar al piso de arriba —dijo Su—. Seguro que allí hay un teléfono.

Habló en un susurro, como si de pronto tuviera miedo de que alguien las descubriera allí, y al instante Laura sintió que no estaba segura de si realmente deberían llamar a alguien.

«Una llamada y luego salir corriendo», le aconsejó su instinto.

En el camino hacia las escaleras, Laura buscó algo con lo que poder defenderse en caso de ser atacadas. Su tenía el cuchillo, al menos. Pero en los estantes del supermercado solo encontró artículos de limpieza, papel higiénico, rollos de cocina y todo tipo de paquetes de alimentos.

Tragó saliva, nerviosa, apretó los puños y empezó a subir las escaleras. Su la siguió de cerca.

Lo vieron antes de llegar arriba.

Durante unos instantes, Laura se quedó petrificada.

—¡Oh, Dios! —exclamó Su detrás de ella, sosteniendo el cuchillo con fuerza otra vez.

Sin lugar a dudas, en el piso de los Schumann se había librado una verdadera batalla campal. A través de las puertas abiertas de la sala de estar y la cocina vieron sillas volcadas y una mesa de comedor colocada en un ángulo extraño en la habitación. Debajo de ella, la colorida alfombra estaba

descentrada, y parecía que formara olas en el suelo. En todas partes había objetos esparcidos por el suelo: libros, un cuenco de porcelana para dejar las llaves —roto en mil pedazos—, zapatos...

A solo unos metros de distancia, un camión de bomberos ensangrentado yacía también en el suelo. Un bombero sonriente saludaba desde la pequeña cabina de plástico rota. A su lado había una taza de café, también con restos de sangre. Incluso el espejo resquebrajado que cubría las puertas del armario de la sala de estar estaba salpicado de sangre. Parecía como si alguien hubiera sido empujado contra él y se hubiera cortado las manos, o tal vez la cara, con el impacto.

La mirada de Laura se posó en un objeto, pero ella tardó un rato en darse cuenta de lo que su mente estaba tratando de decirle.

«¡Un teléfono!».

El auricular yacía en el suelo, como un hueso blanco, junto a una mesilla auxiliar que estaba volcada. Con cuidado se dirigió hacia él, esquivando los cristales y las salpicaduras de sangre en el suelo laminado, y pasó también por encima de un marco de fotos roto. Era una foto familiar que mostraba a un matrimonio con sus tres hijos rubios.

Con las yemas de los dedos, Laura cogió el teléfono de entre el montón de cristales ensangrentados. Solo entonces se dio cuenta de que estaba temblando. Sus dedos apenas acertaban a pulsar los números que quería, pero al final logró marcar los tres dígitos del número de emergencias y presionar después la tecla de llamada.

No sucedió nada, así que lo intentó de nuevo.

En vano.

No había señal, ni línea ni nada.

—¡Laura!

La voz de Su le llegó desde la cocina. Cuando Laura llegó a su lado, estaba junto al horno y se tapaba la boca con la mano. Con los ojos abiertos como platos, miraba fijamente a la niña que yacía boca abajo en un charco de sangre. En la parte posterior de su camiseta, otrora blanca y ahora ensangrentada, había clavados varios cuchillos de cocina, un tenedor de carne y unas tijeras.

Era la hija mayor de los Schumann, la chica con expresión seria que aparecía en la foto familiar. Ahora sus ojos sin vida miraban el cuchillo para cortar la carne que tenía asido con la mano derecha.

A Laura le entraron ganas de vomitar. Se notaba el pulso en las sienes y se sintió repentinamente abotargada, como si todos sus pensamientos tuvieran

que atravesar una gruesa capa de algodón para poder formularse.

—Tenemos que irnos de aquí —fueron las primeras palabras que salieron de sus labios.

—¿Encontraste el teléfono? —preguntó Su, apartando la cabeza para dejar de mirar a la chica del suelo.

—Sí, pero no funcionaba.

—Tenemos que llamar a la policía —dijo Su, frotándose la cara con desesperación—. Boris tiene dos hijos más. Tal vez hayan logrado escapar. Pero si él sigue aquí, en alguna parte, entonces... ¡Dios mío, espero que Mia no haya corrido a sus brazos! Esa es probablemente la razón por la que tengo el mal presentimiento de que ella...

Sus últimas palabras se convirtieron en un sollozo. Laura se acercó a Su y le pasó el brazo por los hombros.

—Vamos, aquí ya no hay nadie —le dijo—. Las otras habitaciones están vacías, y no creo que...

Un débil ruido metálico al final del pasillo hizo que las dos se dieran la vuelta.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Su.

Laura se encogió de hombros rápidamente, mientras ambas miraban horrorizadas hacia el lugar en el que habían oído el sonido: una puerta cerrada en el extremo izquierdo del pasillo.

—¿Allí también has mirado? —le susurró Su, que volvía a asir el cuchillo con fuerza entre las manos.

—No —murmuró Laura a su vez, haciéndose con una sartén de hierro que encontró colgada en la pared, junto al horno—. De camino hacia arriba no vi esa puerta.

Volvieron a oír el ruido. Una especie de cucaracha metálica, que de inmediato volvió a quedarse en silencio.

Laura agarró con fuerza la sartén. Pesaba una barbaridad, pero no estaba segura de que fuera a servirle de mucho contra un hombre como Boris Schumann. Si por alguna razón hubiera enloquecido y hubiese matado a su familia, ni su sartén ni el cuchillo de Su podrían hacer nada por detenerlo.

—¡Vamos, tenemos que salir pitando de aquí! —siseó, pero su hermana la detuvo.

—¿Y si es uno de los niños?

—Tal vez. Pero... ¿y si es él?

Su negó con la cabeza.

—De ser así ya haría rato que nos habría atacado.

Por tercera vez oyeron un ruido tras la puerta del pasillo.

Su hizo un gesto a Laura para que la siguiera, y entonces empezó a avanzar con cautela.

Se deslizaron hacia la puerta, detrás de la cual se escuchó el extraño sonido, esta vez un poco más flojo.

Su intercambió una mirada con Laura y puso la mano en el pomo. Laura respiró hondo y asintió, y entonces Su abrió la puerta.

Se quedaron sin respiración cuando vieron la bañera. El borde estaba ensangrentado, como si alguien se hubiera dado un cabezazo. Los utensilios de maquillaje estaban esparcidos por las baldosas del suelo, y, en medio de todos ellos, un frasco de desodorante rodaba de un lado a otro, empujado por el viento que se colaba por la ventana abierta. Era eso, precisamente el ruido metálico que habían oído. Eso y la ventana, golpeando repetidamente la pared. Laura tragó saliva. Miró la bañera y luego a Su. Había gotas de sudor en la frente de su hermana, y sus manos temblaban con el cuchillo. Luego, asintieron casi simultáneamente y entraron con cautela en el baño, Su aferrada al cuchillo y Laura a la pesada sartén, que sostenía en alto para bajarla de golpe si fuera necesario.

La bañera estaba vacía, y detrás de la cortina de la ducha no había nadie. Estaban solas en el piso, a excepción de la chica muerta en la cocina.

Laura miró por la ventana, pues sobre el suelo embaldosado había un rastro de sangre que conducía hacia ella. También el marco estaba manchado con un montón de sangrientas huellas dactilares. Era como si alguien se hubiera quedado allí un buen rato.

Con cuidado, se asomó por la ventana y miró hacia el jardín trasero, más allá del cobertizo. Allí también creyó ver huellas, como si alguien hubiera salido por la ventana y hubiese pasado por el techo del cobertizo con las manos ensangrentadas.

«Alguien a quien acabamos de sorprender».

Ella se dio vuelta e hizo un gesto a Su para que la siguiera. De nuevo en el pasillo, buscó en el cuenco de las llaves, que estaba volcado en el suelo. Por fin se hizo con la del coche, que levantó con un gesto triunfal.

—¡Y ahora larguémonos de aquí! Conduciremos hasta el próximo pueblo y buscaremos ayuda. Cuanto más rápido, mejor para Mia.

Esta vez, Su no la contradijo. Ella también parecía haberse dado cuenta de que esa era la única forma en que podría encontrar a su hija. Pasara lo que pasara en aquel lugar, ellas no estaban preparadas para afrontarlo.

En el camino de regreso a las escaleras, Laura observó que su hermana miraba el camión de bomberos de juguete. Debía de haber pertenecido al niño de la familia. Laura esperaba que él y su hermanita hubieran podido escapar. Tal vez hubieran sido ellos los que se escaparon por la ventana del baño. Tal vez ambos hubieran pensado que Su y ella eran el asesino, que volvía a la casa.

Pero... ¿y la esposa? ¿También habría huido? ¿Por la pequeña ventana del baño? No parecía demasiado probable...

Laura tenía un dolor de cabeza terrible, y cuando salieron del supermercado sintió también unas ganas enormes de vomitar. Intentando mantener la calma, se apoyó sobre el anuncio del super... Leyó las palabras *Carne picada de la región*, y vio a la joven que yacía sobre su propia sangre, en el piso de arriba, con el cuchillo de la carne sujeto en su mano muerta. Entonces vomitó.

Su se acercó a ella y le sujetó la frente.

—Lo siento —dijo Laura, limpiándose la boca con la manga de la chaqueta—. Querría ser fuerte, pero...

—Eres fuerte —dijo Su, apartándole el pelo de la cara. Ella también estaba temblando—. Las dos somos fuertes. Y ahora iremos a buscar ayuda.

Ella sonrió, como si fuera valiente. Trataba de resultar reconfortante, de infundirle confianza, pero no fue del todo capaz de reprimir la desesperación de su mirada.

En cualquier caso, Laura asintió, agradecida. Entonces se volvió hacia los tres coches que había en el aparcamiento y presionó el mando a distancia. Inmediatamente, las luces de un Audi plateado con una pegatina en el maletero parpadearon.

—¡Vamos! —dijo Laura, corriendo hacia la puerta del conductor.

¡Por fin! Se marcharían de allí, volverían por el paso de montaña y se detendrían en la gasolinera, desde donde podrían llamar a la policía. Ellos les enviarían una patrulla de búsqueda y les ayudarían a encontrar a Mia. Entonces descubrirían lo que había sucedido en aquel lugar, y podrían...

—¡Mamá!

Las dos se dieron la vuelta y miraron hacia el otro lado de la plaza del pueblo, desde donde una niña las saludaba con la mano.

—¡Mia! —gritó Su—. ¡Allí está Mia!

Laura apenas podía creerlo. Sí, era Mia. No le había pasado nada. Estaba bien. Es más, había cambiado. De pronto no estaba seria, ni rígida. Parecía

volver a ser la niña feliz que siempre había sido. Las saludaba y sonreía como había hecho hacía apenas unos días, en el parque.

Su comenzó a correr hacia ella. Mia la saludó una vez más con la mano y desapareció corriendo y riendo tras la esquina de una casa. Su madre salió tras de ella.

—¡Mia! ¡Espera! ¿Adónde vas?

Laura se quedó mirándolas. Algo no andaba bien. Allí había algo extraño. Volvió a sentir náuseas y ganas de vomitar, y de pronto notó que el mundo empezaba a dar vueltas a su alrededor. Rodeó el coche y se llevó las manos a las sienes. Parecía que la cabeza le fuera a estallar. Le sobrevino un repentino malestar, como una marea. Como si alguien hubiera apartado una cortina y le hubiera mostrado el horror que hasta entonces se había escondido entre bambalinas.

Fue el bebé.

«El bebé se lo enseñó».

Ante sus ojos vio pasar las imágenes más horribles que jamás hubiera contemplado en la vida.

Quiso correr detrás de Su, pero apenas logró moverse unos centímetros. De pronto sintió que las rodillas le flaqueaban, las piernas le temblaban y su cuerpo no deseaba obedecerla. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantenerse siquiera en pie. Pero hizo acopio de todas sus fuerzas y logró ponerse en movimiento. Fue entonces cuando sintió unos violentos pinchazos en el abdomen.

Como si todo en ella se opusiera a su intento de seguir a Su.

«El bebé no quiere que corra tras ella».

«Aléjate de ella», le dijo ahora una voz en su interior. «¡Aléjate de ella!».

Laura trató de ignorar la voz. Gritó el nombre de Su y se puso en movimiento, pesada, torpemente, con el andar tambaleante de un borracho, hacia el otro lado de la plaza del pueblo, mientras la voz de su cabeza seguía emitiendo su advertencia: «¡Aléjate de ella!».

El bebé estaba gritando, y una nueva oleada de dolor la recorrió de arriba abajo. Sin embargo, ella no obedeció. Temía perder el juicio —quizá incluso haberlo perdido ya—, pero aún temía más preguntarse qué le pasaría a Su si ella no la seguía.

¿Por qué se había escapado Mia? ¿Por qué no volvía con su madre?

La respuesta le pareció de golpe tan simple como aterradora. «¡Porque quiere alejarla de mí! Porque ella era uno de los niños que treparon por la

ventana ensangrentada del baño. Y no, no estaban escapando de nosotras: ¡estaban espiándonos!».

Por fin llegó al otro lado de la plaza. Miró hacia la calle en la que Mia se había detenido junto a una pequeña fuente y la vio abrir los brazos para recibir a su madre, que corría hacia ella con una sonrisa en el rostro.

Laura quiso advertirla, pero se le quebró la voz. Solo pudo emitir un grito afónico.

Su no se dio la vuelta al oírlo. Ahora solo tenía ojos para su hija. Cuando llegó a donde estaba Mia, cayó de rodillas y la abrazó.

Laura avanzó a trompicones hacia ellas. A cada paso, pensaba que estaba a punto de caerse, y empezaba a sentir un dolor insoportable en el vientre. El bebé quería evitar a toda costa que ella se acercara a Mia y a Su.

Ni un metro más.

Y finalmente ganó. Laura se derrumbó. Cayó de rodillas, temblorosa, indefensa, incapaz de dar un paso más.

Mia la vio detenerse y le dedicó una sonrisa por encima del hombro de su madre. Laura vio que Su estaba llorando de felicidad y de alivio. No se dio cuenta de que el brazo de su hija se separó de ella y su mano tanteó el suelo sin mirarlo, apartó la chaqueta roja que Su había dejado en el suelo, y cogió el cuchillo, sin más. El mismo cuchillo de hoja afilada y cortante con el que su abuelo solía preparar los ejemplares que él mismo había pescado en el lago. El mismo cuchillo que Mia había usado para pinchar los neumáticos e impedir que se largaran de allí.

Laura gritó como un animal herido, pero todo sucedió demasiado rápido. Su se quedó demasiado aturdida para defenderse. Antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, Mia elevó el cuchillo en el aire y lo dejó caer con fuerza sobre la espalda de su madre.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

A la cuarta, la hoja se quedó atascada en su garganta. Mia se apartó de ella. Tenía la cara y el pequeño cuerpo manchados con la sangre de su madre.

Su cayó sentada emitiendo un sonido espeluznante, como un gorjeo, y levantó las manos hacia el mango del cuchillo. Parecía querer sacárselo de la garganta. De aquel lugar en el que Mia adoraba apoyar su cabecita rizada cuando era un bebé.

Sin fuerzas ya, su cabeza golpeó el pavimento al caer definitivamente y su rostro descompuesto se quedó mirando a Laura. Abrió y cerró la boca varias

veces, y, al fin, su mirada se congeló y sus manos, que aún agarraban el mango del cuchillo, se relajaron.

Mia se puso de pie sobre su madre muerta y sonrió a Laura con los ojos brillantes de pura perversión.

Laura hizo acopio de todas sus fuerzas y se arrastró hacia ella. Hacia el ser que tenía enfrente y le sonreía. Hacia el monstruo que había matado a su hermana. ¡A su propia madre! Ella quería matar a ese ser endemoniado. Con sus propias manos, si era necesario. Aunque fuera lo último que hiciera en la vida.

—Tú... tú... —jadeó.

Mia ladeó la cabeza ligeramente y la miró con curiosidad.

—¿Sí? ¿Qué pasa conmigo? ¿Quieres...?

No dijo nada más. En el mismo momento en que estaba dando un primer paso hacia Laura, se oyó un disparo, y de la parte posterior de su cabeza salió lanzada una nube de sangre roja y astillas de hueso destrozado. Y Mia cayó al suelo cuan larga era.

Sin dar crédito a nada de lo que estaba pasando, Laura miró fijamente a la niña muerta, apenas a un brazo de distancia. Incluso en la muerte, parecía seguir mirándola.

—¡No te acerques a ella! —le gritó una voz masculina—. ¡Ven conmigo! ¡Date prisa!

Laura reconoció la voz. Giró la cabeza y vio a Bernhard Jacobs, que estaba de pie en una puerta con un rifle de caza.

—¡Levanta! —insistió—. ¡Venga, venga! ¡Cuando lleguen los demás ya no habrá nada que hacer!

Se puso de pie haciendo un esfuerzo enorme y tratando de contener el mareo y las ganas de vomitar, y por fin se tambaleó hacia el anciano, que se acercó a ella un poco, con el rifle preparado y sin dejar de mirar de un lado a otro del callejón.

—Apóyate en mí —dijo apresuradamente, y Laura obedeció.

Jacobs se pasó el arma a la mano derecha, cogió a Laura con la izquierda, la arrastró hasta la casa y la empujó contra la pared del pasillo.

—¿Puedes mantenerte de pie? Tengo que soltarte un momento.

Ella asintió débilmente y recostó la espalda y las dos manos contra la pared.

A toda prisa, Jacobs cerró la puerta y luego, con un grito ahogado, empujó un viejo tocador hasta dejarlo justo frente ella, bloqueando la entrada.

—Eso los mantendrá fuera durante un tiempo —dijo resoplando.

Soltó el rifle y lo colocó junto a una ventana tapiada con tablones de madera. En la penumbra del pasillo, Laura reconoció algo que yacía en el suelo, bajo la ventana. Una pequeña figura sobre la que había puesto una manta. Debajo, un delgado riachuelo de sangre que ahora se había secado sobre la madera.

«Dos», pensó aturdida. «Ha matado a dos. Quizá a más».

De pronto, el suelo bajo sus pies pareció balancearse, y el espacio a su alrededor se volvió borroso. Le dio tiempo a notar que estaba cayendo al suelo. Después, su conciencia cayó también, pero en un agujero profundo y oscuro.

Cuando volvió en sí estaba tendida en un sofá. Parpadeó, confusa, y miró a su alrededor. Conocía aquel salón, aunque hacía muchísimos años que había estado en él por última vez: fue el día que acompañó a su padre a casa de Bernhard Jacobs para comprarle carne de venado fresca.

—Ah, estás despierta —dijo Jacobs, inclinándose hacia ella desde su sillón.

La última vez que se vieron, en el funeral de su madre, Jacobs aún le había parecido un hombre ágil y atlético, pero ahora tenía un aspecto frágil, como agotado, pensó Laura. Tenía el pelo completamente blanco, al igual que la barba, y bajo sus ojos acuosos destacaban unas enormes ojeras oscuras.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza, se incorporó y bajó las piernas de la montaña de almohadas que le había puesto el anciano para favorecer la circulación de su sangre.

Le tendió una taza humeante.

—Manzanilla. Me temo que no tengo nada más.

—Gracias —dijo ella, y sintió que empezaba a temblar a medida que iba recuperando la memoria gradualmente—. Mia... la niña... tú la has...

Él le entregó con cuidado la infusión. Luego, asintió con gravedad.

—No tenía otra opción.

Laura lo miró durante un tiempo. No podía comprender realmente qué era lo que había pasado.

—¿Qué significa todo esto? ¿Qué está sucediendo?

Jacobs se encogió de hombros.

—No lo sé. Cuanto más pienso en ello, más creo que estoy atrapado en una pesadilla de la que no puedo despertar.

Laura asintió.

—A mí me pasa lo mismo.

Ella dio un sorbo a su taza, y luego, otro más largo. Durante unos instantes estuvieron ahí sentados, en silencio. Solo el tictac de un reloj de pared antiguo llenaba el silencio de la habitación. Entonces Laura miró hacia la puerta frente a la que estaba el enorme tocador. El rifle ya no estaba junto a la ventana, sino inclinado junto al sofá de Jacobs.

Jacobs la había seguido con la mirada.

—Aún no han venido —dijo—. Francamente, no me parece una buena señal. Hasta ahora venían enseguida. Creo que solo están tramando un plan sobre cómo llegar hasta nosotros.

—¿Estamos a salvo aquí?

Él negó con la cabeza.

—Es una casa antigua. Tarde o temprano entrarán, me temo. Con las demás también han podido...

—¿Con las demás? —Laura dejó la taza sobre una mesita auxiliar y miró a Bernhard Jacobs con curiosidad—. ¿Qué ha pasado aquí?

El anciano sacó una petaca del bolsillo de su chaleco y desenroscó la tapa. Le temblaban los dedos, y Laura estaba convencida de que no era solo por la edad.

—Todo empezó ayer por la noche —dijo dando un trago largo. Luego, se la pasó también a Laura, pero esta declinó la oferta—. Yo acababa de quedarme dormido cuando me despertaron unos gritos horribles —continuó, dejando caer la palma de la mano sobre su regazo—. Se trataba de una mujer que vive a solo tres casas de aquí. Al principio pensé que estaba teniendo una discusión con su marido, al fin y al cabo, estas cosas ocurren, pero entonces la vi desde la ventana. Corría de un lado a otro, y gritaba de tal modo que parecía que hubiera perdido completamente el juicio. Le sangraba la nariz como si se hubiera chocado con algo, o como si alguien le hubiera dado un puñetazo en la cara. Al principio seguí pensando que quien la perseguía era su marido, pero entonces los vi. Tres de esos críos corrían tras ella. Se reían y aplaudían. Luego, se les sumó una cuarta niña. Yo conocía a uno de ellos. Era el hijo de nuestro cartero. Un chiquillo encantador, más bien tímido. Y ahí estaba, clavándole a esa mujer un cuchillo en el pecho.

Sus ojos se humedecieron. Dio otro trago para reunir fuerzas y seguir hablando.

—Entonces empecé a oír gritos en todas partes. Stefan, mi vecino de al lado..., los niños lo tiraron por la ventana. ¡Sus propios hijos! No murió, porque vivía en el primer piso, pero entonces llegaron más chavales y acabaron con él. Con unas *agujas de punto*.

Laura tragó saliva.

—¿Nadie intentó detenerlos?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez, ¿quién sabe? Pero creo que pocos podrían. Quiero decir, son niños. No importa lo que hagan, siguen siendo *niños*. ¿Quién puede imaginar siquiera de lo que son capaces? Y si van tras alguien, ya es demasiado tarde.

Bajó los ojos y dejó escapar un suspiro bien audible. Luego, con una mano temblorosa, señaló la ventana en el pasillo, en un gesto que parecía señalar tanto a Mia como al niño que estaba bajo la manta de lana.

—El pequeño de allí —dijo en voz baja—. Se llamaba Philip. Solo tenía seis o siete años. Rompió el cristal de la ventana y comenzó a atacarme. Con un cuchillo. Era el hijo del carnicero del pueblo. El año pasado, cuando mi perro aún vivía, se pasaba por aquí a menudo y le traía restos de salchichas. Amaba a mi perro, nos llevábamos estupendamente... y ahora, de pronto, quería *matarme*. Así; sin más. Y yo no habría sido el primero. Su cuchillo goteaba sangre. Yo... tuve que dispararle, de lo contrario...

Se tapó la cara con las manos y rompió a llorar. Laura se inclinó y le acarició el brazo. La imagen de aquel anciano sollozando le rompió el corazón.

—¿Crees que ha sobrevivido alguien más, aparte de ti?

El hombre negó con la cabeza y las lágrimas cayeron por su regazo.

—Yo solo he visto muertos —dijo recuperando la compostura—. No pude ayudar a nadie. Solo soy un anciano...

Laura cogió sus huesudas manos.

—A mí me has salvado la vida.

—Pero a los otros no. Fui demasiado cobarde. Cuando vi a esos demonios lanzar a los adultos fuera de las casas, me atrincheré en la mía. A través de la ventana, los vi llevarse a los muertos. Uno de ellos era Frank, mi vecino, al que conocía desde la escuela. Le habían destrozado el cráneo con algún objeto contundente y lo estaban transportando en su propia carretilla. ¡Fue tan... tan *horrible!*

Laura pensó en las dos figuras con la carretilla que había visto en el campo. Y entonces recordó las palabras del niño de su sueño de la noche anterior.

«Ha llegado el momento».

Vio el teléfono sobre un mueble que quedaba al lado del armario del salón. Era un aparato antiguo, pero...

—¿Ha intentado llamar para pedir ayuda?

—Por supuesto —dijo Jacobs, resoplando con enojo—. Pero el teléfono no funciona. Creo que han cortado las líneas.

El anciano se frotó la cara con la manga y bebió otro sorbo de la petaca.

—Tampoco puedo huir porque mi coche lleva dos días en el taller. Está a solo cinco manzanas de aquí, pero es como si estuviera en la luna. Los niños nunca me dejarán ir tan lejos.

—Yo tengo un coche —dijo ella—. Está cerca, en el aparcamiento de Schumann. Podríamos correr hasta allí y marcharnos.

Él la miró, y una pequeña chispa de esperanza brilló en sus ojos.

—Ya no soy lo que se dice ágil corriendo —dijo.

—Pero tienes eso —dijo Laura, señalando su arma—. Y ahora los niños saben lo que puedes hacerles. Debe de ser por eso por lo que te han dejado en paz.

—Es posible. —Miró el rifle y asintió, pensativo—. El problema es que solo tengo una bala más. Guardo mi munición en la cabaña del guardabosques. ¿Cómo iba a imaginar que algún día tendría que defender mi vida con esto?

—Vaya..., pero los niños no saben que no tienes más balas —dijo Laura. Ella quería irse de allí mientras aún fuera posible, y de ningún modo dejaría al anciano allí—. Después de lo que acaba de suceder, imagino que bastará con que los amenaces con ella. Como dijiste hace un rato, no son más que niños. Podemos asustarlos.

—Sí, puede que tengas razón —dijo él con expresión seria—. Cualquier cosa será mejor que quedarse aquí sentado, esperando.

Dicho aquello se levantó de la silla y cruzó la sala arrastrando los pies hacia un estrecho armario de roble. Sacó un manajo de llaves de sus pantalones de pana y lo abrió.

Cuando regresó al lado de Laura, tenía una pistola en la mano.

—Ten, era de mi padre —dijo ofreciéndosela a Laura—. Todavía funciona bien.

Laura miró la pistola.

—Pero yo no puedo...

—Por supuesto que puedes, niña. Con el rifle quizá no podrías, pero esta de aquí ejercerá el mismo efecto si las cosas se ponen difíciles. Solo le quedan dos balas en la recámara, pero es una más de las que tengo yo, y desde luego es mejor que nada.

—Nunca he disparado.

—No te preocupes, le quitaré el seguro antes de irnos.

Puso la pistola en su mano. Pesaba más de lo que parecía, y olía a pólvora.

—Todo lo que tienes que hacer es sostenerla delante de ti y apretar el gatillo —le dijo—. Es sencillo. No te lo pienses mucho y hazlo cuando sea necesario. Los niños no te darán una segunda oportunidad.

Laura miró el arma, preguntándose si realmente sería capaz de usarla en caso de que fuera necesario. La simple idea de disparar a un niño le parecía absolutamente imposible, y deseó con toda el alma no tener que enfrentarse a esa decisión.

—Bueno, creo que deberíamos irnos —dijo finalmente Jacobs—. Afuera se está formando una tormenta y no querría pasar otra noche aquí, a ser posible.

—De acuerdo —dijo ella poniéndose de pie—. No perdamos más tiempo.

Bernhard Jacobs se colgó el rifle al hombro. Miró a Laura y sonrió brevemente.

—Por desgracia no conociste a mi esposa —dijo con cansancio—. Karolin era una mujer maravillosa. Cada vez que salía a cazar, me decía que fuera con cuidado. Bueno, creo que si nos viera ahora, nos lo diría a los dos. Así que ves con cuidado, niña.

—Te lo prometo.

—Bien; entonces vamos.

Laura siguió al anciano por el pasillo. Allí lo ayudó a apartar el tocador de la puerta, evitando en todo momento mirar el triste bulto que quedaba debajo de la ventana.

Por fin, Bernhard Jacobs volvió a sacar su llavero y la miró seriamente.

—¿Lista?

A Laura no le salió la voz. Tenía un nudo en la garganta.

Jacobs asintió.

Entonces abrió la puerta.

Ya en la acera, lo primero que hizo Bernhard Jacobs fue quitar el seguro a la pistola.

—Llévala siempre enfocando al suelo y toca el gatillo solo cuando tengas que disparar —le dijo en voz baja.

Luego, se quitó el rifle del hombro, lo cogió entre sus manos y empezó a caminar.

Laura lo siguió.

La calle estaba tranquila. Solo se oían las hojas secas de otoño que se arrastraban por el pavimento, el chapoteo del agua de una fuente y el ruido lejano de la tormenta que se aproximaba.

El corazón de Laura latía con fuerza en su pecho mientras miraba a su alrededor. Peor aún que el miedo por lo que podría ocurrirles le resultó la imagen de los dos cadáveres que yacían a tan pocos metros de distancia de allí.

Su y Mia estaban casi juntas. Su sangre se había extendido a su alrededor y parecía una única alfombra roja brillante. Sus ojos inertes miraban en la misma dirección, como si estuvieran comprobando hacia dónde iban Laura y el anciano. Sin ellas.

—Yo... no puedo hacer esto —dijo Laura deteniéndose.

—¿El qué? —Jacobs la miró con enorme preocupación—. ¿Qué es lo que no puedes hacer?

—Dejarlas aquí. De verdad, no puedo.

—Pues tienes que hacerlo —le espetó él—. Ya no puedes hacer nada por ellas.

—Pero son mi hermana y mi sobrina. No importa lo que les haya pasado.

Jacobs se humedeció los labios nerviosamente.

—Escucha, niña —dijo en voz baja pero enérgica—. Las dos están muertas, y si no queremos compartir su destino, debemos salir de aquí a toda velocidad.

—Podríamos llevarlas hasta el coche —sugirió Laura—. No está lejos de aquí.

—¿Y cómo te imaginas que lo hagamos? ¿Tú coges a la pequeña y yo a tu hermana? —Negó vigorosamente con la cabeza—. ¡Oh, no, no podré hacerlo, soy un viejo! ¡Así que haz el favor de salir de aquí!

Laura miró a Mia y a Su. Las lágrimas le caían por las mejillas.

Por supuesto, sabía que Jacobs tenía razón. Las dos estaban muertas. No podían hacer nada por ellas... Y, sin embargo, se sentía responsable, aunque fuera de sus cuerpos inertes. Después de todo, viajar hasta el pueblo había sido idea suya. Tal vez todo hubiera sido distinto si se hubieran quedado en casa. En cualquier caso, ambas estarían vivas.

Solo le quedaban dos opciones. O se iba sin ellas, o al menos se llevaba a Mia consigo.

No se lo pensó dos veces: se guardó la pistola en el bolsillo de la chaqueta y se acercó a la niña. Trató de no mirar su cabecita ensangrentada, y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para ponerse en cuclillas y levantar el cuerpo de la criatura sin vida.

—Lo siento tanto, Su... —susurró a su hermana—. Pero sé que lo entenderías.

—¡Vámonos de una vez! —siseó Jacobs—. ¡Tenemos que largarnos de aquí!

Laura asintió. Apenas podía ver algo por las lágrimas.

«Quizá podríamos traer el coche hasta aquí», pensó mientras caminaba. «Por ahora no ha aparecido nadie. Si logramos llegar al coche, podría regresar y recoger también a Su. Y luego nos largamos, llamamos a la policía y...».

Unos grititos estridentes la sacaron de su ensimismamiento.

Bernhard Jacobs miró rápidamente a su alrededor y apuntó con el cañón de su rifle a cada una de las callejuelas que confluían hacia la suya.

En el aire empezó a oírse el inquietante trote de los pies de multitud de niños, acercándose a ellos desde todos los lados. Y entonces aparecieron.

Había muchos. Laura calculó que unos treinta o cuarenta. Niños y niñas de entre cuatro y quince años.

Salieron de todas las calles y les cortaron el paso. Pronto formaron un círculo alrededor de ambos, y pudieron ver que cada niño portaba un arma: martillos, cuchillos, hachas, sierras... Uno de los niños tenía una pala, y una de las niñas, un rastrillo de jardín.

Había una cruel alegría en sus ojos, unida a un odio sin límites que Laura nunca había visto en un ser humano real.

Ninguno de ellos dijo una palabra, y sin embargo parecía que estuvieran comunicándose entre ellos. Laura escuchó sus voces, pero no con los oídos, sino con la cabeza. Los susurros fueron confluyendo en una única frase:

«¡Moriréis!».

—¡No os acerquéis! —les gritó Bernhard Jacobs—. ¡No os acerquéis, pequeños monstruos, u os volaré la cabeza! ¿Eso es lo que buscáis?

Giró sobre su propio eje y los apuntó a todos, amenazadoramente, con el cañón del rifle.

De hecho, los niños dieron un paso atrás. Algunos miraron a Mia, que colgaba sin vida en los brazos de Laura. Uno de los chicos hizo una mueca de disgusto cuando vio el cráneo abierto de Mia, del que goteaba la sangre. A pesar de que trató de disimularlo, a Laura le pareció ver miedo en sus ojos.

—Márchate, niña —le susurró Jacobs—. ¡Yo los entretendré!

—Tenemos que seguir juntos —le susurró ella a su vez.

—Y lo haremos. Pero ahora tienes que adelantarte. ¡Vamos! —le espetó, y luego se volvió hacia los niños—. Y vosotros... ¡no os mováis ni un centímetro! ¡Quietos!

Laura se mordió los labios y caminó lentamente hacia delante.

Se acercó a los niños que bloqueaban el camino hacia la plaza del pueblo. Eran un grupito de tres niñas y dos niños. Parecían nerviosos, como si estuvieran considerando lo que tenían que hacer. ¿Debían detener a Laura y correr el riesgo de que Jacobs les disparara, o debían hacerse a un lado y dejarla pasar?

Laura sintió un sudor frío corriéndole por la frente. Uno de los niños tenía un hacha en la mano. El filo estaba manchado de sangre y pelos.

El anciano iba justo detrás de ella, agitando su rifle incesantemente de un lado a otro.

—¡Más rápido! —le gritó—. ¿A qué estás esperando?

Laura respiró hondo e hizo acopio de todo su valor. Siguió avanzando hacia los niños. Ya solo quedaban tres o cuatro pasos.

El chico levantó el hacha amenazadoramente, pero la dejó caer como si alguien se lo hubiera ordenado. Luego, se hizo a un lado y los otros le imitaron.

Laura apenas podía creerlo. El camino frente a ella estaba libre. Sin pensárselo dos veces, empezó a correr. Tan rápido como pudo, con la niña muerta en sus brazos, corrió hasta la plaza del pueblo.

Casi podía sentir los ojos de los niños clavándose en su espalda, pero ninguno de ellos la siguió.

Después, vio el coche.

Bernhard Jacobs se quedó mirando a Laura. No hizo ningún esfuerzo por ir tras ella, sino que siguió sosteniendo el rifle y apuntando a los niños con él.

Cuando Laura finalmente desapareció de su vista, sintió un gran alivio. Ella lo había conseguido; tal vez él pudiera lograrlo también. Tal vez consiguiera mantenerlos a raya hasta que Laura regresara con el coche. Si pudiera retenerlos así como estaban, quietos, bajo control, durante un tiempo, tal vez le quedara aún una posibilidad.

Tal vez.

Como para cortar de raíz ese atisbo de optimismo, los niños y niñas volvieron a replegarse. Sus oscuras miradas no dejaban lugar a dudas.

De una de las calles laterales le llegó un chirrido. Un sonido que le resultaba francamente familiar, y que había oído ya, varias veces, la noche anterior. El chirrido de la carretilla de Frank.

Esta vez la empujaban los gemelos Hansen. Sus rostros estaban sudados y rojos. Parecían agotados.

«No me extraña», pensó Jacobs, furioso. «Esas criaturas infernales han trabajado arduamente toda la noche».

Dos niñas que llevaban sendos cuchillos de cocina enormes se hicieron a un lado y dejaron entrar en el círculo a los gemelos con su carretilla. Estos la empujaron hasta ponerla junto al cuerpo de Susann y entonces se detuvieron.

Un niño mayor fue hacia ellos y dejó su motosierra en el suelo junto al cadáver de Su. Luego, la cogieron entre los tres, dispuestos a subirla a la carretilla.

—¡Ni se os ocurra, bastardos! —les gritó Jacobs—. ¡Soltadla o disparo!

El chico mayor se quedó petrificado y pareció pensar por un momento. A continuación, dejó el cadáver en el suelo, efectivamente, y entonces se volvió hacia Jacobs y sonrió.

—Vaya, vaya —dijo, dando unos pasos hacia Jacobs. Luego, se detuvo y añadió—: Lástima que solo te quede una bala.

Jacobs lo miró, aturdido.

—¿Y tú qué sabes?

—Está en tu cabeza. Puedo oírlo. No dejas de pensar en ello.

—Pero ¿de qué coño hablas?

—No debes decir palabrotas —le dijo el niño—. Además, ya ves que puedo hacerlo, viejo. Todos podemos. Hemos aprendido mucho los unos de los otros.

—¿Crees que voy a entrar en tu estúpido juego? —le espetó Jacobs—. No me das ningún miedo.

—Oh, sí —le dijo el niño, y ahora su rostro se puso serio—. Claro que *tienes miedo*. Porque sabes que no te dejaremos ir. Porque no nos habéis dejado otra opción. O sobrevivís *vosotros* o lo hacemos *nosotros*.

—Pues tú no me dejas otra opción a mí. O sobrevives tú o lo hago yo —gritó Bernhard Jacobs, apuntando a la cabeza del niño con el cañón del rifle. Una hermosa cabeza que dejaría de estar allí en cuanto apretara el gatillo.

—Solo una bala —repitió el chico con frialdad, levantando el dedo índice en un gesto más que significativo—. Solo una. Yo en tu lugar me lo pensaría dos veces.

Jacobs resopló desdeñosamente.

—No sé qué hay que pensar.

—Mientes —dijo el niño con naturalidad—. Claro que hay que pensar. En realidad no haces otra cosa desde que dejamos irse a la mujer. Fue muy amable por nuestra parte, ¿no te parece?

De nuevo la sonrisa maliciosa.

—No lo hicimos por ella —continuó el niño—. Ni tampoco por ti. Solo la dejamos vivir porque lleva a uno de los nuestros en su interior.

Jacobs tragó saliva y miró a su alrededor. El círculo de niños iba estrechándose a medida que estos iban acercándose a él. Habían levantado sus cuchillos y rastrillos, y estaban listos para matarlo.

Suponiendo que no se les adelantara.

—¡Hazlo, viejo! —le dijo el niño, y después una niña que Jacobs reconoció como la hija del panadero también levantó la voz.

—¡Sí, hazlo! —gritó la pequeña, y luego todos se sumaron al clamor—. ¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡Hazlo!

Jacobs miró a los niños, que de pronto habían dejado de ser niños para convertirse en monstruos cargados de odio y a la espera de su muerte. Querían ver su sangre, y, por Dios, no había duda de que la verían de un modo u otro.

Lágrimas de ira y desesperación le corrían por las mejillas. Estaba en el bando de los perdedores y ya no había nada que hacer.

Vio que los gemelos dejaban de gritar y se ponían de nuevo manos a la obra: cogieron el cadáver de Susann por los hombros y las piernas, y lo subieron a la carretilla como si fueran sepultureros profesionales. Y, por todos los demonios, eso es lo que eran en realidad.

Dentro de unos minutos también lo cargarían a él en la carretilla. Quizá se llevaran primero a la mujer, porque no podrían con el peso de los dos cuerpos, pero... ¿qué más daba eso, al final? Lo cierto era que él sería el próximo muerto. El último adulto del pueblo. No había escapatoria posible.

—¿A qué esperas? —le preguntó el niño—. Hazlo, o lo haremos nosotros, aunque preferiríamos que nos ahorraras el esfuerzo. ¿Crees que podrás hacerlo?

Bernhard Jacobs sintió que le faltaban las fuerzas. Cayó de rodillas pensando en su esposa. «Ve con cuidado», le decía siempre.

«Lo siento, Karolin», pensó él ahora, mientras las lágrimas corrían por su rostro. «Creo que tendría que haber ido con más cuidado. Pero ahora ya no puedo hacer nada».

Se concentró con todas sus fuerzas en el rostro de su mujer. En el rostro que tenía de joven, hace muchos años, cuando se conocieron. Recordó sus preciosos ojos verdes, su pelo cobrizo y su risa alegre y contagiosa. Lo bien que olía cuando la tenía en sus brazos.

Sí, quería llevarse ese olor consigo adonde quiera que le llevara el destino.

Apoyó su barbilla contra el cañón del rifle y buscó el gatillo con dedos temblorosos.

Laura se quedó petrificada cuando oyó el disparo. Estaba a solo unos metros del Audi de Boris Schumann, y el peso de Mia amenazaba con tirarla al suelo, pero de pronto sintió que no podía moverse.

Desde el otro lado de la plaza le llegaron los gritos de júbilo de los niños. Risas y aplausos, como si un mago acabara de presentarles un truco especialmente chulo en una fiesta de cumpleaños.

Empezaron a temblarle los labios y sus ojos se llenaron de lágrimas. Jacobs había sido un buen amigo de su padre, había cuidado de su madre, y más tarde había vigilado la casa del lago. Incluso le había salvado la vida a ella, no solo una vez, sino dos. Entregó su vida por ella: se sacrificó ante las bestias.

«¿Es eso lo que somos?», le preguntó el bebé que llevaba en su interior. Era voz de niño. Su hijo. Parecía interesado e indignado al mismo tiempo. «¿De verdad crees que somos bestias?».

Sí, eso era justo lo que pensaba. Eso eran ahora, precisamente, aquellas criaturas que en el pasado fueron niños. Y lo único que en esos momentos sentía por su hijo nonato era un profundo y absoluto desprecio.

Se sobresaltó al oír los gritos de los pequeños del pueblo, acercándose. Corrían hacia ella, desde todas las calles. En pocos minutos le habrían dado alcance.

A toda prisa, buscó la llave del coche en el bolsillo de su chaqueta. No fue fácil, porque tenía que tener cuidado con no dejar caer a Mia y que esta se quedara mirándola con sus ojos inertes.

Cuando por fin encontró la llave, la sacó y apretó el botón de apertura. Inmediatamente, las luces del Audi parpadearon y Laura intentó entrar en el coche, pero se había equivocado de botón y en lugar de las puertas lo que se abrió fue el maletero, que parecía bostezar como una boca grande y oscura.

A sus espaldas, el trote de los niños se oía cada vez más fuerte.

—¡Ahí está! —exclamó la voz de una niña, no muy lejos de allí—. ¡Todavía está aquí!

«No por mucho tiempo», pensó Laura, metiendo el cuerpo inerte de su sobrina en el maletero.

Cuando cerró y se dio la vuelta para entrar en el coche, los primeros niños ya habían llegado a su altura. Amenazándola con sus rudimentarias armas, formaron un círculo alrededor del coche y la rodearon.

Luego empezaron a acercársele cada vez más, y uno de los niños agitó un cuchillo del pan frente a ella.

—¡Vete! —le gritó Laura—. ¡Lárgate de mi vista! ¡Desapareced todos!

Pero los niños siguieron bailando en torno a ella, sonriendo y haciendo muecas.

En su desesperación, Laura buscó el arma que Jacobs le había dado. Ella sacó la pistola de su chaqueta y la agitó frente a los pequeños.

Todos callaron inmediatamente, y se quedaron mirándola con curiosidad.

Laura sintió que el pánico le recorría la columna vertebral.

—¡He dicho que os vayáis! —gritó, agitando el arma de nuevo.

Dio un paso atrás, hacia la puerta del conductor. Los niños no se movieron.

Laura dio otro paso.

Nada, los niños solo la observaban.

El mayor de ellos, un chico alto y delgado con el pelo oscuro y rizado, sonrió levemente. La expresión de pánico de Laura parecía divertirle.

—Nunca saldrás de aquí, Laura —le dijo, y parecía casi amable—. Pero tampoco te hace falta. ¿Adónde querías ir? ¿De vuelta a la ciudad?

—No es asunto tuyo —le respondió ella, dando otro paso atrás.

Había llegado justo a la altura de la puerta. Buscó a tientas el tirador, pero el coche seguía cerrado. Claro, antes solo había abierto el maletero.

Sin dejar de apuntar a los niños con la pistola, que sostenía con la mano derecha, Laura rebuscó con la izquierda en el bolsillo de su chaqueta. Por fin, dio con las llaves, miró de soslayo los botones y —esta vez sí— presionó el botón adecuado. Las luces parpadearon nuevamente y la puerta se desbloqueó.

—Por última vez —dijo—. Apartaos y dejadme pasar.

—Preferiríamos que volvieras a la casa junto al lago —le dijo el niño—. Es mucho más bonita que la ciudad. Y tu hijo estaría con nosotros.

Ella se limitó a mirarlo con desprecio. Agarró la pistola con más fuerza, luego levantó el brazo y disparó al aire a modo de advertencia. La explosión fue ensordecedora, y varios de los niños dieron un respingo, asustados.

Laura no esperó, sino que disparó de nuevo. Pero aunque ahora más niños parecían sorprendidos y se llevaban las manos los oídos, ninguno de ellos se alejó de allí.

—Tú no quieres matarnos —dijo el niño mayor, sin inmutarse—. Tú nunca dispararías a los niños ¿verdad, Laura?

Ella le apuntó con el arma.

—Puede que no quiera hacerlo, pero si tú y los demás no os apartáis ahora mismo, te aseguro que lo haré.

Ahora el chico sonrió y avanzó hacia ella.

Sin pensárselo dos veces, Laura apretó el gatillo. Pero en lugar de un disparo, solo pudo oírse un clic metálico.

Entonces recordó las palabras de Bernhard Jacobs.

«Solo le quedan dos balas en la recámara, pero es una más de las que tengo yo, y desde luego es mejor que nada».

El niño se detuvo justo delante de ella, extendió su mano y le dijo:

—Venga, dámela.

Laura se quedó sin aliento. Seguía apuntando al niño con la pistola. Sí, no estaba lista para rendirse. No tenía nada que perder y no pensaba entregarse sin luchar.

El niño agitó su mano con impaciencia.

—¡Dame la pistola, Laura!

—No —dijo ella.

Entonces cogió aire y le golpeó en la cara con el arma. El niño cayó al suelo inmediatamente, y los otros lo miraron, sorprendidos.

Sin prestarle la menor atención, Laura entró en el coche y encendió el motor. Luego, dio gas pisando el embrague. Una vez, y otra.

Los niños se hicieron a un lado y ella salió de allí, disparada. Un niño y una niña parecieron contemplar la posibilidad de plantarse en mitad de la calle, pero en el último momento cambiaron de opinión y se hicieron a un lado.

«Matan, pero temen a su propia muerte», pensó Laura con tristeza, y aceleró.

Por el espejo retrovisor vio que los niños corrían tras ella. Gritaban, le lanzaban piedras, y la amenazaban con sus propios puños y armas.

Y por fin salió del pueblo.

Cuando llegó al desvío hacia el paso de montaña, unos kilómetros más adelante, le salió de golpe todo el miedo, la ira, el dolor, la desesperación... y rompió a llorar desconsoladamente. Le costaba un esfuerzo ingente mantenerse en su carril con tantas curvas, pues las lágrimas le dificultaban la visión.

Por ahora estaba a salvo, pero ¿qué se suponía que debía hacer? ¿A quién tenía que recurrir? ¿A la policía?

Nadie creería su relato. Niños que han matado a los adultos de todo un pueblo para... ¿Para qué? ¿Para hacerse con el poder?

«Para compensar la balanza», le dijo una voz que a esas alturas ya conocía demasiado bien. Su hijo, el que crecía en ella y era apenas más grande que un pulgar. Y, sin embargo, ya era uno de ellos. Un monstruo.

—¿Es venganza? ¿Es eso? ¿Queréis vengaros? —gritó, golpeando el volante.

«Llámalo como quieras», le dijo la voz a modo de respuesta, tranquila y fría. «Tú sabes exactamente a qué me refiero. En todas partes del mundo nos hacéis cosas terribles. ¿Y por qué? Porque para vosotros lo único que cuenta son vuestras vidas. Vuestra prosperidad, vuestro placer, vuestro fanatismo, vuestro odio».

—¡Eso no es cierto! No todos los adultos son así. Cometemos errores, es verdad. Pero hacemos las cosas lo mejor que sabemos, y tratamos de aprender de los errores del pasado.

«¿En serio? ¿Eso hacéis?», preguntó la voz, que ahora sonaba burlona. «Pues los niños no lo notamos. ¿No será que eso es solo algo que te dices a ti misma para tranquilizar tu conciencia? Durante las últimas semanas has podido ver lo que tú y tu generación estáis haciéndonos. Te pareció horrible, ¿recuerdas? Tanto que quisiste huir de la sociedad y esconderte en el paisaje idílico junto al lago. Pero esos lugares no son más que ilusiones, y al huir de la realidad lo que sucede es que solemos empeorar las cosas. Porque ciertamente no está cambiando nada. Ahora nosotros tendremos que transformarlas, y lo haremos sin vuestra ayuda».

—No lo lograréis —dijo Laura, acelerando aún más—. El mundo es demasiado grande. ¿De verdad queréis matar a todos los adultos?

«Hace tiempo que hemos empezado, Laura. ¿O acaso pensabas que ese minipueblo iba a ser el único lugar del mundo que queríamos cambiar? No, ya estamos en todas partes. Y cada vez somos más. Pronto todos los niños serán como nosotros. El futuro es nuestro, Laura. Todo nuestro. Y nada nos detendrá. ¡Ni siquiera tú!».

—Ya veremos —le respondió ella, secándose el sudor de la cara—. A mí no me ganarás, ya te lo digo. Tú no matarás a nadie, porque no llegarás a nacer.

Al decir aquello piso el acelerador a fondo. Sabía lo que tenía que hacer. El lugar no estaba muy lejos. Ya había dejado atrás el mirador, y ahora solo le quedaba una curva, y luego otra, y por fin la roca frente a ella.

Respiró hondo mientras seguía apretando el acelerador, preparándose para la gran oscuridad en la que estaba a punto de entrar.

Vio la curva frente a ella. La curva que no llegaría a tomar.

La voz de su cabeza profirió un agudo chillido, y al mismo tiempo sintió unos violentos calambres en sus brazos y piernas. El niño trataba de hacerse con el control de su cuerpo, no cabía duda, pero Laura tenía toda el alma

puesta en enfrentarse a él. Sus manos se aferraron al volante y se esforzaron por mantenerlo recto en lugar de trazar la curva que se abría ante ellos. Con todas sus fuerzas, mantuvo el pie en el pedal del acelerador y se obligó a no oír la tentación de pisar el freno.

El coche empezó a dar tumbos. Entonces rozó la pared rocosa que quedaba a su izquierda, y luego chocó contra los bolardos del lado derecho de la carretera.

Laura salió disparada contra el cojín blanco del airbag y luego se quedó bloqueada por el cinturón de seguridad. Su cabeza golpeó con fuerza la ventana lateral.

Entonces oyó chirridos de metal y cristales que se rompían...

—... y perdí el conocimiento.

Laura Schrader calló, y durante un minuto o dos reinó el más absoluto silencio en la pequeña habitación. Miró hacia la claraboya. Seguía lloviendo.

—No sé cuánto tiempo estuve así —dijo al fin—. De vez en cuando recuperaba el conocimiento, y luego volvía a perderlo. Oía la lluvia repiqueteando en el coche. Muy queda; muy a lo lejos. De pronto apareció Patrick y me iluminó la cara con una linterna. Al principio pensé que eran imaginaciones mías, pero resultó que era él de verdad. Me dijo que había pedido ayuda y que se iba hacia el pueblo. Quería ir a buscar a Su.

Se apretó las sienes y se quedó un rato callada. Luego, movió la cabeza lentamente hacia los lados, antes de mirar a Robert otra vez.

—Creo que se lo advertí —dijo con tristeza—. Le avisé de que no fuera al pueblo. Él me respondió algo... No recuerdo qué. Luego, se marchó, y yo debí de desmayarme de nuevo. En algún momento llegó el servicio de rescate...

Robert se reclinó en su silla. Así que esa era la versión de los hechos de Laura Schrader.

Vaya historia... ¡Niños que se vengan de los adultos!

«Lo cierto es que los pequeños tendrían motivos de sobra», pensó. «Al fin y al cabo, los condenamos a heredar un mundo en el que cada día mueren docenas de especies de animales y plantas. Un mundo de océanos contaminados y de polución, herido por los desastres naturales y climáticos derivados de la Revolución Industrial. Y todo porque durante generaciones la humanidad ha ido incorporando el concepto erróneo de que su bienestar depende principalmente del crecimiento constante».

Sí, podía entender la idea de Laura Schrader, por absurda que le pareciera. Él también tenía hijos y se sentía frustrado y preocupado por el mundo que

iba a dejarles.

Desde un punto de vista psicológico, su historia tenía sentido. Descubrir que estaba embarazada había desencadenado en ella un profundo conflicto interno: acababa de darse cuenta de la enorme responsabilidad que asumía si elegía tener a su hijo, y eso la llevó a cuestionarse su vida pasada. Después de todo, su carrera se había basado en hacer que la sociedad de la opulencia ansiara aún algo más, por muy satisfecha y saturada que estuviera. El estrés laboral de Laura, pues, junto con la creciente desorientación sobre lo que sería su futuro, debía de haber desencadenado ese conflicto interno. Al final, algo en ella se había confundido tanto que había encadenado una serie de nociones irracionales.

De modo que él y Bennell volvían a estar como al principio. Sabían tan poco como antes de esa conversación, y las dos preguntas más importantes seguían sin respuesta: ¿dónde estaban los habitantes del pueblo?, y ¿quién había asesinado a Mia Landers?

Robert se frotó las sienes y miró brevemente a la cámara. Había llegado el momento de dar por acabada esa conversación. Aun así, se preguntaba por qué Bennell tardaba tanto en entrar. Esa historia no conducía a nada.

Le dolía la cabeza y le ardían los ojos por la sequedad del aire acondicionado. Necesitaba aire fresco y un café bien cargado. Y luego, cuando hubiera descansado un poco, intentaría resumir en un informe todo lo que Laura Schrader le había contado.

—No me crees.

La voz de ella lo sacó de sus pensamientos y lo trajo de vuelta al presente. Sus ojos expresaban una mezcla de desilusión y enfado.

Él la miró por un momento.

—Oh, sí —le dijo finalmente—. Te creo. Pienso que intentabas suicidarte para matar a tu hijo.

—Exacto —respondió ella con seriedad—. Pero no funcionó. Mi hijo no lo permitió. Él quiere vivir.

—¿Lo culpas por eso?

—Por supuesto que no. Solo lo culpo de querer aniquilarnos, a mí y a todos los adultos.

—Bueno, por ahora tu hijo te necesita.

Ella se rio amargamente.

—Solo para darle a luz y cuidarlo hasta que los otros niños puedan ocuparse de él.

Una vez más, Robert buscó la cámara, y luego se volvió hacia Laura Schrader. Para su sorpresa, se dio cuenta de que ella estaba sonriendo.

—Quieres que venga el inspector jefe y acabe con esto, ¿verdad?

—Sí, la verdad es que sí —le dijo él—. Estoy cansado, y es obvio que tú también.

—¿Estás seguro de que sigue allí? —preguntó ella—. Tal vez ya haya saltado todo a la ciudad. Es más, yo diría que es lo más probable. Entonces sería una suerte que estemos aquí atrapados y los de afuera necesiten un código para abrir la puerta.

—¿Por qué? ¿Porque, si no, los niños de la calle me matarán? —Robert no pudo reprimir el tono irónico de su voz. Estaba cansado y se estaba hartando de esta historia.

Laura Schrader lo miró con pena.

—Desearía que pudiéramos evitarlo. Pero ni tú ni yo vamos a poder con ellos. Tú al menos tienes la oportunidad de suicidarte, mientras que yo...

De acuerdo, ya era suficiente. Esa conversación empezaba a derivar en lo absurdo y Robert no tenía ningunas ganas de seguir perdiendo el tiempo. Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Yo en tu lugar no lo haría —oyó decir a Laura Schrader a su espalda.

Él la ignoró, tratando de recordar el código. Se trataba de una secuencia numérica de cuatro dígitos que empezaba por dos. Pero no podía recordar nada más.

¡Si al menos les permitieran tener tarjetas de códigos en el departamento forense! Maldita sea, pero ¿por qué no aparecía Bennell de una vez por todas?

Volvió a mirar a la cámara y señaló la puerta. La luz roja sobre la lente brillaba como de costumbre, pero en la puerta no hubo reacción.

¿Qué estaba pasando? Si hubiera surgido algo nuevo y Bennell hubiera tenido que irse le habría informado antes, sin duda.

—¿No me has oído? —insistió Laura Schrader—. Será mejor que te quedes aquí.

Robert se dio la vuelta hacia ella.

—Así que de verdad crees que ahí fuera hay niños que matan a los adultos, ¿verdad?

—No lo creo, lo sé.

—Señorita Schrader, me temo que esto es solo una ilusión. Lo que cuentas, simplemente, no es posible.

—¡Entonces sal! ¡Vete de aquí, si aún te dejan! ¡Encuentra los cuerpos! Y luego ya volveremos a hablar... O más bien no, porque te matarán en cuanto

salgas de esta habitación.

Robert dejó escapar un profundo suspiro y dio un paso hacia ella.

—Un mundo sin adultos —dijo finalmente—. Nadie que contamine y destruya el medio ambiente, que promueva la guerra, que abuse de los niños o los maltrate o los adoctrine. Pararlo todo y empezar de cero. ¿Es eso lo que crees que quieren hacer los niños?

Ella asintió.

—Está bien —dijo, y se sentó de nuevo a la mesa—. Supongamos por un momento que eso es lo que quieren y que de un modo u otro acaban lográndolo. Supongamos que eliminan a todos los adultos y que se quedan solos en el mundo. ¿Qué harán cuando ellos mismos sean adultos? Quiero decir, al final todo es cíclico, ¿no? Peter Pan pudo tener su Nunca Jamás, pero la realidad es muy distinta. Todos los niños crecerán un día, por mucho que se opongan a ello. ¿Y qué crees que pasará entonces? ¿Serán asesinados por sus propios hijos, y estos por los suyos cuando llegue el momento? ¿Crees que la vida, ahora, será así?

—No lo sé.

—¡Pues deberías pensarlo, Laura! Deberías pensarlo detenidamente, hasta darte cuenta de que lo que imaginas no puede ser real. Tu historia carece de lógica. ¡No tiene ningún sentido!

Ella se encogió de hombros y miró hacia abajo, como si esperara escuchar la respuesta de su hijo. La del ser que habitaba en su interior y había puesto en su boca todas aquellas palabras que Robert pensaba, sin ninguna duda, que eran de ella.

Quizá ahora el niño callara por eso. Porque no existía. No, al menos, como ella creía.

—Tal vez esos niños nunca crecerán —agregó Laura con incertidumbre—. O no, al menos, como nosotros.

Robert se reclinó en su silla y movió la cabeza.

—Permíteme que lo dude —dijo—. Por lo que dices, los niños nos acusan de ser egoístas y no preocuparnos por las generaciones venideras. Nos acusan de actuar como bestias, ser unos asesinos y desperdiciar los recursos de nuestro planeta. Bueno, eso es lamentablemente cierto. Tanto, que la humanidad se irá de verdad al garete si no cambia. —Hizo una pausa por un momento y luego la miró intensamente a los ojos—. Pero si nuestros hijos nos aniquilaran a todos para hacernos responsables de las injusticias que hemos cometido contra ellos, no serían mejores que nosotros. Forjarían su idea del

futuro en el odio y el asesinato. Que es, al fin y al cabo, lo que le ha sucedido millones de veces a la humanidad. ¿Qué los haría mejores entonces?

Laura Schrader cerró los ojos por un momento. Incluyó la cabeza como si escuchara una voz interior. Era la misma actitud que había descrito de su sobrina y los otros niños.

Luego, lo miró de nuevo.

—Dice que no nos odian.

—Ajá —contestó Robert, con un toque de sarcasmo en su voz—. ¿Y qué razón tienen entonces para matarnos?

Nuevamente inclinó la cabeza, y cuando habló, su voz sonó casi infantil. Otra indicación de que estaba completamente absorta en la construcción de su fantasía.

—Nos tienen miedo —dijo—. Cada uno de los niños se siente indefenso en sí mismo, y por ello han decidido unirse.

—¿Una... necesidad?

—Sí, no veían otra manera de hacerlo.

En ese momento, el mecanismo de la puerta zumbó.

Por una milésima de segundo, y dado su estado de tensión e irritabilidad, Robert pensó que una multitud de niños estaba a punto de entrar en la sala, capitaneados tal vez por sus propios hijos: la pequeña Lissi y su hermano Pascal, un año mayor que ella, ambos con los rostros enrojecidos y las miradas cargadas de odio. Todos, por supuesto, armados hasta los dientes y preparados para matarlo.

Laura Schrader también miró hacia la puerta con evidente ansiedad. Pero fueron Frank Bennell y su asistente Lipinski, junto con dos enfermeras, quienes entraron en la pequeña sala.

Robert sintió desaparecer de golpe la extraña tensión que había sentido hacía unos instantes. Como si en algún rincón oscuro de su mente subconsciente hubiera creído la historia de Laura Schrader. Ahora le parecía una tontería, y la achacó, algo avergonzado, a su dolor de cabeza y el exceso de trabajo.

—¡Robert! Lamento no haberte atendido antes, pero estamos apurados —dijo Bennell, con un tono de voz casi efusivo.

Robert miró al policía con asombro mientras las dos enfermeras cogieron a Laura Schrader por los brazos y la condujeron hacia la puerta. La embarazada de antes no estaba allí.

Laura Schrader se resistió a que se la llevaran. Con los ojos muy abiertos por el miedo, se dio la vuelta para mirar a Robert.

—Es nuestra culpa —gritó—. ¡Nosotros les enseñamos! ¡Nosotros somos los monstruos! ¡Nosotros!

Robert la miró en silencio, y luego oyó sus gritos en el pasillo, ahogando las voces de las hermanas que trataban de tranquilizarla.

—Pobrecita —dijo Bennell—. Obviamente, ha perdido la cabeza.

—Bueno, desafortunadamente, nuestra conversación no nos ha conducido a nada —dijo Robert—. Parece que sufre algún tipo de trastorno paranoico.

—Es posible —le respondió Bennell—, y ahora sabemos a qué se debe. Ya hemos descubierto lo que ha sucedido.

Robert lo miró con sorpresa, y el policía asintió con una sonrisa de satisfacción.

—Hay una razón por la que la señorita Schrader se halla en este estado —dijo, y miró su reloj y añadió—: Ahora tengo que irme, pero si me acompañas a la salida, te lo contaré todo por el camino. Es increíble, Robert, ¡es realmente increíble!

Mientras caminaban fueron interrumpidos continuamente por el móvil de Bennell (llamadas que siempre acababan con un «ya estoy saliendo»), de modo que Robert fue conociendo la historia del policía muy poco a poco.

El colega de Bennell, Lipinski, ya lo esperaba en el coche. Cuando los vio salir, encendió el motor.

—¿De modo que residuos tóxicos? —dijo Robert al fin, dando un sorbo al café que se había comprado en la máquina expendedora en la entrada.

Bennell se metió el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y asintió.

—Como dije, los túneles están llenos. Deben de contener miles de barriles. Todavía no sabemos el número exacto. Cuanto más avanzan los equipos de búsqueda, más barriles llenos de residuos encontramos.

Miró su reloj y luego a Lipinski.

—Lo siento, Robert, pero ahora tengo que irme.

Buscó sus cigarrillos e hizo una seña a Lipinski con la cajetilla. A pesar de la lluvia, a Robert le pareció ver que este ponía los ojos en blanco y apagaba el motor.

—El tema es —dijo Bennell, encendiéndose un cigarrillo, que los barriles deben ser de los años setenta, y que, según las etiquetas, los residuos provienen de toda Europa.

Robert lo miró con curiosidad.

—¿Alguna idea de quién es el responsable?

—Parece que se trata de una compañía minera que se asentó en la zona por un tiempo —dijo Bennell—. Cuando la compañía se marchó, muchas de

las galerías fueron derruidas. La versión oficial decía que ya no eran productivas y que no querían poner en peligro a la gente de la zona mediante nuevas excavaciones. Parecían muy atentos y cuidadosos. Sin embargo, con el tiempo una gran parte de los barriles se ha ido oxidando, y el caldo venenoso ha llegado hasta las aguas subterráneas, y, por ende, al suministro de agua potable. —Señaló el cielo y continuó—: Las fuertes lluvias de las últimas semanas han contribuido a acelerar todo el proceso. Lo que latía en el subsuelo acabó saliendo a la luz gracias al agua fresca de la montaña, como decía aquel viejo anuncio de cerveza.

—¿Estás tratando de decirme que Laura Schrader, Linda Hoffmann y todos los demás fueron envenenados?

—Nuestro jefe de laboratorio, el doctor Rilla, está convencido de ello. Él y su equipo están haciendo ahora mismo todas las evaluaciones. Llevará un tiempo, pero me ha mostrado una lista preliminar, y en ella aparece todo lo que puedas imaginar: alcaloides, pesticidas y yo qué sé cuántas cosas más. En cualquier caso, por supuesto, también ciertas sustancias que pueden provocar alucinaciones y paranoias. Se encontraron rastros de ellas en la sangre de la señora Hoffmann, así como en la muestra que se tomó de la señora Schrader durante su ingreso en la clínica. El doctor Rilla dice que el efecto es especialmente fuerte en los niños, ancianos y mujeres embarazadas.

Robert miró su taza de café medio llena y la dejó caer en el cubo de basura de la salida.

—Pero ¿por qué nadie lo notó? Quiero decir, el agua potable es nuestro alimento más controlado, ¿no?

—En sí mismo, sí —dijo Bennell—. Por eso suponemos que esto no es solo un gran escándalo ambiental, sino también un escándalo político. Apuesto a que hubo muchos sobornos. En aquel momento, cuando la compañía decidió ocultar los residuos tóxicos en las minas, había en el pueblo un alcalde, cuyo hijo es ahora responsable de esta región. Que todas las personas del pueblo hayan desaparecido, incluido él mismo, podría ser una señal de que este personaje fuera consciente de la bomba de relojería que tenía bajo su suelo.

—¡Eso sería escandaloso!

—Desde luego —dijo Bennell, expulsando el humo de su cigarrillo por la nariz—. Pero aún hay más. Se da la casualidad de que este tipo también es el responsable del suministro regional de agua potable de la Oficina de Gestión del Agua, de modo que tuvo que ser el primero en enterarse de lo que estaba sucediendo en su comunidad.

—¿Insinúas que fue él quien evacuó el pueblo? Pero ¿adónde pueden haber ido?

—Bueno, tal vez sea solo una coincidencia, pero ha llegado a mis oídos que su familia es una de las más ricas de la región —dijo Bennell—. Entre otras cosas, su esposa es propietaria de toda una colonia abandonada, no muy lejos de la aldea. Nuestra gente ya está de camino. Estoy seguro de que allí encontraremos a la gente del pueblo. Todos, a excepción del alcalde y de su esposa, imagino. Pero no llegarán muy lejos, te lo aseguro.

Robert se frotó la frente. Su dolor de cabeza se había convertido en un latido realmente desagradable, y le costaba pensar con lucidez.

Un escándalo de residuos tóxicos. Sustancias alucinógenas en el agua. Políticos corruptos. Si bien todo esto era mucho más creíble que la historia de Laura Schrader, aún había algunas inconsistencias en esa historia...

—Pero ¿qué pasa con la niña asesinada y los rastros de pelea en el pueblo?

—Esperamos que esas personas tengan la respuesta para todas nuestras preguntas —contestó Bennell—. Por ahora solo podemos especular. Tal vez no todos en el pueblo hubieran aceptado la evacuación. O puede que las sustancias del agua no solo hubieran vuelto a la gente paranoica, sino también agresiva.

Lipinski tocó el claxon con impaciencia y Bennell asintió con la cabeza. Presionó la colilla de su cigarrillo contra el borde del cubo de basura y se sacó el teléfono de la chaqueta, para ver todos los nuevos mensajes que había recibido.

—Me temo que ahora sí tengo que irme —le dijo. Mientras caminaba, se volvió hacia Robert y levantó su móvil—. Te mantendré al día. ¡Joder, va a ser el mayor escándalo ambiental del siglo! A su lado, el tema del veneno de Seveso parecerá pura agua de Lourdes.

De camino hacia casa, Robert observó a la gente de la calle. No tuvo mucho tiempo para hacerlo, porque su taxi avanzó a velocidad récord entre el tráfico de la tarde. Afortunadamente, había dado con un conductor silencioso y amante de los clásicos del *rock*. Desde la radio, John Fogerty y su grupo Creedence les advertían en voz baja sobre una luna malvada y el fin del mundo.

No, el fin del mundo aún no había llegado, pero por lo visto sí lo había hecho otro desastre medioambiental que se sumaba a la avalancha general de informes negativos sobre catástrofes en todo el mundo.

«¿Qué podría hacer yo al respecto?» solía ser la pregunta que se hacía todo el mundo, incluido él mismo.

«¿Qué podría haber hecho yo al respecto?».

La respuesta a esa pregunta era tan triste como deprimente: nada. Él ni siquiera había nacido cuando los barriles malditos se colocaron en los túneles. La suya era la generación que ahora tenía que vivir con las consecuencias.

Cuando el taxi llegó a su destino y Robert entró en su bloque de pisos, se sentía agotado y con muchas ganas de descansar. Por lo menos el dolor de cabeza había disminuido un poco...

Durante unos segundos se quedó mirando el cartelito que Lissi les había regalado por Navidad el año pasado: una casita hecha por ella con galletas de jengibre, con cuatro ventanas en las que había puesto las fotos de los miembros de la familia: Jeanette y él arriba, y Pascal y ella abajo. (En la suya había escrito el nombre de Lissi porque, aunque el suyo verdadero era Elisabeth, ella lo aborrecía). A los pies de la casita había grabado en mayúsculas FAMILIA WINTER y había pintado las letras de color azul cielo.

En días como hoy —*especialmente* hoy—, ese letrero le parecía una promesa. Representaba protección y comodidad. Un refugio personal en el que uno podría retirarse de un mundo que a menudo resultaba incomprensible. Un mundo que a veces cambia demasiado y asusta a muchas personas. De no haber contado con aquello, haría mucho tiempo que se habría quedado sin trabajo.

Cuando entró en su piso, sonrió de forma involuntaria. Últimamente, los sociólogos habían empezado a hablar sobre la tendencia a retirarse de la sociedad —una disposición a las que se referían como *homing* o *cocooning*—, y en su mayoría expresaban un trasfondo de preocupación. Lo que reprochaban a esta gente, a los que se referían como *homer*, era un egocentrismo exagerado y una cierta indiferencia social. Pero Robert lo veía justo al revés. No hallaba nada malo en retirarse ocasionalmente al núcleo de su familia, sino más bien al contrario: solo allí podía recuperar las fuerzas necesarias para enfrentarse a los desafíos del mundo.

Se alegró cuando encontró el piso tranquilo y vacío. Así que le quedaba algo de tiempo para sí mismo.

Sobre la mesa de la cocina había un notita de Jeanette.

*He ido de compras.
Traeré algo del italiano para comer.*

Como los niños la acompañaban, eso significaba una gran *pizza* familiar. Mitad vegetariana, para las chicas, y mitad con jamón, para Pascal y para él.

Eso estaba genial, y más si antes podía descansar un poco.

Cogió dos aspirinas del armario del baño, volvió a la cocina y se sirvió un vaso de agua del grifo.

Estaba levantando el vaso de agua para llevárselo a la boca y tragarse las pastillas, cuando se detuvo de golpe.

Pensativo, se quedó mirando el agua.

«Al agua no le pasa nada», se dijo. «Las montañas están lejos de aquí. Esta es agua pura y fresca del grifo. De la que bebes varios litros cada día. No le pasa nada. Nada en absoluto».

Aun así, no se atrevió a beberla. Finalmente, vertió el agua en la pila y puso el vaso en el lavavajillas. Luego, sacó un vaso nuevo del armario y se metió las amargas aspirinas en la boca.

En lugar de agua mineral o zumo de frutas, solo encontró un cartón de leche abierto en la nevera. Por algo Jeanette había salido de compras.

Mientras vertía la leche en el vaso, leyó el sello de garantía alimentaria que había impreso en el cartón. Entre otras muchas observaciones, se apuntaba el hecho de que el año anterior habían recibido un premio a la mejor leche de granja nacional.

Antes de seguir pensando en eso, se llevó el vaso a la boca y le dio un trago. Mezclada con las aspirinas, que ya se habían disuelto en su boca, la leche tenía un sabor bastante desagradable. Rápidamente, dio otro sorbo y se lo tragó a toda velocidad.

En aquel momento algo le llamó la atención. No podía decir lo que era, pero notaba que algo a su alrededor había cambiado. Era como si faltara algo. Como si lo hubiera visto por el rabillo del ojo, pero ahora no diera con lo que podría ser en realidad. Como aquella palabra que se te queda bailando en la punta de la lengua pero no llega a salir.

Una inquietud inexplicable se apoderó de él. Si al menos supiera reconocer lo que acababa de ver...

«Maldita sea, me voy a volver un paranoico», pensó, lo cual no sería tan raro, al final. Se había pasado todo el día escuchando las historias más terribles, de las cuales no todas habían sido imaginaciones. Había visto fotos de una niña muerta, asesinada a tiros, a la que le faltaba la parte posterior del cráneo, y el cuerpo de una mujer que había intentado arrancarse a su propio hijo del vientre con unas tijeras de cocina.

Y luego están las escenas de todo el mundo, que Laura Schrader — obviamente— solo había imaginado, pero que en cualquier caso sucedían a diario, y de una forma muy similar, en la realidad.

«Incluso los psicólogos son humanos», le dijo una vez su profesor. «No importa cuánto sepamos guardar las distancias: al final siempre nos enfrentamos a nuestros límites».

Una reflexión muy cierta, pensó Robert, dejándose caer en el sofá. Cogió el mando de la tele, apoyó los pies en la mesita que tenía delante y encendió el aparato.

El caso ya se había hecho público. En todos los canales se informaba sobre el descubrimiento de las sustancias tóxicas. El número de barriles aún no se había determinado, pero un corresponsal de las noticias ya se refirió al asunto como «el escándalo del siglo», una frase que sus colegas adoptaron inmediatamente.

A estas alturas, pues, los periodistas también tenían claro que los habitantes de aquel pequeño pueblo habían sido evacuados en secreto. Las conjeturas sobre la corrupción y el nepotismo eran cada vez más elaboradas, e iban acompañadas por demandas de más control y contundencia en las leyes.

Se mostraron imágenes de archivo de la colonia, y, mientras una reportera informaba de que a la prensa se le había negado el acceso al interior, varias figuras con trajes de protección corrían de aquí para allá y se afanaban al otro lado de la cinta policial.

«¿De verdad quieres entrar ahí, querida?», pensó Robert, en un ataque de sarcasmo, dejando el mando a su lado.

Al final de la noticia, por supuesto, los políticos también tuvieron algo que decir. Todos los partidos declararon estar «profundamente conmocionados y afectados» por ese «comportamiento imprudente e inhumano» de los responsables del desaguado y prometieron una «explicación rigurosa y detallada».

Mientras Robert pensaba en la cantidad de veces en su vida que había escuchado ya esas frases, el telediario pasó a dar otra noticia distinta: un hombre había sido asesinado en el centro de la ciudad.

Robert se sobresaltó. La calle que aparecía en la pantalla no quedaba lejos de su casa. Por lo visto, el dueño de una agencia de publicidad había muerto a ladrillazos junto a un edificio en construcción. En la pantalla, el dueño de un kiosco estaba siendo entrevistado. Bajo su nombre, Robert leyó las palabras sobreimpresas: «el último en hablar con la víctima».

Robert pensó que aquello no era necesariamente cierto. Que quizá el o los asesinos también habían hablado con él.

Las campanillas de la escalera lo sacaron de sus pensamientos. Incluso antes de levantarse, la puerta se abrió y entró Jeanette. Venía cargada de bolsas de la compra y hacía malabares por sostener también una gran caja de *pizza*.

—¡Oh, cariño, ya estás en casa! ¿Puedes ayudarme, por favor?

Robert se levantó y se dirigió a donde estaba ella, le quitó las bolsas y a cambio recibió un beso en la mejilla.

—¿Dónde están los niños? —preguntó él entonces, dejando las bolsas en la cocina.

Jeanette lo miró sorprendida.

—¿Cómo? Pensé que estaban aquí contigo. No quisieron acompañarme porque hace un tiempo horrible. ¿Has mirado en su cuarto?

—No, la verdad, pero es que desde que he llegado no se oye ni un alma.

—Qué raro —dijo Jeanette, avanzando por el pasillo antes de sacarse siquiera el abrigo.

Robert la siguió hasta el cuarto de los niños, y cuando Jeanette abrió la puerta, ambos dieron un suspiro de alivio.

—¡Aquí estáis! —dijo Jeanette, sonriendo y sentándose con los niños sobre la alfombra, que estaba cubierta de piezas de Lego.

—Hola, a los dos —dijo Lissi, sonriendo a sus padres—. ¿Os gusta lo que Pascal y yo hemos construido?

Robert miró la torre que sus hijos le mostraban con tanto orgullo y sonrió.

—Bueno, si seguís así puede que no acabéis presentando esta obra en el MoMA, pero quizá sí alguna que hagáis después.

—¿Qué es el moma? —preguntó Pascal con la mirada curiosa de un niño de cinco años.

Desde la sala de estar sonó el móvil de Robert.

—Lo siento, esto podría ser importante —dijo, y agregó, dirigiéndose a Pascal—: Tu madre podrá explicártelo mucho mejor que yo.

Luego, anduvo por el pasillo hacia la sala de estar, donde su móvil se iluminaba y sonaba impaciente sobre la mesa.

No se sorprendió cuando leyó el nombre de Bennell en la pantalla. Seguramente habrían encontrado ya a los habitantes del pueblo, y para evitar filtraciones habrían impuesto un bloqueo temporal de las noticias referentes a la colonia.

Las primeras palabras de Bennell fueron, efectivamente, «¡Los tenemos!», pero lo cierto es que Robert apenas lo escuchó, pues se quedó mirando la tele con los ojos muy abiertos. En ella, las noticias hablaban sobre una niña de Arizona; una pequeña de ocho años con coletas rubias y un gran lunar en la mejilla.

Antes de que el periodista mencionara su nombre, Robert ya sabía que se llamaba Lucy Walker, y que el rosa era su color favorito. Rosa como su arma, en la que había una pegatina de Hello Kitty. Hacía apenas dos horas, Lucy había matado con ella a sus padres y a varios vecinos. Un total de nueve personas. Después de disparar también a los policías que entraron en su casa, los agentes no tuvieron más opción que disparar contra ella, en lo que el portavoz de la policía definió como «una tragedia».

—Pero... es imposible —murmuró Robert—. Laura no podía saber esto, porque ha sucedido hace solo dos horas, y en ese momento ella y yo estábamos recluidos en aquella...

—¡Robert! —exclamó la voz de Bennell—. ¡Robert! ¿Sigues ahí?

Le temblaba la mano cuando volvió a llevarse el teléfono a la oreja.

—Sí —dijo con un hilo de voz.

—¡Están muertos, Robert! —gimió Bennell—. ¡Todos muertos en una de las galerías! ¡Una montaña de cadáveres!

Robert se limitó a asentir.

—¿Algún niño entre ellos? —preguntó.

Tenía la voz ronca.

—Yo solo vi a una chica —dijo Bennell, con voz preocupada.

—¿Pelo muy rubio, de unos dieciséis años?

—Sí, eso creo, ¿por qué?

—¿Y ningún niño más?

—No. O al menos yo no he visto a ninguno.

—Ni lo verás —dijo Robert, pensando: «De modo que así es como se siente uno cuando pierde la razón»—. La chica es la hija del dueño del supermercado —dijo—. Ya había dejado de ser una niña, ¿entiendes? Ya era más bien una adulta.

—¿De qué demonios estás hablando? —le preguntó Bennell al otro lado de la línea.

—Pronto lo sabrás.

La voz de Robert se había convertido en un susurro. Bajó la mano con el teléfono, en el que seguía sonando la voz de Bennell, pero él había dejado de escuchar. En lugar de eso, no podía dejar de pensar en peces que se unían para

convertirse en un único pez grande. Y en las aves migratorias, que volaban en una única bandada para evitar peligros.

«Porque se sienten amenazados».

Y de pronto comprendió lo que su subconsciente había notado antes, en la cocina. Un cambio. Solo un pequeño cambio en un artículo de uso diario. Miró a la encimera de la cocina y vio el bloque de los cuchillos vacío.

Y justo en ese momento oyó los gritos de Jeanette en la habitación de los niños.

IX

EL DESPERTAR DE LA PRIMAVERA

—¡Uy, mira!

Edda soltó un grito hilarante y corrió todo el camino hasta el lago. Riendo, llegó al arbusto en el que ondeaba el periódico, movido por la cálida brisa de la primavera.

Su hermano Thilo fue tras ella, y cuando al fin la alcanzó, Edda le tendió el periódico.

—¿Crees que funciona?

Thilo miró con ojos críticos el papel y luego asintió.

—Sí, creo que sí.

—Genial —dijo Edda, feliz, cogiéndolo de la mano. Luego corrieron juntos al embarcadero, donde estaban los otros niños.

Hacía un día maravilloso. Por fin había llegado la primavera y podían salir fuera a jugar. El lago brillaba bajo el sol, y el aire estaba lleno de aromas florales y del canto de los pájaros.

En el tejado de la antigua casa junto al muelle, una familia de cigüeñas había construido su nido, lo cual era algo muy especial. Edda podía pasarse horas contemplando esos magníficos pájaros blancos, mientras ellos, quietos en sus nidos, observaban a su vez el lago sobre sus largas patas rojas. En cuestión de muy poco tiempo, las jóvenes cigüeñas empezarían sus primeras lecciones de vuelo.

Pero en aquel momento no pensaba en nada que no fuera el viejo periódico. Los periódicos de la tienda de sus padres se habían acabado hacía tiempo, y el papel de revista no funcionaba igual de bien. Era demasiado pesado y se hundía con rapidez.

Llegaron al embarcadero y se arrodillaron al final. Thilo desplegó el papel, que ya estaba un poco amarillento. Pero funcionaría.

Cuidadosamente, alisó las páginas sobre los tablones del muelle. Por diversión, leyó en voz alta lo que estaba escrito en grandes letras mayúsculas

en la primera página. Todavía le costaba un poco, esto de leer, sobre todo aquellas palabras que aún no conocía; le salían ásperas entre los labios.

—«Es-ca-la-da de a-gre-sio-nes» —leyó—. «¿Qué les hemos hecho?».

—¡Genial! —lo alabó Edda—. ¡Ya lees mega bien!

—¿De verdad? ¿Crees que sí?

Ella sonrió a su hermano con orgullo.

—Desde luego. Pronto leerás mejor que yo.

—Mmm —dijo él, frunciendo el ceño—. Pero aún no entiendo todas las palabras. ¿Qué significa «es-ca-la-da»?

Edda se encogió de hombros en un gesto de indiferencia.

—No importa lo que dijera. Sea lo que sea, ya ha pasado.

—Eso —dijo Thilo, que siempre estaba de acuerdo con ella, y luego dobló las páginas y las convirtió en barquitos de papel.

«Es muy rápido y hábil», pensó Edda. Nadie podía construir mejores barcos que su hermano, eso estaba claro.

Thilo ordenó los barcos uno junto al otro en el borde del muelle y a continuación se sentaron. Riéndose de pura ilusión, Edda dejó que sus piernas colgaran sobre el agua.

—¿Puedo?

—Por supuesto, empieza tú —dijo Thilo sonriendo orgullosamente.

Edda tomó el primer barquito y lo colocó con cuidado en el agua. Mientras este se movía lentamente, colocó un segundo y luego un tercero detrás de él.

Poco después, una orgullosa flota de diecinueve embarcaciones cruzó el lago. Los dos niños las observaron e hicieron apuestas sobre lo lejos que llegarían en aquella ocasión. El clima era propicio, soplaba solo una brisa ligera.

Quizá llegaran incluso a la otra orilla. Todo era posible. Solo tenían que desearlo con la suficiente fe.

Mientras Thilo vigilaba los botes, Edda sacó un paquete de bastones de caramelo de su pequeña mochila. Lo abrió y se lo ofreció a Thilo.

—No cojas tantos a la vez —le dijo. Y luego, en tono triste, añadió—: Son los últimos.

—Oh —exclamó Thilo, mirando el bastón de caramelo que tenía en la mano como si se tratara de un gran tesoro—. ¿Crees que habrá más en algún otro sitio?

Edda asintió.

—Seguro que sí. El mundo es un lugar muy grande. Y si los demás se los han comido todos, haremos otros nuevos. Todos los que nos apetezcan. Ahora podemos hacer lo que nos dé la gana.

Thilo lamió el bastón de caramelo y sonrió con satisfacción.

—Sí —dijo—. Podemos hacer lo que queramos. Somos los dueños del futuro.

Le gustó tanto la idea que tuvo que sonreír. Vio los pequeños botes, que ya solo eran pequeños puntos blancos en el agua. Pasaron junto a un bote de remos, donde había tres niños mayores que habían salido a pescar.

Lamentablemente ya no quedaban peces aquí. La mayoría de los que aún se veían flotando en la orilla apestaban porque estaban muertos. Pero de vez en cuando los niños tenían suerte, y uno de ellos, Peter, incluso podía asarlos en la sartén. Así estaban realmente buenos.

Thilo pensó que quizá llegaría un día en el que no podrían pescar nada más. Quizá pasaría lo mismo que con los bastones de caramelo.

¿Pero qué importaba eso? Cuando se acabaran los recursos, irían a otro lugar. Después de todo, ahora el mundo era suyo.

No muy lejos de ellos, los gemelos Hansen habían construido una torre hecha de piedras. Era realmente alta, casi tan alto como los dos niños, y parecía muy estable.

En realidad, el maestro de obras había sido Tobías y su hermano Adam se había encargado de las piedras. Se había pasado horas buscando los guijarros adecuados en la orilla del lago. No podían ser ni demasiado grandes ni demasiado pequeños, porque si quería construir algo duradero, tenía que pensar cuidadosamente el tipo de material que iba a usar.

Acababa de encontrar una piedra particularmente hermosa. Era plana, redonda y blanca, brillante, casi como un plato pequeño de una casa de muñecas.

Adam sopesó el guijarro con la mano. Una piedra así sin duda rebotaría muy bien sobre el agua. Si la arrojaba con el ángulo adecuado, moviendo la muñeca y desde abajo, la piedra podría dar fácilmente diez o más saltos.

Se arrodilló, calculó la posición correcta para lanzar la piedra y la sostuvo con fuerza en la mano.

Frente a él, el lago azul brillaba bajo el sol, con su fondo lleno de piedras. ¿Cuántas podría haber?

Adam hizo una pausa y se incorporó de nuevo. Volvió a mirar la piedra y luego decidió que prefería ponerla en su torre.

«En el lago —pensó— ya hay demasiadas piedras».

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha salido a la luz gracias a Markus Naegele, Tim Müller, Ulrich Genzler y Roman Hocke. Ellos me ayudaron a dar un gran salto de fe cuando dejé mi camino habitual para entrar en un nuevo terreno literario, no menos lúgubre que el anterior.

En la revisión final de lo que yo alcancé a construir, los comentarios de Heiko Arntz fueron, como siempre, de una inestimable ayuda para mí.

Queda más allá del alcance de mi mano agradecer personalmente a todos mis asistentes de investigación, por eso os doy, en general, las gracias por haberme permitido molestaros con mis preguntas en cualquier momento del día o de la noche. ¡Sois los mejores, y no solo por eso!

Gracias también a Claudia von Hornstein, Cecilia Perucci, Marinella Magri, Laia Salvat, el equipo de Oceano y Pegasus Yayinlari y a todos aquellos que hacen posible que mis libros sean leídos en tantos países.

Y, por supuesto, un agradecimiento muy especial a mis leales lectores. ¡Sois fantásticos!

Agradezco a mi esposa Anita todo su amor y su apoyo. Ella me mostró el modelo real de la casa en el lago, desde la que ahora escribo estas líneas. El paisaje aquí es hermoso, pacífico y silencioso. Ojalá el mundo entero fuera un lugar como este.

En definitiva, depende de nosotros. Solo podemos cosechar lo que sembramos.

WULF DORN. Octubre de 2016



WULF DORN (Ichenhausen, Alemania, 1969). Estudió peritaje industrial e idiomas, tras lo que se especializó como logopeda, pasando varios años trabajando con pacientes psiquiátricos en la rehabilitación del lenguaje. Durante todo ese tiempo, sus experiencias le ayudaron a preparar la que es su novela más conocida hasta el momento, *La psiquiatra*, que fue publicada en 2009.

La obra de Dorn ha sido traducida a más de diez idiomas y ha vendido más de 100 000 ejemplares, convirtiéndose en un habitual en las listas de los más vendidos de toda Europa. La mayor parte de sus novelas están ambientadas en la ciudad ficticia de Fahlenberg.

Además de *Los herederos*, ha publicado varias novelas, siempre dentro del género del suspense y el horror, de entre las que habría que destacar títulos como *El superviviente* o *Acosado*.

DEL AUTOR DE *LA PSIQUIATRA*

WULF DORN

Crees que todavía tienes todo el tiempo del mundo.
Lo que no sabes es que tu tiempo se acaba.

LOS HEREDEROS



Lectulandia